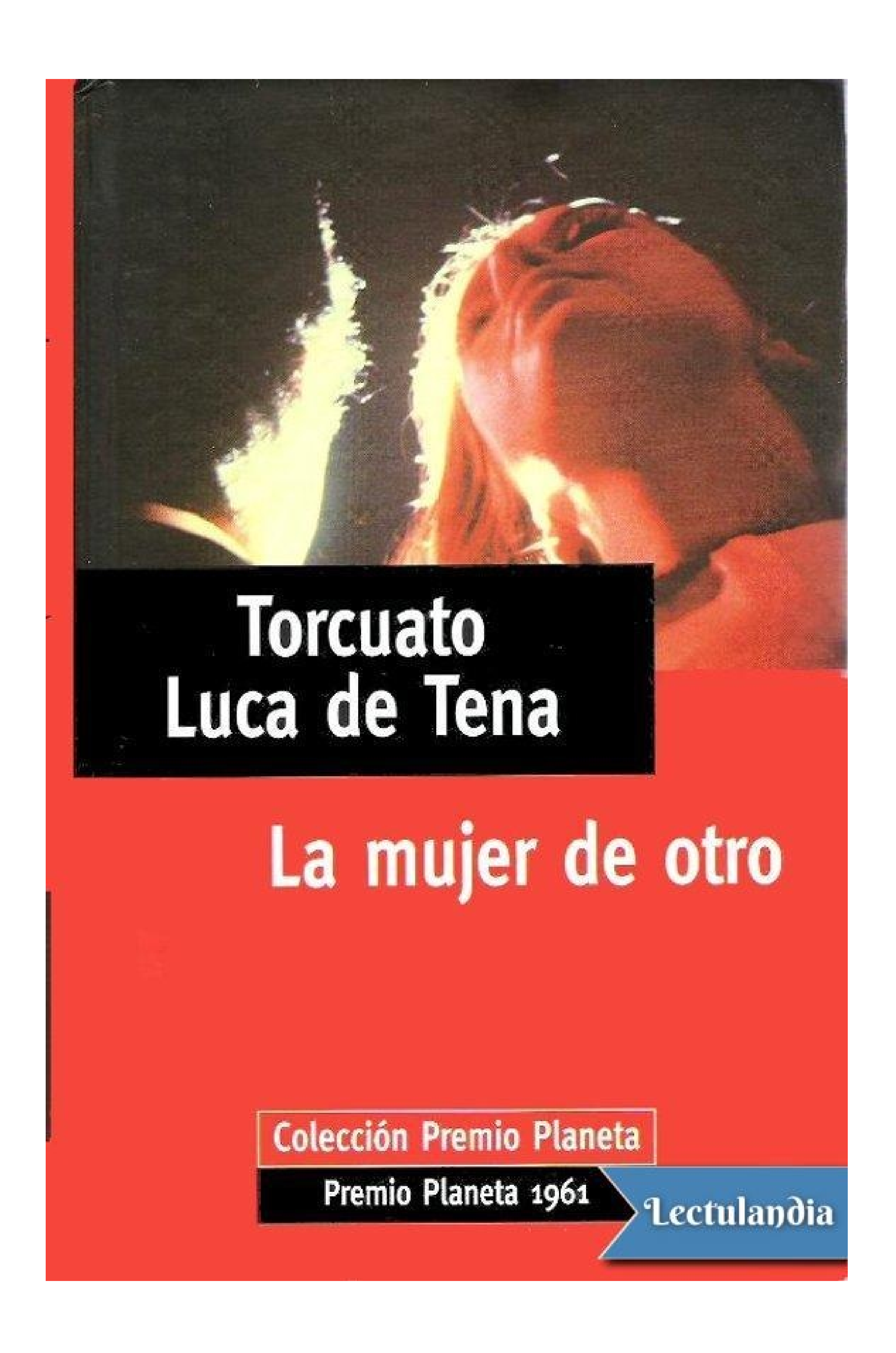

Torcuato
Luca de Tena
La mujer de otro
Colección Premio Planeta
Premio Planeta 1961
Lectulandia

Enrique, Anrés, Alicia y Ana María, vértices del cuadrilátero en que se apoya la acción de esta novela, nos presentan su miseria o su grandeza, sus dilemas, sus ambiciones, sus sueños, tan semejantes a los nuestros que el lector se sentirá arrastrado por la corriente de sus aconteceres, creyéndose testigo o protagonista, incluso, de lo que no es más que una ficción.

Torcuato Luca de Tena

La mujer de otro

ePUB v1.1
Polifemo7 15.11.11

NOVELA PREMIO EDITORIAL PLANETA 1961
EDITORIAL PLANETA BARCELONA

Editorial Planeta, S. A., Calvet, 51-53, Barcelona (España)
Depósito legal: B. 29095 - 1975
ISBN 84-320-5163-2
Printed in Spain - Impreso en España
Talleres Gráficos «Duplex, S. A.», Ciudad de la Asunción, 26-D - Barcelona-16

Aliquam adipiscing libero vitae leo
Mauris aliquet mattis metus

I
LAS PRIMERAS HORMIGAS

Las criadas decían que el niño era sordo porque había que llamarlo diez veces y a gritos, por la casa y el jardín, a la hora del baño, de la lección o de las comidas. Y si en ese momento estaba entretenido en alguna de sus ocupaciones preferidas, no ya diez veces y de lejos, sino veinte, y a sus espaldas, podían gritarle, sin que él se enterara. Pero Quique no era sordo: a los cinco años ya había adquirido la envidiable virtud de no oír más que lo que quería. Se aislaba del mundo exterior, la espesa capa de abstracción que le envolvía no lograba ser traspasada por las voces y los gritos. En cambio, poseía una especial intuición para percibir desde lejos la proximidad de su madre: distinguía sus pasos en el corredor, su manera de pulsar el timbre, el modo de introducir la llave en la cerradura y hasta el ruido peculiar del agua cuando era ella quien regaba la hierba o las flores del jardín.

En realidad, Quique daba muy poco trabajo en casa. Le levantaban de la siesta, le dejaban en libertad, y él se las arreglaba para distraerse solo. El jardín era un mundo maravilloso, un pequeño universo donde toda lección era nueva y toda sorpresa posible: la pirámide de arena de un topo, las bolsas de vitrofib de las orugas en los pinos, un nido que ayer no estaba... Pero nada le subyugaba tanto como observar las hormigas. Se situaba en cuclillas ante la línea formada por la interminable caravana y buscaba los dos extremos que marcaban el viaje de ida y vuelta de las diminutas e infatigables andadoras. A veces rompía con el pie la fila india y esperaba con infinita paciencia el momento en que las hormigas, despistadas primero, llegaban a reconstruir el interrumpido trazo de su pequeña calzada. Otras veces ponía en el camino montículos de alpiste o una mosca matada por él, y se entusiasmaba al ver cómo descubrían estos tesoros y cómo se ponían de acuerdo para arrastrar entre varias los cuerpos «gigantescos», camino de la guarida. Las hormigas avanzaban lentamente, y lentamente también Quique se dejaba conducir por ellas al mundo de la fantasía. Afinando mucho el tono, para que su voz se redujera en proporción con el tamaño del mundo en que estaba inmerso, les hablaba del disgusto de su madre cuando descubriera que habían robado las semillas recién plantadas, o las amenazaba con el anuncio de la terrible venganza de su padre, quien las pisotearía hasta exterminarlas, haciendo caer, además, sobre las tribus y sobre sus casas terribles nevadas de DDT.

Quique tenía cinco años. No sabía escribir; pero, en cambio, dibujaba con sorprendente maestría. Era tranquilo y cachazudo. Hablaba con mucha seriedad —afirmando cosas extraordinarias que él suponía que habían ocurrido realmente— y era muy ordenado. Recogía y guardaba todas las cajas, útiles o no, que encontraba a

su paso y metía dentro de ellas un sinfín de objetos diversos: frascos, gomas de borrar, puntas de lápices, cuerdas, caramelos chupados, estampas, clavos y monedas. Era capaz de mantener largas conversaciones con las personas mayores, a las que preguntaba sin parar cosas y más cosas. Y cuando no estaba de acuerdo con la explicación que le daban, decía que eso no era verdad y se inventaba él mismo la respuesta que más le ilusionaba. Su madre tenía prohibido que le hablaran de brujas, enanos, ogros y demás gentes de esa calaña, para no excitar aún más su fantasía.

—Las brujas no existen —le decía Ana María—. Ni los ogros, ni los enanitos del bosque.

—¿Y el Niño Jesús? ¿Tampoco?

—El Niño Jesús, sí.

Aquel día, Quique estaba realizando el apasionante experimento de ver cómo flotaban las moscas en el agua de una boca de riego (mientras que los caracoles se iban al fondo), cuando oyó el ronquido de un motor que se detenía frente a su casa y el chasquido de la portezuela de un coche al cerrarse. No puso en duda que era su madre y acudió a recibirla.

—¡Mamá, mamá! ¿Qué me has traído?

Desde la puerta de paso a la propiedad hasta la puerta de entrada a la casa, una escalinata de piedra salvaba el desnivel del terreno. Quique, prudente, esperó a que Ana María terminara de pagar el taxi y subiese la escalera. Además, traía un paquete entre las manos y la curiosidad le fijó en el suelo.

Se inició entonces un diálogo entre el mundo de Quique y el mundo de Ana María.

—¿Ha llegado tu padre, Quique?

—¿Ese paquete es para mí, mamá?

—Niño, ¿ha llegado papá?

—¿Para quién es ese paquete?

—Para tu padre. ¿Ha llegado?

—Un caracol grandísimo, grandísimo, se ha ahogado.

—¡Jesús! ¡Qué manos más sucias tienes!

—¡Se ahogó del todo!

—¡Vaya por Dios!

Una doncella acudió a recibir a la señora.

—¿Ha llegado el señor, Armanda?

—No, señora. Alberto es el que ha llegado del colegio hecho un Cristo. ¡Tenía usted que haberlo visto! ¡Qué rodillas!

—¡Un día se matará! ¿Dónde está?

—Por ahí, montando en bicicleta...

—¡Mamá, mamá! Alberto se ha roto todas las piernas, *¡todas, todas!* —exclamó

Quique, frunciendo la nariz para indicar la magnitud del desastre. Y en seguida añadió—: He pintado un payaso.

—Llévalo a mi cuarto para verlo mientras me cambio. Y usted, Armanda, tráigame a Alberto. Veremos esas rodillas...

Ana María cerró con llave la puerta del dormitorio. ¿Por qué le habría dicho al niño que le llevara el dibujo? Necesitaba estar sola algún momento, si es que sus hijos la dejaban. Se quitó el vestido y se puso uno viejo, de andar por casa.

—Mamá, ábreme. ¡Mira mi payaso! —gritó Quique, haciendo oscilar inútilmente la manivela de la puerta.

Ana María se lavó las manos en el cuarto de baño. Mientras lo hacía, miraba su rostro reflejado en el espejo como si se tratara de un ser desconocido. Las dos figuras simétricas —Ana María real, y Ana María reflejada— se sonrieron. Un punto de malicia, una cierta picardía brillaba en sus ojos. Eran dos, y, sin embargo —¡cosa rara entre mujeres!—, no podían engañarse: Los pensamientos más ocultos, las emociones más secretas de cada una eran al instante conocidos por la otra.

—¿Estás contenta?

—Estoy... no sé cómo decirlo... ¡asombrada!. Quique —la cabeza apoyada sobre la hoja de la puerta— canturreaba: —¡Ma-má, ma-má, ma-má!

Con las yemas de los dedos, Ana se estiró suavemente la piel de las comisuras de los párpados hacia las sienes. Se observó con atención y sonrió. Quizás hubiera cambiado en estos años; pero, en cualquier caso, no para empeorar. Apenas lo hubo pensado, se enfadó consigo misma. ¡Cuánto teatro estaba haciendo! Y todo ¿por qué? Se encogió de hombros como disculpándose. Había vuelto a ver a Andrés; eso era todo.

Se pasó una mano por la frente y se dirigió a la puerta.

—¡A ver ese dibujo!

Quique se lo extendió, muy orgulloso.

Era un papel en blanco. En él no había nada. Y si lo había, era como las voces que Quique no podía oír cuando navegaba por el mundo de su fantasía. Su madre era como él y tardaba en aterrizar del plano de la evasión al de la realidad. En el de la evasión estaba Ana María; en el de la realidad estaba Quique. Poco a poco, el papel se coloreó y las formas adquirieron un sentido. A medida que el payaso se fue corporeizando, una sonrisa se abrió en los labios de Ana y otra en los de su hijo.

—¡Fantástico! ¿Lo has hecho tú solo?

—Éstas son las manos, ¿ves? —explicó Quique— y éstos los dedos. (El pequeño los contó uno por uno para demostrar que no se había equivocado.) Y ésta, la corbata...; y ésta, la nariz.

—¡Oh! —exclamó Ana María, fingiendo una gran decepción—. ¡Yo creí que era una trompeta!

Quique se enfadó.

—Es la nariz —dijo—. Los payasos tienen la nariz «así» de grande. —Y abrió los brazos estirando la punta de los dedos como si quisiera abarcar todo el universo.

—Pues es una nariz que parece una trompeta —insistió Ana.

Se oyó entonces el galope de unas botas de fútbol por el corredor. Alberto apareció en escena, derribó a su hermano y saltó sobre su madre, enlazándole el cuello con los brazos y la cintura con las piernas, como un joven chimpancé que trepa por un árbol.

—¡No quiero que me beses así! ¡Me haces daño!

Alberto apretó con más fuerza. Ana María se enfadó.

— ¡Suéltame! ¡Te digo que me haces daño!

Alberto soltó su presa y se quedó ante su madre con aire mustio y desconsolado. Tenía las rodillas como un revuelto de huevos y tomate, antes de cuajar; el pelo como si jamás hubiera sido domado por un peine, y los labios y la barbilla con recuerdos próximos y certeros del chocolate de la merienda.

—¿Cómo quieres que te besemos entonces? —preguntó indignado.

Ana María se frotó la nuca, dolorida, y tuvo que hacer un gran esfuerzo para no reírse al ver la profunda decepción de Alberto, que por lo visto no concebía más abrazos que los del *catch-as-catch-can.*

—Así... Mira... las manos quietas. —Y colocó las de su hijo en actitud de firmes —. Y ahora, así...

—¡Anda! —exclamó Alberto—. ¡Qué cursilada!

Ana empujó a su primogénito hacia el cuarto de baño y comenzó a preparar el agua oxigenada, las vendas y unas gasas que extrajo con sumo cuidado de una redonda caja metálica con una cruz blanca sobre la cubierta. Alberto se sentó en la tapa del retrete, y Quique se introdujo dentro de la bañera vacía para observar mejor la operación.

—Es una vergüenza el poco respeto que me tenéis —comentó.

Alberto la miró extrañado.

—¡Claro que no! —dijo muy serio—. A papá le tenemos respeto; pero a ti, no. ¡Para eso eres nuestra madre!

Y comprendiendo que su sentencia estaba incompleta, añadió, mientras golpeaba con el puño sobre sus piernas:

—¡A ti te queremos!

Quique juzgaba a su hermano mayor como un Sócrates de pantalón corto, pozo de toda la sabiduría del mundo, y le pareció de perlas la distinción hecha por su hermano.

—Claro, mamá, a ti te queremos —corroboró.

—¡Aaayyy! —gritó Alberto, a quien el agua oxigenada molestaba, aun antes de

rozarle las rodillas. Y entonces empezó una lucha entre Ana, por mantenerle las piernas quietas, y Alberto, que tan pronto reía porque el líquido le hacía cosquillas en los bordes de las heridas o gritaba que «¡en el centro, no!» porque le hacía daño, o lloriqueaba diciendo que la culpa era de su madre por no haberle comprado unas rodilleras al saber que lo habían nombrado portero del equipo de fútbol de su clase.

De pronto, Quique oyó unos pasos; se salió de la bañera y fue corriendo hacia el pasillo.

Se oyó la voz de Quique.

—¡Papá, mira el payaso que he pintado!

Y la voz de Enrique:

—¡Estupendo! Lo que más me gusta es la nariz.

—¡Pero, papá, si no es la nariz! ¡Es una trompeta!

—Pues es una trompeta que parece una nariz.

Y Enrique entró en el cuarto de baño para ver el atentado cometido por Alberto contra sus propias rodillas.

—He tenido un día de perros —comentó Enrique al entrar—. ¿Tú qué has hecho? —preguntó a su mujer, por decir algo, mientras fijaba toda su atención en la rodilla no vendada de Alberto.

—Nada. He estado en la Exposición de Hierros de Chillida.

—¿Había alguien conocido?

Ana María rió.

—¿No te acuerdas de Andrés, aquel compañero mío de Facultad, que quería ser pintor?.

—No.

—¡Me has oído cien veces hablar de él!

—No tengo ni idea.

—Pues estaba allí. ¡Cómo ha cambiado! Hacía por lo menos quince años que no lo veía.

—Pues yo he tenido un día de perros —repitió Enrique. Y salió de la habitación.

Quique, sentado frente a su padre, en una de las tumbonas del jardín, mantenía con él una larga conversación. Hablaba muy despacio, pronunciando muy bien las palabras, y quería saber por qué cuando hacía frío era ya de noche a la hora de la merienda; y en cambio, en verano era todavía de día a la hora de cenar. Su padre intentó explicárselo; pero, antes de que concluyera, Quique ya había ensartado varias preguntas más: por qué crecen los árboles, por qué las mariposas se comen las flores, dónde estaba él cien años, mil años, un millón de años antes de nacer y quién era más fuerte, una ballena o un ladrón.

Ana María llegó, acompañada de Alberto. Había conseguido vendarlo, peinarlo y lavarle la cara.

—Mira, Enrique, tienes que regañar a tu hijo. Está hecho un salvaje.

—Ya le regañaré, ya le regañaré.

Alberto comprendió que el ánimo de su padre no estaba como para regañar a nadie. Se le acercó con aire mustio y se puso audazmente a jugar con su corbata.

—Date por regañado, Alberto —dijo Enrique con la menor ferocidad que cabe.

A Alberto le brillaron los ojos.

—¡O. K., *daddy!* —y le dio un beso.

—¡Enrique, esto no es serio! —protestó Ana María—. Tienes que meterlo en cintura. Se nos va a desmandar.

Enrique hizo un vago gesto de aburrimiento. Dijo que llevaba desde las nueve de la mañana regañando a agentes estúpidos, socios pusilánimes y clientes informales.

—¿Quieres que llegue a casa y siga regañando?

—¡¡No!! —gritó Alberto, que veía ganada la partida.

—¡¡No!! —repitió Quique como un eco de su hermano.

—Vamos a ver, niños —exclamó Enrique pasándose descaradamente a la galería —, ¿quién preferís que os regañe, mamá o yo?

—¡Mamáaa! —gritaron los dos a coro.

Enrique se estiró cuan largo era, dio tres tragos a la ginebra que tenía junto a él y extendió indolentemente el brazo hacia su mujer.

—Ya has oído. Regáñales tú...

Ana se encogió de hombros, reconociendo su impotencia, y bebió un sorbo de ginebra del vaso de su marido.

En vista de que no le regañaban, Alberto propuso a su hermano que escurrieran el bulto.

Quedaron solos, frente a frente, marido y mujer.

—¿Quieres que ponga un poco de música?

—De acuerdo. Y sírveme otra ginebra, ¿ quieres ?

Las sombras comenzaban a espesarse en el jardín. El sol de junio se había escondido ya tras el horizonte, y en el cielo, todavía claro, volaban altísimos los pájaros, buscando los últimos rayos del sol. Ana María preparó en el *pick-up* la *Sinfonía Italiana*, de Mendelssohn, dirigida por Cantelli. Cuando el crepúsculo tocaba a su fin se abrían las damas de noche y todo el aire se llenaba de un olor penetrante, mezcla de jazmín y miel. Era un buen ambiente para escuchar a Mendelssohn. Enrique extrajo un cuadernito de notas y escribió unas cifras. Los compases de apertura de la *Sinfonía Italiana* eran gozosos y cálidos como una bienvenida.

—Es una operación colosal —comentó Enrique, compulsando sus números.

—¿Qué decías? —preguntó Ana María.

Enrique hizo un gesto pidiéndole que esperara; pero se fue enfrascando en sus cifras y ya no contestó. Era una operación de primera la que tenía entre manos. Un

negocio por todo lo alto. El Ayuntamiento de Cáceres había expropiado una zona de casas hacinadas para realizar un ensanche, y Enrique se había encargado del derribo y descombro. Los materiales de derribo quedarían de su propiedad. Las casas viejas son como los cochinos —decía—: todo en ellas se aprovecha. Las gárgolas de piedra, las verjas y los escudos eran lo de menos, aunque siempre darían algo por estas cosas los anticuarios. Lo realmente importante eran las maderas; pues las vigas, los techos, los tejados, las jambas de puertas y ventanas, y hasta los suelos de muchas de estas casas, eran de caoba. Enrique repitió varias veces su cálculo, y multiplicó el resultado por el precio del metro cúbico de la preciada madera. El producto le hizo sonreír. Era una operación colosal, sencillamente colosal.

La Sinfonía había pasado del *allegro vivace* del primer movimiento a un plano más sosegado. Era la parte que más gustaba a Ana. Se diría que una multitud de peregrinos avanzaran lentamente por callejuelas estrechas y tortuosas en busca de mayor espacio. Ana los veía avanzar. Había una inquieta insatisfacción, una abrumada monotonía en estos compases que parecían presagiar como premio final un vuelo de liberación, una explosión de libertad. Así, al menos, lo interpretaba ella. Pero la explosión no llegaba; el vuelo no se producía. Las gentes andaban, andaban sin parar, encerradas, apretadas, buscando un horizonte que no alcanzaban a ver ni a imaginar.

A Enrique no le gustaba la música. Ni le disgustaba. Era feliz al saber que su aparato era el mejor de cuantos se podían adquirir, y que los altavoces, importados de Alemania, valían cuatro veces más de lo que le habían costado. Se lo regaló a su mujer, a quien le encantaban la música, la poesía y cosas así...

Enrique era un ser complejo y contradictorio. Tenía una intuición especial, un sexto sentido para los negocios. Era, a la vez, ignorante e inteligente. Carecía de sensibilidad artística y de curiosidad intelectual; pero era tenaz y trabajador. No era capaz de leer un libro, ni, si lo leía, de entenderlo; ni, si lo entendía, de gozar con él. Pero sabía comprar y sabía vender. No tuvo interés en terminar el bachillerato, y se casó con una universitaria licenciada en Filosofía. Estuvo a punto de arruinar a su padre, cuando éste —por verle ocupado en algo útil— le encomendó la administración de una finca, y ahora, al cabo de no muchos años de aquel fracaso, era mucho más rico que el autor de sus días. No tenía una oficina ni un despacho; pero dependían de él agentes que nombraba a voleo en todas partes de España. No hacía cuentas de lo que ganaba, no llevaba libros de contabilidad, no escribía cartas. Sus negocios tenían una vida muy limitada: compraba y vendía.

Su primer asunto fue muy parecido al que ahora tenía entre manos. Compró un yate en el puerto de Palma: un yate inglés, viejísimo, que vendían unos brasileños. Ana se opuso a esta compra. No estaban por aquel entonces sobrados de dinero; y a Ana María —que recordaba las restricciones que su marido imponía en casa— le

pareció disparatado un lujo así. Además, todos los entendidos decían que poner el barco a punto (pues estaba destartalado, los motores no valían nada, carecía de servicios higiénicos), les costaría mucho más que adquirir cualquier otro de segunda mano de los que se vendían en el propio Club Náutico mallorquín. Enrique no se avino a razones y lo compró. Nadie más que él había advertido que el viejo velero inglés, casi inservible para la navegación, llevaba encima mucho más dinero en maderas preciosas de lo que pedían por él. Enrique gozaba con estas operaciones. No entendía de barcos, y compraba barcos; no sabía nada del complejo y arriesgado negocio del cine, y compraba películas; le era ajeno todo cuanto rozara de cerca o de lejos al arte, y compraba cuadros. Compraba y vendía. Su palabra valía tanto como un contrato. Jamás engañó a nadie, y procuraba no asociarse con gentes que le pudieran engañar. La única carta de negocios que escribió en su vida, decía así: «Acabo de comprobar que pretendía usted engañarme; y como así ya no me divierte, puede usted quedarse con el asunto para usted solo. Váyase a paseo, y reciba un cordial abrazo de su afmo., Enrique».

«Así ya no me divierte...» Estas palabras encerraban la clave de su vocación. Los negocios le divertían. Los adivinaba de lejos, y algo gozoso se movía en su interior, como la cola alborozada de un perro de caza que rastrea una pieza. Después los planeaba. Era el momento creacional, no menos sublime que el del poeta, cuando siente sobre sí la lluvia carismática de la inspiración.

Estos días se sentía feliz. Tenía grandes conversaciones con sus hijos, hacía regalos a su mujer —a cuenta de los beneficios seguros que le reportaría el negocio— y se le veía optimista y hablador. Después venían los días malos. Ya se había embarcado; ya era imposible volverse atrás. Y entonces, cuando ya era tarde, le entraban las dudas, perdía la fe en sí mismo, se derrumbaba y se transformaba en un ser odioso. Entraba en casa sin saludar y se marchaba sin despedirse. No toleraba una broma a sus hijos y se complacía en mortificar a su mujer, acusándola de inútil y descubriendo sus errores como ama de casa. Cuando lo llamaban por teléfono, palidecía. Y es que Enrique, en cada nuevo asunto, se jugaba el todo por el todo: cuanto había ganado hasta entonces y el crédito que le garantizaba lo ya conseguido. La velocidad con que había reunido una fortuna tan considerable se la debía, por otra parte, a ese riesgo. En los negocios, Enrique era el afortunado ganador de una serie ininterrumpida de plenos. Pero como la rueda de la fortuna giraba sin que nadie supiera dónde iba a detenerse, perdía todo su aplomo y se encerraba en un mutismo hosco y expectante.

Enrique guardó su cuadernito de notas, a la vez que volvía el rostro hacia su mujer. Le gustaba su mujer. Le gustaba su casa. Le gustaba su jardín. Fue un acierto casarse con Ana, y fue un acierto hacerse esta casa, y fue un acierto comprar para el jardín una superficie mucho más extensa que la que necesitaban. Compró el terreno

por metros, ¡y hoy ya se vendía por pies...!

Enrique se rió para sus adentros. ¡Cómo había cambiado Ana durante este tiempo! Se había... —¿cómo decirlo?— «revalorizado» con los años: igual que su terreno. Ana tenía ahora mejor carácter, y sobre todo era una mujer más de verdad, más ella misma que cuando se casaron. Al salir de la Universidad era un poquillo pedante. Todas sus cualidades estaban como escondidas bajo un cierto *snobismo* intelectual que la recubría de una segunda y falsa personalidad. Ana María era equilibrada y armoniosa. Daba categoría al hombre que estuviera con ella. Pero al principio, ¡Santo Dios, qué rara era! Asistía a todos los conciertos, a todas las exposiciones, a las conferencias —¡Señor, a las conferencias también!— y leía todos los libros raros que caían en sus manos. Ahora también hacía estas cosas, pero ya no se creía en la obligación de comentarlas. Y esto era un paso definitivo. ¡Qué cosas decía Ana, qué cosas! Un día, por complacerla, fue con ella a un concierto. Al día siguiente le vencía una letra, y para abonarla necesitaba imprescindiblemente cobrar una cantidad de un cliente que se hacía el distraído. ¡Toda la velada, antes y después de cenar, estuvo Ana María comentando el concierto! Además *veía* la música; hablaba de ella no como si la hubiese escuchado, sino como si la hubiese *visto*. Describía los «paisajes», las «formas», el «movimiento» de la música y hasta veía «masas» y «colores» mucho más definidos en este director que en ningún otro. ¡Como si una pieza musical no sonara igual, fuera quien fuera el director de orquesta! Enrique estuvo varias veces por interrumpirla. «Pero, Anita, dime la verdad, ¿tú ves esas cosas?» No se lo dijo por no herirla, y sobre todo por no prolongar la conferencia doméstica, precisamente la víspera del vencimiento de la letra de cambio. Pero no podía creer que Ana María fuese sincera.

A Enrique no le preocupaba que a Ana le gustasen la música y la pintura, que al fin y al cabo eran cosas bonitas que también a él le gustaban en cierto modo; lo que le producía vértigo era el intelectualismo que destilaba para interpretarlas. Pero aun esto, aunque a disgusto, lo toleraba. Ahora bien, lo que no pudo Enrique tolerar, donde tuvo que imponer su autoridad, fue en la cuestión del griego. Al principio creyó que el libro que leía Ana era alemán, pero resultó ser griego. Ana estaba leyendo en griego las *Vidas paralelas* —nunca se le olvidaría— de un tal Plutarco. Un griego que se llamaba Plutarco. Y por ahí no pasó. Le regaló el *pick-up* y una colección sensacional de microsurcos de todos los grandes de la música, pero le prohibió formalmente que volviera a entrar en casa un libro escrito en griego. Que fuera a todas las exposiciones, a todos los conciertos que quisiera (a conferencias... cuantas menos, mejor, pero no se lo prohibía). Lo que le prohibía radical, terminantemente, era el griego. No se podía ser ama de casa, cuidar a los niños, atender a las cuentas, imponer disciplina en el servicio, llevar un mínimo de orden en el hogar, y al mismo tiempo leer en griego. Y si era una superdotada y podía hacer

compatibles una cosa con la otra, le daba igual. Él se sentía feliz por haberse casado con una mujer culta; pero jamás se hubiera casado con un catedrático. Y ella, ¿qué hubiera sido de ella si se hubiese uncido a cualquiera de los escritorcillos grandilocuentes o los artistas torturados cuya compañía tanto le divertía de soltera? La mayoría de ellos eran hoy unos muertos de hambre, unos resentidos o unos ilusos, aunque leyeran griego, o quizá precisamente por haberlo aprendido.

Ana, sonrió a su marido, al sentirse observada por él. O sonrió, quizás, a la invisible batuta de Guido Cantelli, de la que colgaban todos los hilos (como de los dedos de un virtuoso de «marionetas») que movían las flautas, los timbales, el arpa... ¡y esos violines, Dios, esos violines! Mendelssohn se había inspirado para el cuarto movimiento *(Saltarello, presto)* de su Sinfonía en una antigua danza italiana de tres tiempos. El ritmo era vertiginoso y doblemente circular: como una peonza que girase sobre sí misma y al propio tiempo se trasladara sobre una circunferencia, o como órbitas de planetas en torno a los cuales giraban infinitos y disciplinados satélites.

¿Sería Andrés capaz de pintar estos compases, de inmovilizar el ritmo y prolongar sobre la tela una emoción como ésta, tan fugaz... ? ¡Andrés otra vez! Se le hacía difícil odiarle, aunque tenía motivos para aborrecerle. Se aturdió tanto al encontrarle después de tanto tiempo, que ya no sabía ni de qué hablaron.

—¡Qué acierto tuve al hacerme esta casa! ¿Verdad? —dijo Enrique de pronto.

Ana María afirmó con la cabeza.

Cantelli contenía ahora sus hilos, los ceñía a la batuta y los hacía entrar en una zona musical más templada. El viento se amasaba y los distintos instrumentos —liberados del vértigo— adquirían individualidad.

—¿Sabes a cuánto está el pie cuadrado en este barrio hoy?

Ana negó con la cabeza.

—A sesenta pesetas el pie. ¡Y yo compré a treinta y dos pesetas el metro! ¡Imagínate!

El remanso musical no era más que un engaño, una maniobra para dar volumen al viento. La danza comenzaba a crecer y el ritmo se aceleraba, girando de nuevo con tal viveza que las ondulaciones desaparecían hasta fundirse los dos círculos en uno solo, casi sólido, del que caían notas aisladas, como chispas desprendidas de una bola de fuego. Y estas estrellas fugaces se perpetuaban como puntos suspensivos, camino del final.

—¿Sabes lo que me ofrecieron el otro día por la casa?

Ana María se incorporó asustada, como si la hubiesen despertado.

—¡No pretenderás venderla!

Enrique comentó:

—Nos haríamos otra mucho mejor que ésta, sólo que en un sitio más barato.

Ana María se irritó.

—Yo quiero esta casa, y no otra. Aquí han nacido los niños.

—No tienes por qué alarmarte —insistió Enrique con mucho sosiego—. Yo no he dicho todavía que la vaya a vender.

—¿Qué quiere decir «todavía»? —replicó Ana alzando la voz.

—Anita, mona, no te enfades. Ya te he dicho que hoy he tenido un día de perros.

—¡Claro que me enfado! La casa es de los dos.

Enrique intentó tranquilizarla.

—Ya te he dicho que aún no he decidido nada.

—Tú no habrás decidido —dijo Ana dulcemente—, pero yo sí. Y yo he decidido que esta casa no se vende.

Lo dijo variando de tono, convencida de que Enrique no haría nada sin el consentimiento de ella. Después se llevó un dedo a los labios, le ordenó callar y se entregó en los brazos de Mendelssohn y de todos sus intérpretes.

Enrique se encogió de hombros y regó el hielo que quedaba en su vaso con un poco más de ginebra. No le gustaba ver a su mujer enfadada, o con más precisión: le aburría. Él llegaba a casa para tener paz, reclinarse en la tumbona del jardín y alimentar su felicidad, pensando y repensando en el acierto que había tenido en esta o aquella inversión, en el acierto de liberar a la pobre Ana del riesgo de haberse casado con un muerto de hambre y en el acierto de haber engendrado dos chavales tan guapos y tan listos como sus hijos. Pero sin llevarse disgustos. Nada en el mundo valía la pena de un disgusto serio. Si Ana tenía el capricho de no vender la casa, él se sacrificaría una vez más, y la casa no se vendería.

II
LA ESTATUA DEL PINTOR

Andrés se apartó del caballete y entornó los párpados para mirar el lienzo. Dobló el cuerpo hacia delante y estiró el cuello en dirección a la tela. Se diría un camello de zoológico alargando la noble testa para recibir un terrón de azúcar. En la mano izquierda, blandía la paleta —con los viscosos gusanillos de las pinturas enrollados, alargados o aplastados en la superficie—; entre los dientes sostenía cinco pinceles. Vio algo sobre la tela, se enderezó sonriendo y con sumo cuidado extrajo de la boca uno de los pinceles. Lo embadurnó, aplastando la cola del gusano verde, del gusano blanco y del gusano rojo; garabateó sobre la paleta, adelantó una pierna. ¡Ahora sí parecía un pintor: la estatua de un pintor! Si se viera (y Andrés se «veía» constantemente mientras trabajaba), no tendría inconveniente alguno en marmoreizarse y pasar a la posteridad en esta actitud egregia.

Andrés se burlaba de muchas cosas y de no pocas personas, pero de nadie con más fruición que de sí mismo. («Si me encontrara por la calle con un tipo como yo, le partiría la cara», le dijo más de una vez al cuello de su camisa.) Permaneció en esta postura unos segundos; la idea de la estatua le había distraído. No estaría mal eso de erigirse un monumento. Se esculpiría tal como ahora estaba: la pierna avanzada, el brazo arqueado, enarbolando el pincel como si fuera un florete; un aire entre fiero y melancólico en los ojos... y en la frente la chispa del genio.

Dejó con dolor de pensar en sí mismo y se concentró en su trabajo. Sigilosamente, como un cazador de insectos que quisiera atravesar con un alfiler un coleóptero largo tiempo deseado, se fue acercando a la tela sin hacer ruido; posó el pincel en el punto justo, lo retiró en seguida y exclamó :

—¡Ya te tengo!

Los pinceles que sostenía en la boca cayeron al suelo, como el queso del cuervo en la fábula cuando la zorra le obligó a hablar. No se inmutó. «¡Estaba ciego de no haberlo visto antes!», dijo para su coleto. Y añadió en voz alta:

—¡Muy bien, Andrés, muy bien!

Después se tumbó en el diván y encendió un cigarrillo.

Andrés era extremoso en todo: cuando pintaba, cuando amaba, cuando pensaba, cuando se arrepentía. A su desorbitado temperamento, le hubiera correspondido un físico distinto; por eso envidiaba la cabeza de un Schopenhauer, un Beethoven o un Carlos Marx. Su aspecto deportivo de «guy» americano no cuadraba en absoluto con la interpretación que guardaba de sí mismo. A Andrés no le importaba gustar a las mujeres, sino impresionar a la posteridad. Muchas gentes creían que era un soberbio, poseído de sí. Nada más falso: su fanfarronería era el disfraz de una radical

inseguridad en su obra; su sentido del humor, una burla latente de su hipertrófica sensibilidad.

Alicia, su mujer, le había prohibido que llevara a su hija al estudio a verle pintar.

—Te va a perder el respeto. Va a pensar que estás loco. ¡Si vieras qué cosas más raras haces!

Y la propia Alicia, sin poder contener la hilaridad, imitaba las extravagancias, los pasos sigilosos, los suspiros y el gesto de feroz complacencia de Andrés cuando pintaba. A Alicia le disgustaba la profesión de su marido. ¡La pintura es una ocupación tan poco seria!

Andrés sufría, como si le clavaran astillas en las entrañas, mientras trabajaba. «¡No es esto, no es esto!», se decía, a veces, cuando algo fallaba en su trabajo. Pero seguía pintando amorosa, dolorosamente, como una madre que tiene un hijo deforme y enfermo y lo cuida y procura salvarlo, a pesar de saber que es un monstruo que no debería haber nacido. ¡Cuando la obra era buena, en cambio...! ¡Ah, no había placer en el mundo comparable a este lento saboreo de lo conseguido!

«¡Que se rían, que se rían! —se decía Andrés—; pero... ¡ahí queda eso!»

Y con el brazo extendido señalaba su cuadro a una invisible concurrencia de admiradores. Entre éstos estaban los que fueron sus mayores espinas: Rebolledo y Ana María. ¡Ah, Rebolledo, miserable pedantuelo, delineante de rayas de pantalones, diseñador de alcantarillas, profesor de horteras, que se permitió romperle un dibujo en la Escuela de San Fernando y anunciar en público que Andrés no llegaría a ninguna parte con un pincel o un carboncillo en la mano. ¿Por qué no se reía ahora, eh? ¿Por qué no se reía?...

Ana María era algo distinto. Ana se había convertido para él en ese tercer ojo que los hindúes se tatúan en la frente y sobre el que engarzan después una esmeralda que es su mayor esperanza —pues con ella pretenden ver a Dios— y su mayor daño, pues les desgarra la piel. Andrés lo notaba ahí, sobre las cejas, como un dolor, como un mal pensamiento definitivamente asentado, y al que no se puede desalojar. No podía luchar contra la obsesión de Ana María; o lo que es peor: ya no quería luchar.

Desde que volvió a verla en la Exposición de Hierros, un clamor hasta entonces soterrado se había alzado dentro de sí, reclamando un puesto de honor en la vanguardia de sus emociones, con la necia pretensión de actualizar las horas perdidas. Esto era tan grotesco como resucitar lo que no había nacido. Reaccionó con violencia ante este pensamiento: pretender ahora que aquello no había nacido, le pareció de una radical incongruencia. Pero reaccionó con mayor furia aún contra su reacción: «¿Es que acaso me he propuesto yo ahora ser congruente? ¡Hasta ahí podían llegar las cosas! El último razonamiento congruente que cabe en mí es aceptar que todo yo soy una pura y total incongruencia». El sofismo le entusiasmó: le había salido redondo. Y para llevar al límite la incongruencia de que hacía gala, su entusiasmo lo entristeció.

De nada le servían estas argucias —estas piruetas— para evadirse de Ana María. Ana estaba aquí de nuevo rediviva entre sus cuadros, como si su fantasma —tantas veces relegado al olvido— se hubiese incorporado. Era el duende del cuento, encarcelado en una botella, que de pronto logra escapar y se vuelve contra su antiguo dueño que lo encerró. Andrés veía de nuevo a Ana María, con los ojos del recuerdo, descorriendo el visillo del ventanal para graduar la luz, o contemplando silenciosamente —apoyada en una sola pierna, doblada la rodilla de la otra, ladeada la cabeza— los cuadros, acerca de los cuales, por no herirle, se abstenía de hacer comentarios. La veía sentada en el viejo diván manchado de pintura —con sus zapatos bajos, el pelo suelto en armonioso desorden y su invariable carpeta sobre las rodillas— repasando la lección en vísperas de los exámenes, o la sentía bailar, siempre silenciosa, sin mirarle a los ojos, al compás de un viejo y destartalado gramófono que ya no estaba.

Andrés recordó con nostalgia las palabras de Ana:

—En la Facultad me ponen verde porque vengo a tu estudio. No conciben que un amigo pueda *no ser* un amante, y que un «estudio» *no sea* una *gargonniére.* ¡Qué morbosa es la gente!

Ana María no era popular en la Universidad. Su afición a los libros era considerada como pedantería; su manera de hablar y de vestir, como altivez. Quizá hubieran perdonado su natural elegancia, si fuese mala estudiante; o su distinción en los estudios, si sus zapatos estuviesen raídos o sus pulmones gozaran de una buena y notoria invasión de bacilos. Pero no era éste su caso. Al decir de Andrés —siempre aficionado a las hipérboles—, Ana era lo mejor que había desfilado por las aulas universitarias españolas desde los tiempos de Fray Luis de León hasta nuestros días. Durante los primeros años de carrera, Ana María no contó con más amistad que la de Andrés. Se veían todas las tardes en el estudio del aspirante a pintor. Allí repasaban juntos las asignaturas, se intercambiaban apuntes y observaciones; se recomendaban libros que ilustraban un punto oscuro del programa. A veces bailaban silenciosamente hasta la hora de partir.

Las críticas que Ana María hacía de sus cuadros eran implacables. Andrés se defendía alabando su obra con la impudicia de sus pocos años.

—Lo que a ti te ocurre, Ana, es que el arte no es para ti más que un tema de divagación. Hablas de él como podrías hablar de Paleontología o de Heráldica. Te divierte poner a prueba tu ingenio y el de los demás: te hace feliz poder especular con las ideas y dogmatizar con las doctrinas. Pero has intelectualizado de tal modo la palabra, que olvidas que existe una dependencia, una subordinación del arte con respecto al artista. Y te irrita y te repugna que el arte esté subordinado a las manos y al cerebro y al corazón de un hombre.

¡Cómo volvían a cobrar sentido, ahora, al cabo de los años, aquellas palabras

suyas! Ana era entonces estudiante de Filosofía y bastante marisabidilla. Le encantaban los arrebatos discursivos de su compañero, pero le escuchaba con benévolo escepticismo. Se sentía más atraída por las cualidades humanas de Andrés que por su dudoso talento como pintor. Sus cualidades humanas eran una realidad; las artísticas, por aquel entonces, sólo un abanico de posibilidades. A Ana le interesaba Andrés como hombre. Pero el buscaba en ella la admiración al pintor.

—El artista nace con cerebro y corazón de artista... ¡pero sin manos! Mis cuadros no son *todavía* obras de arte; pero son *ya* las obras de un artista. Mis manos no saben, pero sabrán.

Un día, súbitamente, Andrés dejó de asistir a la Facultad. Ana María recibió una postal suya desde París. Había conseguido una beca. ¡Quería pintar!

(Andrés no pudo entonces imaginar la repercusión tan honda, rayana en la desesperación, que aquella fuga suya tuvo en el ánimo de Ana María. Sabía muy bien lo que Ana representaba para él: algo muy alto en el orden de sus afectos, aunque en segundo lugar con respecto a su vocación. Mas nunca se paró a considerar lo que él representaba para Ana María, ni a sospechar la peculiar relación, el paralelismo que ella estableció entre su desaparición y otros sucesos —de los que él no tenía noticia— muy hondamente grabados, con el sello indeleble de las emociones infantiles, en su memoria y en su corazón.)

Cuando Andrés regresó de París, habían transcurrido trece años. No quiso llamarla ni buscarla. Estaba preparando la primera exposición de sus obras y tenía la seguridad de que Ana asistiría a la inauguración. Necesitaba adivinar en sus ojos el aplauso tanto tiempo anhelado o, al menos, ver reflejado en sus ojos el aplauso de los demás. El éxito ante la crítica fue unánime. Por frases como las que le regalaban, Andrés hubiera pagado una fortuna. «¿Las habrá leído Ana María?», pensaba. Día tras día, las tarjetas que decían: «vendido», «vendido», se fueron colocando junto a los marcos como una larga lista de condecoraciones. Sólo una de estas tarjetas no decía la verdad: la había puesto en el cuadro que pensaba regalar a Ana cuando, al fin, se decidiera a visitar la galería en que estaba expuesto. Pero Ana María no visitó la Sala.

Al año siguiente, este mismo cuadro obtuvo una segunda medalla en la Exposición de Otoño. Andrés lo vendió a precio de primera firma. Desde la altura de su éxito, un extraño e inconfesable rencor (que no se había producido antes de su triunfo) comenzó a alzarse entre su obra de hoy y el recuerdo de Ana María. Ella no había creído nunca en él. Incluso deseaba, por su bien, que dejara la pintura. ¡Y Andrés lo dejó todo: Madrid, la Facultad, Ana María; pero la pintura, no! Y una oscura muralla de orgullo y de resentimiento —a medida que su nombre se consagraba— se fue ensanchando entre su éxito y quien, como Ana, cometió el error de anteponer la devoción por el hombre a la fe en su talento.

Andrés tiró al suelo el cigarrillo y encendió otro. «¡Una oscura muralla...!» «También esto es hiperbólico, ¿no crees?» Tres años habían transcurrido desde su regreso de París hasta la tarde en que la volvió a encontrar. ¿Qué quedaba aquel día de Ana María en él? Nada. Como un vago sentido de la realidad pretendiera protestar, gritó:

—¡Nada! ¡No quedaba nada!

Se levantó del diván y se acercó al ventanal. Paseó la mirada por las azoteas con ropa tendida, las buhardillas miserables enriquecidas por geranios, los pentagramas de cables eléctricos dibujados con tiralíneas de tejado a tejado. Andrés había entrado —por puro azar— en la Sala donde se exponían los hierros de Chillida. Vio el cartel anunciador, detuvo el coche, lo estacionó y entró en la galería. En el sitio de honor, sobre un pedestal de mármol sin pulir, estaba una de las piezas más famosas del artista: un conjunto de vigas quebradas que rompían todos los planos como dedos torturados que quisieran apresar inútilmente el espacio. «Para los críticos —pensó Andrés—, esto es arte abstracto; para mí es tan figurativo como una Virgen de Rafael.» Una señora miraba los hierros absorta. Estaba de espaldas a Andrés, apoyaba el peso del cuerpo en un solo pie, una rodilla doblada, la cabeza ladeada... ¡Dios, Dios, Dios! Era Ana María. No necesitaba verle la cara: por la postura la hubiera reconocido a cien leguas. Y por el aire. Entre la estudiante de zapato bajo, libros al brazo y pelo suelto y esta otra Ana María que tenía ante él, mediaba un abismo; y sin embargo no había duda. Ana consultó su programa, bordeó el pedestal para mirar los hierros desde otra posición, y, al sentirse observada, alzó los ojos. Un relámpago de incredulidad los cruzó y al punto Andrés desvió la mirada. Sintió cómo la sangre le subía al rostro, fingió un especial interés por una de las obras situada en el otro extremo de la galería y se alejó de allí. Daría cualquier cosa por pasar inadvertido y sobre todo porque Ana no hubiera notado la estúpida maniobra —instintiva, impensada— de fingir no haberla visto. Pero fue inútil. La voz de Ana María sonó a sus espaldas.

— ¡La última persona del mundo a quien imaginaba encontrar!

Andrés se volvió lentamente. Tardó mucho tiempo en decir algo. Era un sentimental incorregible y se avergonzaba de esta oleada caliente que le subía del pecho a la garganta y de la garganta a los ojos, y le impedía hablar.

Ana extendió sus dos manos y Andrés las estrechó con fuerza.

—¡Estás igual, igual que siempre! —dijo ella rompiendo a reír.

Andrés sintió como si se hundiera en el más negro de los abismos. Ella no estaba igual: estaba cien veces mejor. De estudiantes podían tratarse de tú por tú. Pero ahora... ¡ella iba tan bien vestida! Andrés —mientras la miraba embobado y sin hablar, por temor a que sus palabras le jugaran una mala pasada— luchaba desesperadamente por acordarse de qué corbata llevaba puesta, y si su camisa era la

misma que la de ayer o una nueva, sacada del armario. Maldijo su bohemia, su estúpida manía de llevar corbatas discordantes con su traje, y sobre todo el no cambiarse a diario de camisa.

—¡No esperaba encontrarte aquí! ¡Ya no vas como antes a todas las exposiciones!

Debía de haber añadido: «Por lo menos, a las mías». Pero no lo dijo. Comenzaron a andar el uno al lado del otro, mirando sin fijarse mucho las obras expuestas. Al adelantar un pie, Andrés descubrió con horror que llevaba puestos los calcetines verdes; los mismos que Alicia le había anunciado que encendería con ellos un día la chimenea. ¿Por qué no lo habría hecho ya? Procuró andar de modo que Ana María no los descubriera.

—Me he casado, ¿sabes? —dijo Ana de pronto.

—Sí, sí. Lo supe —respondió Andrés sin matizar la voz.

Ana se detuvo frente a los hierros que contemplaba cuando Andrés la descubrió.

—Es la mejor obra de Chillida. ¡Qué talento tiene este hombre!

Andrés admiraba a Chillida, tanto o más que Ana, y consideraba, en efecto, que aquélla era su mejor obra; pero no pudo evitar que el elogio de ella a otro artista, aun cultivando éste un género tan distinto al suyo, le supiera a cuerno quemado.

—Es rebuscadamente sencillo —protestó sin demasiado calor—. Tiene tal afán de simplificación que ha llegado, sin proponérselo, a un barroquismo invertido.

Ana le miró entre burlona y enternecida. Cambió de tema.

—¿Me encuentras muy cambiada?

Andrés se sintió más animado.

— ¡Muy cambiada! —Tragó saliva y añadió precipitadamente—: Muy cambiada y muy guapa.

— ¡Tú estás igual! ¡Déjame que te mire! Si acaso, un poco más gordo; más ancho...

—Es que el sastre es ahora mejor.

—¿Te van bien las cosas?

A Andrés le molestó la pregunta.

—No me van mal —respondió.

—¿Vives en Madrid?

Decididamente, todo lo que Ana decía le caía mal. ¡Claro que vivía en Madrid! ¿No había visto nunca su fotografía en los periódicos? ¿No había leído acaso las críticas de sus exposiciones ni las entrevistas que le hicieron cuando obtuvo la Segunda Medalla en la de Otoño?

— ¡Hace tres años que vivo en Madrid! —contestó con un dejo de amargura.

—Creí que te habías quedado en París para siempre —comentó Ana María para mortificarle.

Y acto seguido se inclinó sobre una de las piezas expuestas, fingiendo la mayor

atención. Consultó el programa y la palpó acariciándola. Andrés observaba las evoluciones de aquellas manos que le sirvieron de modelo quince años atrás.

—¿Tú no te has casado, verdad?

—Ya lo creo. Tengo una niña preciosa.

—¿Qué me dices? ¡No te va nada ser padre de familia! ¿Se parece a ti?

—¿Quién?

—La niña.

—¡En absoluto! Es igual a su madre.

La sonrisa no desapareció de los labios de Ana, pero Andrés creyó percibir que una sombra apenas perceptible cruzaba sus ojos. Llegaron al extremo de la Sala. Ya no quedaban más hierros que admirar ni más paredes ante las que pasear. Andrés aludió a una exposición de cerámica que se inauguraba «uno de estos días», e hizo un gran elogio de su autor: el catalán Cumellas. Se extendió un poco sobre la alfarería: «el primer arte, junto con las armas del hombre primitivo» —dijo—, y como vio que Ana le escuchaba con cierta atención, se sacó de la manga una teoría disparatada, que expuso con más brillantez que lógica, con más ingenio que erudición, para concluir que el primer alfarero fue Dios, que moldeó a Adán con el barro del paraíso, y que su mejor obra era, sin lugar a dudas, la propia Ana María.

Ana escuchaba a Andrés como si nada en el mundo le interesara más que aquella improvisación y, a medida que él disparataba, iba superponiendo —en ese punto justo en que los recuerdos se funden con la nostalgia— la figura y la voz y el estilo del hombre que tenía ante sí con la figura, el estilo y la voz del hombre a quien había querido. Y se asombraba de no aborrecer al hombre real en la misma medida que aborrecía su recuerdo. De pronto descubrió —como tantas veces descubriría en adelante, y siempre «súbitamente»— que era tardísimo. Andrés se ofreció a acompañarla, pero ella no aceptó.

Desde aquella tarde, Andrés no la volvió a ver. Pero hoy la vería de nuevo si Ana se aventuraba a asistir a la inauguración de cerámicas de Cumellas. «¿Dónde me has dicho que es esa exposición?», había preguntado Ana aquel día antes de despedirse.

Andrés se volvió de espaldas al ventanal. Estaba indeciso. Si Ana y él empezaban a jugar, simulando encontrarse «casualmente» en esta o en la otra exposición, el riesgo de complicar las cosas era evidente. Pero ¿es que acaso no deseaba ese riesgo? Cínicamente se confesó que sí; y, al punto, sobresaltado, consideró que no. Romper el equilibrio de Ana sería una maldad; poner en riesgo su reputación, una vileza. Él era un blando, un sentimental: de acuerdo. Pero no era un felón. Deseaba y no deseaba que ese grano de mostaza de sentido común que aún le quedaba, germinara en una decisión heroica: no asistir a la inauguración. La palabra «heroica» le cautivó. Siempre le cautivaban los vocablos gordos, las frases grandilocuentes. Que «un grano de mostaza germinara en una decisión heroica» era una de ellas. Se arregló la corbata,

se alisó el pelo y, muy satisfecho de sí mismo, salió del estudio dispuesto a no asistir a la exposición de cerámica; media hora después cruzaba la puerta de la Exposición. Se hizo el propósito firmísimo de no hablar con Ana, en el caso, harto improbable, de encontrarla; cinco minutos más tarde (y después de los saludos de rigor y de exclamar ambos que «qué coincidencia» de haberse vuelto a encontrar) charlaba animadamente con ella.

La Sala estaba abarrotada de gente y, paradójicamente, esta abundancia de público creó en ellos un clima de aislamiento que no tuvieron en la primera, medio vacía. Andrés, como un gran triunfo, consiguió sitio en el único banco disponible. Durante largo rato se esforzaron en el casi imposible ejercicio de eludir todo tema personal. Para conseguirlo. Andrés tuvo que echar mano de recursos difíciles como disertar acerca de la temperatura que debían alcanzar los hornos para obtener las calidades que conseguía Cumellas en sus figuras. De pronto, Ana le interrumpió:

—Por cierto; te fuiste a París sin despedirte.

—¿Qué tiene eso que ver con lo que estábamos hablando?

—Nada. Se me ha ocurrido y lo he dicho.

Andrés se echó a reír.

—¿A cuándo te refieres?

—Pues... a cuando te fuiste a París.

—¡He ido diez o doce veces! —exclamó Andrés en tono jovial.

—Para mí no te fuiste más que una vez. Lo sabes muy bien.

Andrés desvió la mirada.

—¡Quería pintar! —dijo secamente.

Hubo un largo silencio. Ana María se calzó los guantes y acto seguido se los quitó.

—Y ahora ¿sigues pintando? —preguntó con sorna.

Andrés se volvió bruscamente hacia ella y la miró con grandes ojos asombrados. Al ver su gesto de indignación, Ana exclamó con su mejor humor:

—¡No has cambiado nada!

Al fin añadió para consolarle:

—¡Tengo recortadas todas las críticas de arte que hablan de ti!

—¿Es eso verdad? —preguntó Andrés, deseando fervientemente que lo fuera. Y fingiéndose escéptico a tanta lealtad, añadió—: No te creo capaz.

—¡Qué manera de adularte en todas ellas!

—¿Cómo sabes que me adulaban si no has ido a ninguna de mis exposiciones?

—Iré a la próxima.

—¿Y por qué no fuiste a las anteriores?

—Muy sencillo: por no encontrarte,

—Y ¿por qué no querías encontrarme?

Ana María echó la cabeza hacia atrás —como hace en una esgrima de florete el que después de atacar en descubierto quiere corregir su defensa— y no respondió. Los dos a un tiempo desviaron sus miradas y se volvieron hacia el público.

—Me gustaría que un día vieras mis cuadros —dijo Andrés posando su mano en la de ella.

—Me encantará —respondió Ana María retirando la suya.

—Podrías venir a mi estudio.

—De acuerdo. Iré con Enrique cualquier día.

Andrés se sobresaltó.

—¿Quién es Enrique?

Ana se volvió, molesta.

—¡Qué cosas preguntas! Mi marido.

Y se levantó para acercarse a un ánfora sensacional, elegante como un ciprés.

«¡Como venga ese majadero a mi estudio —pensó Andrés— lo tiro por el hueco del ascensor!»

Se acercó a ella.

—Tengo que irme —dijo Ana calzándose los guantes.

—¿Ya?

—Sí.

—Te acompaño a la puerta.

En el gran portalón del Ateneo la gente se agolpaba sin decidirse a salir. Estaba lloviendo.

—¿No quieres venir a mi estudio?

—No.

—¿Quieres que te acerque a tu casa en mi coche?

—Prefiero ir a pie.

—Pero ¡está diluviando!

—Esperaré a que escampe.

Andrés empezaba a irritarse. No le parecía correcto dejarla sola ni le divertía rondarla servilmente como un perrillo faldero. ¿Qué había ocurrido? La actitud de Ana había variado bruscamente hacia él.

—¿Dónde tienes ahora el estudio? —preguntó Ana María con indiferencia.

—Donde siempre. Es el que tú conoces.

Ana frunció el entrecejo y cerró los ojos, como si algo le hiciera daño. Una nueva multitud se volcó desde el interior del edificio sobre el portalón. El público que salía de la sala de conferencias, unido a los lectores de la Biblioteca, y al que regresaba de la Exposición, se sumaba a los que esperaban a que cesara la lluvia para salir. Todos querían estar en primera fila con la cortina de agua en las narices. Se empujaban unos a otros. Se abrían paso a codazos.

—Ana, ¿no has olvidado aquella buhardilla?

Ana María, sin mirarle, negó con la cabeza.

—En cada mueble, en cada rincón, en cada rayo de luz, en cada sombra está tu recuerdo.

La lluvia caía aparatosamente. Los situados en primera fila se lamentaban ahora de no haberse quedado más atrás. Hubo un movimiento de retroceso, pues caía pedrisco y les salpicaba. Ana y Andrés, cogidos por dos olas de distintas presiones, estuvieron a punto de separarse. Andrés la tomó de la mano.

—No te escapes.

Ana se disculpó.

—Me arrastran.

La atrajo hacia sí y conservó la mano de Ana María entre las suyas. Si la lluvia, contraviniendo la ley de la gravedad, hubiera comenzado de pronto a ascender hacia las nubes, o si el granizo en vez de blanco cayera rojo o amarillo no hubiera despertado tanta atención en Ana y Andrés como la que nació de súbito en ellos hacia la líquida precipitación. Dejaron de hablar y, por no mirarse, mantenían los ojos clavados en la lluvia, como si se tratara de un fenómeno nunca presenciado antes de ahora por seres humanos. Ana María entreabrió los labios para decir algo y arrugó la frente. Andrés se volvió hacia ella y reconoció con nostalgia aquel pliegue que le nacía cuando concentrada quería entender un punto difícil de su asignatura. Ana acercó el rostro para que los demás no la oyeran y Andrés dejó resbalar los labios sobre su frente. La mano de Ana María se crispó en la suya.

—Yo voy a salir ahora; pero prométeme quedarte aquí.

Lo dijo con un hilo de voz, sin retirar su frente del rostro de Andrés.

—He traído el coche. Si tienes prisa, te llevo.

—No tengo prisa.

—¿Entonces?

Alzó la cabeza y retiró su mano de la de Andrés; pero él la sostuvo firmemente por el brazo.

—No te dejaré marchar.

Ana le miró. Había una gran sinceridad en la súplica muda de su gesto.

—¿Qué quieres, Ana, qué quieres? —dijo Andrés con rabia contenida.

Ana respondió con firme suavidad:

—Quiero, sencillamente, que dejemos de vernos.

Se abrió paso entre la gente hasta alcanzar la primera línea; miró con los ojos entornados hacia el cielo para medir la intensidad del agua que caía, se subió las solapas del traje sastre y se perdió bajo la lluvia.

Aquella noche apenas pudo dormir.

—Andrés, ¿qué te pasa?

Andrés dio una vuelta más, en la cama.

—No me despiertes.

—Llevas horas despierto. Y yo también. ¿Qué te pasa?

—Nada. Déjame dormir.

Alicia se sentó en la cama y adoptó la postura de *El Pensador,* de Rodin.

—Soy yo la que quiere dormir, pero tú no me dejas.

Andrés respondió con un gruñido. Alicia continuó:

—Cuando no duermes eres igual que cuando pintas: das cien vueltas, gruñes, suspiras, hablas solo... ¿A quién has dicho que quieres tirar por el hueco del ascensor?

—¿Yo he dicho eso?

—O algo parecido.

—Estaría soñando..., ¡déjame dormir!

—Antes —continuó Alicia—, cuando tenías una preocupación, me la contabas. Me dejabas con el corazón en un puño, pensando y repensando en tu problema. Y cuando ya habías conseguido desvelarme, te dormías como un bendito. ¿Por qué no haces lo mismo ahora?

—Te he dicho que no me pasa nada.

Un silencio.

—Alicia...

—¿Qué?

—No te duermas. Háblame.

—¿Quieres que encienda la luz?

—No.

—¿Te duele algo?

—No.

En seguida rectificó.

—Sí. Creo que me duele un poco la cabeza.

—¿Y por qué no me lo has dicho antes?

—No me había dado cuenta de que me dolía.

—Estás completamente loco. Ven aquí.

Alicia se inclinó sobre Andrés y comenzó a frotar lentamente con sus largos dedos las sienes, la frente, la nuca.

—¿Sabes que tu hija necesita que le haga esto, cada noche, para dormirse?

—¡Eres la mujer más maravillosa del mundo!

—Pues no lo parece.

—¿Por qué?

—Tú me entiendes.

Sus dedos eran prodigiosos, sencillamente prodigiosos. Eran suaves y enérgicos, persuasivos, sabios. La respiración de Andrés se fue acompasando. Se hizo más

honda, más regular.

Alicia lo besó y se hundió entre las sábanas. Andrés volvió su cuerpo hacia ella, buscó el hueco de su cuello, se reclinó en él y se quedó dormido.

III
UNA SEÑORITA DE MUCHA ALCURNIA

María Terrón era una señorita.

«¡Gorrona, que es usted una gorrona y una gandula: eso es lo que es usted!» «Ni gorrona ni narices; una señorita : eso es lo que soy. Y una señorita de mucha alcurnia.»

¿Se «lo había» dicho así, de verdad, o se «lo debía haber dicho», nada más? Ya no se acordaba. Estaba muy vieja y no se acordaba de nada. Por eso se atrevían con ella.

A pasitos muy cortos se acercó al espejo. Cogió el corcho requemado y se lo untó en el pelo sobre el corcho requemado de la víspera. Debajo de muchas, muchas capas de corcho requemado, estaban sus canas. «¡Insolente, descocada!» También podía haberle dicho esto, pero no se atrevió. Muy por el contrario —y con muy buenos modos, porque educación no le faltaba, gracias a Dios—, había replicado que ésa no era forma de tratar a una señorita. Sí; eso es lo que le había dicho. Ahora lo recordaba muy bien.

María Terrón ya no llegaba al espejo. Cada día estaba más bajita. Había cogido la costumbre de dormir sentada, para no despeinarse; y la espalda, con los años y esta costumbre, se le había doblado hacia delante. Pero ella, como no llegaba al espejo, no lo sabía. Creía que eran los criados de Matilde, que le ponían el espejo cada vez más alto para hacerla rabiar.

María Terrón abrió una enorme caja de madera llena de polvos de arroz. Metió las dos manos dentro y se frotó la cara con las manos. «Había que ponerse guapa: sí, señor; había que arreglarse un poco y ponerse guapa, que hoy iba de visita.» Descorrió el pestillo de la puerta y salió al pasillo. Desde fuera cerró la puerta con llave; no fueran los criados a robarle o a husmear entre sus cosas. Mas la dejó puesta en la cerradura. La rotonda de Matilde estaba del otro lado del piso; del lado de los salones. A pasitos muy cortos, arrastrando las zapatillas por el suelo, se dirigió hacia allí. «¡Gorrona, gandula!» ¡La habían llamado gorrona y gandula! Se lo diría a Matilde. De hoy no pasaba. Se lo diría todo. ¿Quién se había creído esa descocada que era María Terrón?

Los primeros recuerdos que Ana conservaba de su infancia estaban indisolublemente unidos a María Terrón. La recordaba como una vieja pelleja de cara decrépita, encorvada y sucísima, que emergía de pronto de la oscuridad de los pasillos mascullando palabras ininteligibles relacionadas con historias que se inventaba. Cuando se encontraba con la niña, ponía los brazos en jarras, meneaba la cabeza de un lado a otro para hacerla reír y ahuecando la voz como para hablar a las gallinas, decía invariablemente: «Una, la luna; dote, pierrote; trelli, cacarelli; cuatro,

Catalina; chingüe, chingüintina; seis, de rechupete... y con éste van... ¡siete!» Si al llegar a este punto la niña no se reía, María Terrón añadía, invariablemente también: «¡Ti, ti, ti, ti! ¡Ro, ro, ro, ro! ¡Ja, ja, ja, ja!»

Veinte años antes había hecho lo mismo con su madre; y veinte después, con sus hijos Quique y Alberto. Cuando eran más pequeños que ahora, como no habían nacido en la casa y no estaban acostumbrados a estas apariciones, se aterraban y cogían unas perras espantosas.

Matilde había contado cien veces la historia de María Terrón. Primero, a su hija Elena; después, a su nieta Ana María, y ahora a sus bisnietos, Quique y Alberto, que la escuchaban embobados.

Matilde intentaba explicarles que, de joven, María Terrón era una real moza; y muy emperifollada y compuesta, por cierto. Cincuenta y tantos años antes, María Terrón era inquilina de Matilde —o, mejor dicho, hija de una inquilina— y vivía con su madre en un ático muy modesto del mismo edificio, en compañía de una vieja criada que las servía sin sueldo, a cambio de la manutención. Todos los jueves, las Terrón hacían a Matilde una visita de cortesía. Se daban muchos humos y gastaban en vestir lo que no tenían para comer. Cuando la criada murió, la madre se encargó de las faenas de la casa, prohibiendo terminantemente a la niña que la ayudara. No estaba bien que una muchacha de su posición, llamada algún día a casarse con un pollo distinguido de la Corte, empleara sus manos en tan bajos menesteres. El portero de la casa habló un día con Matilde. Algo extraño debía de ocurrir a las inquilinas del ático: hacía cuatro días que ninguna de las dos había salido de la casa, ni para hacer la compra siquiera; y él se preguntaba que cómo sin hacer la compra podían arreglárselas para comer. ¡Santísima Virgen, lo que encontraron allí! Después de aporrear la puerta y de pedir a voces que les abrieran, y de escuchar pasos y suspiros, la joven María Terrón les abrió. Su aspecto era terrible: demacrada, ojerosa, los largos pelos desgreñados cayéndole sobre los ojos, parecía un modelo escogido por Goya para su pintura negra. Sin pronunciar palabra, echó a correr hacia el interior. La siguieron; y Matilde, espantada, descubrió el cadáver de la inquilina, desnudo, sobre la cama. Llevaba varios días muerta. Las ventanas estaban cerradas y el hedor era insoportable. Matilde se apiadó de la pobre huérfana; ordenó la casa, arregló el cadáver, se ocupó del entierro y encargó a sus expensas un funeral. Su gran sorpresa fue comprobar la ausencia de María Terrón en las honras fúnebres. A cuantas preguntas le hizo el día terrible en que descubrieron el cadáver, la niña había dicho que ella no sabía qué hacer, no conocía a nadie, no sabía nada. Pero es que la niña tenía diecisiete años, ¡caramba!, y ya podía haber avisado al portero que llamara a un médico o a un cura, al ver que su madre se ponía mala. Pero este caso era distinto. Si entonces se atolondró, ahora ya había tenido tiempo de reponerse. Algo grave debía de ocurrir a la muchacha para no asistir al funeral de su madre. Volvió al piso y

encontró a la inquilina en un estado más lamentable aún que el primer día. La joven confesó que no había comido desde la víspera del fallecimiento de su madre. Matilde prometió ayudarla. Quiso informarse de qué dinero tenían, en qué Banco lo guardaban, a cuánto ascendía la pensión de viudedad que cobraba la pobre muerta, dónde lo cobraban. María Terrón lo ignoraba todo. Su madre era quien se ocupaba. A ella no la dejaba intervenir. ¡Ella era «una señorita»!

Ésta fue la primera vez que Matilde oía una afirmación semejante, pero no la última. A lo largo de cincuenta y siete años, María Terrón repitió esta cantinela sesenta y una mil quinientas sesenta veces, a tres por día, sin contar cuando lo decía en sueños.

—Vístete —le dijo Matilde—; péinate y baja a mi casa. Te daremos de comer y luego veremos entre las dos el modo de arreglar las cosas.

La respuesta fue insólita:

—Yo no sé... —dijo.

Matilde empezó a irritarse. Cuando esto le ocurría, se ponía muy tiesa, estiraba el busto y un ligero tic nervioso le contraía un párpado.

—¡Ay, doña Matilde, no me mire usted así, no me mire así, por Dios! —suplicó María Terrón, rompiendo a llorar.

Matilde procuró suavizar la voz.

—¿Qué es lo que no sabes, preciosa mía; qué es lo que no sabes tú?

María Terrón confesó paladinamente que no sabía peinarse. Era su madre quien la peinaba, quien la había peinado siempre. Matilde, que era mujer piadosa, intuyó que pruebas así sólo las da el cielo a quienes quiere purificar. Se armó de paciencia y la peinó. Después la acompañó de la mano escalera abajo, y ordenó que le dieran de comer y la acostaran. Tres días más tarde, considerándola repuesta, la mandó llamar.

—Dígale a María Terrón que venga —pidió Matilde a Petra, la sirvienta.

—María, que la llama la señora.

—Dígame «señorita María» —corrigió la huérfana, sonriendo.

Cuando Matilde la vio entrar con las greñas sobre la frente, señaló la puerta y gritó con voz y ademán que no admitían réplica:

—¡Vete, peínate y vuelve!

Y después, acordándose de que los caminos para llegar al Señor son infinitos, suplicó a Petra que la peinara.

—¡Pues no tengo yo poco que hacer en la casa! —protestó Petra.

Y como quien revela un secreto, confesó a Matilde que habían estado visitando el ático de la Terrón, ¿y a que no sabía la señora lo que habían encontrado? ¡Comida! ¡Habían encontrado comida en la despensa! Toda la que compró la muerta, que en paz descanse, la última vez que hizo la compra y que no pudo cocinar porque falleció.

—¿Entonces no es cierto que la niña estuvo tantos días sin comer? —preguntó

Matilde, que no acababa de comprender la confidencia.

—Claro que es verdad —dijo Petra—. Lo que pasa es que la niña (que tiene de niña lo que yo de cura, porque mi madre, a su edad, ya me había traído al mundo) no sabe encender un cerillo, no sabe calentar leche, no sabe freír un huevo, no sabe comer... ¡Ella es una señorita! ¿Sabe la señora lo que le digo? Que es una gorrona y una gandula, ¡eso es lo que es!

—Bien, bien. Péinala de modo que no se despeine más —ordenó Matilde, impaciente—, y adviértele que es la última vez que lo haces.

Petra obedeció. Estiró el pelo todo lo que pudo y le hizo un moño sobre la coronilla, reforzado con bramantes para que no se soltara. El peinado le duró tres meses. María Terrón, sabiendo que Petra cumpliría su amenaza de no peinarla más, se acostumbró desde entonces a dormir en un butacón para que el roce de la almohada no deshiciera la obra de arte que habían construido sobre su cabeza.

—¿Y no se peinaba nunca, nunca? —preguntaba Quique cuando oía esto, arrugando la nariz.

—Ni se peinaba, ni se peina; ni se lavaba, ni se lava —concluía la bisabuela, elevando los ojos al cielo.

Y los dos pequeños se doblaban de risa.

En aquella época, es decir, cuando tenía diecisiete años, y Matilde, ya casada, veintitrés, María Terrón la llamaba «doña Matilde»; veinte años después, y para distinguirse de los criados, la suprimió el «doña» y la llamaba Matilde a secas. Y por último, insólitamente, un día aciago comenzó a tutearla. «¿Y por qué no iba a hacerlo? —pensaba María Terrón—. ¿No era ella, acaso, tan señorita como la que más? ¿Por qué no iba a tratarla de igual a igual?» Esto sacaba de quicio a Matilde, que se pasaba meses enteros escurriéndole el bulto para evitar aquel tuteo que le sentaba como un escopetazo. A lo largo de tres generaciones, las distintas promociones de criados que pasaron por la casa odiaron a María Terrón. Y Matilde ofrecía a diario al Altísimo en sus oraciones el sacrificio de soportarla por la remisión de los pecadores que morían sin confesión y por las intenciones del Sumo Pontífice.

La antigua inquilina avanzaba ahora por el corredor, arrastrando los pies. Como era tan menuda, ni siquiera las maderas más finas crujían bajo sus plantas. Se lo diría todo a Matilde. Esta vez se lo diría todo. «¡Pero, María, vamos a ver! ¿Quién te ha llamado esas palabras tan feas? ¿Petra? ¡Pero si la pobre Petra murió hace muchos años! ¡Vamos, María, vamos, no seas rencorosa!» Sí, sí. Ahora lo recordaba. Ya se lo había contado a Matilde otra vez. Y ya ves lo que son las buenas maneras. Matilde había dicho lo de «la pobre Petra» de una forma... que ahora también a ella le daba pena que se hubiera muerto. Además, desde que murió, ya nadie la peinaba. ¡Pobre Petra...! ¡Pobrecita vieja, lo fea que se puso antes de morir...!

Al ver entrar a María Terrón, Matilde cerró los ojos y dejó caer la cabeza sobre el

pecho, pero la treta no le valió.

—No te hagas la dormida, Matilde; que sé muy bien que estás despierta.

En realidad, Matilde no pensaba hacerse la dormida. Intentó solamente recogerse dentro de sí para rezar su breve jaculatoria por la remisión de los pecadores y ofrecer al Señor los minutos de prueba que la esperaban.

—No me hago la dormida; es que me duele la cabeza, ¿sabes?

—¡Cómo no te va a doler...! Ya somos muy viejas, Matilde, muy viejas... Cada vez que entro aquí y te miro, me doy cuenta de cómo ha pasado el tiempo.

Matilde la miró con pena. El corcho ahumado llegaba mucho más abajo de las raíces del pelo y le manchaba la frente y las orejas.

—Tú, en cambio, no tienes ni siquiera una cana...

—¡Quita allá! ¡Claro que no! Yo soy mucho más joven que tú. Por lo menos diez años...

—Seis —corrigió Matilde.— Cuando murió tu pobre madre, que en paz descanse...

—No me recuerdes a mi santita. No me la recuerdes...

—Ella era todo para ti. Te peinaba, te lavaba...

Estuvo por añadir: «Desde entonces, en memoria suya, no lo has vuelto a hacer». Pero temiendo que su jaculatoria perdiera eficacia si faltaba a la caridad, se limitó a decir:

—La echarás mucho de menos...

María meneó la cabeza, abrumada por el infortunio de su orfandad..., a la que no se resignaba a pesar de los cincuenta y siete años transcurridos desde que murió su madre. Matilde empezaba a impacientarse.

—¿Y a qué se debe tu visita?

—¡Qué cosas preguntas, mujer! ¡Hoy es jueves!

La Terrón sonrió maliciosamente para sus adentros, comprobando que Matilde estaba tan vieja que ya no sabía ni el día en que andaba. «La pobre —pensó— empieza a chochear.»

—¿Y qué, has tenido muchas visitas hoy?

—He estado despachando hasta ahora mismo con mi administrador —respondió Matilde—. ¿Ves tú? Cuando entraste, aún no había terminado de ordenar mis papeles. Con tu permiso voy a terminar de hacerlo.

María meneó la cabeza, compungida.

—¡Qué cosas, qué cosas...!

Se refería a una fea costumbre de Matilde: la de trabajar. ¡Jesús, María!... ¡Una señora de su posición ocupándose en esos menesteres! ¡Qué cosas! ¡Vivir para ver! En lo de trabajar, ella había sido siempre mucho más señorita que Matilde. ¡Ya lo creo! ¡Mucho más! Pensó esto, y fue tal la paz que anegó su espíritu, que dio dos o

tres cabezadas y se quedó dormida.

—Y ahora va a venir a verme mi nieta —continuó Matilde—. Me ha anunciado que vendría, aunque un poco tarde. Pero, ¿te has dormido, mujer? ¡Eh, eh! ¡María!...

María Terrón se despertó.

—¿Qué pasa? ¿Qué pasa?

—Decía yo —continuó Matilde para mortificarla— que qué sería de aquel pollo que tu madre me dijo que te hacía la corte. No lo volviste a ver, ¿verdad?

—¡Jesús, Jesús..., pero qué cosas se te ocurren!...

—Deberías haberte casado...

—¡Calla, calla, mujer! —Y se santiguó dos veces.

El sillón de Matilde era sin duda mucho más cómodo que el de su cuarto, y volvió a quedarse dormida.

Matilde tomó su bastón y rozó con la punta de goma el hombro de María Terrón para despertarla.

—Bueno, María. Pues muchas gracias por tu visita.

—¿Eh, eh?

El tic nervioso comenzó a cosquillear el ojo de Matilde.

—¡¡Que muchas gracias por tu visita!! —gritó.

—De nada, mujer, de nada —dijo, incorporándose—. Ya sabes que para mí es un placer venir a verte...

«Me temo que esta vez la visita no ha sacado ni un alma del purgatorio», pensó Matilde; y poniéndose en pie, abrió las ventanas de par en par.

—¡Qué peste! ¡Qué peste!

Apoyada en su bastón, salió de la rotonda. A poco, regresó con un pulverizador en la mano. Lanzó al aire varias nubecillas de vapor y envolvió el sillón contaminado en un halo de espliego mezclado con alcohol, que se preparaba ella misma y que sólo utilizaba los jueves.

Andaba muy derecha, muy derecha. El tic ya no la abandonaría en toda la tarde.

María Terrón oyó subir el ascensor y se estacionó en el *hall* por ver quién era. Al descubrir a Ana María, corrió a saludarla.

—¿Y esos niños tan preciosísimos? ¿Están buenos de salud?

—Ya lo creo, María; muchas gracias.

—¡Que Dios Nuestro Señor se los conserve!

—¿Está abuela en la rotonda?

—¡Ro, ro, ro, ro! ¡Ti, ti, ti, ti! ¡Qué riquísimos son! Me los comería. Sobre todo al pequeño...

Ana, siempre intelectual, tuvo una horrible asociación de ideas. Recordó el cuadro de Goya, el monstruo Saturno devorando a su hijo..., e imaginó a María Terrón con la cara de Saturno, masticando entre sus negras fauces al pobre Quique.

Se despidió precipitadamente de María y corrió hacia la rotonda para abrazar a su abuela.

María Terrón siguió pasillo adelante mascullando sus cosas: «Una, la luna; dote, pierrote; trelli, cacarelli... ¡Pobre Petra! ¡Qué feísima se puso antes de morir! Cuatro, Catalina, chingüe, chingüintina... Gorrona; la había llamado gorrona y gandula. Seis de rechupete y con ésta van...» Pero Dios la había castigado ya. ¿Quién se habría creído —la muy descocada— que era María Terrón? ¡Una señorita; eso es lo que ella era! Y de lo más alto... ¡De pueblo, sí; pero de lo más alto!

IV
LOS FANTASMAS DE ANA MARÍA

Ana sorprendió a su abuela en plena faena de desinfección. Antes, cuando era más joven, estas manías suyas la irritaban; ahora en cambio, la enternecían.

—¿A que adivino quién ha estado aquí hoy?

—Huele mucho, ¿verdad? —inquirió Matilde.

—Huele a lavándula, abuela; ¡son manías tuyas!...

Se sentó en el mismo sillón en que había dormitado la vieja visita de los jueves, y al poco se levantó horrorizada.

—Tienes razón —exclamó—. ¡Qué peste!

—¿No te lo decía yo?

—No hay derecho. ¡Es un asco! —exclamó Ana, indignada—. Pero ¿de verdad esa mujer no se lava nunca?

—¡Nunca! Al menos, déjame calcular..., al menos en los últimos cincuenta y siete años.

«¿Me estaré volviendo vieja yo también —pensó Ana mientras cambiaba de asiento— y tendré manías?»

Su abuela le enseñó un periódico.

—¡Mira!... —le dijo con aire desolado, señalando una esquela—. ¡No sabes qué disgusto más grande tengo!...

¡Cuántas veces, pensó Ana, su abuela no le habría dicho lo mismo, señalándole una noticia mortuoria con el periódico en la mano! Antes que las noticias, Matilde buscaba siempre en los diarios la sección necrológica. Envejecer debe de ser eso, pensó Ana María: ir descubriendo que todos los seres queridos —o simplemente aquellos con los que se ha tenido alguna relación— van desapareciendo; descubrir que los que quedan son seres extraños, sentirse sola en un mundo lleno de nombres desconocidos.

Matilde le habló del muerto:

—Pero ¡si tú lo conoces, mujer! ¿No te acuerdas?

¡Cuántas veces también su abuela no le habría hablado de personas de otras épocas, que tenían estas u otras características, una manera peculiar de vestir o de hablar o de comportarse en público! Y es que —a pesar de tener la cabeza muy clara para la mayoría de las cosas— Matilde confundía las generaciones y le hablaba de individuos, tíos o primos lejanos a quienes su madre había conocido, pero ella no.

—¡Qué tontería más grande! —dijo de pronto la abuela mientras se sentaba—. ¿A que no sabes lo que te iba a preguntar? Que cómo iban tus estudios... ¡Imagínate!

—¡Huy, abuela; no te extrañe! Yo todavía me despierto algunas mañanas con la

preocupación de que tengo que repasar el griego o la Historia de la Filosofía...

—Pues eso es de viejas...

—¡Ay, abuela; es que yo empiezo a serlo!...

—¡Qué disparate! —dijo Matilde, riendo—. Tú no sabes lo que es eso. Tú tienes ahora...

—Treinta y tres años —atajó Ana.

Su abuela la miró sorprendida.

—¡Qué me dices! ¿Tú tienes ya treinta y tres años?

—¡Claro!

—Pues mira; vieja no eres, ¡claro que no!; pero joven, tampoco.

Ana María sintió una cierta desazón. Era la primera vez que su abuela le decía eso. Estaba acostumbrada a que cada vez que demostraba una preocupación por el paso del tiempo, su abuela le dijera: «¡Calla, calla; si eres una chiquilla!» Y ahora, de pronto, su propia abuela se mostraba sorprendida.

— ¡Qué atrocidad, cómo pasa el tiempo! —insistió Matilde—. Esa misma edad tenía tu madre cuando... —Y se interrumpió bruscamente. Ana la ayudó a terminar:

—Cuando papá se fugó...

Era la primera vez, en veinticuatro años, que este tema se tocaba entre las dos.

Hubo un largo silencio. Matilde irguió el busto y sufrió repetidamente las contracciones del párpado.

Melancólicamente, y como hablando para sí, Ana exclamó:

—A veces pienso que papá hizo bien en marcharse...

—¿Qué dices? ¿Qué dices? —preguntó la abuela con nerviosismo.

—Nada, nada. Estaba pensando en papá...

Afortunadamente, la abuela no había escuchado sus palabras. Le habrían dolido, sin duda. No hubiera podido comprenderlas. Muy nerviosa, por haber provocado distraídamente el tema prohibido, Matilde se inclinó sobre los papeles, que no había podido ordenar —por culpa de María Terrón— desde que se fue el administrador, y fingió interesarse por ellos.

«¿Por qué habré pensado esto?», se dijo Ana. En realidad, ella ignoraba los motivos que tuvo su padre para tomar aquella horrible y cruel determinación. ¿Cómo se

atrevía a juzgar entonces? ¿Con qué derecho se atrevía a opinar?

Recordó la frase entreoída de niña: «Como si hubiese muerto». Y evocó a su madre, silenciosa, encerrada en su orgullo y en su dolor, sentada junto a la abuela en esta misma rotonda, sobresaltándose ante un ruido cualquiera: un timbre, un motor, los días que siguieron a la desaparición de Alberto. Y recordó la voz de su abuela: «Elena, hija..., ¿por qué no lees? ¿Por qué no bordas? ¡Haz algo!...»

Ana tenía entonces nueve años. Se pasaba las horas sentada en la alfombra,

repasando las lecciones de Gramática e Historia Sagrada o mirando viejos álbumes de fotografías que le daban para que se entretuviera sola. «Feliz ella —oyó una vez que decían—; ya lo ha olvidado todo.» ¡Pero eran ellos, los «mayores», quienes habían olvidado cómo es el alma de los niños! ¡Los niños no olvidan nunca!

La naturaleza cubre rápidamente sus dolores y decepciones con una espesa capa —como recubre con una concha protectora el cuerpo de los moluscos, tanto más recia cuanto más débil es la materia que protege—. Pero esta capa exterior no está hecha de olvido, sino extraída de esas sutilísimas canteras del alma donde se aloja el pudor de los propios sentimientos. Bajo la concha aisladora, el recuerdo permanece vivo, palpitante y temeroso de que cualquier fisura lo someta a los embates de fuera.

Las lágrimas de Ana María, lágrimas lloradas por los rincones o entre las sábanas, o tragadas en las largas veladas junto a su madre y su abuela, eran mucho más amargas que las de los mayores: porque éstos conocían, sin duda, de antes, los defectos o las vacilaciones de carácter de su padre —o su villanía—; y ella no. Ella sabía tan sólo que lo adoraba, que lo consideraba un ser distinto y superior, que lo quería y admiraba por encima de toda ponderación y que se llenaba de orgullo cuando alguien aludía a su parecido físico o temperamental con él. Hija única, Ana era el solo espejo en que se miraba su padre. Un oscuro y no articulado pensamiento se mezcló siempre al dolor por su desaparición: «¿Por qué no me ha llevado con él?»

Al enfrentarse ahora, al cabo de los años, con estos viejos recuerdos, Ana se admiró de que los sentimientos que despertaban en ella no fueran como los experimentados cuando se produjeron los hechos. Y al admirarse no pensaba en la intensidad de las emociones, sino en la índole del juicio que le merecían.

Sintió, asustada, que había nacido en ella un profundo desprecio hacia la sumisión —¡la no resignada sumisión!— de su madre; hacia aquel abandono de su ser en manos de una tristeza que la devoraba..., su lento dejarse morir... Elena le había inspirado siempre una gran compasión. Mas ya no era esto lo que sentía. Ana hubiera deseado en su madre más valor o —con más precisión— más rebeldía.

En cuanto tuvo conciencia de su albedrío, Ana había intentado, al menos, dos movimientos de liberación contra las garras de la soledad: sus estudios en la Universidad, al morir su madre, y, años después, su matrimonio con Enrique, cuando Andrés marchó a París. Quizá fue también por rebeldía, contra la ausencia de rebeldía de su madre, por lo que bautizó a su primer hijo con el nombre del padre desertor: Alberto. Y quizás era esta misma rebeldía, este deseo de compensar a destiempo su infancia desgraciada y la soledad de su adolescencia, lo que alentaba ahora, en estos mismos días, temerariamente, un invencible afán de desquite.

Ella no había querido más que a dos hombres: su padre y Andrés. Y los dos la abandonaron: su padre, cuando era niña; Andrés, cuando era todavía casi una adolescente. Cuando Andrés se marchó, en las oscuras capas del sentimiento de Ana

María se forjó algo así como un absurdo paralelismo, y el recuerdo de su padre revivió entonces con una terrible sensación de realidad, debida quizás a que Andrés —o la amistad de Andrés, mientras duró— había cubierto la herida sentimental de su infancia, hasta ocultarla; y ahora, al marcharse, la dejaba de nuevo al desnudo. O bien porque, al huir, el dolor de la desaparición se alojó en la misma cámara de dolor abierta por otra desaparición más antigua. Andrés no podría nunca sospechar esto. Su bohemia, su sensibilidad para el arte y para la vida, su incapacidad para el engaño, su rebeldía ante el fraude, su ingenua y bulliciosa o quizás exuberante vanidad, su capacidad de hacerse querer, su popularidad, hasta sus angustias económicas habían sido hasta entonces para ella el contrapunto del tedio —la rica y tediosa mediocridad — en que Ana había vivido desde la separación de su padre.

En las, más que largas, interminables veladas en casa de la abuela, sentada junto a ella en esta misma rotonda en que ahora se encontraba y en donde transcurrieron tantas horas de su infancia, Ana María, ya mujer, volvió a sentir, con presión intolerable, como cuando era niña, las garras de la soledad.

La fuga de su padre había sido definitiva; pero he aquí que Andrés había surgido de pronto, desde el pasado. Ana María le vio dos veces, sólo dos veces. La última hizo el firme propósito de no verle más. Sintió de pronto que algo que estaba más allá de las palabras y de los gestos comenzaba a tomar cuerpo entre los dos; que una corriente se establecía por encima de su razón y que adquiría vigencia lo que no entraba en sus planes. Tuvo miedo de perder, o al menos poner en riesgo de perder, ese equilibrio interior de que siempre había hecho gala, por el que su padre la alababa de niña y del que Andrés la acusaba, entre bromas y veras, cuando eran estudiantes. Decidió no verle más y no puso en duda que cumpliría su propósito. Pero olvidó que eran dos los que entraban en el juego. Apenas Ana María regresó de su veraneo, Andrés comenzó a buscarla; espiaba cerca de su casa la hora en que salía Enrique, para llamarla por teléfono; le escribía cartas. Ana había creído que los dos meses de ausencia de Madrid bastarían para que él desistiera, pero no contó con la tenacidad de Andrés. Leyó algunas de sus cartas, rompió otras sin leerlas, no acudió a ninguna de las imprudentes llamadas telefónicas, pero ¿dónde estaba ahora su famoso equilibrio interior? A medida que se defendía del cerco, una larga cadena de «porqués» surgían dentro de ella, amenazando su entereza. Eran las quintas columnas de Andrés, que trabajaban a su favor desde dentro de la posición sitiada. ¿Por qué había de renunciar a la amistad de Andrés si esa amistad la complacía? ¿A quién hacía daño con ello? ¿Quién podía impedírselo? ¿Y con qué títulos?

Ana empezó a extraer de un archivo, cuya existencia desconocía, pequeñas injurias de su marido, en las que, hasta entonces, no había reparado: su indelicadeza, su bastedad, el casi total abandono de la vida conyugal, su violencia cuando estaba irritado por causas de las que ella no era responsable, su incomprensión, su

incapacidad para el diálogo. ¿Por qué iba a aceptar que su destino fuera siempre el de estar rodeada de seres como Enrique, Elena y Matilde, que no la comprendían? ¿Por qué iba a estar eternamente sometida al castigo de sentirse sola en compañía de los demás? ¿Por qué? ¿Por qué?

Quizás a partir de entonces fue cuando Ana se rebeló contra la sumisión de su madre; y quizá fue entonces también cuando empezó a germinar en su interior la idea de que el tedio sólo puede vencerse con la evasión. Imaginó a su padre en aquella casa —que nunca fue su hogar—, cuyos muebles, alfombras y tapices no habían sido variados de sitio en cincuenta años; cuyos dorados, damascos y cornucopias parecían de un decorado teatral; recordó a su abuela, dominadora, y enérgica, presidiendo la ausencia de la propia intimidad, que ella misma hacía imposible; y a Petra, la viejísima criada muerta tantos años antes; y en los pasillos, como un fantasma de sí mismo, la sombra siniestra de María Terrón.

«A veces pienso que papá hizo bien en marcharse», había dicho inconscientemente. Y ahora, conscientemente, se lo volvía a repetir. Y es que Ana justificaba en su padre una ansia de evasión que ella misma sentía, y que antes de ahora no había podido comprender. Y la idea la consolaba, porque era también su propia y anticipada justificación.

A veces pretendía engañarse a sí misma, e imaginaba que la creciente obsesión de Andrés no era tanto por él como por su arte y su fama. ¿Estaría realmente justificado el crédito que le concedían? ¿Cómo sería su pintura? ¿Lograría realmente expresar en la tela su sensibilidad y sus ideas? Que Andrés tenía talento, estaba fuera de duda. Pero ¿le serían fieles sus manos? Ana recordaba con nostalgia las palabras de Andrés siendo estudiante; y más que las palabras, la exaltación, el entusiasmo con que las pronunciaba. «El artista nace con cerebro y corazón de artista, pero sin manos.» Matilde la sorprendió en plena delectación.

—¿De qué sonríes?

—No sé, abuela; tú también sonríes muchas veces cuando piensas.

Ana recordó los cuatro estados que, según Tomás de Kempis, tuercen la voluntad de los humanos: tentación, contemplación, delectación y consentimiento. Ana gozaba del tercer estado: delectación. «Las manos han de hacerse: eso es aprender. Mis cuadros no son obras de arte todavía; pero son obras de artista, de eso estoy seguro... Mis manos no saben, pero sabrán.» Ana gozaba entonces mortificándole, y él se encendía en un entusiasmo contagioso. ¿Conservaría Andrés sus horribles y adorables esbozos de entonces? ¿Los habría roto? ¿Cómo sería su estudio ahora?

Ana recordaba los grandes visillos del ventanal; el caballete, que él volvía de espaldas cuando su obra estaba inacabada; el diván manchado de pintura. Se recordó a sí misma en el estudio, con sus zapatos bajos, el pelo corto y la inseparable carpeta de apuntes sobre las rodillas, sentada en aquel diván junto a Andrés, repasando la

Filosofía en vísperas de los exámenes, o posando para él, o bailando con él silenciosamente, sin mirarse a los ojos, al compás de un viejo y destartalado gramófono. ¿Conservaría Andrés los mismos discos? ¿Cómo eran? Una de las melodías vino a su memoria, y un suave calor le subió a las mejillas. ¡Qué poder evocador tiene la música! Aquel día...

— ¡A que sé en lo que estabas pensando!

—¿En qué, abuela?

—En tus hijos.

—¿Cómo lo has adivinado?

—Por tu manera de sonreír.

Ana afirmó con la cabeza.

—¡Ay, abuela —exclamó Ana María, llevándose una mano torturada a la frente —, qué difícil es todo!

—Pues ya verás más adelante. Cuando los hijos crecen, es peor.

Hizo ademán de incorporarse.

—Acércame el bastón, ¿quieres?

Matilde se puso en pie.

—Estoy un poco cansada. Voy a acostarme y pediré que me lleven algo de comer a la cama. Espérame si quieres. Cuando esté acostada, te avisaré.

—No, abuela. Hoy voy al teatro con Enrique. Tenemos que cenar temprano para no llegar tarde.

—¿Qué vais a ver?

—Una obra de Regidor. Dicen que es colosal. Ya era hora de que en España se hiciera teatro moderno.

Matilde besó a su nieta. ¿Qué entendería esta tontuela por teatro moderno? Moderno fue Echegaray en sus días, y moderno fue Benavente, y moderno García Lorca, y ninguno era moderno ya. Tampoco lo sería el Regidor ese dentro de unos años más...

Ana prometió a su abuela contarle las peripecias del estreno. La música de «aquel día», el recuerdo de Andrés, la evocación del estudio la acompañaron hasta la calle.

En la calle, la esperaba Andrés.

Ana María iba a salvar el medio peldaño de desnivel entre el portal y la acera cuando lo descubrió, frente por frente, en la otra orilla de la calle. Se paró en seco, como si viera visiones, y quedó con un pie en el suelo y otro en el aire, como las grullas. Andrés, mal peinado, con las manos en los bolsillos y un aire entre despreocupado e inocente, la estaba mirando. Su sonrisa, medio burlona, medio asustada, parecía como si pidiera —por anticipado y sin propósito de enmienda— la absolución de Ana.

Apenas la vio detenerse en el portal, se ajustó la corbata, cruzó la calle y se

acercó a saludarla.

Ana le recibió indignada.

—¿Cómo te atreves a venir aquí? —le dijo, a media voz, mirando a un lado y a otro para comprobar que nadie conocido los veía.

—Pasaba casualmente, te he visto salir y me acerco a saludarte. ¿Qué tiene de malo?

—¡Eres insoportable!

—No me hables con tanta acritud. La gente va a pensar que hay «algo» entre nosotros.

—¿Cómo quieres que te hable? Me has sorprendido. Me parece fatal que vengas aquí.

Ana, que tenía la sensación de que todo Madrid estaba pendiente de sus gestos y de sus palabras, añadió, conteniendo la voz:

—Francamente, nunca pensé que me ibas a exponer a que alguien de casa me viera contigo. Te suplico que te largues.

—Lo normal hubiera sido —dijo Andrés con el aire más inocente que cabe— que me recibieras con una sonrisa. «¿Qué tal, Andrés?», debías haberme dicho. «¿Cómo te ha ido desde antes del verano? ¿Cómo está tu familia?» Eso hubiera sido lo normal. Yo te habría respondido: «Muy bien, muchas gracias. ¡Qué casualidad encontrarte! ¿Hacia dónde vas?» Tú me hubieras contestado: «A casa», o bien: «Estoy buscando un taxi». A lo cual yo, siempre galante, te hubiera ofrecido llevarte en mi coche. ¡Cien personas que nos hubieran visto, considerarían la cosa como lo más normal del mundo!

—¿No me ves que estoy pasando un mal rato? ¿Por qué no te largas de una vez?

—Pero, Ana... —insistió Andrés—, cualquiera que te oyera podría pensar que hay «algo» realmente entre tú y yo. Hasta yo mismo, al oírte, empiezo a pensarlo.

—Eres muy gracioso; pero te ruego que te esfumes ahora mismo, si no quieres que vuelva a subir a casa de la abuela.

—Ana María, haz un esfuerzo y sonríe. Te hablo en serio. Ésos que se acercan nos conocen y podrían pensar mal.

Ana se volvió de espaldas a un matrimonio de edad que se acercaba a ellos. Andrés abrió la portezuela de un coche minúsculo y birrioso y dijo, en voz bastante alta para ser oído:

—¡No faltaba más! Te llevo con mucho gusto.

Y saludó con una inclinación de cabeza a los que pasaban.

Ana, sin dudarlo más, se precipitó en el coche como quien huye de una quema. Andrés saltó al volante y puso el motor en marcha.

—¿Quiénes eran? —preguntó, turbadísima, cuando ya las ruedas se deslizaban sobre el empedrado.

—No tengo ni idea. Es la primera vez que los veo.

—¡Para el coche ahora mismo! ¡Quiero bajar!

—Sé sensata, Ana. Si alguien te ve bajar, podría pensar mal.

—¡Eres odioso! ¡Ve más de prisa entonces!

Ana no se atrevía ni a mirar por las ventanillas. Andrés le ofreció un cigarrillo, que ella rechazó. En vista de esto él también renunció a fumar.

—¿Te divierte mucho llevar una mujer secuestrada en tu coche?

—¡«Secuestrada»! ¡Qué palabra más dura!

—No irás a decir que me llevas por mi gusto...

—¿Vienes a disgusto acaso?

Ana dudó.

—A disgusto, no. Pero, desde luego, contra mi voluntad.

—¿Cómo puede ser eso? No lo entiendo.

—Siempre fuiste torpe para las sutilezas.

Ana buscó una frase que le mortificara. Añadió con aire burlón:

—¡Te encuentro mucho más audaz que antes!

—¿A qué te refieres?

—A que ahora deberías ser menos audaz; en cambio, en aquella época hubieras podido serlo más. ¡Todo lo haces al revés!

Andrés frenó el coche bruscamente y lo arrimó a la acera.

—Siempre he pensado que fui un estúpido. Yo te quería, ¿comprendes?, y me sentía incapaz de decírtelo.

—¿Por qué has parado el coche? ¡Sigue andando! ¡Nos pueden ver!

—¡No puedo conducir y gesticular a un tiempo!

—No gesticules.

—¡No puedo mirarte a los ojos mientras hablo!

—No tienes por qué mirarme. Anda, pon el coche en marcha. Si me prometes no parar, te autorizo a que me acerques a casa sin sentirme secuestrada.

Andrés obedeció satisfecho. Ana empezaba a humanizarse.

—¿Tienes tiempo de dar un rodeo?

Ana consultó su reloj.

—No mucho. Esta noche voy al teatro.

—No irás al estreno de Regidor...

—Sí.

—¡Colosal! Allí nos veremos.

—¿No vas con tu mujer?

—Alicia no está en Madrid.

Andrés se desvió de la ruta hacia calles menos concurridas. Ana fingió no darse por enterada.

—No te ha impresionado nada que te dijera que te quería.

—No me ha impresionado en absoluto.

—Pues era así.

—Mira, Andrés. Me tienes que prometer no hablar nunca de ese tema. Primero, por ser mentira: nunca me has querido; segundo, porque me molesta profundamente oírtelo decir... tan a destiempo.

Andrés la miró con el rabillo del ojo.

—¿Me dejas parar el coche?

—¡No!

—¡No puedo hablar y conducir a un tiempo!

—No tienes por qué hablar.

—¡Es muy cómodo soltar tu parrafada y después negarte a escucharme! ¿Qué puede ocurrir si paro el coche ?

—Que me baje. Si es eso lo que quieres, ¡páralo!

—No lo pararé... Por cierto, ¿recibiste mis cartas?

—Sí.

—¿Las leíste siquiera?

—¡No! Bueno..., en realidad leí sólo las dos primeras. ¡Y me parecieron tan desorbitadas, tan insinceras!

—Yo siempre he sido desorbitado, pero no insincero.

Andrés detuvo el automóvil. —Llévame a casa, Andrés. Aquí está muy oscuro.

—El tiempo de fumar un cigarrillo y nos vamos. ¿De acuerdo?

Ana no respondió. La llamarada del fósforo iluminó los dos rostros. Después sólo quedaron las brasas del tabaco, temblorosas, parpadeantes flotando en la oscuridad.

—Yo nunca he sido insincero.

—No te favorece nada decir eso. Si me encuentro a gusto a tu lado es porque no creo ni una palabra de tus arrebatos líricos; si, en cambio, creyera que es verdad cuanto me decías en tus cartas, ya no estaría cómoda contigo.

—¡Qué mentalidad más tortuosa! —exclamó Andrés, riendo—. Te gustan mis verdades, en tanto que las crees mentiras; y te disgusta lo que llamas mis mentiras, mientras yo afirme que son verdades. ¡No comprendo cómo aprobaste la Lógica en la Facultad!

—En cambio, yo comprendo muy bien que te suspendieran en Psicología —contestó Ana lentamente. Y añadió—: ¿Por qué eres incapaz de entender la amistad sin creerte obligado a decir cosas que no sientes?

—No es así, Ana, no es así. Mi mentira sería ocultar mi amor por ti con el pretexto de la sola amistad.

—¡Qué grotesco es el vocablo «amor», Andrés, y qué grandilocuente! Cuando los escritores lo usan, siento pudor ajeno, como si los viera desnudarse en una plaza

pública. En esto los poetas son de una impudicia inadmisible. No seas como ellos.

—Bien. Inventemos vocablos nuevos. La traducción será la misma.

Ana guardó silencio. Al cabo de unos segundos, exclamó :

—¡Qué difícil es todo!

Andrés se acercó a ella y la estrechó contra sí. Ana se desasió con brusquedad.

—¡Déjame! —Y en seguida añadió—: Llévame a casa.

—¡No hemos mediado el cigarrillo!

—Llévame a casa —repitió Ana alzando la voz—. ¡Te digo que me lleves!

Andrés se apartó, puso el coche en marcha, encendió las luces y sin piedad alguna hacia las ballestas cruzó los baches del descampado como si fuera una autopista. Estaba furioso.

—No te enfades conmigo... —suplicó Ana María.

Andrés no respondió.

—No debiste venir a buscarme. Yo no debí subir al coche...

Andrés apretó los dientes y guardó silencio.

—¿Cómo supiste que estaba en casa de la abuela?

—Uno de tus hijos me lo dijo.

—¡Estás loco! ¿Cuándo has hablado con mis hijos?

—Estuve toda la tarde rondando tu casa. Vi a un niño jugando con la arena, me acerqué, le pregunté por ti y me dijo que habías ido a visitar a tu abuela.

—¡No lo vuelvas a hacer!

—No lo volveré a hacer.

—Andrés...

—¿Qué?

—Si te digo que te agradezco este secuestro de hoy, ¿se te alegrará la cara? ¡Dios mío, qué gesto! Si parece que vas de entierro...

—¿De verdad me agradeces que haya ido a buscarte?

—¡No has debido venir! ¡Ha sido un error!

—¿Cómo no quieres que me enfade? ¡Ponte de acuerdo contigo misma!

Ana se llevó ambas manos a la cara.

—Estoy hecha un lío. No sé si me alegro o no. Mi cabeza es un *puzzle* en desorden. Estoy hecha un lío...

—Esta noche te veré en el teatro.

—¡No se te ocurra acercarte!

—No me acercaré.

—Dobla ahora por la derecha... Déjame en aquella esquina. .. Haré el resto del camino a pie.

Al despedirse, Andrés le retuvo la mano.

—¿Te ha molestado el secuestro o no?

Ana sonrió y negó con la cabeza. Después retiró la mano que Andrés retenía, miró el reloj y a pasos rápidos se alejó de allí.

V
VENDAVAL CON BOTAS

Alberto, el hijo mayor de Ana María, era una fuerza desatada de la naturaleza, un volcán en permanente ebullición, un vendaval con botas. Su única pasión loable era la lectura; pero ponía en ella un afán tan desmedido, que la convertía en un deporte tan agotador como el que más. Las posturas que utilizaba para devorar páginas y más páginas eran tan insólitas como variadas. Tan pronto se le veía boca abajo y transversalmente sobre la cama, con el libro en el suelo sobre la alfombrilla, como tumbado de espaldas sobre la alfombrilla, con las piernas en alto apoyadas en la cama. De súbito, soltaba una gran carcajada ante un pasaje extraordinario de *Guillermo el Proscrito* o del *Corsario Negro;* se levantaba con el libro en la mano; y sin dejar de reír o de exclamar: «¡Qué burro!», lo cual equivalía al «no más allá» de su admiración, se iba a otro cuarto, donde seguía leyendo sentado a la usanza mora dentro de la chimenea o arrodillado en el cuarto de baño, con el libro apoyado en la tapa del retrete.

En casa no estudiaba jamás; y en clase, mientras el profesor explicaba la lección, Alberto hacía bolitas de papel masticado y las lanzaba sobre sus compañeros, o escribía con una navaja sus iniciales en la madera del pupitre. En estos casos, el profesor le castigaba, pero se abstenía muy bien de preguntarle: «¿Qué estaba yo diciendo ahora, señor Fulano?»; porque Alberto —muy al contrario de lo que podía suponerse— respondía, de carrerilla y sin equivocarse, lo que se estaba explicando. Tenía una extraordinaria capacidad retentiva; pero era tan desastrado, tan rebelde y tan inquieto, que sus notas, a lo largo del curso, resultaban lamentables. Al concluir el año escolar, en cambio, daba la gran sorpresa; y en los exámenes finales se colocaba en los primeros puestos. Alberto no consumía energías. Era la energía misma. Su corazón era de oro; pero sus manos, de trapo. Con la mejor intención del mundo trataba de quitarle una mota a su hermano Quique, y le metía el dedo en un ojo, haciéndole sangre en la conjuntiva; quería ser él quien entregara a su madre el regalo por su santo, y lo hacía pedazos contra el suelo al ir a dárselo.

Un día, al ver a su padre, que regresaba de un viaje de negocios por Alemania, emprendió una carrera desenfrenada para echarse en sus brazos..., sin advertir que entre los dos había una puerta de cristal, que atravesó, haciéndola añicos, con lo que estuvo a punto de ser decapitado. En estos casos lloraba amargamente, se quejaba de su mala suerte y aseguraba que todo en la vida le salía mal. Las lágrimas, por supuesto, no llegaban al río. A los diez minutos se acercaba a Quique, que había presenciado sin inmutarse el proceso en tres tiempos de la catástrofe, las lágrimas y el rápido consuelo, y le proponía inventar algún juego extraordinario. Sólo algunas

veces era su presencia permitida entre los mayores; pero no porque lo quisieran menos, sino porque los agotaba. Su madre lo toleraba quince minutos cuando regresaba del colegio, y después seguía enfrascada en la lectura de unos libros gordísimos. Su padre, a veces, mantenía con él cortas conversaciones, pero la mayoría de los días o estaba fuera de Madrid o regresaba a casa cuando él y su hermano ya estaban dormidos.

Aquella tarde, a la vuelta del colegio, cuando Alberto subía a grandes zancadas la escalera del jardín, se le acercó Quique con aire misterioso. Le tomó de la camisa para que se agachara y le habló al oído. Lo que le dijo era sorprendente. Un señor había parado su coche junto a él, cuando estaba jugando con la arena a la puerta de la casa, y le había hablado. Después, este mismo señor se había estacionado a pocos metros de la puerta de entrada y no hacía más que mirar y mirar...

Alberto, intrigado, volvió la cabeza adonde Quique le decía; y vio, en efecto, un cochecillo muy pequeño; y dentro, a un señor, que al sentirse observado —y, por cierto, tan descaradamente— por los dos chavales, desvió la mirada con muy poco disimulo.

—¡Jolín! —exclamó Alberto—. ¡Pues es verdad!

—¡Jolín no se dice! —protestó Quique, recordando las advertencias de su madre.

Pero Alberto no le hacía caso. No podía hacérselo. Las maniobras del señor del coche para hacerse el distraído eran harto sospechosas. Al fin, no pudiendo resistir las miradas inquisitivas de los dos chicos, lo puso en marcha y se fue.

Alberto bajó corriendo la escalera, seguido de su hermano, para ver cómo se alejaba el coche. Movió perplejo la cabeza.

—¿Y de qué te habló?

—Me dijo que cómo me llamaba.

—¿Y tú qué dijiste?

—Le dije que me llamaba Quique.

—¡Hum! —exclamó Alberto, recordando el rapto de la Reina del Caribe por los piratas—. ¿Y qué más te dijo?

—Que cómo se llamaban papá y mamá.

—¿Y tú se lo dijiste?

—Sí.

— ¡Qué tonto! ¿No comprendes que te quería robar?

Quique le miró con incredulidad.

—¿Y qué más? ¿Y qué más? —insistió Alberto, cada vez más impaciente.

—Que dónde estaban papá y mamá.

—¿Y tú qué le dijiste?

—Le dije que papá, no sabía, y que mamá, en casa de la bisabuela.

—¿Y qué más?

—Nada más.

—No debiste decirle ni una palabra —le regañó Alberto, haciendo oscilar frente a sus ojos el dedo índice—. ¡¡Era un ladrón!!

Quique le miró de hito en hito. En voz muy baja, preguntó:

—Y ahora... ¿me robarán?

Alberto le tranquilizó diciendo:

—Eso pasa mucho. Te roban y después piden dinero a papá. Y si no les dan el dinero, te matan.

Quique palideció.

—Y... y... ¿si les dan el dinero? —preguntó con un hilo de voz, asiéndose a la última esperanza.

Alberto meneó la cabeza con pesimismo.

—A lo mejor no te matan. Y a lo mejor, sí.

Acto seguido comenzó a aporrear la puerta.

—¡¡Han querido robar a Quique!!

Cuando les abrieron, echaron a correr. Quique, movido por el terror; Alberto, deseoso de ser el primero en dar la gran noticia.

—¡Han querido robar a Quique! ¡Mamá! ¡¡Mamáaa!!

—Tu madre está en casa de la abuela Matilde —le dijeron.

—Mamá está en casa de la abuelita —repitió Quique, que esperaba de su hermano una resolución definitiva.

Pero Alberto ya se había olvidado del incidente. Un pensamiento nuevo borró el anterior.

—¿A ti no te da miedo María Terrón ?

—Sí —respondió Quique, pensando que era ella la organizadora del secuestro.

—Cuando yo era pequeño, también me daba miedo —confesó Alberto.

—¿Y ahora no?

—¡Ahora, no!

Y a grandes zancadas se precipitó en su cuarto para reanudar la lectura —abandonada la víspera— de *El Corsario Negro.*

Ana María llegó muy tarde a su casa. Desde que Andrés la dejó, un pliegue se había acentuado en su frente, pero la sonrisa no se había borrado de sus labios.

—El señor —le dijeron— ha telefoneado que no viene a cenar.

—Pero ¿cómo? —exclamó, decepcionada—. ¿Se ha olvidado de que teníamos entradas para el teatro?

Enrique estaba ciego. No se daba cuenta de que era mucho lo que se jugaba con su egoísmo. Sabía la ilusión que a ella le hacía asistir a un estreno como el de hoy. Sabía que el autor era amigo suyo, compañero de curso de la Universidad, y que la obra era comentada por todo el mundo como una revelación, aun antes del estreno.

La verdad es que a Enrique le daba cien patadas el teatro, y la crítica, y el arte; y se le daba una higa que el autor fuera amigo de ella o no. Despreciaba olímpicamente todo lo que rozara el mundo universitario o pareciera tener una inquietud de vanguardia o simplemente intelectual.

¡Ése era el mundo «de los que hablan griego»!, como decía, riendo, para mortificarla.

¿Por qué había de ser ella quien se sacrificara siempre?

Armanda ayudó a Ana María a cambiarse de ropa.

—El señor dijo que vendría muy tarde; que tenía una reunión.

Ana apretó los dientes con rabia. Apagó las luces; y, sin desvestirse, se echó sobre la cama. Le hubiera divertido ver a Andrés en el teatro, aunque fuera de lejos.

En cuanto Alberto se enteró de que su madre estaba en casa, bajó los escalones de cinco en cinco y penetró en el dormitorio.

No le importó que la luz estuviera apagada y Ana María descansando. De un manotazo encendió la luz.

—¡Mamá! ¡Mamá! ¡Han querido robar a Quique! ¡«Nos lo han querido robar»!

Alberto, todo desgreñado, quedó plantado frente a su madre; su respiración era jadeante y el ademán feroz.

—Pero... ¿qué tonterías estás diciendo? ¿Dónde está Quique?

El pequeño, recién salido del baño, y que, con la precipitación, se había puesto equivocadamente la bata de su hermano, se presentó en escena con aquella indumentaria fantasmal que le llegaba hasta los pies. No dijo nada. Era preferible que Alberto lo explicara todo.

—¡Que sí, que sí! —continuó Alberto—.. ¡Lo han querido robar, para después pedir dinero, y si no se lo daban...!

—¿Quieres no decir tonterías y no asustar a tu hermano?

Alberto, muy excitado, explicó a su madre —con todo lujo de detalles— lo que había ocurrido. Quique, cuya proverbial cachaza había sido arrollada por las circunstancias, se limitaba a afirmar con la cabeza. A medida que su hermano hablaba, era tal la sinceridad de su gesto y la fuerza persuasiva de sus palabras, que Quique palidecía a ojos vistas.

—¿Cómo era el coche? —preguntó de pronto Ana María.

—Muy pequeñito —dijo Quique—. De esos feos que están sin pintar.

Y quiso seguir describiéndolo, pero Alberto precisó: —Un Citroen dos caballos.

Y como si esto fuese una prueba concluyente, exclamó: —¡Era un ladrón!

—Cállate, Alberto. No digas más chaladuras.

Una idea absurda, increíble, había cruzado el pensamiento de Ana. Por un momento llegó a pensar que el misterioso personaje podía ser... su padre. Ahora comprendía que era Andrés. ¿No le había dicho el propio Andrés que estuvo

hablando con uno de sus hijos? Además, la descripción del coche estaba clara. Pero la angustia que el primer pensamiento le produjo la dejó aturdida. Su corazón palpitaba como si el rapto de su hijo hubiera sido verdad.

Tendió las manos al pequeño y lo estrechó contra sí. Estaba frío y todo tembloroso. Procuró tranquilizarlo. Le dijo que había muchas personas que no tenían hijos; y como esto les producía una gran tristeza, se consolaban hablando con todos los niños que encontraban o viéndolos jugar.

—¿Los hombres también? —inquirió Alberto con gran escepticismo, no imaginando tanta ternura en el sexo al que pertenecían el *Corsario Negro,* el *Corsario Verde, Miguel Strogoff* y *Sandokán.*

— ¡Los hombres también! —afirmó Ana. E hizo una seña a su primogénito para que no insistiera. «¿No ves que tu hermano está asustado?», parecía decirle con la mirada.

Ana María acarició la frente del pequeño y concluyó:

—Ya te he dicho que no existen los enanitos, ni los ogros, ni los ladrones tampoco...

—¡Claro que existen los ladrones! —exclamó Alberto, sin poderse contener. Y haciendo caso omiso de las señas imperiosas que le hacía su madre para que se callara, añadió, lleno de lógica—: ¡Todo el mundo lo sabe! ¿Para qué hay guardias entonces? ¡Si no hubiera ladrones, no habría guardias!

Ana María lo cogió de un brazo, lo zarandeó y le ordenó encerrarse en su cuarto. Alberto obedeció refunfuñando. ¡Era una injusticia lo que se hacía con él! ¡Todo en esta vida le salía mal! ¡Había salvado a su hermano de que lo robaran, y encima le regañaban! Entró en su cuarto y pegó un portazo. En realidad, deseaba que robaran a Quique cuanto antes. Así vería su madre lo injusta que había estado con él.

No era ésta la primera vez que Andrés rondaba la casa de Ana María. Desde la tarde del Ateneo, se dedicó a buscarla inútilmente en las exposiciones, en los conciertos, en los estrenos de teatro, hasta que supo que había salido de Madrid para pasar el verano fuera. Al llegar el otoño, buscó una mañana la dirección de la casa de Ana María y se estacionó con su coche a veinte metros de la puerta. Sentía una profunda vergüenza de que le sorprendieran, de que alguien le preguntara —por ayudarle— qué deseaba; pero su tenacidad era más fuerte que su temor. Descendió del coche y rodeó la casa. El otoño estaba en todo su esplendor y los árboles del jardín tenían el aire rojizo y melancólico de un largo crepúsculo. Algunos rosales florecían todavía. Sobre la piscina, flotaban las primeras hojas caídas de los castaños. Recorrió, siguiendo la verja, el contorno de la propiedad. Allí estaban los servicios: la cocina, el lavadero y un patio para los sirvientes. La puerta de ese patinillo interior estaba abierta. Una mujer extraía de unas grandes palanganas la ropa recién lavada y la colgaba para secarla. Había manteles, sábanas y ropa interior. Andrés lo miraba

todo con aire furtivo. Algunas de aquellas prendas eran íntimas. Tuvo de pronto la sensación de estar cometiendo una acción tan innoble como violar una clausura, abrir correspondencia ajena o espiar por la cerradura la intimidad de un dormitorio. Muy sofocado, desanduvo los pasos y volvió a su coche, dispuesto a huir de allí. No pudo hacerlo. Ana María salía en ese instante acompañada de su marido. Andrés vio a Enrique por primera vez, y lo observó con atormentada curiosidad. Enrique gesticulaba y hablaba. Debía de ser sumamente jocoso lo que decía, pues Ana reía al escucharle, y hasta se apoyaba en su brazo para reír. Él señalaba un punto en el espacio, continuaba su peroración y Ana volvía a reír apoyándose en él. Subieron a su coche, parado junto a la puerta, y se alejaron. Andrés estaba irritadísimo. No sabía a quién odiaba más en ese instante: a Enrique, por el delito de ser distinto a lo que había imaginado; a Ana, por el avanzado proceso de idiotización a que había llegado, celebrando los donaires y las gracias de aquel maniquí vacío (como la «cabeza hermosa, pero sin seso» de la fábula), o a sí mismo, por el lamentable papel que estaba representando. En cualquier caso, Enrique no era como él se lo imaginaba. Por de pronto, no sería fácil echarle por el hueco de ningún ascensor. Tenía unas espaldas algo más que respetables y no le faltaba seguridad en su porte y en sus ademanes. La risa franca, abierta y sin sombras de resquemor de Ana María la tenía atragantada como un insulto que no podía digerir. Por otra parte, quizás Enrique no fuera tan vacuo como él creía. ¿Qué sabía él? Bastante corrido se retiró a su casa.

Al día siguiente, al atardecer, Andrés volvió a situarse frente a la casa de Ana María.

Cuando los niños la dejaron sola, Ana no tuvo más que un pensamiento: telefonear a Andrés. Era una imprudencia increíble lo que había hecho; y, sobre todo, una necedad. Debía decirle que no volviera a asustar a sus hijos ni a rondar la casa: que la dejara en paz. ¿No le había dicho Andrés que Alicia no estaba en Madrid? Nada le impedía, pues, telefonearle a su casa.

El auricular quedó un instante en sus manos como esos pájaros indecisos que quedan en el aire ingrávidos antes de posarse. Ana lo colgó sin decidirse a llamar. ¿Qué iba a hacer? Más le valía esperar a mañana para llamarle. Mañana o cualquier otro día en que estuviera más sosegada. Hoy, la conversación en casa de la abuela, las evocaciones, la fantasía de sus hijos, el extraño presentimiento de su padre que la había asaltado, y más que nada su irritación con Enrique, la tenían trastornada.

Se echó sobre la cama y cerró los ojos. ¡Qué estúpida manía la de querer engañarse a sí misma! Lo único que la tenía trastornada era la conversación mantenida con Andrés: todo lo demás no contaba. Pensó en esto y no pudo menos de sonreír. Después reaccionó contra Enrique: «Enrique estaba ciego. ¿Pensaba acaso que ella era una vieja en quien los hombres ni se fijan al pasar? ¿Pensaba que una mujer puede sentirse abandonada meses y meses, sin que su marido se digne

acercarse a ella?» A veces creía que Enrique tenía una amante: era la única explicación; otras, le parecía que ni siquiera de eso era capaz. Procuró variar el tema de meditación: la humillaba pensar en ello.

Lo de hoy colmaba el vaso. Todo el mundo hablaba del estreno de esta noche. Ella misma había telefoneado al autor pidiéndole las entradas. Enrique se merecía que fuera al estreno, acompañada de Andrés. Apenas lo pensó, se quedó perpleja. ¿Por qué no había de hacerlo? Una sola idea la frenaba: todo Madrid los vería juntos. *No debía hacerlo.* Pero ¿no irían acaso al estreno todos los compañeros de promoción del autor? ¿Qué tenía de particular que muchos compañeros de clase se reunieran para aplaudir a un condiscípulo? No tenía nada de extraño; de acuerdo; mas *no debía hacerlo:* eran otros los motivos por los que *no debía hacerlo.*

Se incorporó de un salto y miró el reloj. Si se entretenía en más consideraciones, ya no encontraría a Andrés en su casa. Buscó nerviosamente en la guía el número de su teléfono. Mientras pasaba las páginas, algo repetía en su interior —como en un disco rayado— que *no debía hacerlo.* Posó la mano sobre el auricular. Dudó un momento. Este paso podía ser irremediable. Reaccionó con violencia ante este pensamiento. Ella era una mujer equilibrada. Al revés que Andrés, odiaba los gestos grandilocuentes, las frases altisonantes, las palabras sin sentido. («Irremediable» era una de ellas.) Marcó el número de la casa de Andrés. *Nada era irremediable.*

—Andrés, ¿eres tú? Soy Ana.

Advirtió la perplejidad de él, por el tiempo que tardó en responder.

—¿Me oyes? ¡Soy Ana!

—Te oigo y no acabo de creerlo.

—¿Te sorprende que te llame?

—Me sorprende y me enternece y me emociona y me llena de satisfacción.

—No seas barroco. Dime: ¿no te molesta que te llame? ¿ Por qué no me contestas ? Dime: ¿no te molesta?

—Tardaba en contestarte porque no me acudía a la memoria el nombre del descubridor del teléfono, a quien necesito imperiosamente bendecir antes de seguir hablando.

—Andrés, no bromees. ¡Quiero que me lleves esta noche al estreno de Regidor!

—Ya me acuerdo. Se llama Graham Bell.

—¿Quién?

—El inventor del teléfono. Apunta su nombre. Era un tío estupendo.

—Pero ¿no has oído lo que te he dicho? ¡Quiero que me lleves esta noche al estreno de Regidor! Enrique me ha dejado colgadas las entradas, y ni quiero perderme el estreno ni quiero ir sola. Pero ¿no me oyes? ¿Por qué no me hablas?

—Te oigo, Ana; pero además de tu voz tengo que escuchar cien voces más que me hablan a un tiempo, pues todas quieren dialogar con la tuya. Una de las voces me

dice que el estreno va a ser un fracaso; a Regidor no lo aguantan ni las cuartillas en que escribe. Otra voz me dice que quiero verte, pero de ningún modo en el estreno de ese individuo, que es mucho más pedante que amigo nuestro; y otra, en fin, que es la más sensata de todas las voces, me estaba preguntando si ya has cenado.

—No. No he cenado.

—Estupendo. Te invito a cenar.

—¿Cómo se te ocurre? Nos podrían ver.

—Te llevaré a un sitio donde nadie nos podrá ver.

Ana tardó mucho en hablar.

—No, Andrés. De ningún modo. Eso no está bien.

Andrés comprendió que era preciso dar marcha atrás.

—Yo nunca te llevaría a un sitio donde tú no pudieras ir, Ana María. Me refería a mi estudio... Me gustaría que vieras mis cuadros; que vieras algunas cosas que conservo, de entonces. En la estantería están nuestros libros de texto..., ¿los recuerdas?, y en las carpetas, el apunte que hice de tus manos. Antes, en épocas de exámenes, tú me llevabas la merienda. Hoy quiero ser yo quien te lleve la cena... ¿Me oyes, Ana? Ahora eres tú quien no hablas...

—Ahora soy yo quien escucha otras voces, Andrés. Y todas me dicen que no debo ir.

—No pienses más en ello. Date prisa. Te espero.

—Si te parece, iré un rato a ver tus cuadros. Y en seguida, aunque lleguemos tarde, me llevas al teatro.

—De acuerdo. No tardes.

—Andrés.

—¿Qué?

—¡Creo que no debo ir...!

—Hasta ahora. No tardes.

Andrés colgó. Ana se quedó pensativa durante unos segundos. ¡Qué afán el suyo de ahogarse en un vaso de agua! ¿Acaso ponía su virtud en juego por cenar una noche con Andrés en el estudio? No había por qué sacar las cosas de quicio. Se incorporó bruscamente.

Al arreglarse frente al espejo no se atrevió a mirarse a sí misma a los ojos. Tocó el timbre.

—Si llama el señor, dígale que he ido al teatro; que le espero allí.

Ana sabía muy bien que Enrique no volvería a llamar; y que si regresaba antes que ella, preferiría mil veces echarse a dormir que asistir al estreno del joven vanguardista Regidor.

VI
EL ESTRENO DE REGIDOR

Andrés se levantó y cambió de sitio los cuadros. ¡La luz eléctrica producía unos reflejos intolerables sobre las telas! Movió las lámparas, ladeó los caballetes. Así estaba ahora mejor..., pero ¡no era lo mismo que de día! ¡Maldita luz!

Se sentó en el diván y hundió la cara entre las manos. ¡Qué paradójica y oscura es la condición humana! Durante los minutos que siguieron a la conversación telefónica con Ana María, mientras compraba los dulces, los emparedados o el vino para la cena, o cuando —ya en el estudio— colocó las luces, sacudió el polvo y ordenó los muebles, un solo sentimiento privaba en su ánimo: la exaltación. Y este entusiasmo le alzaba y le mantenía como las cuerdas al títere. Pero a medida que la fogosidad se aplacaba, le ocurrió lo mismo que a los títeres cuando la cuerda principal que los anima se distiende: su personalidad se troceó en cien piezas que todas juntas eran él, y cada una podía ser él, según la cuerda que las moviera. Y así, una parte de su personalidad deseaba el encuentro con ella y otra lo temía: una, consideraba una vileza romper el equilibrio de Ana o poner en riesgo su reputación; y otra se envanecía de ello. Había un Andrés sensual y un Andrés puritano y uno irresponsable y otro lleno de prejuicios; y había un hombre de bien y un cínico y un sentimental y uno que pisa firme y sabe lo que quiere y uno inseguro e indeciso. Pero no eran partes de un todo. Todos ellos eran Andrés.

Miró el reloj. Ana tardaba. Sus ojos se engarzaron otra vez en sus cuadros. ¿Qué pensaría Ana María al verlos? Encendió un cigarrillo y al punto lo apagó aplastándolo contra el cenicero. ¡El humo enrarecía la habitación, quitaba diafanidad al aire; las volutas se interponían entre los ojos y los lienzos! Salió al descansillo de la escalera para comprobar que funcionaba el timbre. Éste emitía dos notas gratísimas, que parecían arrancadas de una caja de música; lo acababa de traer de París para licenciar la estruendosa chicharra eléctrica que había tenido hasta entonces. Ana María no lo había pulsado jamás. Cuando oyó en la planta baja el golpe metálico de la cancela del ascensor al cerrarse, Andrés se precipitó hacia el interior. Cerró la puerta. Miró el reloj. Cambió de sitio una lámpara. El ascensor se detuvo. Oyó de nuevo el roce de la cancela al abrirse y el golpe seco al cerrarse, esta vez más cerca. Después, silencio. Imaginó a Ana María junto al pulsador del timbre, dudando; y por un momento deseó que no se atreviera a llamar. Encendió un cigarrillo y no lo apagó. Pasaron unos segundos; Ana, del otro lado de la puerta, no se decidía. Al fin las dos notas musicales vibraron en el vestíbulo y se esparcieron por el ámbito del estudio.

Andrés anduvo los pasos que le separaban de la entrada con enervante lentitud. Quería recibir a Ana con la misma naturalidad con que saludaría a un visitante

habitual. Ana también se esforzó en aparentar la misma naturalidad.

—Este timbre es nuevo —dijo sin entrar—. Antes no lo tenías...

Y apenas lo hubo dicho, se apoyó en la pared del rellano como si quisiera tomar aliento.

—He subido a pie la escalera —mintió disculpándose.

Andrés sonrió y rozó con sus dedos la frente de Ana María.

—Borra ese pliegue, Ana... Estás como asustada... No hay motivo...

Ana tardó en responder.

—Comprendo que es tonto, pero lo estoy.

Se llevó las dos manos al cuello. Era un ademán muy suyo. Cuando estaba inquieta, jugaba con su collar.

—Me tiemblan las piernas —confesó riendo.

Andrés le tomó las manos.

—Anda, pasa.

—¿Me encuentras muy ridicula?

—No comprendo tu nerviosismo: eso es todo.

— ¡A lo mejor hasta encuentras normal que haya dado este paso!...

—No he pensado si es normal o no. Sólo sé que lo agradezco. Anda, entra...

Ana María cruzó bajo el dintel de la puerta con la misma devoción con que lo hubiese hecho bajo el de un santuario lleno de reliquias. Sus recuerdos estaban vivos en todas y cada una de las viejas cosas. Allí, la chimenea que no se encendía nunca por no resecar las telas; las figurillas de barro modeladas por Andrés; la mesa auxiliar con las cajas de pinturas y los tarros de cristal en que guardaba los pinceles; la paleta en uso y las paletas viejas —llenas de manchas multicolores— colgadas de los mismos clavos; el estante con los libros... Le gustaría coger esos libros: hojearlos. Desde aquí reconocía sus lomos. Algunas cosas eran nuevas. Las alfombras de nudo habían sustituido a las esteras. Y las lámparas de pie ya no eran las mismas.

Miró a un lado y a otro, buscando algo.

—Andrés..., ¿y el gramófono?

—Ya no está...

— ¡Qué pena!

Ana recorrió con la vista los marcos inservibles o no usados, apoyados entre el suelo y la pared; los cuadros vueltos de espalda con la armadura al aire, los floreros vacíos, el diván manchado de pintura, los visillos que colgaban desde el techo cubriendo el enorme ventanal. Detrás de ellos, ¿seguirían los mismos tejados, las mismas azoteas, las mismas miserables buhardillas enriquecidas con geranios? Sus ojos se posaron en los caballetes, que eran los mismos; y al fin —Andrés creyó que este momento no llegaría nunca— en las dos telas que había colocado en el sitio de honor para que ella las viera.

Ana tardó en mirarlas; y una vez miradas, tardó en verlas. Se acercó a ellas. ¡Cuántas veces Andrés no la habría visto en esta misma postura —levemente doblada una rodilla, el peso del cuerpo descansando en una sola pierna, la cabeza ladeada— contemplando sus últimas pinturas! La opinión de Ana se hacía esperar, y esa opinión podía muy bien ser adversa, por no haberle advertido a tiempo que la luz era lamentable, que aquellos reflejos lo estropeaban todo, que de día los tonos y las profundidades adquirían otra dimensión. Pero ¿por qué esperaba su veredicto con esta ansiedad? ¿Era acaso Ana María un juez sin apelación posible en cuanto a pintura? En realidad, le importaba un ardite lo que ella pensara. Como un animal que aguza sus defensas, estaba preparado para un juicio adverso.

Ana —pensó Andrés, injustamente— tenía un revoltillo de ideas estéticas sin digerir. Sabía muchas cosas y entendía muy pocas. Era inadmisible esta inquietud ante una opinión de tan poca monta.

Sin volverse hacia él, Ana exclamó:

—No sé cómo decírtelo... Estoy aturdida... ¡Son soberbios, Andrés; son extraordinarios!

Lo dijo muy lentamente, separando cada palabra. Andrés, sorprendido, tardó en balbucir:

—¿Lo crees *realmente* así? Ana seguía de espaldas a él.

—¡Son cuadros que sangran!

Andrés se acercó a ella. Posó las manos en los hombros de Ana, para que no se volviera. Estaba emocionado y hubiera querido evitar la confesión que salió torpe, precipitada, de sus labios.

—Te juro por Dios..., te juro por mi hija..., que todo, ¡fíjate bien!, *todo* cuanto ha salido de mis manos, lo he hecho pensando en ti. Eres mi público, Ana María. Lo has sido siempre. ¡Ningún juicio, salvo el tuyo, me interesa!

Ana María sintió las manos de Andrés en sus hombros. El tono de la voz, las palabras mismas, la presión de sus manos, la sorprendieron. Eran —¿cómo decirlo?— desproporcionadas.

—No jures por tu hija —dijo Ana cerrando los ojos como si algo le hiciera daño—. Ella será un día tu público mejor que yo. ¡Más aún: ella será tu juez!

Y Andrés tampoco comprendió el porqué de este tono airado de Ana María.

Ana se había apartado de él. Paseaba por el cuarto. Acariciaba distraídamente los lomos de sus libros. Al fin, muy sosegada, como si el motivo del tono de su voz —también desproporcionado— no existiera ya, se volvió hacia Andrés y, señalando una de sus telas, dijo:

—Creo que fue lord Byron quien escribió que todo paisaje es un estado del alma...

Andrés se echó a reír.

—No sé si esa frase será de lord Byron o no; pero sí sé que al oírtela he comprendido que sigues siendo la misma...

—Está bien. Si todo lo que diga ha de ser motivo de risa, más vale que me calle. —Y añadió, riéndose ella también—: Este paisaje tuyo es más que un estado de alma: este paisaje eres tú.

El cuadro al que Ana se refería representaba un campo yermo cruzado por el cauce seco de un río; detrás, unas lomas pardas, sepias, martirizadas por la escarcha, y al fondo, los primeros bloques de una gran ciudad. Una espesa capa de niebla —como un falso techo— cerraba al caserío la visión de un cielo purísimo, desnudo y tremendo, cruzado por grandes lanzadas de luz.

—¿Te molestaría que me atreviera a interpretarlo? ¿No me considerarás pedante si lo hago ?

—Siempre los mediocres te consideraron pedante...

—Mira —dijo Ana acercándose a él—. Parecen dos cuadros distintos. La niebla separa esos dos estados de alma que decía lord Byron. Esta ciudad y este campo saben que sobre la niebla está la luz. La intuyen, pero no la ven. Tú siempre has buscado algo que sabías más allá de tus manos. Yo «te» veo en esta luz, esta luz que ciega, esta luz que sangra. Pero también «te» veo en esta capa de niebla, en este temor de no alcanzar lo que buscas, en este segundo techo que te frena... —dudó un segundo antes de seguir— ... ¡y al que has vencido, por supuesto! Si no fuera así no hubieras podido retratarlo. Sólo se puede interpretar lo que está fuera de uno mismo: lo que ha sido superado.

El silencio de Ana María duró sólo un instante.

—Estoy aterrada. ¡Ahora soy yo la que me encuentro terriblemente pedante! —Se llevó las manos al cuello, buscando el collar—. ¿Por qué me has dejado seguir?

Y quedaron silenciosos, observando los lienzos durante largos segundos.

—Yo, cuando pinto... —dijo, al fin, Andrés. Pero en seguida se interrumpió—: ¡No hablemos más de mí!

—Dime, ¿qué ibas a decir?

—No vale la pena...; no sé... Iba a decirte que cuando pinto estoy como fuera de mí, más allá de mí mismo. Estoy inventando un lenguaje; creándolo. Mas no para expresar ideas, sino sentimientos. Las ideas se traducen mejor con palabras, Por eso los escritores son más intelectuales que artistas. Son más racionales y... más razonables también. La razón es su guía y es su meta. Pero si se quiere llegar a los últimos fondos del alma, allí donde anida lo irrazonable, hay que apoyarse en el arte. ¡Sólo el arte es capaz de intuir lo que está más allá de la razón!...

Se interrumpió bruscamente.

—¡No hablemos más de mí!

Ana le había escuchado con gran seriedad. El pliegue de su frente se había

acentuado.

—No debería haber venido aquí, Andrés.

—¿Por qué dices eso?

—¡En casa es todo tan distinto!

Y se volvió de espaldas, avergonzada de haberlo dicho. Se dirigió hacia los libros para hojearlos y distraerse. Pero sus palabras fueron más sinceras que su gesto.

—¿Por qué te fuiste a París? ¿Por qué? —Necesitaba triunfar ante ti. —Estuviste muchos años. —¡No podía volver con las manos vacías!

—Hiciste bien. Te ganaste a ti mismo; me perdiste a mí. Has ganado en el cambio...

—Te casaste muy pronto..., Ana María.

—¿Me pediste acaso que te esperara...?

Andrés guardó silencio. Ana se arrodilló junto al estante de la chimenea y comenzó a hojear los libros. Igual que cuando se situó por primera vez ante los cuadros, los miraba y no los veía. Las ideas que precedían a la distracción que buscaba para borrarlas, continuaban existiendo en ella como una línea prolongada de puntos suspensivos.

Poco a poco, los libros ganaron su atención. Se sentó en el suelo. Tenía entre las manos un texto de la Facultad. ¡Qué poder evocador el de aquellas hojas! Con sólo haber leído las últimas palabras de la página anterior, sabía lo que decía el primer párrafo siguiente. Estaba todo subrayado por ella misma, y aun ahora recordaba que sus ideas centrales estaban en la parte más alta, a la izquierda, en una página par. Para Andrés, la evocación llegaba por distintos conductos. La vivencia se la producía la postura de Ana María en el suelo —las piernas recogidas, casi sentada sobre sus zapatos—, la posición de su cabeza, la curva de sus hombros y el gesto de profunda atención concentrada en el libro abierto sobre sus rodillas. Era una vivencia plástica. Muchas veces, al estudiar, se situaban así: cada uno en un extremo de la habitación: Ana leía en voz alta; Andrés la dibujaba.

—Mira... —dijo Ana de pronto—. Esta nota es mía. La escribí con tu lápiz.

Dobló el libro, pues estaba escrita a lo largo del margen, y leyó:

—«Com-pa-rar... con los... pe-ri-pa-té-ti-cos...»

Se echó a reír.

—¡Qué absurdo! ¿Por qué habré escrito yo esto? Creo que Enrique tiene razón. ¡Era terriblemente pedante! Comprendo que en la Facultad no me pudieran aguantar... Me encanta este libro. Me lo voy a llevar..., aquí no te sirve de nada... Déjame ver... Lección catorce... «Los Peripatéticos»... Lección trece... Lección doce... ¡Mira, Andrés! ¡Esto es divino! ¡Esta nota la escribí en griego...!

Cerró el libro y volvió sus ojos hacia Andrés. Se miraron en silencio.

—Ana... ¿repetirás esta visita otros días?

—No sé...

—Este paisaje que sangra, como tú has dicho, está aquí cerca, en las afueras... Me gustaría llevarte.

Ana sonrió.

—Iré.

—No podría seguir viviendo sin verte...

El pliegue volvió a acentuarse en la frente de Ana María.

—¿Por qué te fuiste a París? ¿Por qué? ¿Por qué?

—¡No me preguntes más eso!...

—Todo hubiera sido tan distinto...

—Ya te he dicho que no lo entenderías. Yo mismo no puedo entenderlo. Estaba ciego. Me fui porque te quería, y quería para ti...

Ana le interrumpió con incontenible violencia.

—¿Cómo se puede querer y abandonar como un trapo, como una piltrafa, a quien se quiere?

Andrés no respondió. El tono de Ana María le había vuelto a sorprender. Nunca la había visto tan airada. Pero ella necesitaba oírlo de nuevo, convencerse de que aquel increíble argumento era cierto o, al menos, posible. El recuerdo de su padre había cruzado, como una sombra fugaz, por su memoria.

—¿Por qué no me llevaste contigo? ¡Yo hubiera ido si me lo hubieses pedido!

Ella misma se sorprendió al oír su confesión. Le pareció vivir por segunda vez algo ya vivido en un «antes» indefinible, casi irreal de puro lejano. Y es que esas mismas palabras las había dicho cien veces, de niña, dormida, o en sueños, mordiendo sus lágrimas.

Ana se puso de pie y se volvió de espaldas.

Andrés se acercó a ella.

—Pero, Ana... ¿Qué te ocurre? ¿Estás llorando?

Ana se volvió y se precipitó en los brazos de Andrés. Al sentir el choque de su cuerpo, el calor de su rostro, la primera fuerza del abrazo, la idea de su padre se le representó de nuevo con más intensidad que nunca. Fue un instante nada más, unos segundos apenas, de dolorosa asociación. Después de esto, Andrés, Andrés mismo, sólo Andrés, su fuerza, su calor, fueron ya para ella la única realidad entre sus brazos.

VII
COMO SI HUBIERA MUERTO

Ana se levantó bruscamente del suelo y salió corriendo hacia el recibidor. La Geografía y la Historia Sagrada quedaron abiertas sobre la alfombra.

—Ya está la niña dejando desorden.

— ¡Ana! —gritó Elena—. ¡Ya sabes que a tu abuela no le gusta que hagas desorden en la rotonda!

Pero Ana no la oyó. Abrió la puerta del recibidor y salió al rellano de la escalera. Con la cara radiante se plantó ante el primer escalón y esperó a su padre.

Alberto Moscoso, al verla, abrió los ojos, lleno de asombro.

—Pero ¿qué condecoraciones son ésas?

Era precisamente lo que Ana quería escuchar. Ni su madre ni su abuela le habían preguntado nada. Tuvo que ser ella quien les explicara la importancia de la banda, de la medalla y del rosetón. Retiró los brazos del cuerpo para que se pudieran ver mejor los trofeos recién colgados sobre el uniforme de colegiala. Su padre se detuvo a media escalera, con aire trascendente, para admirar los premios.

—¡Tienes más condecoraciones que yo! ¡Enhorabuena! Y la abrazó.

—He sido la primera en Lenguas Modernas, y en Geografía, y en...

—¿Qué te preguntaron de Geografía?

Ana María saltó de entusiasmo con sólo recordarlo.

—¡El Sahara! ¡Imagínate! ¡El Sahara!

—¡No lo puedo creer! —exclamó Alberto riendo—. ¡Qué suerte más colosal!

Penetraron en el vestíbulo.

—¿Dónde está tu madre?

—Mamá está en la rotonda; con la abuela Matilde.

Alberto Moscoso se dirigía ya a la rotonda; pero al oír que la abuela estaba también allí, cambió súbitamente de decisión.

—Acompáñame a mi cuarto. Me tienes que contar todo lo que has dicho en ese examen.

Los ojos de Ana brillaron de entusiasmo. No sería la primera vez que se establecían en su casa dos tertulias distintas: en la rotonda, la de Elena y Matilde; en el cuarto de su padre, la de ellos.

La verdad es que Ana María, a los nueve años, sabía más del desierto que muchos veteranos. No en balde su padre había hecho en África toda su campaña militar. Ana sabía que por la línea de vuelo de las bandadas de flamencos, los soldados conocían de qué lado venían los enemigos; pues estas aves vuelan siempre en dirección contraria a la que llevan los nómadas. Sabía también que en la época de lluvias, en

que el Sahara se encharca, los flamencos sirven asimismo para señalar cuáles de las lagunas recién formadas son potables y cuáles filtraciones amargas; y sabía, en fin, que durante las largas caminatas por el desierto, las zancudas son garantía de que no es un espejismo el agua que se ve en la lejanía.

—¿Les dijiste lo de las hienas?

—¿Qué es lo de las hienas? —preguntó Ana, desolada—. ¡Eso no me lo has contado nunca!

—Sí, mujer. Cuando hay escaramuzas entre las tribus...

—¿Qué quiere decir «escaramuzas»?

—Cuando hay lucha entre ellos, los nómadas entierran sus cadáveres en la arena para que nadie sepa el número de bajas que han sufrido; pero entonces vienen las hienas y desentierran los cadáveres sepultados en las dunas.

—¿Cómo los perros de San Bernardo de la nieve?

—Eso es. Como los perros de San Bernardo.

Ana María meditó un momento.

—¡Qué rabia! Eso no lo he dicho en el examen.

Ana se quedó muy sorprendida la primera vez que oyó decir en casa que su padre era hombre de pocas palabras. ¡Con ella era lo más parlanchín que cabe! Y esto la llenaba de un íntimo orgullo. Muchas veces se iban los dos solos de excursión, a cazar o a pescar. Una vez hasta pasaron la noche fuera de casa, en una tienda de campaña. Y al día siguiente regresaron con tantas truchas que tuvieron para comer y para regalar. Alberto Moscoso aprovechaba, en efecto, cuantas ocasiones podía para huir de Madrid en compañía de su hija. La vida de la capital, la sociedad, las visitas, las tertulias le producían un tedio infinito. En África le ocurría otro tanto. Era poco sociable y prefería cien veces el trato esporádico con los indígenas que el continuo de sus compañeros. Buscaba siempre destinos en posiciones alejadas de las guarniciones, y, si por motivos del servicio debía abandonarlas ocasionalmente, volvía a ellas con un redoblado afán de aislamiento. A lo largo de su vida, África fue la única gran pasión del comandante Moscoso. África le había enviciado como a otros las drogas, las mujeres o el alcohol. «Yo soy un tarado del desierto», decía a veces burlándose de sí mismo.

Cuando Ana María concluyó de contar las peripecias de su examen, la imposición de la banda y la felicitación pública que había recibido delante de todo el colegio, su padre la cogió por los hombros y dijo estas palabras misteriosas :

—Como premio, te voy a contar una cosa que nadie sabe todavía.

Ana María abrió los ojos llena de curiosidad. —¡Cuéntamelo!

Alberto sonrió con cierta malicia, e hizo oscilar el índice en el aire.

—No le digas a nadie que te lo he dicho a ti primero; después me regañan diciendo que te hablo como a una persona mayor...

Ana se sentó en el suelo, frente al sillón en que estaba Alberto, dispuesta a escuchar la revelación.

—«Nos» destinan al Sahara.

Ana María no pudo disimular su emoción.

Todos los cuentos, las historias fabulosas, las leyendas de África que durante años y años había escuchado embelesada, se le representaban de pronto como hechos reales de los que ella misma había sido y volvería a ser protagonista. Se imaginó junto a su padre en el desierto, bajo aquella luna grande y amarilla como un limón que Alberto tantas veces le había descrito, o cazando gacelas entre las dunas, o sentada en una alfombra a la puerta de una tienda hecha con piel de camello, recibiendo los presentes de los jefes de tribu.

—Yo hace días que lo sé —añadió Alberto—; pero hasta hoy no me han permitido decirlo en casa.

—¿Y mamá no lo sabe todavía?

—Estaba esperando a decírselo cuando no estuviera delante tu abuela; me parece que la noticia no le va a hacer ninguna gracia a la abuelita.

—Pero ¿por qué? —exclamó Ana, sorprendidísima de que alguien pudiera disgustarse ante una noticia tan maravillosa. Y después, llena de ilusión, añadió—: ¡Déjame que sea yo quien se lo diga!

Alberto se bebía a su hija con los ojos. Quizá tuvieran razón en acusarle de hablar a la niña como si se tratara de una persona mayor. Pero ¿es que acaso no era ya una persona mayor? En cualquier caso, se sentía más conmovido por el júbilo con que la niña había recibido la noticia, que si se tratara de una felicitación del ministro de la Guerra en persona.

—¿Me dejas que sea yo quien se lo diga a todos? —insistió Ana María.

Su padre concedió con la cabeza. De un salto, Ana se puso en pie y corrió hacia la rotonda. Alberto llegó tras ella.

—¡Nos destinan al Sahara! ¡Nos destinan al Sahara ! —gritó Ana al entrar. Y no percibió, mientras lo decía, cómo resbalaba sobre ella la mirada glacial de la abuela Matilde.

Los ojos de las dos mujeres se volvieron hacia Moscoso. No había sorpresa en sus rostros. Hubo una pausa. Por fin, la abuela dijo:

—Alberto, hijo, no te quedes de pie; siéntate con nosotras y cuéntanoslo todo despacio.

A Ana no le asustaba su abuela cuando se enfadaba; pero aquella suavidad en el tono de voz, aquella lentitud al pronunciar palabras tan ceremoniosas le dieron mala espina.

—Y tú, mona, ¿por qué no sigues estudiando en tu cuarto? ¡Deja un poco solas a las personas mayores!

Ana recogió sus libros y obedeció. Toda la anchura del cielo era pequeña al lado de ese abismo misterioso, helado, que separaba su mundo —su mundo pequeño, pero claro y sin secretos— del de las personas mayores.

Alberto arrimó su asiento a la camilla. Su mujer no dejó de bordar ni levantó la vista del bordado. El Gobierno —explicó Moscoso—, temeroso de la actitud de algunas tribus nómadas del Sur, había decidido encomendar a un grupo de expertos un vasto plan, de muy delicados matices, tanto políticos como diplomáticos. Consultado el Ministerio de la Guerra, había dado un nombre: el suyo.

Alberto intentaba vanamente, ingenuamente, contagiar a su familia con su propio entusiasmo. Pero a medida que hablaba, iba comprendiendo la inutilidad de su intento. No había conducto posible para llegar a ellas. Sintió la desazón de quien cuenta, riéndose a carcajadas, una historia de humor que no hace reír a nadie. Percibió que las palabras llevaban una carga emocional que no era compartida por los otros, y siguió hablando sin fe, sin calor, por la pura rutina —por la buena educación quizá— de concluir lo que había iniciado. Con todo, siguió diciendo que esto representaba un ascenso inmediato y una jerarquía todavía superior a su nuevo ascenso: pues por tratarse de un cargo político (es decir, civil encomendado a un militar), su nombramiento significaba que tendría a sus órdenes incluso a militares de mayor graduación que la suya.

Mientras Alberto hablaba, Matilde tuvo varios accesos de su tic nervioso. Se diría que algunas de las palabras de su yerno tuvieran la virtud de tirar violentamente de sus pestañas, contrayéndole el párpado.

—Cuando te vi entrar por la puerta —dijo lentamente—, pensé que eran falsas las noticias que ya nos habían llegado. Porque, en efecto (y perdona por haberte privado de darnos la sorpresa), ya lo sabíamos todo.

Hizo una pausa. Se esforzaba en mantener sus palabras dentro de un tono vagamente cortés.

—Venías tan sonriente, que pensé que ibas de agregado militar a París, o a Roma, o a Berlín. Pero veo que no eran más que ilusiones. Te han destinado adonde tú nos has dicho: al desierto.

Alberto sonrió.

—Me parece que tenéis una idea bastante equivocada de lo que es aquello.

Matilde acentuó la sonrisa que le brindaba su yerno y elevó muy poco el tono que hasta ahora había mantenido.

—No pretenderás hacernos creer que ese destino representa un honor para ti. Mira, hijo, por eso sí que no pasamos. En realidad, es como si te hubiesen querido castigar o rebajar. ¿No opinas tú lo mismo, Elena?

Tampoco Elena levantó ahora los ojos de su trabajo. Hizo con los hombros un vago ademán que no quería decir nada.

Moscoso daba por descontada la oposición de su suegra; pero no entraba en sus planes someter a discusión lo que ya estaba decidido. Matilde tomó sus gafas de la mesa y comenzó a jugar con ellas.

—Escucha, Alberto: Elena y yo hemos estado, toda la tarde, hablando de ese destino tan... tan... original. Y ya le he dicho que si quiere dar a su madre un disgusto de muerte, no tiene más que seguirte.

Moscoso hizo acopio de paciencia. Definitivamente, él no servía para semejante género de vida. No tenía agilidad verbal para responder adecuadamente con una ironía o un desplante. No sentía el acicate de la discusión; muy al

contrario: le producía un tedio mortal. Sin alzar la voz, como si hablara consigo mismo, comentó, mordiendo las palabras:

—Elena necesita, aún más que yo, dejar esta casa, respirar aire libre, sentirse dueña de sus actos; ser, por fin, una mujer.

— ¡Eso es un insulto para ti, Elena! ¡No deberías consentirlo!

La voz de Matilde se alzó desagradablemente.

— ¡Por favor, mamá!

Matilde, con la mano abierta, golpeó enérgicamente la mesa.

—No tienes derecho a enterrar a mi hija y a mi nieta, ¿te enteras?, entre la mugre, los salvajes y los bichos, para que vivan como animales, todo porque a ti te obliguen a vivir como un animal.

Matilde no decía «tu mujer» «tu hija», sino «mi hija», «mi nieta». Alberto apretó los dientes. No podía soportar por más tiempo aquel hiriente timbre de voz.

Se puso en pie y posó una mano en el hombro de su mujer.

—Elena, quisiera que fueras a arreglarte. Esta noche cenaremos fuera.

—¡Por favor, Alberto! ¡Te lo suplico!

—Este asunto es para que lo hablemos tú y yo. Y para que informemos a tu madre de lo que «tú» y «yo» hayamos decidido.

Matilde acentuó sus tics y su sonrisa.

— ¡Qué chiquillo eres, Alberto! En las actuales circunstancias, Elena no debe, no puede salir.

Se volvió hacia su hija.

—Elena, díselo. Di lo que ocurre... No vaya a parecer que soy yo la que se opone a que salgáis juntos...

Elena enrojeció hasta las orejas. Nunca su marido la vio tan turbada. Si alguna duda hubiera tenido antes acerca de la necesidad de separar a Elena de su madre, ahora ya no la tenía. Su único error fue no haberlo hecho hacía tiempo.

—Estoy esperando, Alberto —dijo Elena—. Después de nueve años sin tener hijos, creía que era una noticia que te gustaría conocer.

Alberto se quedó mudo por la sorpresa.

Desde que nació Ana, hacía ya nueve años, Elena no había vuelto a quedarse en estado. ¡Dios santo! ¡Y él que llegaba a casa con la pretensión de traer una noticia! Esto sí que era una noticia que merecía ser celebrada. La presencia de su suegra le violentaba y le impidió manifestar su ternura. Besó a su mujer la mano con cierto calor, aunque no fuera más que por cortesía.

—Nada puede alegrarme más —dijo.

Ella sonrió tristemente.

—¿De veras?

—Más que mi ascenso. Más que mi destino. Más que nada en el mundo.

Elena lo miró con expresión angustiada. Después miró a su madre —que volvió la cabeza— y rompió a llorar. Mucho tiempo tardó Alberto en buscar y en encontrar una interpretación al deseo de Elena de refugiar la mirada en los ojos de su madre. Ahora sólo sintió irritación ante las lágrimas injustificadas y el esfuerzo por dominarlas. Las lágrimas de su mujer no le producían pena, sino tedio.

—No llores, mujer...

Y sintiéndose incapaz de hablar una palabra más delante de Matilde, se retiró hacia su cuarto.

Al salir de la rotonda se dio de bruces con María Terrón, que estaba escuchando detrás de la puerta.

«¡Vieja bruja!», pensó.

—Hoy es jueves, y venía a hacer mi visita semanal —dijo la Terrón, disculpándose.

Moscoso no la miró y siguió de largo. Oyó que le llamaba.

—¡Pssch!... ¡Pssch!...

Se volvió hacia ella.

—¿Qué ocurre...?

María Terrón alzó una mano en el aire e hizo oscilar el índice tieso de su diestra para indicar que no. Mientras lo hacía, emitía un hipido jovial que quería ser una risa prolongada.

—¿Qué me quiere decir?

María, sin dejar de mover la mano, exclamó:

—¡Que no, que no! ¡Ji, ji, ji!... ¡Dios me entiende!...

Moscoso no estaba de humor para descifrar jeroglíficos. Le volvió la espalda y se encerró en su cuarto.

Moscoso había llegado al matrimonio como quien cumple un honroso deber o como quien se impone un régimen de vida para combatir un hábito perjudicial a la salud. Pero sin amor. Se había unido a Elena como a un destino que es forzoso aceptar para poder ascender en un escalafón; pero he aquí que Elena era un ser humano capaz de sufrir —y de sentir como él— las garras implacables, terribles, del

tedio.

Cuando el tedio caía sobre él (el tedio era una mano muerta, blanda e informe sobre su ánimo; un largo sueño sin argumento, una nada implacable), Alberto Moscoso no se compadecía a sí mismo; compadecía a Elena. Él era un ser intratable, un misántropo, un incapaz para la vida de relación.

Y debía compensar a Elena, a la pobre Elena, de esta unión sin sentido, de la que sólo él era culpable.

¿Qué había hecho? Llevaba dos horas dando vueltas como un orate por la ciudad, sin ir a ninguna parte ni volver de parte alguna. De pronto le sorprendió encontrarse tan lejos. No sabía por dónde había llegado ni el tiempo invertido para llegar hasta allí. Tenía la sensación de haber cometido un acto irremediable. («¡Nada hay irremediable!», diría muchos años después Ana María, ignorando hasta qué punto su padre había sentido un día la exacta pulsación, la tranquila evidencia de lo que no tenía remedio posible.)

—¡Mi comandante!

Alberto no pensó que fuera a él.

—¡Mi comandante! —volvieron a gritar.

Moscoso se volvió. El recién llegado era un hombre pequeño, enjuto, con largas patillas de legionario.

—¿No se acuerda usted de mí? ¡Soy Petrirena!

—¡Diablo de Petrirena! ¿De dónde has salido?

—Estaba ahí sentado cuando me dije: «¡Pero, bueno, si es el comandante Moscoso!» ¿Hacia dónde va usted?

—No iba a ninguna parte. Paseaba.

—¿Me permite que le invite a un café?

—De acuerdo. Yo te invitaré a coñac.

Petrirena le contó una larguísima historia, que Moscoso no escuchó. Toda su atención estaba prendida en los últimos minutos, en las últimas horas transcurridas. Moscoso oía su propia voz y la del general subsecretario y la de su ayudante, el comandante Vallejo, en el lamentable episodio —lamentable e irremediable: «irremediable», otra vez— que acababa de vivir.

—No se me oculta que esa misión tiene muchos riesgos... —le había dicho el subsecretario, con el mayor desprecio.

Alberto enrojeció ahora al recordarlo, igual que cuando tuvo que aguantar la vejación.

—Soy soldado, mi general, y no rehúyo los riesgos.

—¡Cállese! ¡No le he pedido su opinión!

Alberto había ignorado hasta entonces —y hubiera podido jurarlo por su honor— el verdadero objetivo de la misión que se le encomendaba en África. «En el informe

secreto que le remití la semana pasada...», le había dicho el general varias veces. Y Alberto no había recibido tal informe. De haber llegado a sus manos, ¿cómo podía nadie pensar que por complacer a las mujeres de su casa hubiera solicitado un cambio de destino? Las «circunstancias privadas de orden familiar» que había alegado eran realmente grotescas frente a la decisión del Gobierno de ocupar militarmente el territorio de Ifni, con el riesgo, siempre posible (a pesar de los derechos reconocidos a España por el sultán), de provocar una nueva guerra con Marruecos. En esas circunstancias, solicitar un destino burocrático en Madrid se parecía mucho a una deserción. Las palabras del general fueron durísimas, altaneras y cargadas de desprecio.

—Le doy mi palabra de honor, mi general, de que no he recibido ese informe. Ignoraba el alcance de mi nombramiento, que imaginaba como una pura rotación de destinos. Conocidas las circunstancias, ruego a vuecencia que dé por no presentada mi petición.

El general se volvió entonces al comandante Vallejo y cruzó los brazos ante él. Moscoso había olvidado por completo la presencia del ayudante del general. El ayudante era el perfecto burócrata, militar de salón y antedespacho, figurón, pueril, presumido y necio. ¿De qué se reía ese imbécil?

—¿De qué se ríe usted, Vallejo? —gritó el subsecretario.

—Yo cumplí todas sus órdenes, mi general. El mismo sábado entregué los informes al comandante Moscoso y a los tenientes coroneles Medinabeitia y Arce. Sonreía porque el comandante Moscoso podrá jurar por su honor que ha extraviado o no ha leído el informe creyendo que se trataba de una circular sin importancia, pero no puede afirmar que no lo ha recibido.

—Le dije a usted, Vallejo, que no los enviara por medio de ordenanzas.

—Los entregué personalmente, mi general.

—El comandante Vallejo miente —dijo entonces Moscoso, sin alzar la voz.

El ayudante del general palideció, pero no dijo «esta boca es mía». El subsecretario lo miró con sorna. Admiraba su sangre gorda y le agradecía, en cierto modo, que no hiciera nada por prolongar un incidente absolutamente secundario.

—Bien, señores. El incidente está resuelto. Haya usted recibido ese informe o no, le agradezco, comandante Moscoso, su nueva actitud. Daré por no presentada su petición y celebro su próximo regreso a tierras africanas. Puede usted retirarse.

Moscoso no se movió.

—He dado mi palabra de honor —dijo lentamente— de no haber recibido ese informe. Y no puedo tolerar que mi palabra sea puesta en duda. El comandante Vallejo no me lo entregó.

—Yo no tengo ninguna duda al respecto —cortó secamente el subsecretario—; pero la versión más útil para zanjar esta cuestión marginal es ésta: Vallejo le entregó

el informe. Usted no lo leyó. Su honor queda, pues, a salvo.

Sí pidió un cambio de destino, fue por ignorar el alcance y las responsabilidades de su nombramiento. ¿Estamos de acuerdo?

—¡No, mi general!

(Petrirena hablaba por los codos; pero Moscoso no le escuchaba. A cada frase, como una muletilla obligada, el sargento enarcaba las cejas y exigía a Moscoso una declaración de conformidad con lo que había dicho.)

—¿Eh, mi comandante? ¿Eh que sí?

Moscoso movía la cabeza, automáticamente, sin saber, por supuesto, de qué lado venían los tiros.

—¿Se acuerda usted de aquel día que...?, ¡me c... en mi padre, menudo jabato de comandante era usted! ¿Eh, mi comandante? ¿Eh que sí?

De cuando en cuando, Moscoso aterrizaba. Y decía cuatro palabras, sin saber a ciencia cierta si correspondían o no con lo que hablaba Petrirena.

—¿Cómo se llamaba aquel morazo que le quiso regalar a usted a su hija?

—No seas bestia, Petrirena. Ése era el cabo furriel de tu compañía.

—Yo me refería a un Mohamed no sé cuántos...

—¡Todos se llamaban Mohamed!

—Yo no sé por qué no la aceptó. ¡Era una chavala más maja! ¿Eh? Tenía unas... unas..., ¿eh, eh, mi comandante?, y unos... unos...,¿eh, eh que sí?

Petrirena, después de modelar en el aire las «unas» y los «unos», puso los ojos en blanco y se relamió, recordando las calidades visibles de la hija del furriel. Moscoso perdió de nuevo el hilo de sus palabras.

—¿Se encuentra usted mal, mi comandante?

Moscoso tragó saliva. Acababa de oír, por encima de la voz del sargento Petrirena, el portazo del general, y unas grandes líneas violáceas se marcaron en su rostro. Había estado cuadrado durante toda la retahila de improperios; y siguió, por inercia, en la misma posición muchos segundos más, con los ojos fijos en la puerta por donde el subsecretario acababa de salir. El general no podía haber sido más claro. Entre la palabra de Vallejo y la suya —y ya que le obligaba a pronunciarse—, aceptaba la de Vallejo. Aprovechaba la oportunidad para añadir que su nombramiento para el Sahara se había hecho con su voto en contra. Era una imposición del Gobierno: un «trágala» que los civiles imponían a los militares. No era el suyo un cargo militar, sino civil; y si hubiera dependido solamente del Ministerio de la Guerra, y no de una comisión interministerial, su nombramiento no se habría firmado jamás. ¿Quería Moscoso saber por qué? No tenía ningún interés en ocultárselo. Su nombre, así como el de los tenientes coroneles Medinabeitia y Arce, había sido sugerido por uno de los magnates de la Compañía Industrial de Fomento Africano. Ambos jefes del Ejército fueron secretamente consultados acerca de las concesiones,

que dependían del mando militar, para el establecimiento de pesquería, salinas y comercio de algas en la zona sur del Protectorado. Les ofrecieron fuertes comisiones a cambio de su apoyo. Alguien debió de informar a los miembros civiles de la comisión interministerial «que dichos militares habían denunciado a sus superiores el soborno de que pretendían ser objeto»; pues a partir de ese día votaron en contra de su nombramiento. Si habían conseguido obtener al fin un cargo, fue por el apoyo decidido del Ejército, que veía en ellos la única garantía —el subsecretario recalcó: «¡La única garantía!»— de que los intereses generales de la zona estuvieran siempre por encima de los intereses particulares. Esta batalla la pudo ganar el Ejército; pero no pudo, en cambio, evitar que el cargo de Moscoso (cargo civil encomendado a un militar) fuese jerárquicamente superior al de los tenientes coroneles postergados. La defensa de Moscoso hecha por los civiles (algunos de ellos descaradamente vinculados con la Compañía Industrial de Fomento Africano) era harto más que sospechosa.

Mientras hablaba el general, el estupor primero, y después la incredulidad, la indignación, el dolor y el asco se fueron enseñoreando sucesivamente del ánimo de Moscoso. Esta última sensación dominó sobre las demás. Se arropó en una capa de altivez y esperó a que su jefe terminara. No había perdido la esperanza de que el general caminara en la primera fase de un retruécano; y que de pronto, invirtiendo los términos de la proposición en otra subsiguiente, diera un giro satisfactorio a su asombrosa declaración.

—Cuando usted presentó su petición de quedarse en Madrid, aludiendo a «circunstancias privadas de orden familiar», alguien me indicó que era una maniobra suya, una cortina de humo para ponerse a salvo de posibles sospechas; pero que se las arreglaría para aceptar el cargo, a pesar de su misma renuncia. Hace unos minutos, acaba usted de rogarme que dé por no presentada aquella renuncia. No puede, pues, sorprenderle que entre la palabra de Vallejo y la suya me incline por la de su compañero. ¿Estamos ahora de acuerdo?

—Sí, mi general.

El subsecretario le volvió la espalda y salió del despacho pegando un portazo. ¡Qué extraña sensación la que Moscoso experimentaba! Ya no estaba irritado ni herido, ni decepcionado siquiera: estaba cansado, eso sí, sentía un cansancio que le nacía en las raíces mismas de su ser y le impedía defenderse de las acusaciones que le imputaban. A medida que el general hablaba, su ánimo se había ido replegando hacia una altiva posición de desdén rayana con la indiferencia. Desde la altura de esta posición, las palabras que oía y los hombres que tenía ante sí le parecieron de una insignificancia tal, que les tuvo compasión. No se defendería. No valía la pena. Tendría que abrir la boca, rasgar un papel con un escrito, intrigar en las antesalas... No valía la pena. Una mujer honesta que se lanza a la vía pública para demostrar sin

miramientos a diestro y siniestro que conserva la virginidad en su sólito escondrijo, podrá ser virgen, pero deja de ser honesta. Lo mismo acontece con la dignidad del varón. Luchar por demostrarla era ya una manera de perderla. Él era militar; pero antes que militar era hombre, y tenía un alto concepto de esta dignidad. Sabía muy bien que una puerta se había cerrado en su vida y que otra se había abierto ante un horizonte desconocido. Procuraría cruzarla con serenidad y con decoro. Cayó de pronto en la cuenta de que estaba cuadrado. Relajó sus músculos, desdobló el antebrazo que sostenía la gorra, se quitó uno de los guantes.

—Reconozco que el «subse» ha estado cruel... Pero, ¡chico!, te lo has ganado a pulso. Si me permites un consejo...

Moscoso había vuelto a olvidar la presencia de Vallejo en el despacho de su jefe. Era un olvido imperdonable. Se plantó frente a él. ¿Dónde estuvo este pájaro durante la guerra de África?... ¿En qué subsecretaría, en qué ayudantería de general, en qué oficina estuvo emboscado mientras sonaban los tiros?... Porque lo que es en África, durante la campaña, no lo recordaba.

—Si me permites un consejo...

—No, Vallejo, no te lo permito.

—Escucha, Moscoso. Estoy casi seguro de que te entregué ese informe.

Alberto lo miró con expresión glacial.

—¿«Casi» seguro? No es eso lo que dijiste antes..

—Pues te lo digo ahora. Y estoy dispuesto a decírselo así al general.

—¡Ya es tarde!

Moscoso alzó una mano y con el guante libre cruzó la cara de su compañero.

Éste dio un paso atrás. Enrojeció tanto, que parecía que la sangre le iba a salir por los poros de la cara.

—Mañana recibirás mis padrinos —dijo con voz contenida.

—Los echaré a palos por la escalera —respondió Moscoso, tranquilamente.

—¡Te formaremos tribunal de honor!

—No hará falta.

Le volvió la espalda y salió. Diez minutos después pidió la separación: se dio de baja en el Ejército.

¿De qué hablaba Petrirena? ¿Qué hacía sentado con él? ¿Dónde lo había encontrado? Parecía borracho. El sargento se preguntaba cosas, y él mismo se las contestaba.

—¿Y el chej de aquella facción que quiso destronar al Sultán Azul, el que sirvió de mediador con los Ulad Delime, que le regaló a usted una cordera...? ¡Todos le regalaban cosas!

—Ése se llamaba... ¡Espera, Petrirena, espera...! —decía el propio Petrirena—. Ése se llamaba Erguibi Hatri Uld Said El Yumaní... ¡Buen tipo el viejo! ¿eh, mi

comandante? A ése le mandaba usted comer tierra, y la comía. Le mandaba usted abrirse las venas, y se las abría. Ése... hasta el fin del mundo iría con usted.

Petrirena se bebió de un trago su undécimo coñac; y al ver que Moscoso seguía en Babia, se trincó también la copa del comandante.

—¡Yo también iría con usted al fin del mundo! Después, con ira contenida, añadió: —¡Yo soy «un tarado del desierto», como usted decía. Aquí no vale la pena vivir...!

A lo largo de dos meses, Moscoso y Petrirena se vieron casi a diario para pasear o emborracharse juntos. Al cabo de ese tiempo, llegaron noticias de que el Ejército, a las órdenes del coronel Capaz, había ocupado, sin derramamiento de sangre, el territorio de Ifni. Aquel día se emborracharon más que nunca y bebieron a la salud del Ejército de África.

Algo ocurría en casa, algo misterioso de lo que nadie hablaba, pero que estaba en el ambiente, sin que Ana lo pudiera descifrar. Su padre —que se pasaba las horas muertas encerrado en su cuarto bajo llave— ya no vestía nunca el uniforme, y, más de una vez, la niña sorprendió a Elena llorando, cuando la abuela Matilde no estaba delante. Su madre se levantaba muy temprano e iba a misa casi a diario, cosa que no hacía antes, al menos con tanta frecuencia. Una tarde, María Terrón le hizo esta confesión brutal: Alberto se había encerrado porque no podía andar sin caerse: estaba bebido. Ana le sorprendió una vez, los ojos fijos en ella, con una mirada, larga, insistente y triste. Y aquella noche lloró sin saber por qué. Le daba pena la tristeza que adivinaba en su padre, aun sin saber cuál era la causa. Unas semanas más tarde, María Terrón le dijo que ya no era militar; ahora se dedicaba a administrar el dinero de la abuela. Y una noche —una noche que Ana María olvidó muy pronto, porque toda su naturaleza se rebelaba para no recordarla— Moscoso entró de puntillas en el cuarto donde ella dormía, se acercó a su cama y la besó en la frente. Olía mucho a vino; pero a ella no le importaba. Sacó los brazos de las sábanas y le abrazó, echándoselos al cuello. Un sollozo ronco, apagado, terrible, surgió entonces del pecho de Alberto. Ana María rompió a llorar, al tiempo que abrazaba más fuerte a su padre. Estuvieron mucho rato, apretadas las caras, notando cada uno las lágrimas del otro, llorando los dos juntos, sin decirse una palabra. Nunca, nunca recordó Ana María este episodio. Si la avanzadilla de la rememoración se aproximaba a ella, la rechazaba instintivamente, se distraía, se ponía a reír nerviosa, o a jugar, o a saltar, o a decir necedades para que la regañaran y evitar así enfrentarse con el recuerdo. No quería recordar a su padre llorando. No quería saber por qué lloraba. No quería. Fue la última vez que lo vio.

Tres horas antes de este episodio, Moscoso se deslizó muy despacio entre las sábanas. La habitación le daba vueltas. Estaba bebido. Cerró los ojos y se volvió de lado. Tuvo que cambiar de postura. Boca arriba era mejor. Así, muy quieto, la

sensación de estar girando sobre un disco se aplacaba lentamente. El disco giraba, giraba; pero cada vez más lento.

—Estás borracho, Alberto; hueles a vino que apestas —dijo Elena, de pronto.

Paciencia. No hay que irritarse. Por nada del mundo vale la pena de irritarse. Su mujer decía que estaba borracho: sus razones tendría; aseguraba, delicadamente, que apestaba a vino: quizá fuera verdad. No había, pues, que ser rencoroso. Él quería a su mujer, y —sobre todo— sentía por ella una profunda compasión. La pobre era muy desgraciada. Se había casado con un misántropo, un ser hosco e intratable, un «tarado del desierto». ¡Pobre Elena! Se volvió hacia ella y le ciñó con el brazo la cintura.

—¡No me toques! Estás borracho...

Alberto volvió a colocarse bruscamente boca arriba: no tanto por el desplante de su mujer, como por el vértigo que le había producido el cambio de postura. El disco giratorio, al inclinarse de un lado, amenazó con despedirle, impulsado por la fuerza centrífuga. ¡Quieto, quieto! Boca arriba. Respirando hondo. Así era mucho mejor. ¡Estúpido de Petrirena; qué buen saque tenía el mozo! ¡Mala bestia! ¿Por qué le habría consentido beber tanto? Sin embargo, mientras lo pensaba, Moscoso sonrió. Al posar su mano sobre el vientre de su mujer, había notado, bajo la piel, el movimiento del hijo: un hijo varón; de eso estaba seguro. A Elena no se le notaba todavía el grosor de la maternidad; pero la criatura ya se movía en sus entrañas, debatiéndose con la vida. ¿Cómo sería ahora su hijo? No lo podía imaginar. Pensaba en él y lo veía con chilaba, como un saharahui, con su rostro infantil —un rostro de la misma edad que el de Ana María— curtido ya por el sol del desierto y el siroco.

Pensando en su hijo, se quedó dormido.

Allí, bajo su mano, debajo de la piel de la mujer, había sentido la presencia de una alubia minúscula que crecía y se desarrollaba. Pronto sería como una larva con movimiento propio, de la que surgirían pequeños tentáculos que un día serían pies sobre los que andar y manos para trabajar. Sobre la breve substancia gelatinosa se abriría la ranura de los labios y las cuencas, en las que se posaría, como nueva lengua de fuego, el milagro de la vista. En aquella blandísima corteza, pronto se ahondarían las cuevas donde vibrarían los ruidos, las voces de los hombres, los disparos, la música. Un ovillo de cables se entrelazaría, elástico, sobre aquella larva, para transmitir las sensaciones del cuerpo al cerebro y las órdenes del cerebro a los músculos y a los órganos motores. Por los cables caminarían los reflejos, el placer, el dolor. En aquel «bicho» había partículas de sí mismo; partículas que él había recibido de sus padres y sus abuelos desde las simas pavorosas de la herencia hasta entroncar con el soplo de Dios sobre el barro del paraíso. Y aquellas partículas comenzarían un día a latir, a inflarse y a estrecharse, como un motor que recibiera sangre y la distribuyera por los canales del cuerpo todo: despacio, durante el sueño; como una cascada roja incontenible y caliente, en la guerra o en el amor.

La impresión de que alguien hablaba cerca de él lo desveló. Borracho y todo, le había parecido escuchar voces en el cuarto. Luchó por no desasirse de los vapores del sueño; pero su atención estaba prendida de aquel rumor que percibía cerca de él. ¿Habían pasado horas desde que se acostó, o estuvo dormido tan sólo unos segundos ? No. No eran voces; era la respiración de Elena, entrecortada por el llanto.

—¿Qué te ocurre, mujer? ¿Estás llorando otra vez?

Moscoso encendió la luz.

Su mujer tenía el rostro cubierto con las manos. Intentó apartarlas, y ella se defendió.

—Debes dominarte. En tu estado, eso no es bueno.

—¡Cállate! ¡No puedo oírte hablar siempre de lo mismo!

Lo dijo entre sollozos; era difícil entenderla.

—¿De qué no puedes oírme hablar?

Elena no apartaba las manos del rostro, como si no quisiera que Alberto la viera llorar.

—¡Del niño! —dijo; y añadió con un hilo de voz—: Pero... ¿no comprendes lo que pasa?

Moscoso guardó silencio. Por respeto al estado de ella, no debía decir, en voz alta, la duda que cruzó por su mente.

—¿El niño...?

—¡¡No hay niño ninguno de que hablar!!

—¿Qué quieres decir, Elena?

Se acercó a ella dispuesto a consolarla; aunque era él, más que nadie, quien necesitaba consuelo. Había pensado en un accidente, en un aborto. Las palabras de Elena carecían de sentido.

—No era verdad... no ha sido nunca verdad... ¿Cómo es que no lo comprendes? ¿Cómo es que no lo has comprendido antes?

—Me vas a volver loco. ¿«Cómo no he comprendido», qué?

A pesar de lo claras que eran, Moscoso no entendía las palabras de Elena; ¡él había sentido al hijo bajo su mano!

—Mamá me dijo que era la única manera de alejarte de ese horrible destino, de esa guerra estúpida.

Sobre la desencajada cara de su mujer se superpusieron, en el recuerdo de Moscoso, la figura de María Terrón moviendo la mano, anunciándole que no era cierto lo que acababan de decirle minutos antes, riéndose —con risa de bruja— ante la burla infame; y las palabras de Matilde: «Elena y yo hemos estado hablando... toda la tarde»; y el sonrojo de Elena, cuando su madre la empujaba a confesar lo que no era verdad: «Elena, díselo. Dile lo que ocurre... no vaya a parecer que yo...» Moscoso sentía cómo la sangre se le retiraba del rostro; pero no vivía lo que entretanto hacían

sus manos, lo que buscaban sus manos. Ante él, bajo las sábanas, el vientre de Elena, el volumen del vientre bajo las ropas. Podía disparar el cargador entero de su pistola, sin miedo de herir al hijo, sobre aquel bulto vacío, sobre aquella caja estéril, sobre aquella carne odiada. Tuvo la sensación de estar envuelto por una niebla de irrealidad. En el espacio que mediaba entre el vientre de su mujer y el cañón de su pistola, escuchó las voces del general y de Vallejo, y el ruido que hizo el guante sobre el rostro de éste, y vio de nuevo proyectada sobre las sábanas la desdentada boca de María Terrón.

—¿Qué vas a hacer? ¡Deja esa pistola, Alberto! ¡Déjala...!

Elena se apretaba contra el respaldo de la cama. Sus piernas, bajo las sábanas, hacían fuerza sobre el colchón, como intentando retroceder.

—Piensa en la niña, piensa en Ana María; deja esa pistola, Alberto... ¿No comprendes que estás borracho?

Moscoso varió la dirección del arma. « ¡Borracho! ¿Será posible que esté borracho y que todo sea una pesadilla de la que sólo el alcohol es culpable?»

Elena no le miraba a los ojos; miraba sólo a la pistola, que ahora apuntaba hacia el suelo. El terror le hacía desear que la hiciera variar aún más; la posara sobre su pecho y apretara el gatillo. No le pediría entonces que pensara en Ana María. Alberto no lo hizo. Era demasiado grotesco hacerlo. Todo era grotesco; su vida perdida; su carrera abandonada; su mujer, temblando como un animalillo que va a morir de frío. Guardó el arma y comenzó a vestirse.

—¿Estás más tranquila, ahora?

Le sorprendió oír su propia voz.

¡Qué lamentable espectáculo! Estaba dormido cuando le despertaron las lágrimas y los temblores de Elena. La confesión de su mujer le había sorprendido sin estar desvelado, con los vapores del sueño y del vino bailándole en la cabeza. En su pleno juicio no hubiera reaccionado de esta manera vergonzosa: habría percibido, como percibía ahora, que una puerta acababa de cerrase en su vida y que se hallaba en el lindero de algo nuevo y desconocido; pero no hubiera cometido la impudicia de transformar su dolor en melodrama.

«Una puerta se había cerrado en su vida». Este mismo pensamiento lo tuvo meses atrás, al finalizar su episodio con el general; hoy, como entonces, le produjo un extraño sosiego, una increíble sensación de paz. La casa estaba silenciosa. A través de los visillos que cubrían las ventanas que daban a la calle no llegaba un solo ruido. Fuera de aquí, la noche era alta y fría.

«¡Pobre Ana!», pensó.

Elena lo miraba, con la marca del terror no desvanecida aún en sus ojos.

—No estoy borracho. Tranquilízate.

La miró con pena.

—Abrígate, mujer; puedes resfriarte.

Cuando acabó de vestirse, extrajo el cargador de la pistola y lo vació. Tiró las balas sobre la cama y se guardó el arma. ¡Qué distinto era todo desde la altura de su desdén! Las pasiones, la ira, el dolor mismo, parecían pobres cosas, desdeñables naderías.

—Anda, duérmete. Conmigo aquí no podrías dormir.

Fueron las últimas palabras que cruzó con ella. Las dijo como para disculparse por dejarla sola en la habitación.

Al día siguiente, Petrirena le buscó como un loco. Recorrió las comisarías, los hospitales, las casas de Socorro. Mes y medio después, en el Ministerio de la Guerra le informaron de que había sido visto en Villa Cisneros. El capitán Valcárcel, que acababa de regresar de Río de Oro, comentó que había estado con él unos minutos en el muelle, de El Aargub. Aquel mismo día, Moscoso embarcó en un mercante belga que viajaba hacia el sur, rumbo al África Ecuatorial.

Cuando Petrirena comunicó a la familia del comandante lo que había conseguido averiguar, su mujer, secamente, le interrumpió.

—Para mí, como si hubiera muerto.

VIII
ENERO — MARZO – MAYO

Enero

Andrés se incorporó. Anduvo perezosamente los metros que separaban el diván del ventanal y descorrió el enorme visillo. (Enero se entretenía desplumando ángeles sobre las nubes. Los gruesos copos caían lentos, sin prisa de mancharse con la tierra.) Volvió sobre sus pasos y se acercó a Ana María.

—Ana... —dijo suavemente—. Es muy tarde ya.

—No me digas la hora —suplicó ella sin abrir los ojos—; no me digas todavía.

Andrés la contempló largamente. No era sólo ternura lo que sentía al mirarla, sino sorpresa —una continua sorpresa— y curiosidad. Nunca llegaría a conocerla: así, tal como ahora la veía, cerrados los párpados, entreabiertos los labios en una sonrisa, se diría que gozaba en su propio abandono, que sentía el placer de una total relajación; pero él sabía que ésta era sólo en apariencia: Ana conservaba siempre un pliegue muy leve que oscurecía su frente como si todo su pensamiento estuviese concentrado en la resolución de un difícil problema o en la contemplación de un enigma; su propio enigma quizá. En los momentos más íntimos, este pliegue se acentuaba aún más, cual si quisiera inmovilizar el presente o vivirlo con más intensidad.

—Ana, no te distraigas; piensa en la hora...

— ¡Qué poco tiempo tenemos para estar juntos!

—No pienses más en ello.

—Dime, Andrés, ¿estás arrepentido?

—No sé...

—Yo sé que lo estás.

—¡Te he dicho que no lo sé! A veces pienso que tú y yo no somos responsables de nada; otras, que todo tiene un precio, y no sé cuál será el que nosotros tendremos que pagar; en cualquier caso, es inútil pensar en ello...

Ana extendió las manos para que Andrés la ayudara a levantarse. Una vez en pie, lo abrazó. Siempre que él la miraba inquisitivamente, volvía los ojos en otra dirección o lo abrazaba, ocultando el rostro en su hombro.

—Cada vez me cuesta más volver a casa... —confesó.

—No digas eso.

—Es horrible lo que me pasa. Cuando estoy con mi marido, me siento culpable, como si él fuera mi pecado y no tú...

Andrés se apartó bruscamente.

—¡Cállate!

—No te gusta oírme hablar así, ¿verdad?

—No, Ana, no me gusta.

—Tú tienes conciencia de que *lo nuestro* es lo culpable, ¿verdad?

—Sí, Ana. Yo sé que lo nuestro es lo culpable.

Temió que ella le preguntara: «...¿Y por qué no me dejas entonces?» «¿Por qué me sigues buscando?» Y no hubiera sabido qué contestar.

Lejos de esto, Ana María volvió a abrazarse a él.

—¿Qué piensas de mí?

—No hay día que no me preguntes lo mismo.

—¿No me encuentras despreciable?, ¿de verdad no me desprecias?

—Encuentro que te torturas inútilmente: eso es todo.

—Cada vez que salgo de aquí, hago el firme propósito de no volver.

—Y al torturarte, Ana María, me torturas a mí también.

—Sufro por verte, pero si no te veo, sufro más aún...

—Es muy tarde, Ana María.

—Dime, Andrés, ¿no me consideras... (¡no sé cómo decírtelo!) no me consideras una cualquiera?

—Vas a acabar enfadándome, Ana María. Anda, ve a arreglarte.

La apartó suavemente de sí. Ana recogió el bolso, caído al pie del diván, y se fue hacia el lavabo.

Andrés la siguió con la vista.

Nunca, nadie —y Andrés se enfrentaba con temor ante el absolutismo de estos vocablos— hubiera sido capaz de romper el equilibrio de Ana María. Nadie salvo él. Andrés lo sabía; estaba bien seguro de ello; y la desazón que esta idea le producía, por la responsabilidad que entrañaba —desazón no alentada aún por el remordimiento— sólo era acallada y compensada por el halago de su vanidad. Andrés no podía arrepentirse. Estaba atemorizado; pero no arrepentido. Él debía a Ana María las horas más completas de su vida: las de su desquite. Prefería no saberlo: que esta idea no hubiera llegado nunca al campo de su meditación. Era un ingrediente impuro que manchaba la sinceridad de su sentimiento hacia ella. Sin embargo, era así. Entre los móviles oscuros que inclinaban su voluntad, había un tortuoso afán de desagraviarse. Ana María era su desquite. Y si se avergonzaba de ello, era por ignorar hasta qué punto él, Andrés, también representaba el desquite de Ana María.

Ana regresó. Avanzaron lentamente hacia el vestíbulo.

—Es mejor que no salgamos juntos. Yo cogeré un taxi.

Andrés la tranquilizó.

—Aquí, y a estas horas, no puede vernos nadie.

Bajaron en silencio la escalera. Andrés se adelantó solo hasta su coche. Limpió

los cristales, cegados por la nieve. La calle estaba desierta. Cuando Ana comprobó que nadie podía verla, se reunió con él. Si algún coche se cruzaba con el suyo o los rebasaba, Ana se llevaba un pañuelo a la cara, y Andrés fingía unas extrañas manipulaciones en el espejo retrovisor para cubrir con su brazo el rostro de ella. En cuanto se acercaron al centro, buscaron las callejas más apartadas, hasta encontrar un taxi. Sin despedirse, sin mirarse, Ana cambió de coche. Durante mucho tiempo los dos vehículos marcharon juntos. De trecho en trecho, ella a través del cristal, le buscaba y le sonreía. La circulación se fue espesando. El suburbio se fundía en la ciudad. Un semáforo detuvo la larga cadena rodante. Los coches se apretaron unos con otros, como un gusano que se contrae sobre sí mismo. El taxi y el coche de Andrés quedaron juntos.

—¿El martes? —dijo Ana.

Andrés afirmó con la cabeza.

Cuando el semáforo dio paso libre, Ana se llevó los dedos a los labios, los besó y sopló hacia él. Fue la despedida. El conductor del taxi torció por una bifurcación y los coches siguieron distintos caminos.

Dos veces diarias recorría Andrés el trayecto que ahora iniciaba: cuando iba de su casa al estudio y cuando al atardecer regresaba a su casa. Sus pensamientos, como la brisa costera, corrían, también en distintas direcciones, según la hora del viaje. Por la mañana pensaba en su trabajo, en su aportación al próximo salón de otoño, en la polémica levantada dos años atrás cuando expuso sus mejores obras, en la sorpresa de Ana María cuando después de tantos años vio de nuevo su pintura, y en sus palabras: «¡Son cuadros que sangran!» Al atardecer, en cambio, sus pensamientos se centraban invariablemente en su mujer: le había prometido comprar entradas para llevar al circo a la pequeña y se le había olvidado... Le encantaría poder viajar con ellas a Italia en octubre... Tendría que hacer cuentas y ver si era posible... Y detrás de estos pensamientos, como quien percibe la presión de un temor dentro de sí, la sensación de culpabilidad. Las tardes que salía con Ana, esta sensación se hacía más aguda. Estos días no entraba directamente en casa. Se pasaba primero por un bar, y en el lavabo, sin jabón, se frotaba con agua las manos y la cara. Era una precaución innecesaria; pues Ana María no se perfumaba en absoluto cuando salía con él. Pero tampoco estaba muy seguro de hacer esto sólo por precaución. Quizá lo hiciera por otros motivos: por una exigencia mental de liberarse de cuanto hubiera en él de otra mujer antes de presentarse ante la suya, o tan sólo por sentir sobre su piel el sedante frescor del agua. Sólo sabía que no estaba cómodo ante Alicia los días que salía con Ana sin haberse fregado primero, como si tuviera tinta en las manos y las mejillas.

Después, mientras subía la escalera, pensaba con más intensidad en el arreglo de las cañerías, que Alicia decía que no podía aplazarse; en la tosferina del niño de arriba, con quien su pequeña no debía jugar, o en las entradas de circo para el

domingo.

Marzo

—¡Es impúdica! —gritaba Andrés, señalándola con la mano, extendida fuera de la ventanilla—. ¡Es obscena! ¿No lo ves? ¡Es profundamente, radicalmente deshonesta!

Andrés se refería a la primavera.

—¡Ten cuidado, Andrés! Nos vamos a matar...

El coche era muy chico o la grieta muy grande.

—¡Ten cuidado, te digo!

—Este coche no es un coche; este coche es un tanque. Ya verás...

Con los ojos fijos al frente, la lengua entre los dientes, las manos aferradas al volante del diminuto automóvil, Andrés parecía la imagen viva de la abstracción. Presionó a fondo el freno y el embrague, y disminuyendo la presión del primero, dejó deslizar el vehículo, sesgadas las ruedas por la tremenda erosión. Al iniciar el ascenso el coche tosió, asmático, y retrocedió, mucho más obediente a la ley de la gravedad que a la voluntad del conductor. Empotrado en la hendidura, elevadas las ruedas delanteras sobre la pendiente, el pobre artefacto parecía una cría de elefante puesta de manos.

Ana María, prudente, se apeó del coche y se volvió de espaldas. Prefería no ver el resto de la maniobra.

—¡Estás loco, Andrés!

—Eso dice siempre Alicia.

—No me hables ahora de tu mujer...

Cuando al fin logró extraerlo de la caries terrosa, se acercó a Ana María, y avanzaron a pie hacia la pradera, buscando un sitio donde sentarse. Ana y Andrés llamaban pradera —«la pradera», por antonomasia— a los dos o tres metros escasos de verde que se extendían a ambos lados de un hilillo de agua. Y al hilillo de agua lo llamaban «el río».

Un hombre y una mujer que estaban tendidos en la hierba, se incorporaron sobresaltados. Ana y Andrés pasaron junto a ellos sin mirar, cruzaron el arroyo sobre unas piedras, bordearon «la pradera», al otro lado del «río», y se sentaron algo más lejos, los pies caídos sobre la pendiente.

—Mira: ¡tu cuadro! —dijo Ana extendiendo ambas manos al frente, como si quisiera cortar con las palmas verticales dos extremos del paisaje—. ¡Qué impresión me hizo cuando lo vi en tu estudio! —añadió—. Me quedé..., no sé cómo decírtelo, ¡aturdida! Desde luego es lo mejor que has hecho... Estoy deseando que lo expongas. ¿Tienes ya fecha para la exposición?

Andrés protestó.

—¡Prohibido hablar de nada relacionado con mi trabajo!

—¡Embustero! ¡Te encanta que te adulen!

Andrés sonrió. No era cierto lo que decía Ana. Los únicos elogios que en verdad le complacían, eran los de ella. Ana tenía la virtud de halagarle inteligentemente. Su admiración hacia él no era ciega y «porque sí», como la de Alicia; sino razonada, vertebrada en juicios y opiniones: inteligente. Analizaba sus cuadros descubriendo con asombrosa intuición, con finísima sensibilidad, matices que nadie sino ella acertaba a comprender. Ana sabía qué pinceladas eran fruto de una dolorosa y laboriosa elaboración, y cuáles nacían al impulso festivo, desordenado y caliente de la inspiración creadora. Sabía cuándo echaba mano de recursos académicos para conseguir un efecto, y cuándo se ponía el mundo por montera y desbrozaba caminos nuevos sólo por él pisados. Las observaciones de Ana María eran de una agudeza increíble. Se reclinó junto a ella.

—No es cierto eso que has dicho. Me gustan tus elogios porque son tuyos.

—¡Qué gran mentira! Es lo único que te gusta de mí.

Andrés le hundió la mano entre el pelo, y tiró de él, bromeando, como se hace con un niño pequeño al que se quiere castigar.

—Eso es un grave atentado contra la justicia. Todo lo que es tuyo, me gusta: tu piel, tu sonrisa, esa manera un poco altiva de andar..., la inclinación de tu cabeza cuando me escuchas, tu mirada distante, tus gestos, hasta el pliegue de tu frente...

—A mí me gustan tus mentiras —replicó Ana—. Todo, todo son mentiras. ¡Y ya ves!... Me gusta oírlas.

—Está bien, está bien... Te seguiré mintiendo, aunque para eso tendré que decirte que este deseo de cazar el sol con un lazo y parar el tiempo, lo debo al clima que es bueno o a la luz que no molesta; pero no al hecho trivial —o por lo menos accesorio — de estar a tu lado. Esta paz, este impulso de no razonar, de hundirme en un desquehacer, de diluirme en pura quietud, no es porque mi espíritu, amarrado al tuyo, esté a gusto en el puerto en que está; sino porque tengo pesada la digestión y ganas de dormir. Y esta sensibilidad que me permite percibir si ha variado el ritmo de tus latidos, o cuándo cambia el compás de tu respiración; que me permite saber si el movimiento de tus labios es porque me vas a hablar, o a besarme, o simplemente a respirar, y que me hace apto para traducir a mi idioma particular ese testarudo pliegue de tu frente, no pienses nunca que es porque me muera por tus pedazos, como un cadete, sino por mis especiales aptitudes para la nigromancia, la magia negra y los jeroglíficos.

Dicho esto, se tumbó.

—Me pasa lo mismo que a ti —dijo Ana suspirando—. ¡Me gusta escucharte!

—¿Tú crees que me gusta escucharme?

—Te encanta.

Andrés se volvió, divertido, hacia ella.

—¿Sabes, Ana? Has cambiado mucho en estos meses. Antes eras incapaz de un rasgo de humor...

—Me divierte que pienses eso. Yo también pienso a veces que no soy la misma mujer. ¿En qué crees que he cambiado?

Le rozó la frente con los labios.

—Todo lo que hay aquí, debajo de este pliegue, ha cambiado. Antes me hablabas de tus hijos, de tu marido, de tu confesor... ¡Hasta me contabas tus confesiones! Era patético; te lo aseguro. Era como pasear el bisturí entre los ojos de un enfermo aprensivo... Ahora ya no lo haces...

—Es que... antes —murmuró Ana—, luchaba contra ti.

—¿Y ahora no?

—Ahora no. Lo sabes muy bien.

—Nunca luchaste mucho —dijo Andrés, burlón.

Ahora fue Ana quien le agarró por el pelo para castigarle.

—¡Eso no lo sabrás nunca! Aun después de haber ido a tu estudio la primera vez, seguí luchando... —Varió el tono de voz—. ¡Y en definitiva, qué más te da! Ya no lucho contra ti.

Andrés se movió incómodo en la hierba y miró en otra dirección. Ana ya no luchaba contra él; ¿no debía acaso estar satisfecho? Una a una había ido venciendo todas sus resistencias. Y ahora sentía una cierta nostalgia de la etapa en que Ana se debatía entre unas dudas y unos remordimientos que ya no albergaba. ¡Qué distintas fueron las reacciones de ambos a partir del momento crucial de sus relaciones! Ana había vivido hasta aquel día atormentada por el solo pensamiento del paso que iba a dar, que consideraba inevitable y que hubiera querido eludir. Después, paulatinamente, su conciencia se acopló a sus actos. Los remordimientos de Andrés, en cambio, empezaban allí donde terminaban los de ella. Mientras no llegó ese momento, Andrés arrolló, a ciegas, cualquier género de consideraciones. Necesitaba consolidar su victoria, dominar —éste era el vocablo— la materia que tenía entre sus manos. Sólo después, cuando ya era tarde, se detuvo a considerar lo que había hecho. Claro es que tales excursiones por el mundo de la intimidad no se produjeron de golpe, súbitamente; requirieron un tiempo y un *tempo*. Pero apenas comenzaron a frecuentarlo, Andrés comenzó a sentirse poseído de un indecible malestar. En el plano más bajo de sus relaciones, le desasosegaba lo absoluto de la entrega de Ana María. Ana se entregaba a él demasiado plenamente. Andrés la hubiera querido menos enamorada o menos incontaminada por la vulgaridad de los apetitos; más frivola incluso... o más altiva, pero menos entregada. Bien es cierto que en este terreno ella jamás le buscó. Era él quien la arrastraba, y ella se dejaba llevar. Pero una

vez provocada la situación, Ana se despersonalizaba brutalmente; dejaba de ser ella misma para diluirse en pura materia desquiciada. Y esto, lejos de halagarle, le displacía. Él podía muy bien deslindar dentro de sí los cuatro campos de atracción —intelectual, afectivo, sensual, sexual— que acercan al hombre y a la mujer, y ofrecer a Ana María un puesto de honor en una de estas cuadrículas (en la primera o en la tercera, tal vez). Para Andrés eran compartimientos estancos; parcelas sin comunicación entre sí. Él se sentía capaz de admirar a Ana, querer a su mujer y dormir en brazos de una desconocida, con tal que esta última no dejara muy al desnudo su congénita necedad. Para Ana María, en cambio, el entendimiento, el afecto, la piel y los impulsos formaban un todo; un todo inseparable que se daba o no se daba. Y ésta era la raíz de su malestar. Andrés recibía de Ana más de lo que buscaba.

—Andrés...

—Dime.

—Contéstame la verdad: nada más que la verdad, pero toda la verdad. ¿Cuántas mujeres has conocido?

—Una sola: tú.

—¡Anda, dímelo! ¡Quiero que me lo digas!

—Es un tema que no te interesa.

—Dime entonces otra cosa...

—Según lo que sea.

Ana se miró las uñas. Después arrancó una hierba y comenzó a mordisquearla.

—¿Cómo es... tu mujer?

—Tema prohibido.

—¡Qué absurdo eres! Se encogió de hombros, antes de añadir:

—Tampoco creas que me importa mucho.

—Ana María, es tardísimo. Mira la hora.

Al verla, Ana se sobresaltó.

—¡Malgastamos tanto tiempo en venir hasta aquí! ¡Tenemos los minutos contados, y perdemos siglos en ir y en volver! ¿Por qué te niegas a que tengamos un piso?

—No es éste el momento de hablar de eso, Ana. Vamonos...

—Si dices que en el estudio es peligroso, lo lógico es que tomemos un piso.

—No tengo dinero.

—Yo lo pago.

—¡Qué cosas dices! ¿Me crees capaz de ser el *gigólo* de nadie?

—¡Qué crudo eres hablando!

—Mis palabras son menos crudas que tus ideas. Vamonos, Ana. Es muy tarde.

La ayudó a levantarse.

—Los hombres sois absurdos. ¿Por qué iba a ser indigno para ti que yo te ayudara a tomar un piso? No perderíamos tanto tiempo en ir y volver. Tendríamos más tiempo para estar juntos.

Desanduvieron el camino bordeando la cinta de agua. El hombre y la mujer impúdicamente abrazados sobre la hierba no se incorporaron esta vez.

Mayo

Andrés dejó los pinceles al borde del caballete y colocó el bastidor de cara a la pared. Necesitaba dejar de verlo un par de días, huir de su propia obra para poder contemplarla desde fuera y no desde dentro como ahora. Desde que salía con Ana, trabajaba mejor; pero trabajaba menos. Pasaba en blanco semanas enteras, en las que era incapaz de fundirse, como antes, con su propia creación.

Siete meses y diez días duraban ya sus relaciones con Ana María: desde el día del estreno de la obra de Regidor. Aquella noche, al invitarla a su estudio, nunca pensó que pudiera durar tanto. «¡Nunca pensó!» (Aplastó con rabia el cigarrillo contra el suelo.) Pero ¿es que acaso había pensado algo, planeado algo, cuando se propuso ciegamente ganarla para sí? Ana María —después de las luchas y los temores y las angustias de los primeros meses— consiguió adaptarse de tal modo a la situación, que no parecía la misma mujer. Pisaba tan firme sobre la mentira, se movía con tal seguridad entre los riesgos, que Andrés no podía contemplarla sin sentir vértigo. Pero ¿quién sino él era responsable de esta transformación? Él había buscado a Ana María; la había cercado cuando ella se defendía; había empleado todos los recursos para captar primero su admiración, después su confianza, su voluntad por último; había aprovechado su tedio como un arma a su favor. Y cuando la hizo suya, satisfizo su vanidad deslumhrándola hasta cegarla, cegándola hasta envilecerla. ¿De qué se quejaba ahora? Andrés se lanzó a la aventura de Ana María como un peso que se desploma en el vacío; pero dejando al borde del abismo —empaquetada y encintada en mil prudencias— la reserva mental de poder desandar un día el camino con la misma facilidad con que lo había emprendido. Y eso ya no era posible. Andrés se veía prisionero de su obra como el gusano de seda en el capullo pacientemente elaborado con sus propias secreciones. El timbre del teléfono le sorprendió. No esperaba la llamada de nadie. No le interesaba hablar con nadie. No estaba dispuesto a contestar. El timbre del teléfono insistía monótono. Se levantó perezoso.

—Andrés... soy Ana. ¿Puedes hablar?

—No podía imaginar que fueses tú. Perdona.

—¿Te interrumpo?

—Tú no me interrumpes nunca. Dime.

—Estás solo supongo...

—Naturalmente...

—Como tardabas tanto en contestarme, pensé que tendrías a cualquier pelandusca encerrada contigo.

—Pero, Ana... ¿me crees capaz?

—No me fío de nadie —contestó Ana riendo.

—No me habrás llamado para espiarme..

—No, Andrés, no es eso. Pero no sé cómo decírtelo. Mira, estoy en el departamento. ¿Por qué no vienes hacia aquí?

—¿Hacia el departamento? ¿Ahora?

—Necesito hablar contigo. Ha surgido algo imprevisto.

—¿No puedes esperar hasta las cuatro? A las cuatro estábamos citados en el departamento.

—A las cuatro tendremos que ir juntos a otro lado...

—No te entiendo; explícate.

—Es muy delicado. Ven aquí. No tardes.

—Me estás asustando. ¿Es algo grave?

Ana tardó en responder.

—No. No es grave..., pero es muy urgente.

—Voy para allá.

Andrés colgó el teléfono y se precipitó hacia la calle. Maldecía la hora en que había cedido al capricho de Ana de tomar entre los dos unas habitaciones donde poder encontrarse sin riesgos. El barrio de San Calixto estaba en el otro extremo de Madrid. Tardó cerca de una hora en llegar.

—¿Qué ocurre?

—Tengo algo que decirte, Andrés...

Se llevó una mano al collar y comenzó a jugar con él.

—¿Qué ocurre?

—No te asustes; no es nada grave... es solamente algo urgente...

Lo miraba con expresión consternada; pero en sus labios había una breve sonrisa maliciosa. Parecía un chiquillo que ha cometido una fechoría y quiere asegurarse el perdón antes de confesar su falta.

—No he tenido tiempo de consultarte, ¿comprendes? Y me he visto obligada a improvisar.

Andrés esperó —intrigado— a que continuara.

—No me mires con ese gesto tan severo... ¡He hecho lo que creía que debía hacer!

—No te miro con gesto severo —replicó Andrés con aire de burla—. Estoy aterrado, sencillamente. ¿Quieres decirme de una vez qué has hecho?

Lejos de responder, Ana María se colgó de su cuello y lo abrazó, escondiendo la

cara.

—¡Tenemos tan poco tiempo para estar juntos!

—¿Qué tiene eso que ver?

—Tiene mucho que ver. Mira...

Cogió a Andrés del brazo y lo llevó hasta el diván. Se sentó y le tiró de la chaqueta, obligándole a sentarse.

—Enrique ha salido esta mañana para Cáceres. Tiene allí un asunto importante y no regresará hasta el veintidós. Como sabes, este verano lo pasaremos en Mallorca, en la casa nueva... que está sin amueblar. Le he sugerido a Enrique la idea de que mientras él está fuera, yo puedo ir a Palma y ocuparme de la casa. Son cuatro trastos los que hay que comprar; pero alguien tiene que hacerlo..., y he pensado que tú podrías acompañarme...

Hizo una pausa, esperando su veredicto, pero él permanecía mudo.

—Son ocho días (¡ocho días, Andrés!) con todo el tiempo para nosotros; ¿no te parece increíble?

Se levantó del diván y comenzó a pasear —nerviosa— por la habitación.

—¿Te das cuenta? ¡Allí podremos vivir sin la amenaza de que se nos haga tarde, sin pensar en la mentira que hay que tener preparada para justificar en casa las horas perdidas, sin necesidad de escondernos en sitios absurdos! Podremos pasear en coche sin buscar las carreteras menos concurridas, y hasta cenar juntos. ¿Te das cuenta, Andrés? ¡Cenar juntos! Nunca lo hemos hecho...

Andrés tardó en hablar.

—Es curioso lo que me pasa contigo, Ana. Yo he sido siempre un exaltado, un irreflexivo. Y ahora tú me obligas a lo que nunca hice: medir los pros y los contras...

Ana se rió.

—Yo, en cambio, era una persona sensata; y ahora, por ti, me he vuelto irreflexiva.

Y tardó en añadir:

—Sólo te pido que pienses una cosa: el verano se echa encima, y tendremos que separarnos quién sabe por cuánto tiempo... Ésta es nuestra última oportunidad...

Abrió el bolso y buscó algo en su interior. Extrajo dos billetes de avión, y, con ademán decidido, los dejó sobre el diván.

Andrés tardó en comprender que esos dos folletos azules y alargados eran los billetes del avión; que Ana los había adquirido para hoy mismo, y que el supuesto viaje no era una consulta o una sugestión, sino una decisión unilateral tomada por ella.

—¡Debiste consultarme! ¿No te parece?

—¡No pude hacerlo! Enrique se empeñaba en ir él mismo a comprar el billete, porque decía que yo era capaz de embarcarme para Londres creyendo que iba a

Mallorca. (No sabes lo eficiente que él es.) Tuve que adelantarme yo, y enseñarle triunfante mi adquisición. «¿No ves, le dije, como tengo la cabeza en su sitio?»

—Y la tienes, no hay duda —dijo secamente Andrés.

—El avión sale a las cuatro. ¡No sabes cómo me ilusiona!

—Es una locura, Ana María. No debemos hacerlo.

—Pero...

—¡Es una locura, te digo! Estos encuentros nuestros se han producido hasta ahora sin riesgos excesivos. Una imprudencia cualquiera, un error por nuestra parte, pueden ser fatales. No me obligues a ser yo quien juegue entre nosotros el papel del «prudente». ¡Es mucho lo que te juegas!

—Nadie se enterará.

—Imagina que a tu marido le dé la ventolera de presentarse en Palma para ver cómo van las cosas. Se me abren las carnes nada más pensarlo.

Andrés se levantó; muy nervioso, dio tres pasos por el cuarto, con las manos en los bolsillos, y se volvió bruscamente hacia Ana María.

—¿Y en Palma dónde viviríamos? En tu casa, ¿no es eso?

—¿Por qué no?

—Pero, Ana, ¡por favor! ¿Cómo se te ocurre pensar que voy a utilizar de tapadera las paredes de tu marido?

—Desde luego no te entiendo, Andrés. ¿Te preocupa abusar de sus paredes y no te preocupa abusar de mí, que soy su mujer?

—¡No es igual!

—Claro que no es igual; es peor...

—No quiero discutir ese punto, Ana. Ni sueñes que yo viva contigo en una casa de Enrique...

—Pero ¿por qué no? ¡Explícame por qué!

—¡No lo entenderías!

Y, en efecto, Ana no lo entendía. ¿Iba Andrés a fingir con ella a estas alturas delicadezas de puritano?

Andrés se irritó.

—¡A veces pienso que las mujeres carecéis de moral...! —dijo gritando.

—Es posible —replicó Ana María—. Pero tú, *además,* careces de lógica.

Se volvió de espaldas, decepcionada. Lo había organizado todo para vivir en la casa. Le hacía ilusión vivir con Andrés en «su» casa. Y Andrés se echaba atrás, ¿en nombre de qué? ¿De la moral? Francamente, el argumento no era serio; carecía de rigor.

Andrés encendió dos cigarrillos y ofreció uno a Ana María. Quiso con ese gesto cordial aplacar el coraje que desde el comienzo del diálogo intentaba vanamente dominar. Meditó un momento.

—No quiero correr ese riesgo, Ana —dijo al fin.

—¿A qué riesgo te refieres?

—Al de hacer el viaje; es decir: no quiero exponerte a que lo corras tú.

Ana María saltó indignada.

—¡No rectifiques, Andrés! ¡Mi riesgo es mío! ¡No juegues al generoso protector de riesgos ajenos!

—Pues bien. Es verdad. Además de Enrique, tú y yo, hay alguien más que juega en todo esto; no debes olvidarlo.

Ella sonrió con cierta ironía.

—¿Alicia?

—¡Naturalmente!

—¡Acabáramos! Ahora, por primera vez, has dicho la verdad. ¿Por qué no empezaste por ahí?

—¡No es eso, Ana, no es eso! Es que no encuentro un pretexto para justificar ante ella este viaje tan... tan... improvisado. Cuando se entere de que tengo que salir repentinamente para Mallorca, se empeñará en venir conmigo.

—Dile que vas a Burgos. Puestos a mentir, no creo que te importen mil kilómetros más o mil kilómetros menos.

— ¡Odio mentirla!

Estaba tan admirada por lo que oía, que su despecho no acertaba a desembarazarse del estupor. Habían planeado cien veces huir de Madrid con cualquier pretexto bien urdido. Le había oído quejarse otras tantas de la tiranía del reloj, del poco tiempo que tenían para estar juntos.

—No seas niño, Andrés. Este viaje tuyo es profesional. Vas a Mallorca invitado para estudiar la decoración de una cadena de hoteles. Si la llevaras contigo, los gastos subirían mucho. ¿No puedes decirle eso?

—No me entiendes, Ana. No es que me preocupe inventar una mentira más; lo que ocurre es que no me parece bien. Es difícil explicártelo sin herirte. Alicia y yo hemos hablado muchas veces de hacer este viaje. Irme a Mallorca sin ella me parece una vileza.

Ana María no salía de su asombro. ¿Estaba Andrés representando una comedia? ¿Era verdaderamente sincero? Las palabras de indignación le subieron a la garganta a borbotones.

—¡No pretenderás que la llevemos con nosotros y montemos entre todos un *menage á trois*!

Andrés apretó los dientes y alzó una mano, que contuvo torturada junto a sus labios. Por un segundo, pasó por su frente la idea de abofetearla.

Ana estaba tan lejos de imaginarlo, que no reparó en ello.

—Vamos a ver, Andrés. Seamos razonables. Es mucho más lo que yo me juego

que lo que tú arriesgas. ¿No he mentido yo a Enrique, sólo por estar contigo todos estos días? ¿No puedes hacer lo mismo en tu casa?

— ¡No es lo mismo! —saltó Andrés—. ¡Enrique es un imbécil que te queda chico! ¡Te cuadra como a un Santo Cristo un par de pistolas! Alicia es distinto...

Ana, con los ojos muy abiertos, le miraba hablar. No podía dar crédito a lo que oía. Andrés la estaba ofendiendo, y ella necesitaba imponerse sobre sus nervios, sobre sus sentimientos, para no llorar. Con la voz rota, murmuró:

—Pero, Andrés..., ¿qué nos pasa hoy? ¿Por qué me hablas así? ¿Qué te he hecho para que me hables así?

Se volvió de espaldas y pretendió ahogar su congoja: «¡Alicia es distinto!» ¿Qué había querido decir? ¿Qué era «lo distinto» en Alicia? ¿Qué sacrificaba Andrés de Alicia —que es tanto como significar su casa, su paz, su rutina— que no hubiera sacrificado ella primero? ¿Quería decir que Alicia era más digna de respeto, menos merecedora de ser postergada, de ser engañada, de ser ofendida? ¿Y más digna que quién? ¿Que ella?

—¿Qué has querido decir con eso de «Alicia es distinto»?

—No interpretes mal mis palabras, Ana María. No he dicho nada que pudiera ofenderte.

—¡Tienes un concepto muy particular de lo que puede ofender! ¿De quién es distinta Alicia? ¿De mí? ¿Es que acaso me recogiste de la calle como a una fulana? ¿Es que has olvidado ya que me sacaste de mi casa, que utilizaste a mis hijos, como pretexto, para forzarme a llamarte... aquel día?

No pudo seguir hablando. Rompió en sollozos y se precipitó hacia la puerta para salir de allí. Andrés le cerró el paso.

—Por favor, Ana, mi vida, ¡estás sacando las cosas de quicio!

Ana forcejeó con Andrés, y al no poder salir, quedó abrazada a él, sin dejar de llorar.

—¡Odio aquel día!, ¿te enteras? ¡Lo odio!

Andrés tardó mucho tiempo en decir algo. Y comprendió que no sabía nada de lo que había bajo el pliegue de aquella frente.

IX
PEPA TURULL

Pocas personas mentían con tanto desparpajo como Pepa Turull. Sus dos grandes pasiones eran los niños y las mentiras. La primera era una pasión frustrada, pues no tenía hijos. La segunda, una pasión triunfante. Mentía por decir una gracia, por encontrar un tema de conversación y por mil motivos más. Pero sus trolas tenían casi siempre una finalidad piadosa: hacer reír —¡es tan hermoso ver reír a quien sólo tiene motivos para llorar!—; dar tema de charla a quien no tiene nada que decir; llenar un hueco angustioso en un diálogo, iluminar con un rayo de esperanza lo que no tiene remedio, o mendigar favores para los demás. En estos casos, sus embustes adquirían proporciones delirantes.

—Pero, señora... ¿les dijo usted eso?

Una de las características de los embustes de Pepa era contar a los demás las mentiras que decía a otros; pero exagerado, por supuesto —que era una forma más de mentir—, a medida que las contaba.

El secretario del alcalde, el secretario del presidente de la Diputación y el secretario del señor obispo tenían la cabeza como bombos. Necesitaba un piso para Fermina. Fermina era la hija del ama Candelas. El ama Candelas, que estaba ciega y recluida en el pueblo, le había dicho a Fermina: «¡La señorita Pepa te ayudará!» Y Fermina vivía en una chabola inmunda, en medio de un barrizal, en condiciones inadmisibles para cualquiera; pero más inadmisibles todavía, a los ojos de Pepa, para una hija del ama Candelas.

Fermina la escuchaba con la boca abierta. No tenía dinero para ir al teatro; pero escuchar a la señorita Pepa, describir su entrevista con el secretario del señor obispo, era, amén de gratis, mucho más divertido.

—Bueno; me voy... Espero que las mantas le sirvan. Una de ellas está un poco rota. Ésa la he robado.

—¡Ay, señora, no me diga eso!

—¡Claro que la he robado! No faltaba más... No me la querían dar porque estaba rota, ¡imagínese! Y yo dije: «¡Pues me la llevo!». Y me la llevé. ¿A usted le hace un apaño o no?

—¡Vaya si me hace!

Pepa y Fermina se despidieron con dos sonoros besos en cada mejilla.

—Adiós, Fermina. En cuanto tenga mejores noticias, volveré por aquí.

—Adiós, señora. ¡Y tenga cuidado con el barro!

—Su pequeño me acompañará.

Se volvió hacia el chaval.

—¿Quieres acompañarme hasta la carretera?

—No zé.

—¿Cómo que no sabes? ¡Venga usted aquí de prisa a ayudarme!

El chiquillo se plantó de un salto a su lado; y Pepa, de su mano, inició el descenso de la loma.

Toda la pendiente era un puro lodazal. Estuvo a punto de preguntar al niño si había llovido durante la noche, pero le dio vergüenza. Ella, en su casa, podía no enterarse de si había llovido; en cambio, los de aquí no podían dejar de saberlo, por la pura y simple razón de que les llovía encima. El corazón se le encogió al pensarlo. El corazón de Pepa se encogía al pensar en esto y al pensar muchas otras cosas cada vez que cruzaba la loma y se enfrentaba con el tremendo espectáculo de las chabolas. El corazón de cualquiera se encogería al ver lo que allí se veía. Pero nadie ve más de lo que quiere... Y por la loma sólo bajaba Pepa Turull.

De pronto aleteó con los brazos para guardar el equilibrio y quedó apoyada en una sola pierna como las zancudas. Miró desolada en torno suyo. Acababa de perder un zapato.

—¡Niño, ayúdame!

El muchacho se doblaba de risa.

— ¡Mi zapato! ¿No lo ves? Ahí; sácamelo. ¡Jesús, qué barro!

Pegó un grito.

— ¡No te muevas ahora, que me caigo!

El niño extrajo del barro el zapato y se lo puso a Pepa lo mejor que pudo.

—¿Se puede saber de qué te ríes?

—No zé.

—Toma; limpíate los mocos.

El pequeño alargó la cara; y Pepa Turull, enfundados los dedos en un pañuelo, realizó tan delicada labor lo mejor que pudo.

— ¡Qué cara! Si fueras más limpio, serías más guapo todavía. A ver esos dientes...

Colocó la yema del índice sobre la encía descarnada.

—¿Te duele?

—No zé.

—Ya pronto te saldrán los otros dientes..., ¿ves?, por aquí ya noto la puntita. Cuando te salgan podrás decir «no sé» y «sabandija» y el «sol». Y no el «zol», como dices ahora. ¡Eh, no me muerdas!

El pequeño arrugaba la nariz y ponía cara de ferocidad mientras fingía morderla. Pepa simuló un gran dolor y un gran esfuerzo, y retiró el dedo. Pero antes se puso bizca e hinchó cómicamente los carrillos, pues sabía, por experiencia con sus sobrinos, que el hacer un poco el ganso daba excelentes resultados entre los

chiquillos para provocar su hilaridad. Y no había nada en el mundo —ni las obras maestras de la pintura, ni el más sublime de los conciertos, ni el más soberbio de los paisajes— que pudiera compararse a la belleza, al encanto, a la gracia de la risa de un niño.

—¿Ves tú? Por reírte te han vuelto a salir los mocos. Ya no te los limpio más. Que te limpie tu madre.

Al niño le importaba un bledo que le limpiaran o no. Él se encontraba muy a gusto con las candelas colgando. Lo que le divertía era mirar y escuchar a una señora tan graciosa. Súbitamente la cara de Pepa se ensombreció. Por la falda de la loma subían —con paso cansino de bueyes aburridos— dos guardias municipales. Detrás de ellos maniobraba para salvar la zanja que ponía límite a la carretera, una apisonadora. Pepa sabía lo que esto significaba.

—¡Dios mío, qué desgracia! —murmuró para sí.

No dio un paso más.

—¡Qué desgracia más grande!

Los agentes subían por media ladera. Detrás de ellos, los otros cinco hijos de Fermina, y tres golfos más, y dos desocupados, y una mujer encinta acudían a presenciar el acontecimiento. La apisonadora, para evitar la cuesta, iniciaba un gran círculo, buscando la línea de mínima pendiente. Los ojos de Pepa se llenaron de lágrimas. Apretó los labios.

—¡Haz algo, Dios mío! Tienes que evitarlo. ¡Haz algo!... ¡Haz algo!...

Mientras los funcionarios subían, Pepa improvisó una extraña operación. Le dijo al buen Dios que Fermina era una coneja que paría todos los años un par de hijos (el buen Dios, en las alturas, sabía que Pepa —al mentir— no pretendía engañarle); le dijo que hasta las conejas tenían madrigueras donde guarecerse, y que esas cuatro paredes y ese hacinamiento de latas, sacos y cartones, a guisa de techo, que llamaban chabola, era la madriguera de Fermina. El no podía consentir que se la destrozaran. También le recordó al Señor que Fermina era hija del ama Candelas.

—Haz algo, tienes que hacer algo...

Eran demasiados infortunios los que se cebaban sobre estos desdichados.

—¿Qué pretenden hacer? —increpó a uno de los guardias, cerrándole el paso.

—¡Eso no es cosa suya, señora!

—Todo lo que tenga que ver con Damián o con Fermina es cosa mía.

—¿Es usted de la familia?

Pepa estuvo a punto de decir que sí; pero el guardia se anticipó.

—¡Pues entonces no se meta en eso!

—Corre y avisa a tu madre —le dijo Pepa al niño.

Pepa imaginaba que Fermina iba a defender su reducto con bombas de mano, y en cierto modo se sintió decepcionada al ver su resignación.

La pobre mujer leyó el oficio que le tendían, se lo devolvió al guardia y sólo pidió que esperasen a su marido.

—Vaya usted sacando sus cosas —le dijo el hombre—. Nosotros esperaremos a que termine. Si su marido llega entretanto...

Fermina, seguida de los niños y de la mujer encinta, que se brindó a ayudarla, penetró en la madriguera.

Pepa arrebató el oficio al guardia.

—¿Qué papel es éste?

—¡Ya le he dicho, señora, que no se meta usted en esto!

—Quiero saber lo que es.

—Pues léalo y se enterará.

—Está escrito muy difícil; no entiendo nada.

—Es una orden de demolición de la Tenencia de Alcaldía, señora mía —dijo el hombre, haciendo acopio de paciencia—; y quiere decir que esta buena mujer tiene que desalojar la chabola antes de que la derribemos.

—¡Eso tendrá que decidirlo el juez!

—Ya hubo una orden del juez.

El guardia se retiró unos metros; en parte por guardar cierta respetuosa actitud frente a Fermina, que empezaba a sacar sus bártulos, y en parte por huir de Pepa; pero ésta le siguió.

—¡No pueden dejarlos en medio del campo! ¿Qué han hecho de malo?

—Mire, señora; esto es tan duro para mí como para el que más. Este terreno es zona verde.

Pepa miró espantada en torno suyo.

—¿Zona verde? ¡Qué ironía! Aquí no crece un árbol desde tiempos de los moros.

—No está permitido construir aquí. La gente —insistió el guardia— no puede hacerse una casa donde le plazca; compréndalo usted...

Pepa se sabía de memoria todas esas razones. Llevaba tres meses oyéndoselas al secretario del alcalde, al secretario del obispo y al secretario del presidente de la Diputación. Sabía que vinieron a derribar la chabola en cuanto vieron que empezaban a levantar sus miserables paredes; sabía que al encontrarla amueblada y habitada no pudieron allanarla sin una orden judicial; sabía que se habían cumplido todos los trámites legales; pero todas estas razones —sumadas a las que apoyaban la necesidad de impedir la desordenada emigración del campo a la capital, y a las que justificaban las medidas encaminadas a evitar que la ciudad se viera rodeada de un cinturón de miseria— carecían de valor ante el hecho liso y llano de que, esta misma noche, Fermina y Damián y sus hijos tuvieran que dormir a la intemperie. Esto era una sinrazón tan grande, que todas las otras razones se estrellaban contra ella.

La apisonadora, terminado su rodeo, había alcanzado la curva de nivel necesaria y

se acercaba a la chabola.

—Pero ¿lo vas a consentir? —exclamó dentro de sí, dialogando con quien todo lo oye y todo lo puede.

Fermina había instalado sus jergones, la sartén, la cazuela, los hatos de ropa y otros enseres a veinte metros de la casa. Estaba sentada sobre uno de los catres y no lloraba. Sus hijos terminaban de sacar cosas del interior. La apisonadora trazó un círculo y se situó junto a la casa, cuesta abajo: así sería más fácil.

—Pero ¿lo vas a consentir?

Pepa no admitía la posibilidad de que Dios no hubiese escuchado su oración. Ella no pedía cosas inadmisibles, ni imposibles siquiera: pedía un milagro, simplemente; eso era lo que pedía. El hombre del tractor miró hacia el agente, esperando la orden de avanzar. Pepa comprendió que había que hacer algo, y de prisa. Todavía no sabía qué cosa era ese algo que había que hacer; pero una súbita decisión, uno de esos famosos «repentes» —como llamaba su marido a sus arrebatos— la impulsó a correr hacia la chabola. Tenía los pies clavados en el barro; y al pretender avanzar, volvió a perder un zapato. En un arranque de rabia se quitó el otro y avanzó descalza y decidida.

—¡Aquí va a haber toros! —dijo, mientras chapoteaba en el limo. ¿No se quitaban los zapatos los toreros cuando estaban inspirados y sabían que iban a perfilar una faena? Pues esto le ocurría a ella. Estaba dispuesta a hacer una faena.

—¿Qué pretende usted, señora? —gritó el guardia corriendo tras ella.

Pepa se escurrió entre la pared de la chabola y la tremenda rueda de la apisonadora.

—¡Avance ahora si se atreve! —exclamó irguiendo el busto y abriendo los brazos.

—¡Tenga cuidado! —gritó el mecánico—. ¡Me pueden fallar los frenos!

El guardia y Fermina consiguieron a viva fuerza sacar a Pepa de allí, pero no consiguieron acallarla.

—¡Damián no es un gitano —gritaba—, ni un vagabundo, ni un pordiosero, sino un trabajador que se gana su jornal! Y usted, que es otro trabajador, ¿va a derribar la casa de Damián?

El mecánico de la apisonadora no sabía si reírse o si ponerse serio. A él le pagaban por hacer eso. Éste, y no otro, era su trabajo.

—Cuando se cruce con él por la calle y le digan a Damián: «Este hombre es el que derribó tu casa», ¿será usted capaz de mirarle a los ojos? Pues yo digo que...

El guardia amordazó a Pepa con una mano.

—O se calla, señora, o se viene conmigo a la comisaría.

—Yo sólo les pido que aplacen esta monstruosidad hasta mañana —gritó Pepa, desasiéndose—. Esos niños no pueden dormir a la intemperie. No son gitanos. ¡Son

hijos de un trabajador!

—¿Y qué es lo que cambiará mañana?

—Que yo les habré conseguido una casa, la que sea; la de usted, seguramente, pues pediré al alcalde que lo desahucien para que vea lo que es bueno.

El guardia enrojeció. La gente empezaba a arremolinarse. Si se mostraba débil, se podía crear una cuestión de orden público.

—¡Queda usted detenida! Se me acabó la paciencia.

—Eso no —gritó una voz—. Deje usted a la señora en paz.

El agente no sabía qué hacer.

—Si usted quiere —le dijo el mecánico, complicando todavía más el embrollo—, yo vuelvo mañana. Eso, lo que usted mande.

Los dos guardias conferenciaron brevemente.

—¡Adelante! —dijo uno de ellos al mecánico.

Éste se encogió de hombros. Apretó la puesta en marcha del motor y el artefacto comenzó a vibrar. El ruido duró muy poco. Se produjeron unos chasquidos —unos ruidos secos— y el motor se paró. Pepa, que había desviado la mirada por no ver el desaguisado, alzó la cabeza, sorprendida. Fermina, los guardias, los niños y los curiosos miraban expectantes al mecánico. Éste repitió la maniobra. Se oyó el jadear de los émbolos sin resultado ninguno. El mecánico retiró el contacto, lo volvió a poner, abrió el aire, lo cerró. Aquello no funcionaba. Pepa no sonreía por no parecer cruel, pero por dentro la risa le bailaba. Ahora eran los guardias quienes le daban pena.

—¡Menos pitorreo y ponga usted eso en marcha! —gritaban al conductor.

—¿Y qué cree usted que estoy intentando? —replicaba éste.

—¡Menos cachondeo! ¡Arréglelo de una vez!

Pepa estaba absolutamente segura de que el motor no volvería a funcionar antes de lo que conviniera a sus planes.

Le pareció adivinar un punto de malicia en el conductor de la máquina.

—¿Cuánto tardará? —preguntó ilusionada.

—¡Hombre!, tengo que ir por las herramientas...

Los guardias estaban fuera de sí.

—¿Ahora me sale con que tiene que ir por las herramientas ? —exclamó uno de ellos, impaciente.

—Mientras bajo y subo y busco al chico del taller *pa* que me ayude (y eso si no se me hace de noche), tardaré unas dos horas.

Pepa miró hacia poniente. Y le pareció adivinar en la luz que corría hacia el ocaso tanta admirable malicia como en la mirada del conductor. ¡Dos horas! Dios le daba dos horas para arreglarlo todo.

—Guardia. ¿Me puedo ir?

—¿Y a mí qué me pregunta usted?

—Entonces... eso quiere decir... que no estoy detenida.

—Si no vuelve más por aquí, la dejo marchar. ¡Pero no vuelva!

—Gracias, gracias. Adiós, Fermina; adiós, todos; adiós...

Bajó la loma corriendo. ¡Los zapatos! Se había dejado los zapatos enterrados en el barro. Bueno. Fermina se los recogería. No había tiempo que perder... Tenía dos horas para conseguir una casa. Se trazó un plan de batalla. No podía ir a ver al señor obispo sin zapatos. Pero si los compraba perdería demasiado tiempo. Unos hombres —al verla correr por las calles— se rieron de ella y la abuchearon. Unas cuantas procacidades de las gordas llegaron a sus oídos. De no tener la cabeza tan ocupada, se las hubiera aprendido. Le encantaba aprender palabras nuevas. Le dolían los pies. Los tenía helados y al no pisar ya en el barro, la dureza del suelo le producía unos dolores espantosos. Un taxi..., allá lejos había un taxi. Lo llamó a gritos, y el muy estúpido del conductor ni se enteró. Cruzó la calzada y siguió de largo. Mala suerte. A doscientos metros de allí empezaba el suburbio de San Calixto. Unos grandes bloques de casas se alzaban en medio del descampado; y en sus bajos, Pepa pensó que habría tiendas, tabernas y hasta es posible que un teléfono público. Vio entonces un destartalado cochecillo detenido frente a un portal, y un hombre que salía del interior del edificio y abría la portezuela del coche. Aunque estaba muy lejos, corrió hacia él. ¡Ah, si quisiera ayudarla y llevarla hacia el centro! Fijos los ojos en él, corrió, haciéndole señas. Dios le había puesto en su camino. Era un hombre guapo, despeinado, de aspecto inocente y distraído. Los hombres guapos, despeinados y de aspecto inocente y distraído se le daban muy bien. No podía correr tanto. Los pies le dolían mucho. El dueño del coche, apenas abierta la portezuela, hizo una seña hacia el portal, y una señora de aire distinguido surgió del interior y penetró en el coche. Pepa se detuvo sorprendida. ¡Qué cosa más extraña! Así, de pronto, le había parecido reconocer a Ana María Moscoso. Hizo señas por detenerlos; pero el conductor, lejos de atenderla, se alejó de allí a toda velocidad.

Desechó la idea como absurda. ¿Qué podía hacer Ana María en este barrio, saliendo de esa casa y subiendo a un coche tan birria con un hombre que no era su marido? Pepa frunció los labios desalentada. Le daban dos horas para arreglar lo que tenía tan difícil arreglo; pero si le quitaban todas las oportunidades de salir de allí..., ¿qué podría hacer ella? Miró el reloj. Sólo le quedaba hora y media para actuar. Siguió andando. No se daba por vencida. Varias ideas se mezclaban en su cabeza. ¿Qué podía hacer Ana María Moscoso en el barrio de San Calixto? Fulminantemente se le hizo la luz. Acababa de resolver el problema de Damián y de Fermina. Así, como quien no quiere la cosa, llegó al ovillo antes de tirar del hilo. Cien metros delante de ella, en la acera de enfrente, había una taberna y una enseña junto al nombre comercial: teléfono público. Echó a correr hacia allí. ¡El problema de

Damián y Fermina estaba resuelto! Miró el reloj. Aún le quedaban setenta y cinco minutos: hora y cuarto.

Seis meses atrás, su marido había comprado a Enrique una importante partida de caoba. Recordaba perfectamente haberle oído comentar: «No sabes lo que guarda Enrique en su almacén. Tiene todo Cáceres encerrado en San Calixto». Pepa lo recordaba perfectamente. Enrique era propietario de un almacén en el barrio de San Calixto. Ana María habría venido con un empleado de Enrique a cualquier cosa relacionada con su almacén. Ese coche tan birria sería del empleado. No había por qué dar más vueltas al asunto. En un almacén donde cabía todo Cáceres, ¿no iban a caber un matrimonio y seis chiquillos? Entró en la taberna. Había varios obreros en el mostrador, y en las mesas se jugaba al mus y al dominó. Todas las caras se volvieron para mirarla. La entrada de una señora joven, guapa y descalza, con el barro sobre las medias hasta el borde del abrigo y con expresión de ángel iluminado, no era un espectáculo que pudiese contemplarse a diario.

Pepa pidió un café doble bien caliente, cinco fichas de teléfono y la ayuda de una persona que reuniera estas tres condiciones: ser muy despierta, ser muy honrada y querer ganarse cuarenta duros. La misión de este mirlo blanco era muy sencilla: conseguir un par de zapatos de señora, bajos, sin tacón, del treinta y ocho. La circunstancia fortuita de que a esas horas estuviesen cerradas las tiendas y de que no hubiera ninguna por los alrededores donde se vendiera lo que ella necesitaba, era lo que justificaba su propina, que no era propina, dijo, sino un premio al ingenio, al talento y a la buena voluntad.

Marcó el número de casa de Enrique. Preguntó por Ana María. Sabía que ella no estaba en casa, pues acababa de verla al lado; pero le pareció más correcta la fórmula de preguntar primero por ella, y sólo después, por su marido.

—Enrique, soy Pepa Turull.

—¡Hola, Pepa, me alegro de oírte! ¿Qué es de Santiago? Hace siglos que no nos vemos.

—Mira, pregunté por Ana, pero me dicen que está en la peluquería. De modo que me he atrevido a molestarte a ti.

—Tú no molestas nunca; me encanta saber que estáis vivos. Desde que tu marido no hace negocios conmigo, ya no se os ve el pelo.

—Sois vosotros los que os escondéis... Pero ya ves que hoy soy yo quien toma la iniciativa. Tengo que pedirte un gran favor.

—Tú no me pides favores. Tú me mandas y ya está hecho.

—Es que... es un favor un poco raro. Pero necesito absolutamente que me lo concedas. Mira...

—Dime.

—Tú tienes un almacén en el barrio de San Calixto, ¿verdad?

—Sí.

—¿Y es muy grande?

—Sí.

—¿Y tiene muchas, muchas cosas dentro?

—Muchas.

—¡Qué fastidio!

—¿Por qué? ¿Quieres que te guarde algo allí?

—Pues... sí. Pero lo que quiero guardar... bueno... lo que quiero albergar es... es muy especial. ¡Si supieras el interés tan grande que tengo, no me lo negarías!

—¡Pero si no te lo niego, mujer! Desde ahora te digo que sí. ¿Ocupa mucho sitio?

—No es el sitio lo que me preocupa. Es que es algo muy especial...

—¿No será inflamable, supongo?

— ¡No, no; por supuesto que no! Es algo que está vivo.

—¿Algo que está vivo? ¡Pepa! ¿No me irás a meter toros en el almacén?

—No es ganado. ¡Palabra!

—No será nada ilegal, supongo...

—No; claro que no.

Enrique empezaba a alarmarse. Que Pepa era una extravagante, no era noticia que cogiera a nadie de sorpresa.

—¿Lo sabe tu marido? —preguntó.

Pepa estuvo a punto de mentir, pero su Ángel Custodio, mucho más prudente, evitó que cometiera un error que podría ser fatal.

—Pues, no...; mi marido no sabe nada todavía. En realidad, es una cosa mía muy particular.

—Vamos a ver si nos entendemos, Pepa. Si es algo relacionado con contrabando, no te dejo el almacén. Si es algo que tu marido no pueda conocer, tampoco te lo dejo.

—Mira, Enrique. El problema no es nada de eso. El único problema es que lo necesito para esta misma noche. Estoy en un verdadero apuro. Y si mi marido no lo sabe todavía, es porque es tal la urgencia que tengo, que te he llamado a ti antes de contárselo a él. ¡En realidad necesito tu almacén ahora! ¡Sin pérdida de tiempo! ¡Mañana ya será tarde!

—Pues lo siento, Pepa. Yo te podría facilitar el almacén mañana... a primera hora, si quieres; pero hoy, no. Hace días he despachado al guarda. Las llaves las tengo yo mismo. Y ahora no me puedo mover de aquí.

Un mundo de fantásticas posibilidades se abrió ante la sobreexcitada imaginación de Pepa.

—¿Qué me estás diciendo? ¿Pretendes decirme en serio que no tienes un guarda en tu almacén? ¡Esta misma noche lo tendrás!

—Pero ¿no puedes esperar a mañana? ¿Por qué ha de ser esta noche? ¿Qué

quieres meter dentro?

La voz de Pepa se quebró.

—Niños...

—¿Qué has dicho?

—¡Niños...! —gritó, y rompió a llorar. El puro sonido de estas dos sílabas dañaba de tal modo sus oídos, que no lo podía sufrir. Intentó dominarse—. Seis niños —continuó— que no tienen donde dormir... ¡Seis niños chicos..., el mayor de la edad de Quique!... ¿No se llama Quique el tuyo pequeño?

Unos gruesos lagrimones caían por sus mejillas. Enrique —al otro lado del hilo— se había quedado sin habla.

—En realidad —continuó Pepa—, si lo piensas bien..., es una suerte para ti que yo te haya llamado... ¡Tenemos tan pocas ocasiones de hacer algo por los demás! Estamos distraídos con nuestros trabajos y nuestras cosas, y no nos enteramos de las oportunidades que perdemos de hacer el bien... En este caso no se trata sólo de hacer el bien, sino de hacer justicia, simplemente... ¡A lo mejor es un poco ridículo este sermón! Pero estoy segura de que tú me entiendes. ¿Me oyes, Enrique?

Enrique no contestó.

La voz de Pepa hablaba ahora quebrada por el desaliento.

—He hecho todo lo que he podido... ¡Sin resultado, claro! Dentro de unos minutos les van a derribar la chabola en que vivían. Ya está el tractor, o la apisonadora, o como se llame esa cosa tan horrible, junto a su casa¡ ¡y no sé a quién acudir!!

—Explícame con todo detalle dónde estás —dijo Enrique al fin.

La cara de Pepa se iluminó.

—Taberna de San Calixto, calle de San Calixto, barrio de San Calixto... ¡No tiene pérdida!

—Voy para allá.

Toda esta conversación la había mantenido Pepa en la trastienda de la taberna, rodeada de cajas destripadas de botellas y toneles de vino. Estaba sentada sobre uno de ellos, y hacía caso omiso de las caras de los parroquianos, que, a través del hueco de la puerta, la miraban hablar. Miró el reloj; le quedaban treinta y cinco minutos para actuar. El mecánico del tractor se había comprometido a no arreglar el maldito cacharro destructor en menos de dos horas. No era un contrato escrito, bien es cierto. Pero creía en él a ojos cerrados.

Salió de la trastienda y se acercó al mostrador. Tenía frío. Los pies le hacían daño. Pidió un cuarto de vaso de cazalla. El mirlo blanco que se había comprometido a agenciarle unos zapatos no acababa de llegar. Quienes llegaron para tomarse un chato antes de proseguir su faena fueron los agentes encargados de la ejecución de la orden municipal. La labia que desplegó Pepa Turull para estirar el tiempo, es cosa difícil de

explicar. El caso es que cuando, casi una hora después, llegó Enrique con su manojo de llaves, la encontró rodeada de copas de cazalla y jugando una partida de mus. Sus compañeros de juego eran: un guardia municipal, el mecánico de la apisonadora y el lince que —¡Dios sabe cómo!— había conseguido unos zapatos para Pepa Turull.

X
EL COMANDANTE MOSCOSO

—¡Petrirena! ¿Dónde se habrá metido ese inútil? ¡Petrirena!

—Aquí estoy, mi comandante —gritó el sargento abrochándose la sahariana y saliendo de la casucha.

—¿A qué hora te dije que sería la revista?

—A las cinco, mi comandante.

—¿Y qué hora es?

—Las cinco, mi comandante.

—¿Está todo listo?

—Sí, mi comandante.

Moscoso lo miró con recelo.

—Lo dudo.

—Hace usted mal, mi comandante.

El comandante Moscoso se llevó un dedo a la ceja e hizo un ademán como espantando con la uña un pequeño insecto que le molestara. Lo hacía siempre que dudaba si encerrar a Petrirena en la prevención, mandarlo al diablo o hacerse el distraído.

—¿Dónde están los camiones?

—En la explanada, mi comandante.

—Vamos allá.

Por supuesto que dos horas antes —y Petrirena lo sabía muy bien— el comandante Moscoso había estado en la explanada para comprobar si todo estaba en orden; si sus disposiciones habían sido cumplidas con toda exactitud desde la víspera, y... para ver amanecer.

Pocos momentos, en la selva, valen la pena de ser vividos como éstos que preceden a la salida del sol. La naturaleza está como dormida, el poblado en silencio; y algo que no es frescor, mas que está lejos aún del horno vivo que encenderá el ambiente durante el día, permite al aire penetrar en los pulmones sin provocar náuseas. El encanto no dura mucho. Un grito agudo, de insoportable estridencia, emitido por una de esas aves que bogan entre las sombras, rasga el silencio y despierta a la selva. A su conjuro, breves soplos, aleteos, rumores, muy aislados al comienzo, más apretados después, y por último continuos y superpuestos, van desperezándose entre las frondas hasta crear el mar ininterrumpido de sonidos —gritos, chirridos, lamentos, risas— que hierve de sol a sol en espantosa algarabía sobre la selva y su ruidoso vecindario. La luz, obediente a tanto clamor, emerge minutos más tarde tras las montañas.

Ése era el momento en que Moscoso comenzaba a mirar el reloj, con el malévolo deseo de coger en falta a Petrirena. El sargento no se lo tenía en cuenta. Sabía muy bien que sus horas de euforia —las únicas en que se dignaba hablar con sus semejantes— eran de cinco a siete. Entonces arengaba a la tropa con bastante fortuna, daba órdenes y hasta se permitía algún rasgo de humor. Después, se encerraría en su chabola, entre kilos de libros, que devoraba, o bien escribía su diario o se tumbaría en el catre, dentro del mosquitero, para dormir o entretenerse haciendo volutas de humo con su cigarro, sin hablar con nadie ni pensar en nada.

Llegaron a la explanada. Los seis camiones estaban alineados en el centro del calvero, y sus mecánicos y servidores medio formados delante de ellos. Cinco de los mecánicos eran portugueses, y el otro un belga, desertor de la Legión Extranjera francesa. Los servidores eran todos negros. Moscoso hizo un gesto al sargento, y éste comenzó a enumerarle los datos que le interesaba conocer: número de cajas cargadas; origen y destino de la mercancía; reserva de agua, carburante, aceite y municiones. De cuando en cuando, Moscoso interrumpía la letanía: «Comprobar», decía; y Petrirena comprobaba si el dato era cierto o amañado.

—El primer servidor de ese coche, ¿quién es? —gritó Moscoso.

Un negro de mediana estatura, que al reír enseñaba la media sandía de unas encías descarnadas, se adelantó haciendo reverencias. Sus compañeros, nada más verle acercarse al comandante, hicieron grandes esfuerzos por contener la risa. «Pero ¿qué ha dicho de gracioso para que ya se estén riendo?», se preguntaba Petrirena. Y ponía verdadera atención en las preguntas que —con cara de palo y sin mover un músculo del rostro— hacía Moscoso al servidor. Éste, que iba descalzo, dio un taconazo tan fuerte —al llegar frente al comandante—, que sus tobillos, al chocar, sonaron como espuelas.

—¿Sabes conducir?

—Sí, *m'commandant.*

—¿De qué le sirve a la compañía que tú sepas conducir?

—Para sustituir a Pereira de Souza, si se muere, *m'commandant.*

—¡Hombre, no hace falta que se muera...! Basta con que esté cansado y quiera dormir; ¿no te parece?

—Sí, *m'commandant.*

—¿Cómo te llamas?

—Isabel.

—¿Isabel?

—Isabel Jesús Akato Rodrigues Trinidad.

—¿Nada más?

—No, *m'commandant.*

—Isabel es nombre de mujer. No me querrás engañar. Aquí no se aceptan

mujeres.

—Yo soy hombre, *m'commandant.*

—¿Seguro?

Isabel Jesús Akato Rodrigues Trinidad inició un movimiento para demostrar —sin pudor alguno, pero también sin género de dudas— que cuanto decía era cierto.

—¡Te creo! —rugió Moscoso, atajando su demostración—. ¡Vuelve a tu puesto!

Y sonó una estruendosa carcajada, ante el estupor y la indignación de Petrirena, que insistía —para sus adentros— en que el verdaderamente gracioso era el negro llamado Isabel, pero no su comandante.

Éste era hombre que sabía hacerse querer y respetar; que hacía verdaderos milagros para organizar la empresa que tuviera entre manos, sin esfuerzo aparente, sin consumir energías y casi sin preocuparse de ello, o al menos sin que los demás supieran que se preocupaba...; pero que de gracioso no tenía nada. Sin embargo, cuando estaba ante la tropa, la hacía reír a voluntad. Esto sacaba de quicio al sargento, quien había intentado varias veces mover los resortes de la hilaridad de aquellos hombres, que le escuchaban aterrados sin entender lo que decía y —por supuesto— sin reírse.

—¡Petrirena!

—¡A sus órdenes!

—Toma el nombre de ese muchacho para que se le cite en la orden. Ha contestado muy bien a todas mis preguntas. Cuando regrese de la expedición, le darás una botella de aguardiente como premio, y otra más a cada uno de sus compañeros.

Hizo un gesto a los mecánicos europeos para que se acercaran, mientras el sargento, por orden suya, mandaba romper filas. Moscoso les dio algunas instrucciones en voz baja, les ofreció cigarrillos, estrechó la mano de los que, a medio camino, se habían de separar y subió junto al conductor del primer camión. Sacó medio cuerpo fuera de la ventanilla.

—¡En marcha! —gritó.

Los monos, medio ocultos en las frondas, respondieron al rumor de los motores con un griterío infernal.

Moscoso ya no era militar. De no haberse retirado, estaría a punto de ascender a general de división. La organización y el estilo que había dado a su negocio no era tanto por jugar a los soldados como por crear un espíritu de disciplina y responsabilidad entre los indígenas que trabajaban para él. Los resultados eran excelentes. Así lo explicó a las autoridades cuando el gobernador general se asustó de ver crecer en Akamoto una organización militar dirigida por un extranjero. Ahora ya no le molestaban. Y si había cometido algún exceso, la culpa era de esa mala bestia de Petrirena.

—¿Por qué no te vas de aquí, grandísimo inútil, antes de repudrirte del todo?

Petrirena se encogía de hombros.

—¡Te derretirás bajo la lluvia; los mosquitos criarán larvas en tu barriga; te comerán las hienas!

El sargento trataba de explicarse.

—En el desierto un sargento es alguien, ¿ eh, mi comandante? ¡Ya lo creo que es alguien! Y en España, no. ¿Usted me entiende?

—¡Pero si aquí no estás en el desierto!

—¿Aquí? ¡Aquí soy todavía más; fíjese lo que le digo!

Con Petrirena o sin él, Moscoso llevaba su negocio de transportes de la única manera que sabía: como si mandara una compañía de carros. Y no le iba nada mal, por cierto. Los resultados a la vista estaban. A veces, cometía la debilidad de emborracharse con su sargento. Petrirena, que estando en sus cabales se juraba a sí mismo que odiaba al comandante, en cuanto bebía se volvía tierno y locuaz. Al revés que Moscoso, que si estando fresco lo ignoraba, cuando estaba bebido le llenaba de injurias.

—Si llego a saber que te iba a encontrar aquí, en el único rincón del globo donde quise esconderme para no verte más, me quedo en la península.

—Mi general, no diga eso. Usted es mi padre, usted es mi amigo. Sírvame otro vaso, mi general.

A veces pasaban semanas enteras sin verse. Moscoso mascullaba para sí que ese gozo interno que sentía —y hasta su mejor estado de salud— se lo proporcionaba el no ver a Petrirena. Pero era falso. Moscoso necesitaba saber que el sargento estaba en la chabola de enfrente, dormido o despierto, ocioso o trabajando, pero que estaba allí. Necesitaba poder gritar, si le venía en gana: «¡Petrirena!», y verle salir corriendo abrochándose la camisa y decir: «¡A sus órdenes!»

—¿Qué estabas haciendo?

—Tallando una caja.

—Está bien.

—¿Quiere usted algo más?

Y con esto, Moscoso quedaba satisfecho.

Petrirena tallaba madera a punta de cuchillo con singular maestría. Y hacía cinturones y objetos de cuerda con rara habilidad. No eran éstas sus únicas ocupaciones. Un día se presentó en Akamoto un jefe de tribu del valle de Urobi con un hombre armado y un buey. Moscoso pensó que era un regalo que le hacían por haber transportado recientemente en sus camiones a una mujer enferma hasta las Misiones de Madre de Dios. Mas pronto se desengañó. Parecía ser que el hombrecillo que acompañaba al jefe de la tribu era el marido de cierta belleza negra que había sido sorprendida entre los cafetales con el sargento Petrirena. En estos casos, la costumbre del país obliga al adúltero a indemnizar al marido chasqueado,

entregándole un buey. Y el muy ladino se trajo no sólo el buey —para que Petrirena se lo comprara en moneda contante y sonante, y después se lo entregara como indemnización—, sino que hizo venir también al jefe de la tribu, para que actuara de notario y testigo en ambas operaciones. Petrirena se resistió, alegando que el marido en cuestión y su mujer trabajaban de acuerdo: ella para atraer a los incautos, y el marido para sorprenderlos; y que gracias a esta industria, tenían uno de los mejores rebaños de los contornos. El jefe de la tribu terció —airado— a favor del ingenioso cornudo, y Moscoso tuvo que escoger entre obligar al antiguo sargento a respetar las costumbres del país o exponerse a que los cafeteros de toda la región le hicieran el boicot e incluso sabotearan sus camiones. La historia no acaba aquí. El jefe y el súbdito, al cruzar, ya de regreso, la altiplanicie, se vieron atacados por un león y tuvieron que abandonar al buey a la voracidad de la fiera para salvar la vida. Con esto Petrirena no se atrevió a volver a los cafetales del valle de Urobi; mas como era consecuente y de costumbres arraigadas, ahora iba todos los meses —una o dos veces — al Puerto de Santa Ana, mucho más económico para algunos menesteres.

La llegada a Santa Ana era uno de los espectáculos más bellos que cabe imaginar. El Urobi, que se despeñaba en una larga serie de cascadas —razón por la cual no era útil para el transporte— se ensanchaba en una larga ensenada. Todo el paisaje se abría. La selva quedaba atrás, y sobre el mar se proyectaba una inmensa mancha ocre, prolongación del río más allá de su desembocadura. La costa era una gran concha dentada, una ostra rojiza que se abría sobre el mar.

—El mundo es ancho fuera de Akamoto, ¿eh, Petrirena?

El sargento miraba embelesado el ancho mar, el cielo abierto que se confundía en la lejanía con el océano, y llenaba de aquel aire sus pulmones. Algunos pesqueros, de enormes velas, surcaban las aguas como grandes cisnes blancos, y los barcos de gran tonelaje esperaban a que el práctico los condujera hasta el puerto.

Unas horas más tarde, Petrirena se emborracharía en «El Kimandaro», un cabaret bautizado con el nombre de uno de los volcanes del interior; y Moscoso compraría los libros por docenas para entretener sus ocios en Akamoto hasta la próxima expedición, y evitar así tener que emborracharse él también.

Ya no iba a Santa Ana más que en caso de necesidad. Un gusanillo de inquietud, un amargo sabor de alma le quedaba siempre dentro, varios días, cuando iba a la capital. Y era tonto dejarse vencer por la melancolía. Recordaba la copla que los emigrantes españoles cantaban en La Habana, y compuso una letra semejante, variando los nombres:

Tres cosas tiene Santa Ana
que no las tiene Madrid:
el Urobi, el Kimandaro...

¡y el ver los barcos venir!

Mala cosa era verlos venir. Pero aún peor era verlos marchar. Moscoso prefería no pisar Santa Ana; Petrirena ingresaba el dinero en el Banco, y Petrirena le compraba los libros, los que fuera, por kilos... De aquí su irritación de haber cedido a la orden del intendente Rolland de que se presentara en la ciudad. El trato con personas del mundo —Moscoso, como los enclaustrados, llamaba «el mundo» a cuanto había más allá de su celda de Akamoto— tenía la virtud de sacarle de su marasmo, agitar su ánimo y privarle durante días y días de la paz soporífera que buscaba en su retiro. Petrirena hubiera podido realizar esta misión. Petrirena o cualquiera. Cualquiera menos él. Akamoto no estaba a la vuelta de la esquina para citar a un hombre por el solo capricho de verle. Las catorce horas del viaje las tenía atragantadas, como una ofensa.

—¿Se puede saber qué ocurre, viejo desocupado, para hacerme venir desde Akamoto, con una orden conminatoria, como si me hubieseis detenido?

—¡*Parhleu*, Moscoso! ¿Tanto te disgusta tomarte una copa con los amigos?

—Yo soy un hombre que trabaja y no tengo tiempo para copeos. Vosotros, los funcionarios, los que ganduleáis a costa de los contribuyentes, tenéis tiempo para esas fruslerías...

—¡Vamos, vamos, que no se diga! Según mis informes, te estás haciendo de oro. ¿Estoy equivocado?

Moscoso rió y se encogió de hombros.

—La verdad sea dicha, los negocios no me van mal.

El intendente Rolland levantó su enorme corpachón del asiento «oficial» tras su mesa de trabajo, enlazó a Moscoso por la espalda con su tremendo brazo de leñador y le propuso seguir charlando en su casa, junto a unos buenos vasos de ron. Irían a pie para estirar los músculos. En el camino le expuso lo que quería. El Gobierno deseaba que el mayor número posible de gentes de color asistieran a las fiestas de la Proclamación de la Independencia en Santa Ana. Los medios de comunicación al uso eran harto insuficientes para el alud de gentes que querían ir, y se iba a cursar orden a todas las compañías privadas de transportes, incluso a las no dedicadas a viajeros, para que cedieran todos sus medios durante aquellos días. No se trataba de una incautación, claro está, ni siquiera temporal, pues las empresas que debían transportar gratis a estas gentes serían indemnizadas.

—¿Indemnizadas? —preguntó Moscoso, deseando una mayor precisión en este punto.

—Indemnizadas... un poco cicateramente, bien es cierto —aclaró Rolland riendo. Y añadió—: ¡No en balde el que paga es el Gobierno! De modo que ya estás advertido. Tus ocho camiones...

—Doce —murmuró Moscoso, no muy resignado.

—¡Grandísimo bribón! ¿De modo que ya tienes doce camiones?. El año pasado sólo tenías ocho.

—Y cuando llegué aquí, uno solo, y lo conducía yo mismo. ¡A pulso me los he ganado!

Por la calle, la mayoría de los hombres de color vestían a la europea; las mujeres, no: las mujeres de la ciudad —acostumbradas a visitar los grandes almacenes de los blancos— procuraban amontonar sobre sí la mayor cantidad posible de colorines, plumas, collares, turbantes y hasta sombreros. Habían creado una moda nueva, pintoresca y barroca hasta el paroxismo. Sólo las nativas del interior llevaban el torso desnudo, pero venían a la ciudad para europeizarse; y Moscoso no pudo menos de reír al ver a una campesina probándose en plena calle la prenda «europea» que acababa de adquirir: un *soutien-gorge* de encaje. Estaba detenida ante un escaparate, cuyo cristal le servía de espejo. Debió de sentirse terriblemente *vamp* al observar la nivea calidad de la tela sobre el ébano de su piel; y con un movimiento brusco, se lo quitó. Guardó la compra púdicamente en su bolsa y siguió calle adelante, pechos al aire, admirando tantas cosas bonitas como se veían en la ciudad.

Cuando llegaron frente a la casa de Rolland, el intendente comentó:

—Me alegro de que hayas hecho una fortuna, Moscoso. Me alegro de verdad. En cambio, yo, que me licencio ahora (¡ya ves tú!), no he ahorrado ni para un mal vivir.

—¡No será verdad que te licencias!

—He pedido el traslado. Es casi igual. Aquí dejo media vida. Aquí me casé. Aquí nació mi hija...

—Lo siento de veras —exclamó Moscoso—. Santa Ana, sin el viejo cascarrabias de Rolland, ya no será Santa Ana.

—¡Nada será ya igual de hoy en adelante! Por eso me voy.

Introdujo el llavín en la cerradura y cedió el paso al español.

—¡Hielo! —rugió más que suplicó el intendente a dos criados negros.

Se sirvieron dos vasos de ron y Moscoso se atrevió a bromear sobre la famosa independencia.

—¡Puro teatro! —dijo riendo—. Les dais la independencia, pero con un tratado militar que permitirá intervenir a vuestro Ejército cuando le venga en gana; con un tratado cultural que asegura vuestra influencia, vuestras escuelas y vuestros periódicos; con un tratado comercial y de asistencia que impida que vuestros negocios se vayan al garete...

—Nuestros negocios... ¡y los suyos!... ¡Y los tuyos! —precisó Rolland.

—¡A Dios gracias!

Rolland se bebió el vaso de un trago, y volvió a regarlo con ron antes de que el hielo se derritiera, pero no se lo bebió. Hundió la mirada en el cristal y tardó mucho

en añadir:

—Yo podría quedarme aquí si quisiera. El nuevo Gobierno no puede prescindir de nuestros conocimientos y nuestra experiencia. Ofrece paga doble (¿te imaginas qué bicoca?) a los que se queden. Pero ¿cómo voy a quedarme? ¿Cómo te imaginas tú que el viejo Rolland pueda quedarse aquí, sirviendo bajo otra bandera, como si fuera un mercenario? ¿En qué cabeza cabe que pueda yo aceptar órdenes de ese antropoide de Kutumbi? ¿Te he dicho ya que Kutumbi será el próximo jefe de este departamento?

Harto de mirar al fondo del vaso, se lo llevó a los labios y bebió su contenido sin respirar.

Poco después entró la señora de Rolland con su pequeña.

Moscoso, ya de regreso, prefería no recordar aquellos minutos. No valía la pena. Las sensaciones se engarzaban unas con otras, y nunca se sabía adónde le podían llevar. Se volvió, por distraerse, hacia la parte trasera del camión para preguntar a Isabel Jesús qué opinaba de la próxima independencia de su país; pero el negro dormía a pierna suelta y él no lo quiso despertar. Necesitaba, sin embargo, distraerse, por no pensar en la hija de Rolland. Sacó entonces la cabeza fuera de la ventanilla para ver el Puerto de Santa Ana por última vez. El camión coronaba ahora las cuestas de Tumbimaro, desde donde se veía abajo la ciudad como una ascua de luz... Parecía increíble el progreso de la capital en los últimos años. Cinco lustros atrás —cuando desembarcó en Santa Ana— el puerto era un hacinamiento de muelles de madera; y el casco urbano, un villorrio, donde un grupo de hombres blancos, tenaces y soñadores —entre otros, ese grueso pedazo de bondad que era Rolland—, luchaban contra la selva. El camión giró, ciñéndose a la última curva de la cuesta, y Moscoso dejó de ver la ciudad. Allí mismo, sin transición, comenzaba la jungla. Los faros del coche iluminaron un túnel vegetal, una calvicie en tubo, milagrosamente abierta entre el selvático delirio de la exuberancia. Y el camión, arrastrado por sus propias luces penetró tras ellas.

Esto era África: el África de Moscoso. Desde aquí hasta Akamoto, sin más excepción que las Misiones, el territorio que había de atravesar era «realmente» África. Las Misiones, el Puerto de Santa Ana mismo y algunas de las ciudades del interior no eran África: eran milagros que nacieron y se mantenían en virtud de otro puro y continuado milagro; si la mano de Dios se retirara, como decía el bueno de Rolland, serían en poco tiempo tragadas por la selva, como pequeños insectos por una gran planta carnívora.

Los artífices del milagro eran una insignificante minoría. La gran población pertenecía a lo que Breyssig llamaba «los pueblos de la aurora sempiterna», y a los que Ortega se refiere como «aquellos que se han quedado en una alborada detenida, congelada, que no avanza hacia ningún mediodía». Eran testigos pasivos de una

civilización colgada sobre ellos como un manto real sobre la percha de un espantapájaros.

Los indígenas utilizaban las semillas de *kumbi* para expulsar lombrices; la corteza de *mundundu* para aumentar la secreción de leche en las madres que crían, y las hojas de *upoko* para el dolor de ríñones. Lo utilizaban porque conocían sus efectos; mas sin adentrarse, con espanto y respeto, en el asombro de sus causas. Lo mismo acontecía con el motor de explosión, las vacunas antivariólicas o los abonos nitrogenados. Eran incapaces de maravillarse, de sentir el pasmo que precede a toda creación. Asombrarse es empezar a entender; pues no hay misterio mayor que el del propio mecanismo del entendimiento. De su falta de asombro deducía Moscoso la absoluta impermeabilidad de las razas indígenas para asimilar la civilización de la cual se valían. Llovía sobre ellos, pero no se empapaban.

Moscoso se rió de sí mismo. Estas consideraciones «tan trascendentes» no se las hubiera hecho en Akamoto. Ahora estaba todavía bajo los efectos de la droga de la ciudad. «¡Fuera, fuera!», se dijo, espantando sus pensamientos como si fueran moscas. Ofreció un cigarrillo a Pereira de Souza, sentado a su izquierda, y se dispuso a no pensar en nada.

Pero era imposible. La conversación mantenida con los ciento veinte kilos del pelirrojo, irascible y adorable Rolland; los minutos de vida civilizada compartidos con la señora de Rolland y el demonio con faldas de su pequeña le tenían trastornado.

La carretera era de una monotonía intolerable. Entre las tres paredes —frondas a la izquierda, frondas a la derecha y la breve lengua iluminada por los faros al frente —, el camión se veía inmóvil, aun lanzado a toda velocidad. El peligro de dormirse era evidente; la monotonía y la sensación de quietud actuaban de somnífero sobre el conductor. Veinte años antes había que vadear siete veces el río, en balsas; y en la zona pantanosa, los camiones tenían que ser arrastrados por búfalos. La hija de Rolland le había preguntado...

(Pero ¿por qué le venía ahora a la memoria la hija de Rolland? Quizá fuera por la edad. El intendente se había casado ya cincuentón, y su chica tenía ahora nueve años: igual que Ana María. Ana María siempre tendría nueve años para él.)

Se pasó una mano por la frente.

—Hace calor. ¿No opinas lo mismo? —preguntó al conductor.

—No mucho —contestó Pereira.

—¡No irás a dormirte con el volante en la mano...!

—No.

Durante dos largas horas no volvieron a hablar.

—¿Has visto, Pereira?

—¿Qué, mi comandante?

—Un leopardo...

—¡Vamos, mi comandante! ¿Cómo va a ser un leopardo, de noche, y por la carretera? Sería un perro...

—Tienes razón; sería un perro...

Sacó medio cuerpo fuera de la ventanilla y miró hacia atrás. Acababan de rebasar el cruce con el carril por donde antes iba la vieja carretera.

Aquí mismo —hacía ya muchos años— tuvo una aventura de la que temió no salir vivo.

El camino estaba cerrado por cinco grandes elefantes. Una hembra estaba en trance de parto, y los otros —todos machos— estaban allí para guardarla. Once horas estuvo cerrado el camino por los proboscidios. Once horas de angustia. Disparar contra ellos era suicida, pues aunque consiguiera abatir a algunos, los restantes cargarían contra el camión, volcándolo y triturándolo. Su irascibilidad es en esos trances extraordinaria; montar la guardia junto a la hembra para evitar que las fieras, que acuden al olor de la sangre, devoren a las crías recién paridas. Cuando la operación hubo concluido, los dos machos más grandes se situaron junto a la madre, y apoyándose en ella, de lado —esto es, apresándola por los costados— la pusieron en pie; y en esta postura, sosteniéndola, la condujeron, selva adentro, dejando libre el camino. Con las trompas ayudaban y dirigían a dos diminutos y peludos proboscidios, mucho más parecidos por su pelambrera a mamuts antediluvianos que a sus adultos progenitores.

¿Cuánto tiempo habría transcurrido desde entonces? Al menos doce o quince años... Hizo un cálculo. Los puentes sobre el Urobi no habían sido construidos aún. Su rostro se ensombreció. Hacía veintidós años —¡veintidós años, Dios!— de esta aventura. ¡Qué viejo era ya! Bostezó, abrió el termo y ofreció al conductor un poco de café.

—¡Despacio, Pereira, despacio, no vayamos a escoñar a un niño!...

La carretera cruzaba un poblado. Las hileras de chozas de ambos lados estaban bordeadas por el zócalo de ébano, el zócalo humano, de los indígenas sentados en el suelo, apoyada la espalda sobre el adobe de sus viviendas.

Dos horas llevaba ya el sol en libertad, haciendo de las suyas por el alto cielo; y ahora, sesgado, se entretenía en dorar el polvo que levantaba la chiquillería.

Unas mujeres de pechos fláccidos, como sacos vacíos, ayudaban a peinarse a una muchachita. Mezclaban barro y saliva, y con esta pasta le fijaban los cabellos en la más complicada de las obras de artesanía. Otras molían maíz en grandes morteros o se espulgaban con suma delicadeza. Las criaturas, en cueros vivos, correteaban entre nubes de polvo o perseguían al camión queriendo encaramarse en él.

—¡Despacio, Pereira, despacio!...

Tres minutos después cruzaron ante los cuarteles de la Madre de Dios. El Gobierno colonial había establecido allí una guarnición para proteger las Misiones

del mismo nombre. Los soldados de color hacían instrucción en plena carretera, al mando de un sargento blanco. El camión se vio forzado a detenerse. Al fin les dejaron paso libre. Muy poco después penetraban en las Misiones.

—¿A qué pabellón vamos?

—A las residencias.

—No sé por dónde es.

—Yo te diré.

Las calles del poblado misional estaban tan limpias como pasillos de hospitales. A un lado y a otro, las aceras de baldosines se abrían en espaciados cuadriláteros, de los que surgían como surtidores palmeras enanas y naranjos. En las paredes de los pabellones, colgados de unos aros, habían tiestos con flores y plantas colgantes. Por las ventanas abiertas se oía la cantinela de la gente menuda.

—¡Dos por una, dos!, ¡dos por dos, cuatro!, ¡dos por tres, seis!...

Los chiquillos, de cabeza rapada, golpeaban los pupitres con los puños para acompasar la cantinela; y una monja, armada de un puntero, marcaba el ritmo como no lo haría Von Karajan con su batuta ante una orquesta de cien profesores.

Doblaron a la derecha por la tercera bocacalle, pero tuvieron que dar marcha atrás y cruzar por la siguiente; pues una multitud de mujeres, con sus crios a la espalda, esperaban turno para entrar en la policlínica.

Algunas, más pacientes, esperaban sentadas en el suelo o apoyadas de frente sobre la pared —pues de espaldas no podían, sin aplastar a sus criaturas—; pero otras se peleaban por entrar, e increpaban a las monjas, que intentaban organizar una cola.

Llegaron a la avenida central y subieron por ella hasta su término. El asfalto se dividía allí mismo, en horquilla, para bordear un parterre que segaba con envidiable entusiasmo una monja jardinera.

Al fondo —muy blanca, muy puntiaguda, muy monjil, muy centroeuropea—, sobre un leve altozano de relleno artificial, estaba la iglesia. El campanario acababa en un brioso cucurucho como los sombreros cónicos con que se tocaban las ricas hembras medievales.

A un lado de la iglesia, la escuela de Medicina; al otro la residencia.

—Allí es.

Una monja bajó corriendo desde el recibidor para advertir a Pereira de Souza que allí no podía dejar el camión; que siguiera la indicación de la flecha hasta encontrar el estacionamiento.

—Pero ¡si no había reconocido al señor Moscoso! —exclamó de pronto—. ¡No tengo perdón de Dios!

—Yo, en cambio, esperaba a que terminara usted de regañarnos para saludarla —dijo el comandante, riendo.

La Madre María José se llevó una mano a la barbilla con expresión desolada.

—¡Ha cambiado usted mucho! Está usted... (¿no se enfada ?) ¡un poco más viejo!..»

—¡Ay, Madre! Que el tiempo pasa para todos, menos para usted. ¡Usted sigue tan guapa y tan joven!

—¡Huy, huy, huy! Eso no se le puede decir a una monja...

—Pues ¿no me ha llamado usted viejo? Un viejo como yo le puede decir eso y mucho más. Está usted guapísima.

—Lo acepto sólo como manifestación de su rencor —dijo riendo, y en seguida añadió—: Pero ¿qué tendrán los aires de Akamoto para soltarle tanto la lengua? Con su sargento me enfadé un día, pero muy en serio.

Penetraron bajo los porches.

—¿Usted es capaz de enfadarse en serio..., Madre María José? ¡No lo creo!

—Hace ya más de un año —dijo, mirando al techo, como si allí estuviera escrita la fecha—. ¡Ya lo creo que me enfadé! Petrirena me estuvo alborotando a las sirvientas de color, ¡con unas procacidades!, ¡con unas historias! ¡Jesús María! Lo eché de las cocinas, donde se había metido, y le dije que esto no era un cuartel...

—Pero conmigo no se enfadará, Madre María José.

—Si se comporta usted bien, no me enfadaré. ¿A qué se debe su visita? ¡Cuénteme! ¿En qué podemos servirle?

—He salido de Santa Ana muy tarde y el sol me ha sorprendido a medio camino. Con ese calor no me atrevo a seguir... Si me da usted un cuarto, dormiré un rato; y al atardecer, con la fresca, seguiré el viaje...

La Madre María José meditó un momento, sonrió maliciosamente y dijo en tono confidencial:

—Le alojaremos a usted en el cuarto del señor obispo...

—¿Con bicho dentro o sin bicho?

La madre se enfadó.

—¡No sea usted hereje!

Le obligó a que se sentara bajo los porches del recibidor, mientras ella iba a ocuparse en arreglar lo que hubiera menester. Al poco rato, la vio pasar con dos postulantas negras. Las morenas iban con batas azules de manga larga y abotonadas hasta el cuello, y transportaban toallas, sábanas y un florero minúsculo con guisantes de olor. El pelo lo llevaban recogido bajo un saco ceñido, de tela azul, medio boina, medio cofia, parecido a un gorro frigio.

Cuando la Madre María José llegó a las Misiones como postulanta era casi una niña, y Moscoso un veterano de la región. Moscoso pensaba que era un dislate que una criatura tan delicada, tan bella, se encerrara dentro de la bata azul de postulanta. Moscoso nunca consideró tan absurdo el saco de tela azul —medio cofia medio boina —, semejante a un gorro frigio, como cuando lo vio sobre el cabello de la que años

más tarde sería la Madre María José. Moscoso no creía que hubiera vocación ni caridad que justificara el que esa criatura dejara su casa, su país y sus padres para desborricar negros, deslendrar negros o extirpar dientes, amígdalas o apéndices de negros. Moscoso aplaudía que esto lo hicieran otras u otros —centenares de otras u otros—, pero no la Madre María José. A Moscoso le asombraba que fuera más alegre que unas Pascuas. A Moscoso le espantaba saber que lo mismo estaba en el hospital extirpando un cáncer, que en la escuela explicando geografía, que en la iglesia dirigiendo un coro, que en la cocina fregando platos, que en la residencia recibiendo huéspedes, que en la carretera conduciendo un *jeep,* que en Santa Ana mendigando dinero, que en el puerto despidiendo monjas, que en los poblados haciendo de partera, que en las calles dirigiendo el tráfico, que en la capilla entregada a Dios. A Moscoso le irritaba, le edificaba, le entristecía y le conmovía la juventud, la belleza y la caridad de la Madre María José. Moscoso era un raro.

—Ya está todo listo..., señor Moscoso.

—Gracias, Madre María José. ¡Con qué gusto voy a dormir hasta que amaine el calor!

La Madre María José dudó un momento.

—La Misa es dentro de una hora. Quizá le convenga no echarse todavía.

—¿Es domingo hoy?

—Claro...

—Bueno, en realidad, estando de viaje... no hay tanta obligación —dijo Moscoso incorporándose.

— ¡Le voy a preparar un buen desayuno para que se entretenga hasta la hora de la misa!

—No. No. Estoy agotado. No he dormido esta noche. Me voy a acostar.

La madre subió la escalera tras él.

—Hace mucho que no entra en una iglesia, ¿verdad?

—En Akamoto no hay iglesia...

—Dígame, ¿cuánto hace?

— ¡Qué sé yo!

La Madre María José subió, pisándole los talones.

—Dígamelo. ¿Cuánto hace?

Al llegar al descansillo, Alberto se detuvo.

—Por favor, déjeme ahora. Estoy roto de cansancio. Quiero dormir.

—¿Hace un año? ¿Más de un año?

Moscoso volvió la espalda y pretendió escabullirse.

—¿Dos años, tres años?

—No sé, Madre. Sólo sé que hoy no voy a poder ir.

Y enfiló por el pasillo hacia la habitación del obispo.

—¿Cinco años, ocho, diez? ¿Más?, ¿todavía más?

—Por favor, Madre. No irá a entrar en mi habitación, supongo.

—Hay un coro precioso hoy. Cantan los nativos. Es...(puso los ojos en blanco)... estremecedor. Una persona culta, como usted, se sentirá sorprendida. En Europa no hay un coro religioso que se le pueda comparar... —Y añadió, tras un momento de duda—: Lo he fundado yo. Ahora yo no lo dirijo, pero es como una cosa mía. ¿Vendrá?

Apenas lo hubo dicho, se sonrojó. El argumento le pareció mundano —Dios se lo perdonaría; todos los caminos de Dios son buenos—. Siguió hablando, sin el tono conminatorio y grave que empleó al subir la escalera. Con gracejo, casi con jovialidad, y muy de prisa, pisándose las palabras.

—Yo le subo ahora mismo un desayuno a la inglesa, para que haga tiempo. Ya no falta una hora como antes. Ya falta mucho menos. Será mejor que baje usted; si no, se lo mandaré subir aquí mismo. Ya verá usted qué bien ha quedado la capilla... ¡Hay una imagen de una santa española; le gustará verla! ¿No era española Santa Teresa? La han esculpido los nativos, en nuestro taller. Todo eso le tiene que interesar. Pero los coros, los coros son... no sé cómo decírselo, usted mismo los oirá, son algo... *boule-versant.*

Moscoso, en la puerta de su dormitorio, la había escuchado impaciente.

—He perdido la costumbre... No sé si debo ir... Son ya muchos años... Perdóneme... Temo que todo me parezca una farsa...

La Madre María José cerró los ojos y juntó las manos en actitud de oración. Alberto pensó que era mucho teatro el que la Madre tenía dentro. Lo único que él quería era dormir.

La Madre María José le hablaba ahora con un hililllo de voz, sin abrir los ojos ni separar las manos; muy despacio, casi deletreando las palabras:

—Con todo mi corazón, se lo suplico... Piense en alguien a quien usted quiera mucho, o a quien haya querido mucho... Piense que no es esta pobre monja quien se lo suplica, desde lo más hondo de su alma; sino que es esa otra persona quien —por mi mediación— se lo pide, en nombre de Dios.

Moscoso quiso irritarse y cerrar la puerta de golpe; estaba aturdido.

Sin decir nada, cruzó el pasillo, bajó la escalera y esperó a que le trajeran el desayuno. Se lo sirvieron unas postulantas negras, de bata azul, tocadas con una especie de gorro frigio que les recogía el pelo.

Las indígenas, con sus faldas y tocas de mil colores, no se sentaban en los bancos de la iglesia; sino en el suelo, en primer término, delante del altar. Cuando el sacerdote alzó la Forma, se tumbaron, boca abajo, cuan largas eran, en señal de adoración. Algunas se mantuvieron sentadas; pero tan inclinadas, que rozaban las baldosas con la frente, doblando el cuerpo como si fuese de goma.

El coro de los negros era entusiasta y detestable; el de las monjitas, dulzón, cadencioso y desafinado.

Al oír los coros, Moscoso no sintió el estremecimiento anunciado por la Madre María José, ni el menor interés ante la talla de Santa Teresa: sintió algo así como un viejo, olvidado, amargo y dulcísimo clamor que se le derramaba en el alma; un renacer de su infancia y su adolescencia bajo sus canas, un impulso tranquilo de entregarse y arroparse en el misterio, y —a pesar de sus años— un imperioso y consolador deseo de llorar.

Cuando hubo concluido la sagrada ceremonia y los fieles abandonaron la iglesia, Moscoso permaneció mucho rato aún, sentado en su banco —hundida la cabeza en el pecho, los hombros encogidos—, sin pensar en nada quizá.

Por la tarde, después de dormir, hizo tertulia —en el porche— con el capellán, uno de los cirujanos del hospital —ambos negros— y un oficial blanco de la guarnición vecina. En torno al tema de la próxima Independencia se desarrollaba la conversación, cuando fue interrumpida por las carcajadas de Isabel Jesús Akato Rodrigues Trinidad y las voces de la Madre María José, que lo traía, calle adelante, agarrado de una oreja.

—Este pillastre ha robado un pastel y ahora mismo lo voy a castigar.

Moscoso se abstuvo de confesar que el muchacho era el servidor de uno de sus camiones. ¡Ya le arreglaría las cuentas al llegar a Akamoto!

Alguien le preguntó a la Madre qué clase de castigo le iba a imponer, a lo que respondió que hartarle de pasteles hasta que se le quitaran las ganas de comer.

—¡Pucha la Madre José y qué maja es! —confesó Isabel Jesús, en el camión, ya de regreso hacia Akamoto. Y dos horas después, cuando Moscoso le creía dormido, le oyó de nuevo decir:

—¡Pucha, qué maja es!

Apenas salido de Academia con el grado de teniente, Moscoso fue destinado al Sahara: intervino en la ocupación de la zona Sur del Protectorado de Marruecos y en la fundación de Villa Bens en Cabo Jubi. Muy pronto llegó al convencimiento de que no le sería fácil abandonar aquel destino que había solicitado sin otro aliciente que el de una mejor remuneración. El Sahara le ganó. Aprendió el árabe y el «hassanía» con sorprendente facilidad e inició la redacción de un diario donde anotaba los datos y observaciones más dispares —lingüísticos, antropológicos, religiosos— que le permitieran un día escribir la gran obra que sobre el desierto faltaba por hacer. Mientras llegaba esta hora, sus observaciones eran publicadas en las revistas militares. Moscoso fue el primero que señaló el origen de las escisiones heterodoxas de muchas sectas religiosas respecto al Islam. La herejía venía del Sur. Las supersticiones idolátricas de origen negro que teñían de herejía las creencias de la secta Idrisita, se habían filtrado a través de la tribu nómada Ma El Aimín, que hacía

tráfico de esclavos negros al sur de Bamaco. Desde los bámbaras y los soniques, las dos razas negras del Sur (y a través de las tres grandes tribus bereberes: Ma El Aimín, Ulat Delime y Erguibat), las creencias heterodoxas subían por el Sahara hacia el Norte y se incrustaban en el límite mismo de Marruecos por el cauce prohibido del tráfico de esclavos. El mejor de sus trabajos, publicado en la revista local que se editaba en Villa Cisneros, fue aquel en que estudiaba el siroco y la influencia que este viento terrible había ejercido en las supersticiones y leyendas de la tribu de Erguibat. Reproducido en Madrid por una revista del Ejército, fue citado elogiosamente por el *Boletín* de la Academia de la Historia, y una revista africanista francesa se interesó por los derechos de reproducción. Moscoso era un entusiasta del Sahara. «Al fin he encontrado la horma de mi zapato», escribió en su diario, al poco tiempo de tomar posesión de su destino. Y este «al fin» parecía denotar una cierta insatisfacción anterior por cuanto le rodeaba. Algo tenía el desierto —violento acicate o sutil veneno— que hizo enloquecer a un compañero suyo a los pocos años de vivir en él; mientras que otros enloquecían cuando los sacaban del Sahara. A éstos, Moscoso los llamaba en su diario «tarados del desierto», y no sin cierto orgullo se consideraba inmerso en esta categoría. Esto decía al menos por defenderse de las bromas de sus compañeros que le llamaban «el casto capitán». Y en efecto, Moscoso vio en su bocamanga las tres estrellas de seis puntas antes de haber conocido mujer alguna. Esto era un caso tan insólito, que el nombre de Moscoso llegó a ser mucho más conocido en el Ejército de África por esta circunstancia íntima que por sus públicos conocimientos de la etnología y política saharaui, que hacían de él uno de los más útiles expertos españoles en asuntos africanos.

Moscoso era enemigo de toda intimidad que rompiera la coraza de hierro en que se aislaba del mundo exterior. Concentrado en sí mismo, por naturaleza, sus largas horas de soledad crearon en él el hábito de vencer la llamada de los instintos. Pero este hábito, a fuer de antiinstinto, llegó a convertirse en un instinto más; de suerte que «instintivamente» repudiaba y rechazaba cualquier tendencia que pudiera turbar la serenidad alcanzada en este orden de cosas. Su instinto era, pues, huir de la tentación carnal como el enfermo aprensivo huye del alimento que teme pueda perjudicarle. Las bromas de sus compañeros, en vez de servir de acicate para vencer su timidez sexual, colaboraron aún más en acentuar su aprensión; de suerte que cuando doblados los veintiocho años, y como quien cumple un rito obligado, Moscoso perdió esa calidad que tanto sorprendía a sus compañeros, no lo hizo siguiendo su instinto viril, sino venciendo la fortísima resistencia que oponía su instinto a este acontecimiento.

La experiencia no fue afortunada. El trato con mujerzuelas de baja estofa, a las que llegó en muy contadas ocasiones, dejó en su ánimo una vaga sensación de envilecimiento. La categoría mental y humana de estas mujeres, acostumbradas a la soldadesca, estaba muy lejos de satisfacer sus aspiraciones. Físicamente eran pobres

gentes que sólo por aproximación podían sugerir las prendas que hacen grato y deseable, al hombre normal, la compañía y el amor de una mujer.

La satisfacción no alcanzada en estos encuentros, dejó una profunda huella en su ánimo. Un hombre no puede vivir indefinidamente en el estado semiletárgico de la soledad. Y él, antes que militar, era un hombre. Debía combatir de raíz su inveterada inclinación a la misantropía. En el desierto había dejado como un soplo largos años de su vida. La experiencia y los conocimientos adquiridos serían de inapreciable valor en su carrera. La hora de la siembra debía concluir. Hora era ya de recoger los frutos. Debía ante todo buscar una mujer. Un hombre no alcanza la plenitud fuera del matrimonio.

A pesar de sus dudas y sus proyectos, el capitán Moscoso no hizo nada por resolver las primeras o poner en práctica los segundos. Anotaba en su diario —junto a los datos eruditos para su libro— sus preocupaciones o sus dilemas; le parecía que el solo hecho de haberlas redactado le descargaba de su peso y alejaba la urgencia de resolverlas. Necesitaba una conmoción que sacudiera sus nervios y le arrancara de su marasmo. Y esta oportunidad le vino con la guerra de África. Durante la campaña, su figura se agigantó.

La sangre fría, el coraje y la astucia del capitán Moscoso; su preocupación por alcanzar los objetivos que le encomendaban con la mayor economía de vidas humanas, le dieron fama de invencible porque ponía la prudencia al servicio del coraje y el valor humano a prueba de fanfarronadas y gestos inútiles. Fue ascendido a comandante por méritos de guerra, cuando su nombre había sido ya citado muchas veces en los partes y órdenes del día. Al caer herido y ser evacuado a Melilla, Moscoso percibió, no sin satisfacción, que una cierta aureola de prestigio le acompañaba. Las mujeres le señalaban como un héroe, y los hombres le consideraban —entre los militares jóvenes— como uno de los puntales de la acción española en África.

Por primera vez, Moscoso intervino en reuniones de sociedad. Una comisión de señoras, portadoras de donativos, había llegado a la península y recorría las plazas de soberanía visitando hospitales, organizando sucursales de la Cruz Roja, promoviendo festivales benéficos a favor de los heridos. Y las autoridades militares correspondían invitándolas a cenas y a reuniones, en las que la presencia de Moscoso —a pesar de sus muletas y su pierna escayolada— fue siempre requerida. No le disgustó la experiencia. Las mujeres le atendían con especial solicitud. Su propio retraimiento, su sobriedad, su aspecto un poco ausente y como despegado de las cosas inmediatas, su porte austeramente viril, hasta su propia timidez ejercían, sobre ciertas mujeres de calidad, un atractivo de que estaba desposeído ante las de baja estofa, que hasta entonces muy ocasionalmente había tratado, y que le consideraban soberbio y desabrido. Durante aquellos días conoció a Elena, que un año más tarde sería su

mujer.

Cuando cumplidos los treinta y un años —lleno de dudas y de nostalgia—, embarcó en Aargub rumbo a España, las mareas cubrían los arenales del istmo que une a Villa Cisneros con el desierto.

Al subir la marea, la capital de Río de Oro queda separada, por las aguas, del resto del Continente. La península se convierte en isla. Moscoso pensó que era un símbolo de lo que pronto le acontecería. Los afanes y los quehaceres de su futuro destino, y sobre todo el nuevo orden de cosas que le impondría el matrimonio, cubrirían en poco tiempo de olvido las queridas arenas del desierto, como ahora cubrían las aguas las del istmo de Villa Cisneros. Pero erraba al imaginárselo.

El desierto ya no le abandonaría nunca. Sus arenas, al cabo de los años, estarían siempre en él, marcarían su vida, moverían sus pasos, como empujadas desde lejos por la fuerza invisible de un largo y eterno siroco, contra el que era inútil defenderse.

¿No había escrito él mismo años atrás que era un tarado del desierto? Sus arenas, que penetraban los cuerpos, habían penetrado en su alma, mucho más vulnerable, y marcarían para siempre, con presión fatal e irremediable, el rumbo de su destino.

Cuando regresó a África, los años de separación —que tan largos se le hacían en la península— le parecían inexistentes. África era su mundo y no podía concebir que hubiera otro fuera de él. Salió, lo hirieron y regresó. No había por qué pensar en el dolor desgarrador de aquella herida. Recubrió su sensibilidad de un círculo de acero, y a ello le ayudaron los libros, sus estudios sobre las migraciones de las razas negras y el alcohol. Hasta que sintió en su carne y en su alma el latigazo de una insólita llamada: la de una muchacha portuguesa destinada a ser esposa de Dios. Luchó durante años con esta pasión, hasta lograr desplazarla del campo de sus propósitos, mas nunca del de sus pensamientos. Nadie conoció jamás este terrible, inconfesable secreto: ni Petrirena, ni Rolland, ni —por supuesto— la Madre María José.

—Dime, bribón, ¿es cierto que has robado ese pastel? Isabel Jesús, medio adormilado, enseñó al sonreír sus moradas encías.

—¡Pucha, qué maja es!

XI
EN EL FONDO DEL MAR

El casco de la barca, visto desde el fondo, parecía un globo zeppelín detenido en el aire. Ana María alzó los brazos y ascendió suavemente hacia él. Se colgó de la borda y arrancó de entre los dientes el negro tubo de goma. Andrés subió tras ella.

—¿Por qué te lo quitas? —preguntó alarmado.

—¡Porque no puedo hablar con el tubo puesto! Lo único que echo de menos allá abajo es hablar.

—¿Te encuentras mal?

—¡No, pero me da miedo esa cueva que hay en el fondo! ¡Te vi entrar en ella, y me dio miedo!

Hablaban a gritos. La presión del agua en los tímpanos o el contraste del pavoroso silencio del fondo con los rumores de la superficie, les habían hecho perder la medida de su propia voz. Arriba se oía el chapoteo de la barca en el agua, el roce de la cuerda que amarraba el codaste a la boya, su propia respiración. Abajo, el silencio era total.

—No hay ningún peligro —gritó Andrés—. Procura no acercar la espalda a las rocas, para que las botellas no se rocen. ¿Te animas?

—Yo te sigo, pero no seas imprudente.

Ana mordió con fuerza los dos salientes de la trompa unida a los depósitos de aire sujetos a su espalda, y desdobló sobre sus labios la funda exterior de goma. Después, se caló las gafas.

—¿Todo en orden? —preguntó Andrés.

Ana, por toda respuesta, desprendió de la borda sus manos y se dejó afondar suavemente, ayudada por el peso de las botellas de hierro y el cinturón con lastres de plomo. Era admirable esta impresión de sentirse ingrávida entre las aguas. Probó a descender hasta la arena del fondo, lo que consiguió sin ningún esfuerzo; quiso subir después hasta el límite mismo del agua y se admiró de la facilidad con que lo hizo. No era necesario mover los brazos para avanzar. Bastaba un movimiento ligerísimo de los pies, y el cuerpo, sin peso, se iba, con sólo girar la cabeza, hacia donde querían los ojos. La arena de la superficie sumergida penetraba en largas cuñas azules entre los salientes negros de las rocas como en la maqueta de una costa llena de fiordos. Los bosques de algas se mecían lentos y sensuales, en un mundo sin vientos. Ana María navegó sobre aquel paisaje en miniatura, como un pájaro inmenso sobre los valles y cordilleras. Algunas peñas estaban cubiertas de arena y parecían cumbres nevadas. En una llanada, unos peces diminutos y rayados huyeron ante la sombra de su cuerpo, como hacían las cebras de las planicies africanas, fotografiadas desde un avión y galopando asustadas por el ruido del motor. Al fin, se abrió bajo ella la boca

de la sima. Las rocas se precipitaban hacia el abismo de un cráter inmenso, y de lo hondo emergía una gran llamarada de luz azul. Andrés la esperaba, flotando sobre la boca del precipicio. ¡Qué asombrosa experiencia! Era extraordinario acercarse a esos bordes y no sentir vértigo; situarse sobre el despeñadero y no caer, a plomo, por él. Ana María se acercó a Andrés y miró hacia abajo. Le daba miedo la luz que nacía del pozo. Andrés la tomó de la mano —¡qué tortura no poder hablar con él!— y se sumieron en el cráter. Las paredes de la hoyada eran pardas, naranjas, ocres. Entre sus grietas, como en hornacinas, había peces pequeños, transparentes, que no huían ante ellos. Cuando llegaron a la arena, Ana pensó que si la palpaba se quemaría la piel: tal era la reverberación que emitía. Allí experimentaron una sorpresa. Las paredes del pozo no llegaban hasta el fondo, no se apoyaban en el suelo, sino que se recogían en pliegues como una gruesa cortina petrificada. Ana María no hubiera querido pasar bajo ellas, pero Andrés lo hizo, y ella le siguió. Pegados a la arena avanzaron lentos. Daba miedo mirar hacia arriba por la negrura del techo. El suelo, en cambio, no había perdido su luz. ¡Qué extraña desazón lo que le producía ver la luz abajo, luz azul, y las sombras arriba, como si el cielo y la tierra hubieran canjeado sus puestos! Pocos metros más lejos, el túnel se ensanchó y desembocó en una inmensa cavidad. Ana vio cómo Andrés penetraba, iluminado por los resplandores del fondo, en una gran bola de cristal, poblada de centenares, miles, decenas de miles de peces. Nunca había visto ni soñado un espectáculo de tanta belleza. Los peces, translúcidos, como de gelatina, tenían franjas azules, amarillas, verdes, que fosforecían en el agua. Y era tal la presteza de sus movimientos y la luminosidad de sus pintas, que toda la bóveda submarina parecía un puro fuego de artificio, explosión de chispas multicolores, entre las cuales diríase imposible pasar sin quemarse. La pendiente del suelo ascendía ahora suave. Ana y Andrés avanzaron casi pegados sus cuerpos a la tierra. De pronto se detuvieron sorprendidos al percibir el peso de las botellas sobre sus espaldas. Ya no tenían la maravillosa ingravidez de antes ni la facultad de avanzar. Habían encallado como grandes peces que se aventuran en un bajío. Instintivamente apoyaron las rodillas en la arena y se incorporaron. Estaban en una playa y casi a oscuras. Se quitaron las gafas y las caretas. La sensación de tener las sombras sobre sus cabezas y la luz a sus pies era aquí mucho más siniestra que en plena sumersión, pues realmente se veía el cielo derrumbado, como un ángel caído sobre el abismo, y la oscura tierra señoreando la bóveda celeste.

—¿Dónde estamos?

—En una gruta. Debe de haber alguna salida al exterior, puesto que respiramos. ¿Tienes frío?

—No. Pero no quiero estar aquí. Me da miedo.

—Nos conviene descansar un poco. Confieso que ha sido una imprudencia llegar hasta aquí.

—Tengo miedo, Andrés.

—Comprueba la válvula de tus depósitos. No conviene desperdiciar oxígeno.

Salieron a tientas del agua. La caverna parecía abierta en las entrañas mismas de la tierra. Sobre la bóveda de la cueva, los reflejos de aquel mar enclaustrado se deslizaban como arañas de luz. Bajo la increíble transparencia del mar, los peces luminosos cruzaban disparados —como estrellas fugaces— el firmamento caído.

—¿Quieres descansar, o regresamos?

—Prefiero volver. Me has asustado con lo que has dicho. ¿Por qué dices siempre todo lo que piensas? ¿Lo has dicho por asustarme, o crees realmente que el aire nos puede faltar?

Andrés se encogió de hombros.

—Tú no me pierdas de vista en ningún momento. ¿Entendido?

Al hundir de nuevo la cabeza en el agua, se diría que alguien había pulsado el conmutador de la luz. Ya de regreso, descendieron despacio, pegados a tierra, buscando la mayor pendiente. Andrés movía el rostro de un lado a otro para cerciorarse de que la salida por la que iban era la mejor. No sabía si era la misma que utilizaron al entrar o no; pero en cualquier caso era la que despedía mayor reverberación. Cruzaron bajo la cortina de piedra, inmersos en un chorro de luz definitiva y elemental, y al rebasar el túnel quedaron sobrecogidos por la sorpresa: a muy pocos metros de sus cabezas, suspendida entre dos aguas, había una bola de fuego, roja y amarilla. Tardaron en comprender que era el Sol. Por un fenómeno óptico, lo veían no ya desde dentro del agua, sino dentro del agua misma, al alcance de sus manos, milagrosamente. Tuvieron que volverse de espaldas, y ponerse de cara a la pared de la sima, pues el reflejo era cegador. Millones de gusanos dorados y escarlatas, como diminutas lenguas de fuego, se proyectaban sobre las rocas. Comenzaron a ascender. Las cumbres de aquellos alpes sumergidos, diáfanos, purísimos, coruscantes, se veían cortadas en lo alto por una línea movediza de niebla que ocultaba los picachos más altos: era la superficie del mar. ¡Qué portentoso espectáculo! Ya se avistaba, pequeña como un gusano, la parte sumergida de la barca. Estaba amarrada junto a la costa y parecía, en efecto, un zeppelín que intentaba volar sobre la cordillera. Andrés obligó a Ana María a detenerse. No sólo por ser necesario hacerlo para evitar la influencia sobre el organismo de las diferentes presiones, sino para contemplar a gusto el insoñado panorama. Ahora era él quien lamentaba no poder hablar con Ana. Hubiera querido decirle que Adán, al abrir los ojos por primera vez, tenía que haber experimentado —ante la impensada maravilla de la vista— una sensación semejante a la que ellos sentían ante el derroche de belleza que los rodeaba. Al insuflar Dios el entendimiento sobre el barro de su carne, Adán abriría los párpados y se quedaría absorto al ver cómo el mundo entero, aun estando fuera de él, penetraba dentro de él, a través de sus ojos. Percibiría el gozoso escándalo de los

colores y la subversión de las formas y los volúmenes. Y descubriría, sin extender las manos, el sentido de la distancia.

Reemprendieron la ascensión. Ya la barca se veía más grande. El nervio de la quilla se adivinaba ya desde la roda al codaste, y el vaho de las cuadernas relucía como si tuviese barniz. Se detuvieron una vez más. Las burbujas de aire que expulsaban al expelerlo flotaban en torno de ellos como pequeños planetas. Ana María no pudo esperar más. Agitó los pies, alzó los brazos y estiró los dedos. La barca estaba ya a la altura de una casa grande, ya de una casa pequeña. Aprovechando el impulso ascendente, hizo una flexión de brazos y cayó dentro de la barca. Andrés la vio desaparecer bajo la línea viscosa que había más allá de la superficie. ¡Increíble espectáculo! Ver desde tierra a un ser humano perforar la superficie y desaparecer bajo las aguas es cosa sólita y hasta vulgar... Pero ¡ver desde dentro de las aguas cómo un ser de la misma especie horada el techo de los elementos y se esfuma en los abismos superiores, es puro funambulismo!

Llegó tras ella.

—¿Qué te ha ocurrido? ¿Te faltaba aire?

—¡No! ¡Pero necesitaba gritar! ¡Qué maravilla, Andrés! ¡Nunca pude sospechar que esto fuera tan rotundamente, tan definitivamente bello!

Andrés puso en marcha el motor y soltó las amarras.

Ana María estaba excitadísima. Buscaba los adjetivos más tajantes y totalitarios para expresar su admiración.

—Además, he hecho un descubrimiento sensacional. Y he decidido escribir un ensayo que titularé «Introducción a la Nautomaquia».

—Pero, Ana... ¿has decidido eso en el fondo del mar?

—¡En el fondo del mar!

—Mira. Aquí arriba —y señaló con desprecio el mundo de los pájaros— quieres saltar y apenas te elevas unos metros del suelo.

—¡No lo intentes, que me hundes la barca!

—No te burles. Te digo que mi descubrimiento es sensacional. Digo que aquí arriba —y volvió a hacer la mueca de desprecio ante las costas más extraordinarias del Mediterráneo— la gravedad te sujeta a la tierra y no te deja escapar; no te permite emigrar hacia la altura. Los movimientos posibles de un danzarín son limitadísimos. En cambio, en cuanto te sumerges te desprendes de tu propio peso, y las posibilidades del movimiento son ilimitadas. ¿Te imaginas lo que sería organizar un *ballet* en el fondo del mar, traer a la Pavlova y hacerla bailar allá abajo?

—Se ahogaría. Y te acusarían de «ictiocidio», es decir, de asesinato.

—¡Oh, Andrés! No comprendo que seas artista y no lo veas.

—De modo, Ana, que esos gestos tan extraños que hacías ahí abajo pretendían ser una danza...

—No te burles. Yo no soy bailarina. Estaba probando...

—¡Y yo que pensé que te habían fallado las válvulas y te ahogabas!

—No seas cruel. Te digo que la danza sólo es posible en el fondo del mar. Aquí, la tierra tira como un imán de los cuerpos y no los deja evadirse. Fíjate bien en esta palabra clave: «evadirse».

—Bien. ¿Y cuál ha sido tu descubrimiento?

Ana se indignó.

—¡Cómo que cuál ha sido mi descubrimiento! ¿Te parece poco? ¡He encontrado la definición de la danza!

— ¡Ana de mi alma! ¿Qué definición es ésa?

—Pues nada más que ésta. Escucha: «La danza es un proyecto de evasión frustrado por la gravitación universal».

El ataque de risa que sufrió Andrés estuvo a punto de volcar la embarcación. Se reía tan escandalosamente, que Ana temió que hasta desde la playa le oyeran.

—Te advierto que de esa definición se pueden desprender conclusiones insospechadas. ¿Quieres que te las diga o no? ¡Nunca me escuchas cuando hablo!

—Eres divina. Sigue.

—Quedamos en que la danza es un proyecto de evasión. Y que en la superficie —al revés que en el fondo del mar— la atracción de la tierra impide dicha evasión. Pues bien: los hombres han conseguido en la música lo que no han podido realizar en la danza. Han logrado disparar los sonidos hasta un límite al que no alcanzaban los músculos; mover las notas del pentagrama en la zona de evasión, allí donde —por culpa de la gravitación— no podían mover sus cuerpos. De lo que se deduce que *la música es una danza sublimada. El inventor de la música, un danzarín insatisfecho.*

Ana dijo esto en un tono deliberadamente pedante, sin evitar el énfasis, como queriendo anticiparse, con un tono jocoso, a las posibles burlas de Andrés. Pero en realidad estaba muy orgullosa de haber intuido que el inventor de la música era un bailarín insatisfecho. Miró de reojo a su compañero, en espera de su veredicto.

—A veces me pregunto por qué te quiero —dijo Andrés lentamente— y empiezo a pensar que esa pregunta es, por lo menos, una necedad.

Éste era el veredicto que Ana quería escuchar.

La barca llegó a la playa. Un hombre acudió a ayudarlos.

—¿Vamos a comer?

— ¡Vamos!

—¿Tienes apetito?

—¡Terrible!

Andrés era difícil. Tener trato con él requería una técnica especial como la manipulación de una máquina complicada, provista de mil resortes distintos y todos ultrasensibles. Ana no llegaría nunca a comprender el porqué de estos resortes; pero

aspiraba a saber maniobrar con ellos. Un buen obrero especializado no necesita saber por qué funciona una máquina, sino cómo funciona; y puede manejarla mejor que el ingeniero que la diseñó. Ana estaba aprendiendo a manejar los resortes de la complicada máquina que era Andrés. Algún día sería capaz de redactar un cuadro de instrucciones y colgárselo a la espalda. La primera de ellas diría: «No le dejéis pensar por sí mismo». Si Ana se distraía en el apasionante ejercicio de poner al rojo su fantasía, Andrés caía a plomo, con la exasperante regularidad de la gravitación, en la pueril manía de husmear dentro de sí, hasta regodearse en su propia insatisfacción. Las primeras horas de la noche eran las más peligrosas. Ana procuraba fingirse dormida para evitar el diálogo. Le oía respirar agitadamente, le adivinaba con los ojos abiertos clavados en los reflejos que la noche difuminaba en la pared.

—Dime, Ana. ¿Tú no te sientes culpable?

¡Qué afán el de Andrés de trajinar en su conciencia y en las ajenas! Y todo eso ¿para qué? La mayoría de los hombres pensaban de una manera y actuaban de otra; proclamaban unos principios y los traicionaban a cada paso. Ella no se planteaba ya si era culpable o no. Quería a Andrés. Eso era todo. Se lo dijo así.

—¿Sabes, Ana? A veces pienso que las mujeres sois de una radical amoralidad. Conformáis vuestros actos con vuestro pensamiento. (En esto sois mejores que nosotros.) Pero, en cambio, vuestro pensamiento está exclusivamente al servicio de vuestros afectos, y varía según varían aquéllos, con lo que resulta que vuestra moral es de una asombrosa ductilidad y llegáis a creeros que todo cuanto hacéis es bueno.

—Andrés... Tengo mucho sueño. ¿Por qué no te duermes?

—Nosotros, no —continuó Andrés—. Nuestra manera de pensar no la modificamos para justificar una perversidad. Después, es muy posible que la cometamos; pero siempre a sabiendas de que se trata de un radical atentado contra nuestra manera de pensar.

Ana se incorporó en la cama.

—¿Tú crees que lo nuestro es una perversidad?.

Andrés respondió a la pregunta con otra.

—¿Y tú? ¿Qué crees tú?

—¡Yo niego que lo sea! —contestó ofendida.

Se volvió del otro lado y se arropó entre las sábanas.

—Andrés, Andrés, duérmete...

Regidor, que era un cínico, afirmaba que el estado perfecto del hombre era el de la segmentación. Había que trocearse en tantos segmentos como facetas tiene la compleja personalidad de cada cual, y dar a los demás con generosidad lo que cada uno espera de nosotros: el corazón a la mujer, la labia a los amigos, la piel a las amantes, el talento al trabajo. ¡Pero sin equivocarse! Dar el talento a la mujer era echar pasteles a las piaras; poner el corazón en el trabajo, hacer oposiciones al

Cuerpo Nacional de Resentidos; y dar la labia a las amantes, recitar poemas a los gatos.

Andrés había invertido lamentablemente los términos que aconsejaba Regidor: su corazón no era de su mujer, sino de su trabajo; su piel no era de su amante, sino de su mujer; su talento no era de su arte, sino de su amante. Alicia vencía a Ana María en la intimidad; Ana María era más fuerte que Alicia en la compañía. Si tuviera que dividir, a voluntad, sus horas entre las dos, pasaría las noches con su mujer y los días con su amante: dormiría con Alicia, viviría con Ana. Y como el vivir era de más noble estofa que el dormir, veía alarmado cómo Ana María iba desplazando a Alicia de sus baluartes. Esto, lejos de satisfacerle, le inquietaba y le producía remordimientos. En la escala de las abyecciones, en el escalafón de las bellaquerías, estimaba menos grave una fugaz descarga de los instintos inferiores que la traición del entendimiento. Andrés admiraba a Ana María; su compañía le era más grata que ninguna otra; sus palabras, más incitantes; sus consejos, más útiles; su capacidad de compenetración con sus gustos y sus problemas, más completa. Y este sentirse ganar por ella le atormentaba. Por encima de su gusto había un orden natural, una justicia quebrantada, unas normas éticas y religiosas violadas por él, que creía en ellas; violadas por él, «a pesar» de creer en ellas.

Ana —a su lado— dormía profundamente. Soñaba con el fondo del mar. Sentía la maravillosa laxitud de la ingravidez; navegaba por el paisaje sumergido, como por un mundo recién descubierto del cual no quisiera salir. Miró a la superficie. Allí, tras esa línea viscosa, estaba la rutina, las horas groseras y vulgares, la tediosa realidad. Andrés la llamaba desde el fondo. Su voz resonó con vibraciones de viento encerrado en la gruta de nácar de una caracola. Ana se dejó afondar, siguiendo aquella voz misteriosa. Sus pelos flotaban sobre ella y se mecían como las algas. De pronto vio su propia sombra reflejada sobre la arena. Tuvo miedo, y se despertó.

Andrés, cuya mirada estaba fija en el techo, seguía sin dormir.

—¿Por qué no duermes?

—No puedo. Pensaba en mil cosas y no puedo dormir.

—Procura no pensar en nada. Duérmete.

—El mes que viene es la exposición... Vendrá de París Bernard du Vigny.

—¡Eso es magnífico! ¡No me lo habías dicho!

—Hace tiempo que me ronda. Quiere comprarme toda mi producción, retenerla dos años y lanzarla después.

—¡No te perdono el no habérmelo dicho! ¡Eso es tu consagración!

—Tendría que instalarme en París. Alicia no quiere.

Hizo una pausa. No quería hablar de este tema.

—Antes has pegado un grito de angustia... ¿Por qué?

—Estaría soñando...

—¿Qué soñabas?
—No lo recuerdo. Anda, Andrés, duérmete...

XII
EL PAISAJE PERDIDO

Moscoso se incorporó lentamente y aguzó el oído. No podía creer que fuera cierto lo que estaba oyendo. Petrirena era una mala bestia, pero no un saboteador. Se limpió con el dorso de la mano las gruesas gotas de sudor que le caían por las mejillas, y escuchó atentamente. Por encima de su sueño, como una realidad más alta y poderosa que perforaba su sopor, le había parecido oír, como un lejano ronquido, el motor de sus camiones. Ahora ya no le cabía duda. ¡Estaba más que harto del cerebro de mosquito del sargento! Hacer andar los camiones bajo aquel calor de infierno era exponer los motores a fundirse como la cera. En aquella época del año, de Akamoto al Norte sólo puede viajarse de noche o al amanecer. Se lo había dicho cien veces al sargento. Y él parecía darse por enterado: «Sí, mi comandante». «Entendido, mi comandante». «A sus órdenes, mi comandante». Estaba hasta las mismísimas narices de su falsa sumisión, su lealtad dudosa y su infinita necedad.

Se restregó los ojos, extendió el brazo y apartó el mosquitero que recubría el petate, para salir fuera de él y vestirse. Al moverse, el cuerpo hizo de cuchara y removió el aire, caliente como una sopa. Pensó entonces que el necio de Petrirena no merecía el sacrificio de soportar tanto calor en pie, ni siquiera para licenciarlo, y se tumbó de nuevo sobre las sábanas. Escuchó atentamente el rumor de los camiones acercándose a la explanada; la respiración contenida de los motores, al cambiar la marcha y deslizarse por la pendiente; y, al fin, el acelerón final, a rueda parada, antes de retirar los contactos. Producían entonces un gran ruido ronco, una exhalación final, como si expiraran.

—¿Da su permiso, mi comandante?

—¡Cierra esa puerta, animal, que entra calor!

Petrirena —ya dentro— dudó, entornó la puerta, la volvió a abrir.

—Pasen, pasen; dense prisa, que entra el calor...

Moscoso, desnudo como había nacido y tendido sobre el petate, sin más defensa del pudor que la tenue gasa del mosquitero, vio de pronto invadida su chabola por tres desconocidos. La ira almacenada en su ánimo por el asunto de los camiones, fue vencida por la que le produjo aquel atentado contra su dignidad, y esta última por la indignación contenida de no poder, por cortesía hacia los visitantes, demostrar a sus anchas su ira. Los tres individuos, cegados por la luz de fuera, se turbaron un poco al descubrir en la penumbra de la habitación aquel cuerpo desnudo bañado en sudor, sobre el cual se proyectaba, como una extraña viruela movediza, la sombra del mosquitero.

—¿No sabe usted lo que ocurre? —gritó uno de ellos, con la voz rota. Y más que

una pregunta, parecía una acusación.

Petrirena intentó disculparse.

—Subieron a los camiones en Madre de Dios. Yo pensaba haber descansado en las Misiones hasta el atardecer.

—¿Qué importa eso ahora? —interrumpió uno de los desconocidos—. Sabíamos que aquí tenía usted nueve camiones más y hemos venido por ellos. También nos han dicho que tiene rifles.

—¿Quieren decirme de una vez qué es lo que pasa?

—¿Cuántas horas o cuántos días lleva usted dormido? —replicó impaciente el más viejo—. El país entero es un volcán. ¿Qué más quiere saber? Los granjeros blancos del valle de Urobi han sido degollados por sus braceros. En Mukambi, los revoltosos han prendido fuego a todas las casas de los europeos, algunas con sus familias dentro; en Tambo se ha declarado la guerra civil entre Mokambotos y Bosangas, y todas las tribus del Yaundi Chari se aprestan a la lucha. ¿Qué más quiere saber, qué más quiere saber?

Moscoso salió de la cama y comenzó a vestirse.

—Petrirena, tráeme los planos del Servicio Cartográfico. ¡Los nuevos!

—No son planos lo que necesitamos, sino camiones, rifles y hombres.

Moscoso no respondió al que así hablaba. Se encaró con el más viejo.

—Me preguntaba usted antes qué más quería saber, y es claro que quiera saber más.

—En Musuni, veinte familias de granjeros, entre ellas las nuestras (las nuestras, señor) están refugiadas en las minas de carbón, y esperan nuestro regreso para ser evacuadas.

Petrirena regresó con los planos.

—Avisa a Pereira de Souza y dile que hable con el resto de los camioneros. Para esta expedición sólo quiero voluntarios.

—Si a usted le parece bien, yo les reúno y los arengo —dijo Petrirena, sonrojándose—. ¿Le parece bien?

—Me parece mal. Haz lo que te he dicho.

Se encaró con los granjeros.

—¿Por qué se refugiaron en las minas?

—Llevábamos dos días viajando en caravana desde la zona del alto Yaundi. Huíamos de la guerra entre Mokambotos y Bosangas...

—Al llegar a Musuni nos detuvieron, y...

—Les ruego que sea uno sólo el que hable.

—Nuestra intención era llegar en nuestros propios automóviles hasta las Misiones de Madre de Dios, y allí refugiarnos y esperar a que se aclarara la situación en el interior.

—¿En Madre de Dios no ha habido desórdenes?

—No, señor.

—En Musuni —prosiguió el granjero—, los soldados detuvieron la caravana y se incautaron de todos los automóviles.

Moscoso extendió el plano sobre la cama y comenzó a estudiarlo mientras los otros hablaban. Los soldados pretendían —según le informaron— utilizar los coches como tanques contra las tribus. Sólo permitieron que uno de ellos siguiera viaje para resolver el problema de la evacuación del centenar de personas que componían la caravana. No les hicieron mal alguno, y hasta les permitieron alojarse en las galerías de las minas de carbón; pero carecían de víveres, estaban agotados y el pánico se había apoderado de muchas mujeres.

—¿Quién mandaba los soldados?

—Un sargento.

—¿De color?

—De color.

—La guarnición de Musuni está mandada por un teniente blanco en funciones de capitán. ¿No le vieron?

—No, señor.

Moscoso volvió a enfrascarse en el plano. Toda la zona occidental del país, desde Santa Ana a Madre de Dios y desde allí a Akamoto, estaba en orden. Los disturbios se habían producido solamente en el interior. O, si se quiere, toda la parte interior del país era presa de un puro delirio, y solamente la zona occidental —la zona de costa, donde el número de europeos era considerable— se había salvado, por ahora, de la conmoción.

—¡No tenemos un minuto que perder!

—Los minutos que perdamos ahora se ganarán más tarde. ¿O prefiere ganar ahora tiempo y perderlo después para siempre?

—¡Rompa esos planos o déjelos de una vez!

—¡Conocemos esto como la palma de la mano! ¿No tiene sangre en las venas? ¿No sabe que somos padres, e hijos o esposos de los niños y mujeres que están allí encerrados ?

—Yo soy militar —respondió Moscoso secamente.

«¡Yo soy militar!» Desde las primeras palabras cruzadas con los granjeros, el militar que había en Moscoso se impuso sobre todas sus emociones; y ahora —al frente de la caravana de camiones— repetía mentalmente aquellas palabras: «Yo soy militar»..., «yo soy militar»...

El asfalto se deslizaba bajo las ruedas. Inclinado sobre el cristal del parabrisas veía cómo el camión iba devorando —cual un gran «espagueti» blanco— la cinta de la carretera. Y así era, en efecto, para él. Moscoso ignoraba que aquel paisaje no

volvería a verlo más. La gran llanura, aplastada por el sol, parecía muerta. Por la ventanilla penetraba un aire hirviente como el vaho de un gigantesco ser enfebrecido.

Todas estas llanuras, y las que había más allá del horizonte, y las montañas que sostenían la altiplanicie, y las quebradas por donde el agua se despeñaba, y la selva —la selva invasora que crecía como un cáncer ahogando la vida por un exceso desordenado de vida—, y las tribus que hasta hacía un puñado de años dormitaban en un interminable paleolítico, medio fundidas con lo vegetal, habían sido testigos mudos —a lo largo de sólo dos generaciones— de una portentosa mutación. Las aguas habían sido domeñadas, los yermos fecundados, la selva traspasada y detenida, las rocas horadadas hasta alumbrar sus tesoros, la energía oculta, descubierta. En medio del caos se había levantado —soberbia como una babel que reta al cielo— una ciclópea construcción. Y ahora, de pronto, cuando ya era tarde para remediar la debilidad de los cimientos, le habían retirado los puntales. Y el edificio se venía abajo; se estaba viniendo abajo en estos instantes y aplastaba en su caída a los propios obreros que lo levantaban. El caos volvía por sus fueros.

Moscoso advertía físicamente la sensación de vacío bajo sus plantas; y si de algo se sorprendía era de la solidez del asfalto, que permitía a los camiones deslizarse —todavía sin hundirse— sobre el paisaje perdido.

Las razas aborígenes, testigos del milagroso despertar de su tierra; testigos —aunque no partícipes o sólo partícipes a medias— del nivel de vida alcanzado por virtud de unas voluntades capaces de transformar la naturaleza; las razas indígenas —deslumbradas, pero no sojuzgadas; dominadas, pero no oprimidas— habían recibido un regalo insospechado. Un regalo tal, que al ir a cargarlo sobre sus espaldas dieron cuatro traspiés y se doblaron bajo su peso.

Envuelta en las serpentinas y lazos conmemorativos de la Independencia, les habían regalado una Nación. Nadie tenía derecho a sorprenderse de lo que acontecía. Era tan lógico, que resultaba pueril insistir en ello. El Jefe del nuevo Gobierno, al recibir de manos del gobernador colonial el reconocimiento de la independencia, aludió a la «inadmisible tiranía que ha sufrido hasta hoy nuestra nación». Pero ¿a qué nación se refería?, ¿dónde estaba, en qué mapa, cuál era su Historia, cuáles sus fronteras; quiénes sus ciudadanos cuando llegaron los abuelos de Rolland, o de cualquiera de los granjeros que habían sacado a Moscoso de su sopor para pedirle ayuda? ¿Qué relación guardaban los antropófagos de Tambo con los pigmeos de Wukanlaka, o éstos con los pescadores del Urobi? Eran razas dispersas, diezmadas por la malaria, devoradas por los parásitos, periódicamente ojeadas como bestias por sus propios reyezuelos, que los convertían en esclavos y vendían en Mauritania a los grandes señores de Oriente, como antaño lo hacían a los siniestros tratantes de carne negra del Brasil o del Caribe.

—«¿A qué nación se refería ese ladronzuelo, ese antropoide; puedes tú

decírmelo?» —gritaba Rolland, congestionándose cuando comentaba aquellas palabras con Moscoso, pocas horas después de la proclamación.

—Cálmate, Rolland, y no pierdas tu buen juicio. Habéis implantado en este país una civilización técnica formidable. Habéis creado riqueza. Pero no habéis hecho a los indígenas partícipes de sus frutos.

Rolland enrojeció tanto, que parecía que la sangre iba a trasvasarse por ósmosis a través de su piel.

»—¡No puedes aplicar argumentos sociales, ni políticos a lo que entra de lleno en el terreno de la biología! —gritó—. Estos hombres son iguales a nosotros ante Dios; pero inferiores a nosotros en capacidad de trabajo, en facilidad de inventiva, en volumen intelectual y en ambición de progreso. Son más pobres que nuestros colonos, no porque se les hayan dado menos oportunidades, sino porque trabajan menos, piensan menos y saben menos. Los hemos hecho saltar en ochenta años del paleolítico a la Edad Media. ¿Qué más quieren? ¡Más, no hemos podido! No ha habido tiempo para ello. Esta evolución sólo la consiguieron tus abuelos y los míos en centenares de miles de años. Son potencialmente iguales a nosotros, en el sentido de que algún día de un futuro milenio lejano se habrá equilibrado su desarrollo con el nuestro. Pero hoy son inferiores, ¿lo oyes bien ? ¡Inferiores! Y esto no es soberbia racista, sino pura y simple verdad, y de una facilidad de comprobación que asusta.

Moscoso no quiso herir a Rolland con otros argumentos —pues le veía sufrir como un padre que hubiera recibido una bofetada de su hijo—, pero el intendente estaba lanzado y era difícil contenerle.

»—Por el mundo se habla de Libertad y de Igualdad: dos vocablos que todos usan y en los que nadie cree, aunque esté mal visto el confesarlo. La Libertad es imposible sin la Igualdad; y la Igualdad no existe ni en la Ética ni en la Biología. Todos nuestros males de hoy nacen de adorar a estos falsos dioses. Les pasa lo que a las matemáticas de Euclides, que son útiles para llevar las cuentas de la cocinera o para medir dimensiones pequeñas; pero aplíquemelas usted a los cálculos espaciales, y comprobará que no le sirven. ¡No quiero ni pensar lo que sucederá en un país que, como éste, vive en la Edad Media mental, aunque inmerso en la era interplanetaria, cuando comiencen a aplicarse las viejísimas doctrinas políticas del siglo dieciocho!

El negro Isabel, que conducía el camión de cabeza, frenó de pronto tan peligrosamente, que el segundo coche estuvo a punto de estrellarse contra el primero. Moscoso alejó de sí el recuerdo de Rolland.

—¿Qué ocurre, Isabel Akato?

—Tengo miedo, *m'commandant.*

Moscoso había decidido que fueran los servidores negros quienes condujeran los coches, y que los conductores —todos blancos— se hicieran cargo de los rifles. Pereira de Souza —por culpa del frenazo— estuvo a punto de atravesar con el cañón

del suyo el cristal del parabrisas.

Frente a ellos, muy lejos, unos bultos se movían en la carretera. Debieron de divisar los camiones, pues se dispersaron corriendo por el campo.

—Han debido de minar la carretera —dijo Pereira.

—No tienen dinamita.

—Han podido hacerse con la de la guarnición.

—No saben fabricar una bomba, ni tender un cable, ni poner un fulminante...

—Algo ha ocurrido ahí, mi comandante. ¿Por qué se han escondido esos hombres?

—No se han escondido. Han huido, simplemente. Tienen miedo de nosotros, como nosotros de ellos.

Petrirena —sorprendido por la detención de la caravana— llegó corriendo desde el camión de cola.

—¿Ocurre algo?

—Espero que no. Vuelve a tu puesto, Petrirena. Adelante, Isabel...

Isabel reanudó la marcha; pero al poco tiempo volvió a frenar aparatosamente.

—Buitres... —dijo, señalando al cielo.

—Dame el rifle, Pereira, y coge tú el volante; Isabel: déjale el coche a Pereira y ponte aquí entre los dos. ¡Adelante, Pereira, sin detenerte!

A la izquierda de la carretera, la mancha aceitosa de la selva se quebraba de pronto, en un trazo caprichoso, sobre la llanura. Se diría la línea de la costa vista desde el mar. Se fueron acercando a los tres únicos árboles que rompían en aquel punto la monotonía del llano. Los buitres —desde lejos— parecían gaviotas, planeando lentas, apoyándose perezosas sobre la brisa del mar.

Isabel Jesús, abiertos los ojos como huevos, temblando como un motor, señaló los árboles. Media docena de indígenas desnudos yacían colgados de los pies, con la misma cuerda, en un solo haz, como un gran racimo de uvas negras en un árbol que había equivocado su fruto.

—¡Acelera, acelera...!

Más allá, otros cadáveres —atados los pies— yacían en el suelo. La llegada de los camiones no había permitido a los matadores consumar su obra de decoración. Habían huido, como huían ahora los buitres, batiendo alas, asustados por el ruido de los motores.

—¡Acelera, acelera!

El negro Isabel saltaba de miedo sobre el asiento como una trucha recién sacada del agua, en la cesta del pescador.

—Bosangas...

—¿Quiénes son bosangas? ¿Los muertos? ¿Los matadores? ¿Cuáles?

—Los muertos...

Moscoso cedió el rifle a Isabel Jesús —no sin cierto recelo de Pereira, que no le perdía ojo— y abrió un plano de la región sobre sus rodillas. Estaban escasamente a medio centenar de kilómetros de Madre de Dios y a seis o siete de la bifurcación a Musuni. Era increíble que los desórdenes tribales hubiesen llegado hasta aquí.

—Dime, Isabel. ¿Esto no es región de Bosangas, o yo estoy borracho?

—Todo es de Bosangas, todo es de Mokambotos. Ejército mezcló Mokambotos y Bosangas. Fábricas mezcló Mokambotos y Bosangas. ¡¡Mokambotos y Bosangas —como agua y fuego— no se mezclan!!

Cuando llegaron a la bifurcación de Musuni, Moscoso mandó detener el camión de cabeza. Recuperó el rifle de manos de Isabel Jesús, saltó a la carretera y ordenó a los camioneros que aprovecharan el sitio para repostar agua y aceite. Petrirena y los granjeros se acercaron al comandante. Allí mismo habían de separarse. Ocho camiones seguirían viaje a Musuni, capitaneados por Petrirena, y cuatro se acercarían a Madre de Dios para pedir a los oficiales blancos de la guarnición que reforzaran con tropas regulares todos los cruces por donde la caravana habría de pasar en la madrugada siguiente. Si el Ejército se negaba a protegerlos, los cuatro camiones de Moscoso harían inspecciones de limpieza por la carretera. Si llegaban a la evidencia de que la zona estaba en paz, dos de ellos acudirían a reforzar la evacuación de los refugiados en las minas, y dos más permanecerían vigilando la cabeza de puente de Madre de Dios. Después de las huellas sangrientas de desórdenes que acababan de presenciar, toda medida de prudencia era poca. Sus órdenes fueron claras y tajantes. Se apartó unos metros con Petrirena y dialogó con él en voz baja.

—Confío en ti, Petrirena.

—¡Me cisco en mi padre, mi comandante! ¡Qué gran jefe es usted!

— ¡Deja en paz a tu padre, hombre de Dios! No cometió más error que colaborar en traerte al mundo... Tu misión es difícil, Petrirena. Sé que no me defraudarás.

—Soy soldado y no me asustan los riesgos.

—Esa frase es mía, sargento.

—Por eso lo digo. Usted es... usted es... ¡vamos! ¡como yo creo que tienen que ser los hombres!

Hablaba en voz baja. Se dieron la mano. Petrirena, como en los viejos tiempos, se cuadró militarmente ante él.

—¡Que Dios te guarde, Petrirena!

—¡Que Dios le guarde, mi comandante...!

Estrechó una a una la mano de todos los camioneros que seguían viaje a Musuni, y dio la orden de partir. Después subió a su camión y mandó a Pereira de Souza que avanzara a media velocidad.

A medida que se acercaban a Madre de Dios aumentaron las señales de desórdenes y escaramuzas recientes. Chozas convertidas en cenizas, de las que

emergían los penachos negros de las humaredas; rescoldos con las hojas crestas de las llamas cebándose en los últimos restos combustibles. Era posible, pensaba Moscoso sin mucha fe, que las guarniciones de Madre de Dios hubieran restablecido el orden a sangre y a fuego, quemando los reductos de los revoltosos y ahuyentándolos hacia la selva, pues no encontraron alma viviente en el camino que se acercara a los coches para pedir auxilio o cerrarles el paso. La blanca silueta de las Misiones se veía ya en la lejanía. La puerta de la valla que cercaba el poblado y el parque misional, estaba abierta. Más que nunca, las líneas alegres, levemente cursis de los edificios que cuadriculaban el amplio solar de las Misiones con sus celestes, blancos y verdes claros, le parecían a Moscoso, desde lejos, los hitos inconfundibles de una isla de paz. Cruzaron el portalón de entrada.

Una espesa muchedumbre formaba un círculo abigarrado en el centro de la carretera. Los camiones se detuvieron. Las voces y los gritos y las risas y los saltos de júbilo de los que presenciaban un espectáculo vedado a los ojos de Moscoso y de los suyos, no le dieron la pauta de lo que acontecía.

Los negros, de espaldas a ellos, batían palmas. Con los pies golpeaban el suelo a contracompás, una fracción de segundo después que el golpe seco de las manos; y todo el cuerpo, cabeza, cuello, hombros, vientre y caderas, se contorsionaba y sacudía no ya siguiendo el ritmo, sino creándolo. Desde la cabina del camión no se veía a quién jaleaban o de quién se reían. Los cráneos rizados y de espaldas parecían un rebaño de astracanes encerrado en un estrecho redil.

Moscoso descendió del camión.

—Están borrachos —le dijo Van Eyden, el camionero del coche de cola, que había intentado abrirse paso para descubrir el motivo de la aglomeración.

Haciendo cuña con los codos lograron avanzar entre la muchedumbre. Borrachos o no, olían a demonios. El sudor hedía, acre, a ganado. Un brujo, adornado con plumas de avestruz y una enorme careta con varias bocas monstruosas, saltaba en el centro del ruedo lanzando extraños exorcismos sobre un cuerpo que Moscoso sólo alcanzó a entrever entre la muralla humana de las primeras hileras y que imaginó de un animal atado.

Fue Pereira de Souza quien dio la voz de alarma.

—¡Mi comandante! —gritó. Y sin dar explicación alguna, abriéndose paso a manotazos, llegó al centro de la plazuela, y arremetió a golpes, él solo, contra todos. Moscoso, Van Eyden y los otros camioneros le imitaron. Los negros no respondían a los golpes, procuraban esquivarlos, pero no se apartaban, o si unos huían eran reemplazados por otros. Moscoso disparó al aire su rifle y consiguió llegar hasta la víctima de los exorcismos. Era una mujer blanca, desnuda tendida en el suelo de medio lado. Con los brazos y las piernas encogidas se cubría el rostro, el pecho y el vientre. Temblaba como poseída por la fiebre. Quiso levantarla. No pudo. La pobre

mujer se aferraba al suelo con fuerzas que parecían increíbles en aquel cuerpo tan pequeño. Tenía las medias puestas. Unas medias blancas de algodón sostenidas con unas ligas, por encima de las rodillas. Van Eyden se quitó la camisa y la cubrió.

—¡Pon en marcha los camiones! ¡Haz ruido! —gritó Moscoso... a uno de sus hombres.

La pobre mujer apenas notó el roce de la ropa sobre su cuerpo, se cubrió con ella y se puso en pie. Era muy baja y gorda, de unos cincuenta años. Miró a un lado y a otro, indecisa, como un animal acorralado que busca la salida. Moscoso —horrorizado— reconoció a la Madre Micaela, encargada de la destilería. Tomó el rifle por los cañones y lo blandió como una hélice contra los que cerraban el paso. Lograron subir a la cabina, al tiempo que una botella vacía se estrellaba contra el capot. Los demás proyectiles no les alcanzaron. La Madre Micaela, cubierta la cara con las manos, encogida, no dejaba de temblar.

Isabel Jesús fue el único que vio y recogió del suelo los hábitos de la monja. Se quedó perplejo con las ropas en la mano. Le sorprendía que pesaran tanto. Perdió unos segundos. Cuando quiso entregarlas, ya todos habían subido a los coches. Echó a correr detrás de los camiones. El bulto pesaba, y aunque creyó que le perseguían, no lo soltó. Se detuvo agotado. Tenía miedo de saberse solo, con aquellas prendas. Las tiró al suelo junto a unos bojes en la cuneta, y se apartó. Pero una fuerza irresistible, un terrible desconocido imán, le impedía alejarse. Pensó que las telas habían sido embrujadas por los conjuros del mago. Él mismo, al tocarlas, se había contagiado con el maleficio. Se agachó y acercó la ropa a su rostro. Su piel y sus instintos se erizaron. Hundió la cara entre los pliegues. Olía a esas hierbas secas que se guardan en saquitos de hilo en los roperos del hospital. Y a carne de mujer blanca. ¡Qué blanca era la piel de aquella vieja mujer! ¡Qué rara y qué blanca!

Los camiones de Moscoso recorrieron, a media marcha, las avenidas y calles del poblado misional. Los indígenas huían delante de ellos, borrachos. Era una extraña guerra aquélla. Una guerra sin enemigo. En ningún momento los invasores de las misiones trataron de defenderse ni de hacer frente a la improvisada patrulla motorizada. Huían delante de los coches, muchos de ellos riendo, como lo hacen en España los mozos de los pueblos delante de los toros. Se sabían sorprendidos en actos de gamberrismo y se limitaban a abuchear, o los más bravucones, que eran pocos, a lanzar piedras a los que interrumpían sus juegos, al igual que un grupo de pillastres lo haría con un sesudo señor armado de un bastón que interrumpiera —repartiendo palos— la consumación de una fechoría.

Varias ocasiones tuvo Moscoso de comprobar este matiz. Tenía que luchar contra muñecos de algodón. El puño se hunde en ellos sin herirlos, y ellos, en cambio, son capaces de ahogar al que se les opone.

Por tres veces, los camiones recorrieron cada una de las calles, y por tres veces

consiguieron desalojarlas, volviendo a encontrarlas llenas cada vez. Decidió entonces sacar los bancos de las escuelas y los colchones de la policlínica y levantar un hacinamiento a guisa de barricada. Puso un hombre en cada una de ellas y le ordenó disparar al aire si se acercaban, ante los pies si persistían, y sólo a dar si su vida corría peligro.

La llegada al Hospital, donde un grupo muy numeroso de religiosas había encontrado refugio, fue patética. Estaban acorraladas por el pánico. No sabían si los hombres blancos que llegaban e irrumpían sin permiso en la clausura iban a ahorcarlas o a expulsarlas, o eran gentes amigas. La confusión llegó al paroxismo cuando descubrieron a la Madre Micaela, su hermana de religión, en la cabina de uno de los coches. La pobre mujer, vejada, encogida por el miedo y la vergüenza, mal cubierta con la camisa de Pereira y los trapos y las gamuzas de limpieza del propio camión, se negaba a salir de él y a exhibir su ultraje ante las otras madres. Fue Moscoso quien invitó a éstas que acudieran a ayudarla, pero el horror que experimentaron al verla las hizo creer que la habían rescatado de manos de sus verdugos. Moscoso renunció a hacerse entender y decidió por sí mismo a ocupar las ventanas que daban a la plaza para vigilar desde allí, arma al brazo, por la seguridad de los camiones. En medio de tanta confusión, logró al fin saber que los incidentes habían comenzado cinco horas antes, al acceder las monjas a facilitar a la guarnición de Madre de Dios unas botellas para celebrar la Independencia. Los indígenas del poblado, al comprobar que los soldados llevaban las botellas, pidieron ser tratados del mismo modo; y al recibir una respuesta negativa, asaltaron la destilería y se llevaron a viva fuerza cuanto pudieron: los barriles donde se preparaba el licor de coco que vendían las monjas para aumentar los ingresos de la Misión, el vinillo dulce para la consagración, el alcohol puro para el Hospital y a la propia Madre encargada del departamento. Después empezaron los bailes obscenos, la confraternización entre los soldados y los asaltantes, y la prisión del oficial blanco, al que pasearon vestido de plumas por las calles.

Cuando comenzaron los incidentes, la mayoría de las religiosas estaban desperdigadas en los distintos departamentos en que trabajaban, y se habían ido concentrando donde pudieron. Las del Hospital suponían que en la Iglesia, en la Residencia y seguramente en otros lugares había mas madres refugiadas, pues eran muchas las que faltaban.

El peor de los enemigos era el pánico. Durante varias horas, hasta que los camiones de Moscoso limpiaron las calles, gentes que no se sabía de dónde salían, estuvieron bailando en la plazuela, entre la Iglesia, la Residencia y el Hospital. Los soldados, a los que pidieron ayuda, estaban tan borrachos como los paisanos. Se habían insubordinado contra los oficiales blancos, a pesar de que éstos habían jurado fidelidad al nuevo gobierno independiente, y no hacían nada por evitar los desmanes.

Las religiosas ignoraban, sin embargo, incidentes o abusos del cariz del cometido con la Madre Micaela, y sólo pensar que algo semejante hubiera podido ocurrir con otras Madres, o con las pobres postulantas de color que faltaban, las tenía trastornadas. Y ahora, la presencia de estos hombres en su propia clausura, su negativa a abandonar las ventanas de las plantas altas, desde donde se podían vigilar los camiones, su temor de que las dejaran solas y su deseo de que se fueran, las tenía confundidas hasta el desconcierto. Moscoso preguntó por la Madre María José. Nadie sabía nada de ella. Organizó los turnos de descanso y vigilancia y, sin más compañía que un revólver, salió a recorrer las dependencias y los puestos de guardia. Necesitaba encontrar a la Madre María José. No tenía hombres bastantes para cubrir todos los flancos del Hospital, ni siquiera con el esfuerzo de los enfermeros, varios de ellos de color; de modo que la mayoría de su gente tendría que vigilar toda la noche; los menos, buscar a las religiosas que faltaban.

En los departamentos de la granja rescataron a una monja y tres postulantas. Se habían escondido en los pajares, entre el grano de los gallineros. Moscoso preguntó si sabían algo de la Madre María José... No sabían. Contaron horrorizadas cómo se habían llevado casi todos los animales —puercos, vacas, cabras— por el puro afán de robar y destruir, más que por lucrarse; porque después los soltaron, y muchos habían regresado, llevados por la querencia, a los establos y porquerizas. Las convencieron de que lo mejor era abandonar aquello y concentrarse con las demás Madres en el Hospital. Las acompañaron. En el camino, salieron de sus escondrijos dos Madres más. Se habían ocultado en la policlínica, donde estuvo Moscoso horas antes con sus hombres, sin verlas. Por fortuna, no se habían producido incidentes como el de la Madre Micaela. Esta Madre fue quien se negó a facilitar más botellas a los hombres del poblado, quienes quisieron por lo visto vengarse de ella. Moscoso llegó a la boca de la carretera por donde al amanecer, si no surgía ningún imprevisto, llegaría el grueso de los camiones —al mando de Petrirena— con las familias europeas rescatadas de las minas. El crepúsculo, una gran bestia herida, se desangraba en el horizonte.

Allí tenían las monjas el almacén de trigo, el molino de harina y los hornos de pan. Oyó ruidos y voces en el interior: voces apagadas. Dos soldados indígenas, armados con metralletas, salían del molino en este instante. Se retiró unos pasos para ocultarse de la luz del atardecer y buscar una sombra. Le sorprendió el sigilo con que miraron a un lado y a otro antes de salir. Uno de ellos se volvió hacia el interior y dijo algo, sin alzar mucho la voz, a otro u otros que aún no habían salido. De pronto descubrieron al europeo, a treinta metros, del otro lado de la calzada, y echaron a correr como alma que lleva el diablo.

A Moscoso le pareció increíble que dos hombres armados huyeran así ante él, y temió que se volvieran —en cuanto alcanzaran una defensa— y le acribillaran a tiros.

Pero no fue así. Los hombres corrían despendolados y desaparecieron. Moscoso dudó si regresar al poblado a pedir refuerzos para inspeccionar el molino. Era posible que hubieran minado la carretera y tuvieran entre aquellas paredes un dispositivo para hacerla saltar cuando pasaran sus camiones de regreso de Musuni... Desechó esta idea por disparatada. Ni nadie en Madre de Dios sabía que una expedición de Musuni llegaría al amanecer, ni si lo supieran tenían por qué atacarla, ni si quisieran atacarla, cabía en sus magines previsión semejante. Decidió penetrar por sí mismo en el molino y ver de qué se trataba. Pero alguien más salía en este instante, y Moscoso, de un salto, se ocultó, tumbándose en la cuneta de la carretera. Desde su posición, enfilaba ahora la entrada, y el interior se veía sin dificultad. Era la boca de un patio, cubierto de sacos; unos cerdos, que Moscoso imaginó huidos de las porquerizas, hozaban entre los bultos, y un soldado de color disputaba con un paisano. Este último sacó al fin unas monedas y se las dio al soldado, quien las contó y le dejó salir.

Moscoso observó en el que salía el mismo ademán de sigilo que había visto en los precedentes: lo mismo que aquéllos, después de andar unos pasos, se alejó de allí corriendo. Dos hombres más, sentados sobre los sacos, entre los puercos, esperaban su turno. El soldado hizo un gesto a uno de ellos. Éste se levantó y Moscoso lo perdió de vista. No podía comprender de qué se trataba; qué misterio se cocía entre aquellas paredes.

La última luz de la tarde se resistía desesperadamente a perecer y unas grandes uñas de fuego se clavaban en el cénit. De pronto, toda aquella luz se le metió por los ojos e iluminó su entendimiento. Más que sospecha tuvo la sensación de lo que ocurría, y de un salto se puso en pie. El hombre al que había perdido de vista, reapareció en este instante en el patio abrochándose la ropa, y el que esperaba turno se perdió por donde aquél llegaba.

Pistola en mano, cruzó la carretera y el porche al tiempo que el uniformado recibía el importe del paisano. Apenas divisaron a Moscoso cerrándoles el paso, el soldado saltó sobre los sacos y el hombre sobre el alféizar de una ventana, y de aquí a la puerta del molino. Parecían gatos encerrados y acosados por el terror. Al fin ganaron la salida y huyeron. Moscoso quedó ante una puerta entreabierta, temeroso de encontrar lo que había imaginado. En el suelo del patio, las huellas de muchos pies estaban marcadas en la capa de harina que como una primera y leve nevada cubría las baldosas.

A través de la puerta se oía, como un ronquido, el asmático jadear de una respiración. Podía ser un puerco o un hombre en agonía. Moscoso supuso, tuvo la evidencia de que ambas cosas eran ciertas. Porque aquel hombre o aquel puerco iba a morir. Abrió la puerta con el pie, a la vez que retiraba el seguro del arma, y disparó, al tiempo que el hombre, viéndose sorprendido, saltaba hacia atrás. Giró sobre sí mismo y cayó de bruces —incrustada la bala en el cráneo— parte sobre la mujer,

parte sobre la harina en que aquélla se apoyaba.

La Madre María José llevaba muchas horas muerta. Quizá la herida de su cuello fuera anterior al primer ultraje de su cadáver. Moscoso se lo pidió así a Dios; se lo pidió con rabia, a gritos del alma, exigiéndole que fuera así, tal como él se lo pedía. Y mientras rezaba esta tremenda oración iba descargando una a una, sobre el último monstruo,

las balas de su pistola. Después le agarró del pelo y le volvió la cara: era Isabel, el negro llamado Isabel. De sus ojos manaban, como lágrimas rojas, dos hilillos de sangre.

Nunca el dolor, ni el rencor, ni el amor, ni el odio se habían enseñoreado de Moscoso y capitaneado su ánimo; antes fue su ánimo el que logró acallar e imponerse sobre las miserias de sus impulsos. Alberto sabía, como militar, cuántas veces una retirada favorece la victoria, y estaba ejercitado en huir del dolor, en no hacerle frente, en no darle la cara. Por eso no conocía el rencor.

El rencor es la secreción que produce el dolor cuando el ánimo se entrega a él y en él se refocila. El rencor es el deleite de quien excita su propio dolor y copula con él. Por eso fue más violento su encuentro con el odio, ese desconocido. Lo encontró junto al ultrajado cuerpo de la Madre María José, junto a su cadáver envilecido; y durante unas horas se enseñoreó de él. Se sentía joven y viejo a la vez: joven para matar, con deseos de matar; viejo para morir, con deseos de morir.

Salió a la carretera, desde el molino prostituido, y repitió instintivamente el gesto de disparar el cargador de su pistola sobre el engendro maldito. Pero en la mano crispada apareció, sostenido por los cabellos, el rostro de Isabel Jesús, con aquellas lágrimas de sangre manando por sus ojos, y Moscoso sintió una congoja tan grande que creyó enloquecer. Volvió a disparar con el pensamiento sobre el espectro, y cada golpe de pistola era una puñalada que se hundía en su propia carne. Quería pedirle a Dios que ensanchara aún más el campo de su misericordia para perdonar al muchacho, que le perdonara porque no sabía lo que hacía, pero tuvo repugnancia al perdón y no se lo pidió. No

se lo pidió. No quería dialogar —se le haría cuesta arriba; la oración no entraría de los dientes adentro— con la recóndita, impenetrable, insondable Divinidad que había permitido que tales cosas sucedieran.

Anduvo perdido toda la noche huyendo de su diálogo interior, escondiéndose en las sombras, sin querer desdecirse de su pensamiento blasfemo. Y la angustia que este esfuerzo le producía le hacía sentirse culpable, como si él fuera autor del crimen que a tal estado de ánimo le tenía reducido.

Al amanecer llegaron los camiones con su nueva mercancía de horrores, al mando de Petrirena.

XIII
FÁBRICA DE MUÑECAS

Cuando los altavoces anunciaron en tres idiomas que el avión de Mallorca llegaría con una hora de retraso, Enrique comprendió que su obligación era irritarse. Pero —bien fuera porque sus enojos no descargaban nunca por el costado de la violencia, bien porque los minutos que llevaba soportando el exceso de vitalidad de su hijo mayor le habían dejado mentalmente *knock-out*, el caso es que optó por ponerse sombrío. Desde que Alberto desapareció, Quique, de vez en cuando, se acercaba a su padre y le daba el último parte de guerra:

—Papá, Alberto ha atado a un señor y a una señora, con un alfiler, por debajo de la mesa.

—Papá, Alberto se ha subido en los carritos que llevan las maletas y se pasea de un lado a otro asustando a la gente.

—Papá, Alberto se ha metido por una puerta que decía «Torre de Mando: Prohibido el paso».

Enrique hundió la cabeza entre los hombros y ya no respondió. Sabía muy bien que su hijo, desde la torre de mando, era capaz de provocar el caos en las comunicaciones aéreas de media Europa; pero estaba absolutamente decidido a no intervenir. En los últimos sesenta minutos de actividad paternal, su estado de ánimo se había deslizado por la brusca pendiente de varias etapas emocionales. *Prima:* la inocente jovialidad de quien encuentra, al fin, la ocasión propicia para entretenerse con un juguete largo tiempo deseado. Su trabajo no le dejaba nunca tiempo libre para hacer vida de familia. Ana no sabía tratar a sus hijos. Él demostraría cómo había que hacerlo. *Secunda:* euforia. Sus chicos eran dos tipos formidables. No comprendía cómo su mujer no se entusiasmaba con ellos. Alberto, por ejemplo, era como un caballo de buena sangre, boca fina y mucho nervio, al que ni hay que recoger las riendas, porque se encabrita; ni dejarlas sueltas, porque se desboca; ni clavar espuelas, porque se alza de manos; ni dejar de mostrarlas, porque se desmanda. Intentar dominarlo era apasionante. *Tertia:* esta etapa emocional fue una mezcla de hastío —devolver el caballo a la cuadra— y de pánico: la sangre se le fue a los talones, y deseó fervientemente que llegara Ana María y le sacara del aprieto. Ana era la única que sabía tratar a sus hijos. *Quarta:* capitulación. Enrique dobló el espinazo en cuanto supo que el avión traía un retraso de una hora, cosa que, por otra parte, podía estar perfectamente relacionada con la presencia en la torre de mando de su hijo, muy capaz de desviar hacia Burgos o hacia las Azores, si le venía en gana, el avión de las Baleares. Se sumió en un profundo mutismo y se dejó acariciar por los más negros presagios. Muy al revés de lo que su padre suponía, Alberto, en la torre

de mando, se sentía perfectamente compenetrado con las responsabilidades de su alta misión. Se había hecho amigo del jefe de tráfico, y a las dos primeras explicaciones que recibió, comprendió que Dios le había llamado por el camino de la técnica aeronáutica con irresistible vocación.

A los pocos minutos de estar ahí, conocía al dedillo el secreto de las lucecitas verdes y rojas que se encendían en el cuadro de mandos; había aprendido palabras nuevas: «goniómetros», «aproximación sobre el range», y otras como «radiofaro» y «milibares», que tenían un desconocido significado para los habitantes de su casa, ignorantes de la técnica y del mundo del espacio. Y por último había mantenido conversaciones por fonía con los pilotos de los aviones que pedían pista para aterrizar.

—¡Torre de Barajas, Torre de Barajas! Iberia E-B-Q llamando, cambio.

—E-B-Q: Torre oyéndole fuerte y claro, cambio.

—E-B-Q a Torre: Instrucciones de aterrizaje, cambio.

—E-B-Q: Conforme; pista 23, viento sudoeste 20 kilómetros hora, presión 720 milibares, número 2 para toma de tierra, número 1 en final, cambio.

—¿Qué quiere decir «número 1 en final»?

—Que el avión de Palma está a punto de aterrizar.

—¡Anda! —gritó Alberto—. ¡En ese avión viene mamá!

Y sin despedirse de sus nuevos amigos, se arrancó los auriculares que le habían prestado y se precipitó hacia el exterior.

Todo había concluido. La hora del despertar se acercaba ya. Desde que la horrible voz de la azafata —rota entre los dientes de un detestable altavoz— aconsejó en varios idiomas a los señores pasajeros que se ataran los cinturones y dejaran de fumar, Ana se esforzó por dominar su congoja. No quería despertar. Cerró los ojos e imaginó el avión en que viajaba con las ruedas encogidas, como las patas de un pájaro al posarse, acercándose irr-misiblemente a la tierra no deseada. Cuando rozaron el cemento sintió el golpe dentro de sí. Ella también aterrizaba desde el ensueño sobre la odiosa realidad. Sorprendió una lágrima en sus ojos. «¡Pero, Ana!..., ¿estás llorando?» Si Andrés la hubiera sorprendido, le habría dicho estas mismas palabras y en el mismo tono de voz en que lo oía en su interior: medio irritado, medio enternecido. Pero Andrés no estaba a su lado. Estaba increíblemente lejos, a ocho o diez metros de ella, en otro asiento del avión, cumpliendo mejor de lo que ella quisiera el acuerdo de fingir no conocerse. Secó la lágrima furtiva, sacó la polvera y se arregló la cara. Al mirarse en el espejo, sonrió. («Yo no sé qué milagrosa virtud tienen esos polvos —le había dicho Andrés una vez—. La señora está triste, se le escapan las lágrimas, abre el bolso, extrae la polvera mágica, se da unos toquecitos en la nariz y sonríe como una flor. ¡Todo arreglado! Tu polvera es una especie de bálsamo de Fierabrás condimentado por Elizabeth Arden y que no falla nunca.» «El

engaño está en creer que nuestras lágrimas signifiquen tristeza —protestó Ana María—. Ése es uno de los errores en que los hombres sois más contumaces. Una lágrima puede significar tristeza; pero también ternura, miedo, cariño, agradecimiento, sorpresa, reacción contra la injusticia, amor maternal, arrebato de caridad, admiración, entusiasmo, fiebre, alegría, gratitud... —¡Basta! ¡Te creo! —la interrumpió Andrés riendo. Pero Ana estaba embalada.

—Una lágrima significaba muchas cosas más.

—¿Más?

—Sí, más. Una pestaña en la conjuntiva, rimel corrido, resfriado nasal...»)

Ana guardó la polvera y siguió a los demás pasajeros, que ya descendían del avión. Mientras se acercaban a los jardincillos del aeropuerto, descubrió a sus hijos, que la saludaban con grandes aspavientos. Estos niños... ¡Ah, qué cruel y qué estúpida broma era el necio mecanismo de vivir! ¿Por qué los quería? Aquellos dos pedazos de carne que saltaban al verla como monos en sus jaulas ante el guardián que les lleva la comida, eran sus hijos. Y el traje de alpaca que envolvía a un hombretón sonriente era la funda exterior de su marido.

«No hagas frases, Ana, no hagas frases...» Tenía razón Enrique... Se perdía por hacer frases. Su pensamiento nacía en ella hecho frase. Mientras avanzaba, mil frases hervían en su interior y dialogaban en el vacío. Enrique, clavados los ojos en su mujer, la veía avanzar y sonreía. «Pero ¿cómo podía sonreír, ocupar un lugar en el espacio, desplazar un volumen de aire, producir unos sonidos al hablar, decirle o dejar de decirle que no hiciera frases de lo que no existía?» «¿Es que, acaso, podría alguien jurar que existía realmente Enrique?» Ana estaba a quince metros escasos de él, cuando algo de lo que vio la forzó primero a detenerse, y a avanzar tan lentamente después, que los suyos pensaron que algo grave acontecía. Andrés —muy adelantado sobre los demás pasajeros— había llegado ya a la línea de gentes que esperaban y estaba abrazado a una mujer: su mujer, sin duda. Bien estaba que fuera cortés con ella; pero, la verdad, la efusión del abrazo le pareció a Ana absolutamente desmedida. «Me parece escandaloso», pensó; y lo pensó con tal fuerza que le quedó la duda de si lo había dicho en voz alta. «¡Vaya, al fin se separaron! —murmuró después—. Ha sido enternecedor.»

Entonces Andrés alzó en el aire a una niña pequeña, que se colgó de su cuello, y la besó repetidas veces. Después la dejó en el suelo, y volvió a enlazar a su mujer, y, mientras se alejaban y perdían entre la gente, la volvía a besar..., como si el primer abrazo, a todas luces desorbitado, no hubiera sido bastante. Ana estaba indignada. Si Andrés lo hacía para que ella lo viera, le parecía de un mal gusto subido; y si era por olvidarse de que ella podía observarlos, de una desconsideración de campeonato. Con tal que Andrés la viera, estaba decidida a vengarse de él, besando a su marido en la boca, si fuera preciso: fórmula en desuso entre ellos desde hacía más de ocho años.

La indignación la hizo acelerar el paso.

Andrés sentía clavados en su nuca los ojos de Ana María. Las maletas tardaban en llegar; los pasajeros —unidos a las familias o a los amigos que habían acudido a recibirlos— se apelotonaban frente al despacho de equipajes, para retirar sus bártulos. Cuando Andrés vio acercarse a Ana y a su marido, sintió un indecible malestar. Ana, en cambio, parecía feliz. Analizó descaradamente a Alicia y se puso a hablar por los codos con Enrique, contándole lo que había visto, lo que no había visto, lo que había hecho y lo que había dejado de hacer. Andrés, a pesar de la violencia que le producía, miró a Enrique repetidas veces. Al fin optó por volverse de espaldas. Le parecía siniestro, «plásticamente inadmisible», hacinar en tan corto espacio una cuatrinca de tan distintas camadas: los culpables analizando a las víctimas, y éstos —el marido y la esposa ultrajados— sonriendo beatíficamente, a la luna de Valencia. Las maletas no acababan nunca de llegar. Para Andrés el hecho de poder abarcar de un solo golpe de vista a Ana y a Alicia, le parecía una profanación contra el orden natural de las cosas. Además, no se fiaba de Ana; la creía capaz de cualquier indiscreción. Intuía, no sin terror, que Ana —cuyo brazo rozaba descaradamente el suyo— estaba gozando con lo grotesco de la situación. La imaginaba «intelectualizando» la escena, «idealizando» lo cínico, como esos colegas suyos, los «feístas», que sólo eran capaces de sentirse inspirados ante lo deforme, lo chocante, lo estrafalario, y que con una mezcla de ternura brutal y de piadosa ironía hozaban en los terrenos donde el arte puede arrancar por igual la lágrima o la carcajada. Era también posible que Ana no pensara nada de esto; y que, por el contrario, estuviera tan incómoda como él. Pero lo dudaba. Ana María, a medida que avanzaban sus relaciones secretas, se había transformado. Era una especie de *nueva rica* de la situación anómala y tendía peligrosamente hacia el cinismo.

De pronto notó la presión de sus manos en su antebrazo y oyó su voz, con no menos terror que si escuchara las trompetas del juicio final:

—Pero, Andrés, ¡si no te había reconocido! Estamos aquí, juntos, y no te había reconocido...

Andrés decidió hacerse el sordo.

—¡Mozo! —gritó—. Esa maleta es la mía.

Alicia intervino.

—Andrés, por Dios, que esa señora te está hablando...

Andrés se volvió, fingiéndose sorprendido, y se quitó cortés el sombrero.

—¡Ah!, ¿qué tal? Perdón...

—Como en Mallorca no llevabas sombrero, no te había reconocido...

Andrés sonrió con una mueca de conejo.

—Mira: te presento a mi marido.

Andrés extendió la mano y Enrique se la estrechó con fuerza.

—No sabes qué gran pintor es Andrés. En Palma ha expuesto... Pero ¿no nos presentas a tu mujer?

Andrés —muy azorado y deseando que el suelo se abriera y le tragara— se volvió hacia Alicia y la acercó al grupo.

—Alicia, ¿tú conoces? Los señores de...

Un blanco se hizo de pronto en su memoria. Nunca había llamado a Ana por su nombre de casada y acababa de olvidar fulminantemente, irremediablemente, el apellido de Enrique.

—¿Qué tal? —dijo Alicia mientras Enrique le besaba la mano.

—Usted es la mujer de Andrés. ¡No sabe cómo me alegro de conocerla! —exclamó Ana María. Y añadió—: Soy una gran admiradora de su marido.

—Es usted muy amable.

—Bueno; creo que debíamos tutearnos. ¿No te parece? ¡Qué niña más mona! ¿Es vuestra?

Decididamente, Ana estaba dispuesta a conocer a toda la familia.

—No sabía que hubieras expuesto en Palma —dijo Alicia a su marido.

—Bueno; en realidad, no he expuesto. Hice unos bocetos, y...

—Papá —interrumpió Alberto—, ¿a que no sabes lo que quiere decir «goniómetro»?

Enrique se salió por la tangente.

—¡Besa la mano a esta señora!

Quique, detrás de su hermano, saludó a la señora y a Andrés, sin mirarlos a los ojos. Toda su atención estaba presa en la niña de ambos. Alberto, en cambio, no dejaba de mirar descaradamente al caballero que su madre decía que era pintor. Estaba seguro de haberlo visto alguna vez.

Ana y Alicia se apartaron del grupo, mientras sus maridos se encargaban de recoger el equipaje. Quique y la pequeña las siguieron. Alberto se quedó con los dos señores. Sabía muy bien que Andrés no era un pintor, sino un ladrón. Pero no acababa de atar en su memoria los cabos que le conducían a conclusión tan estupenda.

—Ésa es la maleta de Ana —dijo Andrés, de pronto. Y apenas lo hubo dicho, palideció.

—En efecto, ésa es —confirmó Enrique, sin preguntarse por qué sabía este caballero cuál era la maleta de su mujer. Pero ni el hecho sorprendente de conocer ese detalle, ni la turbación de haberlo reconocido pasaron inadvertidos a su hijo Alberto. Ya no le cabía duda. Sus sospechas eran fundadas. Ese señor no era un señor: era un ladrón.

Cargados con los equipajes se acercaron al grupo de las señoras. Nadie diría que no se conocían desde la infancia. Ana informó a Enrique que llevarían a Alicia y a Andrés en su coche hasta Madrid. ¡No iban a dejarlos ir en el autocar de la compañía

aérea!

Como Andrés llevaba tres bultos en la mano, su mujer le liberó del más pequeño; pero Enrique, galante, no lo consintió y se lo llevó hasta su coche. Quedaron rezagados Ana y Andrés.

—¿Estás muy satisfecha? —preguntó éste con voz ronca.

No necesitaba preguntarlo; Ana estaba radiante.

—Es muy guapa tu mujer —comentó con sorna—. Os lleváis muy bien, ¿verdad?

—No es asunto para hablarlo aquí.

—Un día de éstos os invitaremos a comer.

—No pienso ir.

—¿Estás enfadado?

—Sí.

—¿Ves tú? Comprendo que tu mujer guste mucho a cierto tipo de hombres... —añadió Ana María, burlona.

—No es asunto de tu incumbencia.

—A mí, personalmente, esa clase de belleza no me dice nada...

—No he preguntado tu opinión...

—Chico, ¡qué humos traes! El aire de Madrid no te sienta bien.

Llegaron al coche muy sonrientes.

Durante el viaje, Alicia halagó los oídos de su marido con la noticia de que Ana conocía casi todos sus cuadros y había asistido a todas sus exposiciones; Enrique se demostró competentísimo en el mercado de lienzos, toda vez que sabía la cotización de las firmas más importantes; Alberto aconsejó a su padre que tomara las curvas con cuidado porque había viento sudoeste con velocidad de veinte kilómetros; y Quique —que regaló a su nueva amiga dos de las diez pajitas para sorber refrescos que había adquirido en el bar del aeropuerto durante la larga espera... explicó con todo detalle su difícil funcionamiento:

—Primero se quita el papelito y después se sopla hacia dentro.

Cuando dejaron al trío familiar en su casa, Enrique comentó :

—¡Oye, oye! ¡La mujer de tu amigo es colosal!

—¿La encuentras guapa?

—Guapa, no. ¡Sensacional!

—Yo la encuentro cursi como un minué. Tiene cara de cromo.

—Yo la encuentro guapísima, mamá —intervino Alberto, cuya alta opinión no podía dejar de ser expuesta.

—Es guapísima, mamá —insistió Quique, que no concebía que pudiera ponerse en duda la belleza de la madre de su amiga.

—¡Habló Blas, punto redondo! —dijo Ana, indignada—.

¡Sólo faltaba que estos mocosos dieran también su opinión!

—Pero, mujer —puntualizó Enrique—, «nosotros» somos hombres y entendemos de eso más que tú.

—Mira, Enrique. Que les guste a los niños, no me extraña. Alicia me recuerda las ilustraciones de las hadas en los cuentos infantiles: tan perfectita..., tan arregladita... ¡Pero que te guste a ti, no lo comprendo!

Enrique se echó a reír.

—Sé muy bien quién es ella —comentó—; pero ignoraba que se hubiese casado. Su padre tiene una fábrica de juguetes en Éibar.

—No me extraña. Tiene cara de muñeca fabricada en serie.

—Es la primera vez —le dijo Enrique al oído— que te veo celosa por oírme decir que una mujer me parece guapa. ¡Eres divina!

Ana María no contestó. Hicieron el resto del viaje en silencio. ¡Qué más le daba a ella que Enrique la encontrara bien o la encontrara mal! No estaba celosa de Alicia por Enrique, sino por Andrés. Era absurdo, pero tenía que confesar que los elogios a Alicia le hacían daño. Y ese malestar, esa oscura llamada a sus instintos defensivos, o eran celos o estaban emparentados muy de cerca con ellos. (Si Andrés hubiera estado junto a Ana, habría posado los dedos sobre su frente.)

—Ana, borra ese ceño.

(Pero Andrés no estaba allí.)

Andrés se hundió entre las sábanas con indecible satisfacción.

«No hay mejor cama que la propia», pensó.

Por evitar comer frente a frente de su mujer, por no tenerla de cara durante las inevitables preguntas y las mentiras inevitables, por no dejar que los ojos de Alicia se hundieran en línea recta en los suyos hasta llegar a lo más hondo de su insinceridad, alegó estar cansado: prefería acostarse sin cenar.

—No te duermas mientras no llegue.

—Prometido.

Mientras Alicia daba de comer a la pequeña, la acostaba y rezaba con ella las oraciones de la noche, Andrés llenó la bañera y, más que lavarse, se fregó, hasta irritarse la piel. Desde que salía con Ana, tenía una especie de higiene furiosa, de profiláctica obsesiva. Después se duchó con agua casi helada, y se dio un masaje con colonia. Hacía todo esto como quien cumple un rito pagano. Era una especie de liturgia pagana, de confesión corporal.

—No hay mejor cama que la propia.

Alicia se sentó en el borde.

—Cuéntame. ¿Has tenido éxito? ¿Te encargan la decoración del hotel?

—No se trata de decorar un hotel, sino de pintar los frescos del comedor y de los salones.

—Pero ¿te lo encargan o no?

—Ya veremos... Creo que mis bocetos han hecho buena impresión. Ya veremos... En cualquier caso, me interesa mucho más preparar a conciencia mi próxima exposición.

—No sabía que estuvieras preparando una exposición para pronto. ¡Nunca me dices nada!

—¿Para qué te voy a decir nada? ¿Acaso te has interesado alguna vez por mi obra?

—No seas injusto. No es verdad lo que dices.

—¿Ya no quieres acaso que me coloque en la fábrica de tu padre?

—¡Qué rencoroso eres!

Alicia clavó sus ojos en los de su marido. Daría cualquier cosa por poder leer en ellos.

—Andrés...

—¿Qué?...

—Tengo montañas de cosas que preguntarte. No sé por dónde empezar...

—Pues desnúdate, métete en la cama y pregunta.

(Si Alicia se acostaba, Andrés podría contestarle sin sentir como ahora el peso de sus ojos en los suyos.)

—Pero ¡no te duermas!

—No me dormiré.

Alicia sabía por experiencia propia que Andrés aprovechaba, en ocasiones, un minuto de ausencia suya del cuarto para dormirse como un bendito, dejando truncada la conversación. A veces lo encontraba hecho un tronco; pero otras juraría que se estaba haciendo el dormido por no seguir hablando de un tema cualquiera que le desagradaba.

—¿Me prometes que no te dormirás?

—No te prometo nada, pero no me dormiré.

—¿Quieres que te encienda un pitillo?

—Pero si siempre me regañas si fumo en el cuarto...

—Hoy es distinto...

Alicia encendió un cigarrillo y lo puso en los labios de su marido. Desde el cuarto de baño, gritó:

—¡Por Dios, no me quemes las sábanas!

La imprudencia, la indiscreción, la frivolidad de Ana María le tenían soliviantado. ¿Había olvidado acaso que sus hijos le conocían, que tuvo una conversación de varios minutos con el pequeño, que Alberto creyó que había querido raptar a su hermano menor? ¿Era la misma aquella Ana María de entonces que la de ahora? ¿Quién había cambiado a aquella mujer angustiada —que se resistía a caer en las redes que él le tendía— en esta otra, audaz, ligera, tan compenetrada con la situación que

comprometía su propia seguridad familiar y hasta su dignidad social por el capricho de humillar a Alicia y de torturarle a él? Los versos de sor Juana Inés de la Cruz le vinieron a la memoria: «Queredlas cual las hacéis, — o hacedlas cual las buscáis.»

Al punto, como quien cambia de conversación, cambió el tema de su monólogo interior. No le interesaba pensar más en Ana María.

—Alicia, no tardes...

—Ya voy.

—No necesitas arreglarte ni ponerte guapa conmigo. —Ya voy...

—Eres guapa aunque no quieras.

Alicia apareció en la puerta.

—Me encanta saber que «todavía» le gusto a mi marido.

—¿Por qué ese «todavía»? ¿Tienes algún reproche que hacerme? ¡Anda, ven!

Alicia se introdujo en las sábanas y Andrés se abrazó a ella como a un cuerpo largamente deseado. Andrés mismo se sorprendió del calor de su movimiento. ¿Lo hacía para acallarla, para evitar esa montaña de preguntas que tenía que hacerle? Sí; Andrés se confesó que sí. Quería evitar que Alicia le preguntara nada. Pero ¿era sólo esto? ¿Deseaba acallarla para eludir la violencia de tener que mentir de nuevo, o por tenerla más suya, más libremente suya, sin el soplo de un pensamiento o de un sentimiento extraño a ellos, interpuesto, como la espada de Gerineldos, entre sus cuerpos?

—Alicia, a veces creo que voy a enloquecer. Siento un deseo irreprimible de vaciar mi cabeza de todo cuanto no seas tú. Pero la tengo llena de ideas, de voces que no callan, de luces, de citas.

—No es que vayas a enloquecer. Es que siempre has sido un poco loco. Pero yo te quiero así.

Andrés la estrechó aún más.

Alicia bromeó.

—No te apures. No pienso escaparme de la cama.

—¿Ves tú? Eso que has dicho me parece de mal gusto...

—Es que me vas a ahogar.

—No pretendo ahogarte. Pretendo ahogarme.

—¿ Quieres que apague la luz?

—Sí.

Alicia apagó la luz.

—¿Por qué pretendes ahogarte?

—Me encuentro a gusto contigo. ¿A quién hago mal con ello?

—No grites. No tienes por qué gritar.

—Me gusta gritar. No tengo otra voz, y digo que me gusta estar contigo, me gustas tú, tu compañía, tu cuerpo, tu piel, tus ojos y tu voz, aunque a ti no te guste la

mía.

—¿Ves como estás loco de remate? ¿A quién le estás diciendo todo eso?

—A ti.

Un silencio.

—Andrés...

—¿Qué?

—Oye...

—Dime.

—¿Viste mucho a esa mujer en Palma?

—¿Qué mujer?

—No te hagas el tonto. Loco eres; pero tonto, no. Sabes muy bien a quién me refiero.

—No lo sé.

—Ana María.

—¡Alicia de mi alma! Me has oído decir que quiero vaciar mi cabeza de todo lo que no seas tú, y como remedio, metes aquí en la cama, entre los dos, a otra mujer. Me parece inconcebible.

—No te enfades. A mí también me parece de mal gusto lo que acabas de decir, y no me enfado. ¿La viste mucho, o no?

—No.

—Pues parecíais muy amigos.

—Lo somos. Es una mujer muy culta, y se conoce mi obra al dedillo.

—Pues cuando te dijo eso en el coche, pareciste hacerte de nuevas. Ella me acababa de decir que no se perdía una sola de tus exposiciones. Y tú te mostraste muy sorprendido.

—Es natural. Estaba el marido delante y podía molestarle.

—¡De modo que hay motivos para que el marido se muestre celoso!

—¡Acabarás por hacerme decir lo que no quiero! ¡Deberías contratarte como policía en Rusia! Es una mujer muy rica. Le gustan mis cuadros. Dice que soy el mejor pintor del siglo...

—¡No me digas más! Por halagar tu vanidad serías capaz hasta de serme infiel con ella.

—No digas disparates, Alicia. Ana María es una señora.

Alicia, bruscamente, se desligó de los brazos de su marido y se volvió de espaldas.

—¡No me gusta esa mujer!

—Pero ¿por qué?

—No lo sé; pero no me gusta.

—Bien. Antes te pareció de mal gusto que te dijera que habías metido en la cama

a otra mujer. Pero ahora te vuelves de espaldas, como si me vieras abrazado a ella. Y como quien yo quiero abrazar esta noche es a ti, con tu permiso voy a exorcizar el cuarto.

Andrés saltó de la cama y encendió la luz.

—¿Qué vas a hacer?

Andrés abrió la puerta de la alcoba, volvió a la cama, hizo como que cogía un cuerpo fingido en sus brazos, lo echó fuera del cuarto y cerró la puerta tras él. Alicia, a pesar suyo, sonrió.

—¿No ves como estás loco?

—Estoy más cuerdo que nunca. Hazme un sitio. Apaga la luz.

—¡Andrés...!

XIV
LA MADRE DE PETRIRENA

Durante el regreso a Santa Ana enloqueció un granjero belga que había sido hasta Musuni uno de los organizadores de la evacuación. Y era milagro que toda la población rodante, conducida por Moscoso, no hubiese enloquecido ya. No era cierto que el país se hubiese sublevado contra los blancos; muy al contrario: eran muchos los indígenas que pensaban que eran los blancos quienes se habían sublevado contra ellos. Nadie sabía nada ni entendía nada. El territorio era una pura olla de grillos; los cerebros de los dirigentes, cajones de sastre donde ni una sola idea iba a derechas, ni un solo juicio estaba en su sitio. Todo era barahúnda, guirigay, embrollo y confusión. Los amigos de los blancos querían que éstos se quedaran al frente de sus granjas, fábricas y oficinas, y asesinaban en masa por traidores a los que huían. Los enemigos de los blancos querían que éstos abandonaran para siempre el país y protegían su evacuación; de suerte que Moscoso tuvo que aliarse con sus enemigos para defenderse de sus amigos. En el catálogo de horrores de las granjas y poblados que encontraron a su paso, el número de muertes era muy bajo en comparación con el de violaciones; de donde se deducía que no era el odio lo que provocaba la mayor parte de los actos de vandalismo, sino la admiración y el deseo de fundirse carnalmente con una raza a la que no pretendían ultrajar, sino imitar. Las mutilaciones de cadáveres de hombres blancos respondían más que nada a un atavismo fetichista; ya que después de la terrible disección, los carniceros de hombres conservaban como objetos de culto, éste una mano, aquél la bóveda del cráneo, esotro los testículos, para adquirir la fuerza, la inteligencia o la potencia sexual del muerto. Y las acciones carnales con cadáveres de mujeres o los actos de antropofagia de que ya se tenía noticia, encerraban parecido significado: apropiarse del espíritu que dormía bajo la forma corporal antes de que la descomposición le hiciera huir a la región de los muertos.

Si la intervención de las Naciones Unidas —unidas sobre todo en el desconocimiento y la ignorancia— no hubiera hecho imposible al Gobierno del que Rolland era funcionario aplicar el tratado militar firmado paralelamente al reconocimiento de la independencia, la situación se habría resuelto en un plazo de horas. Moscoso no podía con su cuerpo. Creía haber llegado al límite de sus fuerzas, pero el hombre es la sola nave a la que no echa a pique un exceso de carga. ¿No podía más? ¡Siempre un hombre puede más! La frontera de la resistencia humana es como el horizonte. Siempre tiene otro horizonte detrás...

La caravana atravesaba un poblado abandonado. La fábrica de productos químicos había sido incendiada con los bancos de las escuelas. Moscoso aplicó a todas las fábricas y escuelas del país las palabras que Rolland dedicaba a las ciudades

construidas, como Santa Ana, al borde de la jungla. «Si la mano de Dios se retirara, serían en poco tiempo tragadas por la selva como pequeños insectos por una gran planta carnívora.» Y estos hombres vencidos y estas mujeres —granjeros, médicos, ingenieros, funcionarios— a quienes él ayudaba a retirarse, ¿no habían sido acaso sobre aquella tierra la mano de Dios?

Llegaron a Santa Ana al atardecer. Quisieron dirigirse al aeródromo, pero les informaron que allí mismo se había producido un choque sangriento entre el Ejército, que protegía la evacuación de los blancos, y la policía, que pretendía impedirla. La policía se había hecho dueña de la situación. Deliberaron brevemente y los granjeros pidieron a Moscoso que los condujera al puerto fluvial.

El espectáculo que allí se veía era desgarrador. Más de quince mil personas esperaban turno para ser evacuadas. Los fugitivos de Musuni no eran sino gotas de la gran riada. Las salas de espera, los jardines que rodeaban el edificio, el almacén de equipajes, el estacionamiento de coches, las oficinas de la aduana se habían convertido en salas de un inmenso museo del dolor. Tumbados en el suelo, reclinados o sentados sobre sus bártulos, hombres y mujeres de todas las edades hablaban en voz baja; quienes se quedaban, transmitían las últimas recomendaciones a los que se iban; un hombre colocaba en torno al cuello de unos niños un cartón con su nombre y la dirección en Europa, y una petición genérica dirigida a todos y a nadie: «Ayudadlos», «tened piedad»... Moscoso vio que eran muchos los niños con estas extrañas matrículas colgadas como inri en forma de collar, en torno a sus cuellos, y que el número de mujeres triplicaba al de hombres. Las había viejas, jóvenes; ricas y pobres, algunas solas, otras contando y recontando el número de hijos que las rodeaban, queriendo abarcarlos a todos con los brazos o, al menos, con los ojos. Unas dormían en el suelo abrazadas a un hombre o a otra mujer que podía ser su madre o su criada; otras, los ojos perdidos, con las huellas de un horror reciente en su memoria. Eran raros los casos de histerismo o las voces destempladas: quienes lloraban, quienes rezaban, quienes hablaban lo hacían en silencio, procurando respetar el sueño o el dolor de los demás. Moscoso ordenó colocar los camiones uno al lado del otro, las traseras dando a la verja del recinto acotado del puerto fluvial por su parte exterior. Su misión estaba cumplida. Al día siguiente daría libertad a sus camioneros para licenciarse. Los que así lo desearan, podrían marcharse; los que se quedaran con él, recibirían, a partir de entonces, la paga duplicada. Cruzó a pie la verja de entrada y buscó un rincón para dormir. Petrirena le seguía como la sombra al cuerpo. El sargento estaba roto de cansancio; pero por nada del mundo lo demostraría. Mientras su jefe no encontrara por el suelo un rincón donde cupiera su cuerpo, él tampoco se tumbaría. Mientras el comandante no se durmiera, él vigilaría junto al comandante. Aquella noche se sentía unido a él más que nunca. Era incapaz de juzgar sus actos. Le admiraba por encima de toda otra admiración. Tenía en él la misma fe que los negros

en los fetiches. Y la fe y la admiración se le doblaban esa noche por el lado sentimental. Encontraron un sitio y se tumbaron juntos. Moscoso era la encarnación de lo que él pensaba que debía de ser un hombre. Sin adjetivos: un hombre. Y lo quería como a un padre. A su padre de sangre nunca lo quiso. Le tenía miedo; pero no lo quiso mientras vivió. Tenía una fábrica de sidra en Oyarzun. Cuando se emborrachaba, pegaba a su madre. A su madre sí la quería. Su madre... Pensando en su madre se quedó dormido.

Un policía de color se acercó a Moscoso.

—Documentación.

El comandante, sin levantarse del suelo, se la alargó. El muchacho dio varias vueltas al papel, dudando en qué forma debía ponerlo para simular que leía.

—Yo vi bajar camiones, muchos camiones.

—Bien. ¿Y qué?

—¿Tú ser jefe de camiones?

—Sí.

—Tener que marchar. ¡Pronto, pronto, hala!

Con la culata del mosquetón le presionaba en el brazo para que se pusiera en pie. Moscoso lo hizo, no sin tragar saliva; guardó su documentación y se encaró con él.

—Marchar..., ¿adónde?

—A casa. Todos marchar.

—¿Quiénes?

—Todos bajar camiones, todos subir camiones. Y a casa. ¡Hala!

—No sé si he entendido bien. ¿Pretendes que todos los que he traído en los camiones nos volvamos a nuestro punto de origen?

—Todos a casa, todos a casa. ¡Hala, hala!

Moscoso se frotó la barbilla, como si allí estuviera el resorte para dominarse. De ningún modo debía mostrar su irritación ni perder la calma.

—¿Quién es tu jefe? ¿Cómo se llama ?

—Ombutu...

—Llama a Ombutu. Dile que estoy aquí. Yo soy amigo de tu jefe.

El negro le miró con desconfianza.

—Tú mentir. Yo matar —dijo mirándole con odio.

—Yo soy amigo de Ombutu —dijo suavemente— y tú me vas a ayudar. Llámale.

En cuanto el policía dio la vuelta, buscó a Petrirena con la mirada. Estaba tumbado a pocos metros de él y dormía a pierna suelta. No le quiso despertar. Toda la explanada era una pura alfombra de humana miseria. La mayor parte de las gentes dormían ya. Entre aquellos miles de seres no sabría reconocer a más de veinte de los que había traído con él. ¿Se lo agradecían siquiera?

¡Qué bien se habían portado sus camiones! Allí estaban estacionados al otro lado

de la verja. Al mirarlos le pareció que se balanceaban como barcas en un estanque. La cabeza le daba vueltas. No podía más. Quería dormir. Uno de los *ferry boats*, mediada ya la anchura del río, se acercaba solemne, aguas arriba. ¿Cuántos viajes serían necesarios para evacuar a tantos como esperaban?

El policía se acercó acompañado de Ombutu. Moscoso los vio sorteando los cuerpos a grandes zancadas para no pisarlos. Moscoso le estudió como lo haría un matador con la fiera a quien ha de torear. El jefe no tendría más de veinte años. Se diferenciaba del número por ir más planchado y parecer más cortés.

Le sonrió con amistad, sin recelo alguno, y Moscoso creyó tener ganada la partida.

—Tú eres Ombutu... Un gran amigo tuyo me dijo: «Pregunta por Ombutu. Él lo arregla siempre todo».

—¿Dónde hablaste con mi amigo?

Moscoso mintió.

—En Akamoto.

—¿Akamoto?

—Sí. Akamoto. ¿No sabes? Hay que pasar por allí para llegar al valle de Urobi. Está más allá de las Misiones de Madre de Dios, en el límite de la selva. Tu amigo...

—¿Cómo se llama?

—¡Ah, esta memoria mía! No sé, no me acuerdo ahora de cómo se llama. Estuvo en la escuela contigo. Porque tú sabes leer, ¿verdad, Ombutu? Ombutu hizo un vago gesto de falsa modestia. ¿Cómo no iba a saber leer? Por eso era jefe de policía.

—¿Traer muchos extranjeros en camiones?

—Muchos.

—¿Y por qué quieren marchar? No es bueno querer marchar,

Moscoso sonrió orgulloso.

—Yo me quedo. Yo amo este país. Yo trabajo para hacer grande a este país. Yo no me quiero marchar.

La sonrisa de Ombutu le llegó de oreja a oreja.

—Todos se quedan —dijo con dulzura.

—Todos, no, Ombutu. Hay mucha mujer, hay mucho niño que comen y no trabajan. Ésos deben irse. ¿No crees?

Ombutu no dejaba de sonreír.

—No —dijo.

Y golpeó suavemente con ambas manos los hombros de Moscoso.

—Tú has traído muchos trabajadores. Tú llevarte muchos trabajadores.

—Pero ¿adonde, Ombutu?

—A casa.

—Pero eso no es posible, Ombutu. Vienen de muy lejos. Tres días de viaje. Unos

vienen de Musuni, otros de Yaundi Chari.

El jefe de policía volvió a golpearle en los hombros, sin dejar de sonreír.

—Tú llevarlos a Musuni y a Yaundi Chari.

Moscoso apretó los dientes y tardó en contestar. Llevaba cuarenta y ocho horas de tensión, y su diálogo con el jefe de policía consumía a chorros sus reservas de paciencia, muy mermadas ya. La costumbre de tocarle en los hombros mientras hablaba le sacaba de quicio. Hubo entonces un revuelo de gentes junto a ellos. El *ferry boat* había entrado en el puerto y las gentes se apelotonaban para ocupar sus puestos en las colas. Los que ocupaban la aduana se lanzaron hacia el muelle; y los que dormitaban o esperaban en la explanada, se afanaban en buscar el mejor sitio posible para no perder el próximo viaje.

—Y a ésos ¿por qué los dejas salir? —preguntó Moscoso.

—Antes de la orden ya estaban aquí. Tú llegar después de la orden. La orden dice: «¡Todos trabajar!» La orden dice: «Nadie más salir».

—Bien. Yo obedezco tus órdenes y me voy a la ciudad, a dormir. Mañana me iré a Akamoto.

—Mañana, no. Hoy.

—De acuerdo. Tú mandas. Me voy ahora.

Ombutu sonrió.

Moscoso le estrechó la mano, y sorteando cuerpos, hatos de ropa, equipajes abandonados o perdidos, se dirigió hacia la verja. No había llegado a ella cuando Ombutu dio una gran voz.

—¡Vuelve, tú, vuelve!

—¿Es a mí?

Ombutu ya no sonreía. Tenía la pistola en la mano y gesto de pocos amigos.

—¡Vuelve! ¡Hala, hala! Vuelve...

Cuando vio que Moscoso obedecía, guardó el arma.

—A mí no engañar. Tú querer engañar...

—Pero, Ombutu, amigo de mi gran amigo tu compañero de escuela, ¿qué te ocurre ahora? ¿Somos amigos y me amenazas con tu pistola? ¿No estoy obedeciendo tus órdenes?

—Tú ir en los camiones con «todos». Tú decir quiénes venir contigo y llevarte «todos» a casa. —Y al decirlo volvió a golpear, más violentamente ahora, los hombros de Moscoso.

El rostro del comandante permaneció calmo. El esfuerzo por dominarse le hizo daño. Tenía un nudo de hierro sobre el estómago. Petrirena se despertó. Vio que había discusión y se incorporó en el suelo.

—¿Pasa algo, mi comandante? —preguntó en español.

—¿Qué te parece, Petrirena? Quiere que empaquetemos a los granjeros y los

llevemos a Musuni. ¿Tú qué opinas?

—Nada. Me da risa floja. ¡Fíjese qué risa me da!

E hizo una mueca que acabó en un bostezo.

— ¡Avisa a todos, hala, a todos! —exclamó Ombutu, en cuya voz había ya menos dulzura.

Petrirena dio un gran grito.

—¡Hijo de la grandísima mona! ¿Quieres dejar las pezuñas quietas y no tocar al comandante?

—Cállate, Petrirena, y tengamos la fiesta en paz.

—Avisa a todos, ¡hala!, ¡pronto!, a todos...

Petrirena, de un salto, agarró las muñecas de Ombutu y se las agitó en el aire.

—Te metes las manos donde te quepan. ¿Te enteras? Que debes tenerlo más grande que el bolsillo de un payaso...

—¡Sargento! —gritó Moscoso—. ¡Échese atrás! Se volvió hacia el negro.

—Este hombre dice en su idioma que nadie va a querer obedecerme. Yo creo que tiene razón.

—Yo no he dicho eso —gritó Petrirena—. Lo que he dicho —y se lo espetó a Ombutu en la cara— es que no me ensucio en el orangután de su padre para no darle una pista.

Ombutu no entendió toda aquella retahila en lengua extranjera más que un vocablo: «orangután». Hizo un gesto de dolor. Se diría que en vez de un insulto le habían clavado una daga. Moscoso temió que sacara la pistola y vaciara el cargador sobre el sargento. En parte por evitarlo y en parte porque la mano se le disparó sin poder detenerla, Moscoso cruzó la cara de Petrirena de un tremendo bofetón.

—¡Hasta el saber rebuznar tiene su poquito que estudiar! —dijo, mordiendo las palabras.

Pero la mano le hacía daño como si la hubiese sumergido en pez hirviendo. El gesto de estupor de Petrirena; su rostro, palidísimo —nunca hasta ahora lo había visto tan pálido—, con las huellas de sus dedos en la mejilla, le hacían daño también.

—Quien dice lo que no debe, oye lo que no quiere — añadió.

Y se volvió hacia el policía.

—Ese hombre gritaba porque no quiere volver a Musuni —mintió.

—Yo obedecer órdenes. Uno no obedecer, yo matar.

—Pero vamos a ver, Ombutu. Tendrías que matar a más de ciento. Tú no puedes hacer eso. Tú no lo harás, ¿verdad?

—Sí, lo haré.

Alberto Moscoso meditó un momento.

—Voy a buscar entre la gente a los que he traído. Yo te diré quiénes son. Y los llevaré a casa, como tú quieres.

Volvió la espalda al policía, simulando querer obedecerle. ¿Cuántos hombres armados habría en el puerto a las órdenes de Ombutu? ¿Cinco, siete, diez? Mientras paseaba entre los refugiados, fingiendo reconocer a sus viajeros, intentó coordinar sus ideas. Por la escalerilla del *ferry,* atracado en el muelle, al otro lado de la enorme explanada, centenares de personas subían al barco. No podría calcular cuántas eran. Serían necesarios cuatro o cinco viajes más para transportar al puerto francés de la otra ribera, a todos los que esperaban. ¿Cuántas horas se necesitarían para esto? ¿Y podría entretener al policía todo este tiempo? ¿No sería mejor planear un golpe de mano y acabar con Ombutu y los suyos?

—He reconocido a algunos —dijo Moscoso al policía—. Pero la labor es lenta. Los iré agrupando junto a la verja.

Se acercó a Petrirena.

—¡Vete hacia la verja! —le ordenó, gritando. Y entre dientes añadió—: Escápate. Habla con Rolland.

Petrirena obedeció. Se había jurado dos minutos antes matar al comandante, pero obedeció. Nunca le perdonaría lo que había hecho, pero no podía dejar de obedecerle; por eso, primero le obedecería, y lo mataría después. «Habla con Rolland»... Moscoso no le había dicho más. Y él no le había preguntado nada. Se sabía la respuesta: «Súplelo con celo». En el Ejército es así. Quien manda, manda. «¡Tráeme un elefante!» «¿De dónde diablos saco yo un elefante?» «Súplelo con celo.» (Se fue hacia la verja y se apoyó en las barras indolentemente.) En el Sahara, en pleno tiroteo con una tribu rebelde, le pidieron que fabricara un heliógrafo. «Yo no sé hacer eso.» «¡Súplalo con el celo!», le dijeron. ¡Eso es, eso es! Con celo. (Se deslizó al otro lado de los barrotes.) Tenía que hablar con Rolland. ¿Dónde, cómo, de qué tenía que hablar con él? ¿De «Jiu-jitsu»?, ¿de mujeres?, ¿de las exportaciones de yute? ¡Habla con Rolland! ¡Había que jorobarse! ¿Y lo de matar a Moscoso? ¿Cuándo le dejaría tiempo para matarlo? ¿Y dormir? ¿Dormir cuándo? Lo supliría con celo. (Se deslizó hacia uno de los camiones, abrió la portezuela, puso el coche en marcha y arrancó.) «¿Dónde vas, mala bestia?» Era la voz de Moscoso. No le oyó. Pero se lo imaginó. «¡Mala bestia de Petrirena! ¿Quién te ha dicho que cogieras el camión?» «¡Ni mala bestia ni narices! ¡Usted no me ha dicho que fuera en camión o a pie o en helicóptero! ¡No me ha dicho nada! Yo no soy el sursuncorda para adivinar lo que usted se trae entre manos con el Ombutu ese de las narices.»

Subió la escalera de la casa de Rolland hecho una furia. Pero se encontró con otra furia mayor. Expuso al intendente todo cuanto ocurría.

—Mire, Petrirena —le interrumpió Rolland—, no me cuente historias que hagan llorar; porque yo es que me muero de risa. ¿No querían independencia? ¡Pues ahí la tienen la independencia! ¿Que degüellan sietemesinos, violan niñas de pecho y muelen a palos a la madre que los parió? Pues que degüellen, violen y muelan cuanto

quieran. ¿No son soberanos? De modo que no me venga usted con historias, porque le juro que voy a enfermar de la risa que me producen.

—Yo no entiendo de esas cosas, señor intendente. Sólo sé que, o nos ayudan, o en el puerto va a haber una degollina.

—Yo no soy intendente, mi querido Petrirena. Soy un pacífico ciudadano que tiene pasaje para volver a su país dentro de ocho días. A un país «agresor». ¿No sabía usted que somos agresores? Lo acaba de decir la radio. ¿Lo ha oído usted bien? ¡Agresores! Tenemos tres docenas de paracaidistas en el país, para evitar el pillaje. ¿Eso es agredir? Ayer, en una granja, un *jeep* nuestro evitó que la policía hiciera salchichas ahumadas con las tripas de un jefe del Ejército: del Ejército de ellos, por supuesto. ¡Y somos agresores! Le juro que estoy pasando los mejores días de mi vida con este espectáculo. ¿Dónde está su jefe?

—¿No se lo he dicho ya? ¡En el puerto! En el fluvial. Y me ha dicho: «Habla con Rolland». Y yo le digo a usted ahora que me voy para allá, para ayudarle yo solo. Y que nos van a hacer picadillo. Pero si por un milagro a él le ocurre algo y yo salgo vivo, a usted no lo aceptarán en el avión de regreso por exceso de peso. Y ese peso será el del plomo que le meteré yo mismo, con estas manos, dentro del cuerpo.

Se quedó muy satisfecho de su retahila. Llevaba diez, veinte, treinta años —ya había perdido la cuenta— queriendo pronunciar una arenga como Dios manda; y por una vez que le salía redonda, su comandante no se la oía. ¡Qué negra suerte la suya!

—Espere usted, Petrirena, no se marche —rugió Rolland, todo congestionado.

Cogió el teléfono e intentó marcar un número. Sus dedos eran tan gruesos que no le cabían por los ojos del disco. Se equivocó dos veces.

—¿Sabe quién es Kutumbi? ¡Hace bien en no saberlo! Es un antropopitecus que anda sobre dos patas por casualidad.

Al fin acertó con el número.

—*Allo! Allo!* ¿El intendente Kutumbi? Aquí, Rolland... A sus órdenes, señor intendente. Le llamaba para despedirme, para reiterarle mis respetos y para desearle mucha suerte. Sí, señor... Sí, señor... De paso, quería denunciarle una nueva maniobra de sus enemigos...

Petrirena le escuchaba con la boca abierta. Rolland inventó una historia de lo más peregrina. Lo único cierto de cuanto dijo es que la policía no dejaba embarcar a unos europeos que querían regresar a sus países. Habían invocado el nombre de Kutumbi y los muy insolentes habían dicho que no reconocían la autoridad de un antropopitecus.

—¿Sabe usted lo que significa un «antropopitecus»? ¿Quiere que se lo explique?

Kutumbi, del otro lado del hilo, ni entendía lo del insulto, ni nada de cuanto oía. Pidió a Rolland que se lo repitiera dos veces. Lentamente, la idea de que debía hacer respetar su autoridad fue abriéndose paso en el oscuro laberinto de su magín. Cuando la furia de Kutumbi alcanzó el grado suficiente, Rolland dio por terminada su

intervención.

—Dentro de cinco minutos —le dijo a Petrirena— el Ombutu ese será pasado por las armas, y sus restos, hechos puré, serán utilizados como carnaza para la pesca de sardinas. Puede usted irse con viento fresco.

Petrirena regresó satisfechísimo de su misión.

«¿Quién se ha creído usted que era Petrirena, eh, mi comandante? ¿Quién se ha creído que soy yo? A mí deme usted situaciones difíciles, y ya verá quién soy...»

Iba conduciendo y hablando en voz alta.

«Me llama mala bestia porque no me va eso de los camiones, todo el día de aquí para allá, de allá para acá, sube que te bajo, dale que te pego, transportando sacos de café. ¿No te joroba, transportando café un tipo como yo? ¡A mí la estrategia y las arengas! ¡Me cisco en mi padre; eso sí que me sale bien!»

Estacionó el camión ante la verja, junto a sus otros once hermanos rodantes; y cuando descendía de él vio llegar dos *jeeps* del Ejército con racimos de hombres armados hasta los dientes. Sobre los cascos y entre el correaje llevaban hojas de árboles y ramas, para enmascararse como si fuesen a luchar a campo abierto y necesitaran el mimetismo de lo vegetal para pasar inadvertidos. La intervención de Kutumbi había surtido sus efectos. Petrirena penetró en el recinto delante de las tropas como un general victorioso que acaba de liberar una plaza sitiada.

Soldados y policías no llegaron a las manos. Ombutu y el teniente que mandaba los *jeeps* se golpearon amigablemente en los hombros mientras discutían, pues no sabían pronunciar dos palabras sin acompañar su voz de estos breves y reiterados empujones; y al fin, los primeros se llevaron a los segundos. Petrirena se cuadró delante de su jefe, buscando en sus ojos un aplauso. Moscoso alzó la mano y en la misma mejilla donde una hora antes había descargado su golpe, posó ahora la palma y le acarició el rostro. No le dijo una palabra, le enlazó por los hombros y lo apartó de la entrada. Cruzaron sobre las pobres gentes dormidas y buscaron un hueco donde recostarse. El *ferry* cargado de refugiados se alejaba por el río; otro más, mediada la corriente, se acercaba hacia el puerto para cargar fugitivos.

—Mañana regresaré a Akamoto. ¿Vendrás conmigo, Petrirena ?

—¡Sólo faltaba que no!

—Eres libre de irte, si quieres...

—En España un sargento no es nadie. ¿Usted me entiende? Si usted se queda, yo me quedo.

Los ojos se le cargaban del duro plomo del sueño. Petrirena recibió la gran sombra reparadora como a una amante; y apenas su cuerpo halló la horizontal, se quedó dormido.

¿Qué había sido eso? Ya entre sueños había percibido otro igual. Otro disparo, igual. ¿Era, en efecto, un disparo? Petrirena se incorporó de un salto y vio que

Moscoso hacía lo mismo. Corrieron a parapetarse donde pudieron. ¿Dónde estaban? El sueño le había llevado muy lejos, a los días de su infancia, y tardó en reconocer el escenario del puerto. Cuando tuvo conocimiento de que disparaban, su primer pensamiento fue el de una emboscada en el desierto. Oyó a Moscoso preguntar: «¿Contra quién disparan?» Estaba amaneciendo. Varios *ferries* habían atracado y desatracado del muelle en este tiempo, sin duda; pues ya no había la aglomeración de gentes de antes. «¿Contra quién disparaban?» Con las luces encendidas, una embarcación, lejos aún, había rebasado ya la boca del puerto y se acercaba.

—Mira, Petrirena. Es ahí...

Hubo un breve fogonazo, seguido de una detonación. No disparaban contra ellos, sino contra el barco que se acercaba; pero la ventana del edificio desde donde lo hacían dominaba el puerto, la aduana y la explanada. Las gentes corrían alocadas buscando un parapeto. El *ferry* se acercaba, a media marcha, hacia el muelle. Una enorme llamarada, un chorro de fuego, surgió del hueco de la casa hacia el río. Era un lanzallamas. El buque levantó un revuelo de espuma junto a las hélices. La inercia le llevaba hacia el muelle; y los motores le frenaban, queriendo hacerle recular. Petrirena miraba a Moscoso esperando una orden. Éste buscó con la mirada una salida cubierta. El lanzallamas expulsó una nueva lengua de fuego que lamió la roda de la embarcación. Petrirena no esperó la orden. Salió de su protección y cruzó a pecho descubierto la explanada hacia los camiones. Ahí estaban los rifles. No tenía Moscoso que explicarle nada. Eran Ombutu y sus secuaces quienes pretendían evitar que el barco atracara al muelle y se llevara los pocos refugiados que quedaban. Parapetado tras el último camión, disparó sobre el hueco todas las balas del peine. Moscoso le imitó. Era la primera vez que el comandante no discutía una iniciativa suya, y esto le llenó de coraje y de satisfacción. Algunas balas atravesaban el vano por donde los hombres de Ombutu disparaban y penetraban dentro; otras hacían saltar el enfoscado de la casa y perlaban las jambas y el dintel de un sarampión de impactos. Había logrado hacer enmudecer las armas de Ombutu. ¡Si el *ferry* se atreviera, podía aprovechar ahora para atracar! ¿Por qué no lo hacía? Ellos solos se bastaban para acallar a esos miserables mientras los refugiados subían a bordo. Pero el buque había retrocedido hacia la boca del puerto, y, quieto en las aguas, se mantenía a la expectativa. Petrirena y Moscoso estaban situados detrás del último camión, de modo que los otros once —alineados delante— les servían de parapeto. Tres hombres surgieron de pronto desde el edificio de la aduana y cruzaron la explanada corriendo hacia ellos. Eran dos granjeros y Pereira de Souza.

—¿Dónde hay más rifles?

—¡Maldita sea mi suerte, mi comandante! —gritó Petrirena—. Si tuviéramos granadas de mano, ustedes me protegían con los rifles y yo llegaba hasta ellos y hacía un sofrito con sus huesos.

Petrirena se deslizó a gatas entre las ruedas de los últimos coches hasta llegar a los situados en tercero y cuarto lugar. Cargó con dos rifles, y al descender del pescante sintió de pronto una oleada brutal de calor que le tiró de espaldas. Era como si el sol, desprendido, se le cayera encima. Desde el edificio, trasladados a otro hueco que desde aquí no se veía, pues quedaba oculto por la masa de los camiones, utilizaban contra ellos el lanzallamas. ¡Maldita suerte! No permitiría que le ganaran la partida. Retrocedió. Los tres primeros vehículos empezaron a arder. Entregó las armas a Moscoso y lo vio descompuesto.

—¡Mis camiones! —le oyó decir.

Una nueva cascada de fuego, dura como un soplete, y el primero de los camiones hizo explosión. Después otro, y otro más. Petrirena se salió a campo abierto y vio el hueco. Disparó, y uno de los hombres quedó colgado sobre el alféizar. Los otros retrocedieron al interior. Volvió a montar y a disparar. ¡Ah, si tuviera una metralleta! ¡Ni uno solo habría quedado vivo! La pequeña batalla parecía ganada. Era un juego de niños. Detrás de él, Moscoso y los otros acribillaban a tiros la ventana, haciendo enmudecer a las armas enemigas. No se veía el interior. Disparaban a ciegas, pues el resplandor de las llamas de los coches que ardían los deslumbraba. Sin dejar de disparar, Petrirena avanzó unos pasos. Un cuchillo de fuego le atravesó una pierna. Cayó al suelo sabiéndose herido. Se oyeron tres disparos más, y sintió en el pecho la cauterización brutal de tres hierros candentes. Se hizo de noche. ¿Dónde estaba? Se había dormido en la romería. Oyó la voz de su madre.

—*Aurra lokarta dago...* (El niño se ha dormido.) *Oso tockiya. Eta lokarta dago* (Es muy pequeño y se ha dormido).

Aún se oían las explosiones de los fuegos artificiales. Sintió que le aupaban. En la plaza había baile y él no lo podía ver. «¡Petrirena!» Llamaban a su padre. Tenía miedo que su padre supiera que había bebido sidra. Tenía mucho sueño. Su madre le disculparía.

—Es muy pequeño y se ha dormido...

Lo metieron en la cama. ¡Qué frías estaban las sábanas! Al día siguiente diría a su madre que el frío le subía por las piernas como una invasión de hormigas. Su madre le acarició una mano.

—No te duermas sin rezar. Anda, reza conmigo:

Atoz, atoz gure gana Jesús en Ama garbiya Miren Deuna maitea...

Petrirena apretó débilmente aquella mano y movió los labios para repetir:

Ven, ven hacia nosotros. De Jesús Madre Inmaculada Santa María de nuestro amor...

—*Goizeko izarra dirdiraduna.* (Brillante estrella de la mañana.)

—*Goizeko izarra dirdiraduna...*

Petrirena no pudo seguir. Exhaló un gran suspiro y se quedó dormido.

—¡No te mueras, Petrirena! ¡Te mando que no te mueras! ¡Obedézcame, sargento! ¡Vamos, levántese!

Era terco como una mula, y ni siquiera en un trance como éste le quiso obedecer.

XV
OTRA VEZ PEPA TURULL

El primer pensamiento que le acudió a la cabeza fue el del proyecto frustrado de su veraneo. La casa de Palma, al menos este año, no se podría inaugurar.

—¿Cómo ha sido? ¡Hable más alto!

Enrique procuraba no alzar la voz, para no ser oído por los invitados, pero eran éstos con sus voces y sus risas quienes le impedían entender.

—¿Y estaba usted sola?

Apretó su mano sobre la oreja libre para no escuchar el torrente de palabras de Regidor, que en el salón de al lado contaba una larguísima historia procaz.

— ¡Ahora mismo iremos para allá!

Colgó el teléfono. Cuando entró en el salón estaba un poco pálido. Pendientes del cuento del autor dramático, que gesticulaba al hablar como si fuese uno de sus intérpretes, nadie se percató. Solamente Andrés cayó en la cuenta de que algo sucedía. El corazón le dio un vuelco. Tuvo la sospecha de que una voz anónima había denunciado a Enrique las andanzas de su mujer.

Regidor no acababa de llegar a la cumbre de su chascarrillo. De todos los invitados de Ana en esta noche, pensó Enrique, Regidor se llevaba la palma de la pedantería. El más discreto de todos —el más normal— era Andrés. Era el único, al menos, casado con una mujer agradable. Enrique juzgaba a los amigos de Ana por la calidad de sus mujeres. La de Regidor era tan ordinaria como su marido insufrible. ¿Cómo se podía ser un buen autor dramático con una mujer así? Regidor hizo al final una pausa para dar más énfasis a la frase final que habría de arrancar la explosión de las carcajadas.

—Perdone usted que le interrumpa, Regidor.

Las caras de todos, con el primer ademán de la risa contenida, se volvieron hacia Enrique.

—Ana, tu abuela ha tenido un ataque. Creo que debíamos ir hacia allá.

Solamente cuando estuvieron en el coche le confesó la verdad: la abuela Matilde acababa de morir.

Ana María pasó la tarde en el departamento. Unas horas antes había podido hablar por teléfono sólo dos palabras con Andrés, quien le había advertido que no iría... ¡Qué absurdo y qué infantil era Andrés en muchas de sus reacciones! Le dijo que le parecía siniestro verse aquellos días a solas. Y más aún en el piso del barrio de San Calixto, que habían alquilado para encontrarse. Prefería no reunirse con ella en privado mientras no se cumpliera el novenario de la muerte de Matilde. Ana, entonces, decidió ir sola. Estaba cansada. Estaba triste. Estaba deprimida. Nunca se

había llevado bien con su abuela. Siempre hubo entre las dos una impalpable, no confesada frontera de incomprensión que las separaba. Pero era su abuela. Y al perderla, Ana sintió que se rompía su único vínculo con el ayer, su entronque con el pasado. La vida transmitida estaba ahora en ella, comenzaba en ella. Y notó, como si volviera a la infancia, el peso de la orfandad.

Habían sido unos días terribles. Nunca pensó que una muerte diese tanto quehacer. Enrique desarrollaba tal volumen de actividad, que a Ana María le mareaba mirarle. Las esquelas, la capilla ardiente, el arreglo del panteón familiar —donde hubo que hacer obras, pues ya no se fabricaban féretros de dimensiones tan cortas—, el entierro, los funerales, las misas gregorianas, las visitas de pésame, la apertura del testamento... Aunque Enrique se ocupaba en todo, no hacía nada sin consultarle primero. Y Ana sentía la imperiosa necesidad de distraerse. ¿A quién hacía daño viéndose unos minutos a solas con Andrés? ¿Con quién comentar sus dudas, los temores más arraigados en lo hondo del corazón, sino con quien se tiene más cerca del corazón? En el testamento, la abuela Matilde la nombraba heredera de casi todos sus bienes; una de las cláusulas, sin embargo, era sorprendente. Dejaba en propiedad a sus bisnietos Alberto y Quique unas casas de renta, pero el usufructo de las mismas lo cedía «a Alberto Moscoso, mi hijo político, si vive». Y más adelante, añadía: «Y correrá a su cargo si viviera, mientras viva, una misa anual por mi eterno descanso».

La lectura de estos párrafos la conmovió profundamente. ¿Acaso necesitaba Matilde hacerse perdonar? Ana interpretaba este inciso como si la abuela suplicara a su hijo político, después de muerta, una oración. Enrique, eternamente incapaz de exprimir el zumo de las cosas, la había tranquilizado, diciendo que esta cláusula no ofrecía ningún inconveniente, pues nada sería más fácil, en sus circunstancias, como conseguir una declaración de fallecimiento o de ausencia. Enrique siempre patinaba por la piel de los problemas con total ineptitud para ahondar en sus entrañas. ¿Cómo dialogar con él? ¿Cómo intentar siquiera explicarle que no eran las rentas de esos edificios lo que le importaba?

Hubiera querido hablar con Andrés de estas cosas. Como no fue posible, se pasó la tarde sola en el departamento, oyendo música y cambiando los muebles de sitio. ¡Qué carácter más contradictorio el de Andrés! La noche de la muerte de la abuela, en su casa, estuvo encantador; y la víspera, en cambio, aquí en el departamento se comportó de una manera odiosa. Ana procuraba quitar importancia a estas oscilaciones de su ánimo, pensando que Andrés estaba atravesando un sarampión religioso, y que se le pasaría, sin dejar huella, como el sarampión.

—Pero, Andrés..., ¡no hables siempre de lo mismo! Dios... no puede oponerse a lo nuestro, o no sería bueno. Dejaría de ser Dios —le había dicho.

No estaba muy segura, ésa es la verdad, de que su frase fuera aprobada como ortodoxa en una reunión de teólogos; pero tampoco pudo imaginar que la reacción de

Andrés fuese tan violenta.

—¿Ves, Ana? Cuando dices necedades de ese calibre me haces sufrir más, si cabe. Quieres justificar lo nuestro hasta el punto de hacer a Dios complaciente con el pecado. Y yo me siento responsable de esa sacrilega manera tuya de pensar. Ése es mi mayor remordimiento. ¡Hagamos el mal si quieres! ¡Pero no blasfememos al decir que es el bien!

No recordaba textualmente sus palabras; pero, desde luego, Andrés utilizó los vocablos «pecado», «blasfemia», «sacrilegio», «remordimiento», «el bien» y «el mal». Ana encontraba todo esto excesivo...

—¡Mira, Andrés, no me vengas con historias! —le dijo—. Los hombres empezáis a tener remordimientos de estar con una mujer cuando comenzáis a cansaros de ella. Termina conmigo, si quieres; pero no me pongas a Dios como responsable de tu hastío.

¿Por qué recordaba esto ahora? Había venido al departamento para distraerse y no para enfurruñarse. Se levantó y cambió el orden de los discos. Retiró la *Patética* de Chaikovsky y la *Inacabada* de Schubert, y puso en su lugar música de baile interpretada por Pourcel y canciones ligeras de Edith Piaf.

El resto de la tarde lo pasó haciendo pruebas con los altavoces portátiles. Instaló uno de ellos en el dormitorio. Quería dar una sorpresa a Andrés cuando sus escrúpulos le permitieran levantar la veda.

Cuando llegó a su casa, Enrique estaba frenético.

—¿Qué has hecho toda la tarde? ¡No tienes derecho a esfumarte cuando hay mil cosas en que ocuparse!

—¡Pero, Enrique, tú lo haces todo mejor que yo!

—Es muy cómodo aprender griego y otras sandeces en la Universidad, y luego no servir para nada.

—¡Mira, Enrique, te suplico que no me grites! ¡Ya he pasado la edad de aguantar gritos a nadie!

—¡No has firmado uno solo de los papeles que te preparé esta mañana! No has ido al rosario por tu abuela. Tus hijos eran la única representación familiar. Yo tampoco pude ir...

—Pero si los rosarios terminaron ayer...

—¡No, señor! ¡Los rosarios han terminado hoy!

Ana reconoció su culpa.

—¿Ves tú? ¡Eso sí que lo siento!

—Pero ¿dónde has estado, si se puede saber?

—Quería estar sola...

—¡Muy cómodo! ¿Y de María Terrón? ¿Te has ocupado, por lo menos, de María Terrón? ¡No pretenderás que también sea yo quien resuelva esta papeleta!

—Me he estado ocupando de ella toda la tarde —mintió Ana—. No creas que es fácil.

Se retiró a su cuarto y se tumbó en la cama sin desvestirse. ¡María Terrón! No sabía qué hacer con esa vieja maniática. A las dos criadas de la abuela, aunque no le servían para nada por su avanzada edad, las había tomado a su servicio. Hoy dormirían aquí la primera noche. Pero se negaba en redondo a albergar a ese trasto inútil —y sucio por añadidura— de María Terrón.

Enrique entró en el dormitorio.

—No sé qué hacer con ella, Enrique...

—Métela en un asilo, y no le des más vueltas.

—Me parece cruel. Piensa que la abuela la ha tenido recogida más de sesenta años. Cuando nació mi madre, ya vivía en la casa María Terrón.

Enrique se sentó en el bordillo de la cama.

—Aquí no se te ocurra traerla de ninguna manera...

—¡Por supuesto que no!

—Yo había pensado hacer obras en casa de tu abuela y alquilarla. Le podrías sacar una buena renta. Pero si te agobia echar a María, déjala que siga viviendo allí como hasta ahora... No durará mucho.

—Tampoco puede ser eso. Piensa que ella no sabe hacerse la comida, no sabe hacer la compra, no sabe hacer nada...

Enrique se irritó:

—¡Pues que aprenda, caramba! ¿O es que acaso no trabajamos los demás?

—¡Pobre vieja! ¡Ya no tiene edad de aprender!

Enrique tuvo una idea feliz.

—¿Sabes quién te podría ayudar en esto?

—¿Quién?

—Pepa Turull.

La idea de Enrique le pareció excelente. Pepa Turull estaba metida en toda clase de organizaciones benéficas. Nadie en España sabía más de estas cosas. Pretendió gastarle una broma.

—¿Sabes que de esa cabezota salen a veces ideas felices? ¡Pepa Turull! ¡Es increíble que no se me haya ocurrido a mí!

—¿Que no se te haya ocurrido a ti... ?

Enrique la miró con sorna. Tomó una mano de su mujer entre las suyas.

—¡Ay, Ana, Ana, qué pena que te creas nacida de la cabeza de Minerva!

Ana María le miró sorprendidísima. La verdad, no esperaba tales conocimientos mitológicos en su marido.

Enrique preguntó:

—¿No era Minerva esa tía tan lista?

Ana, muy ofendida, retiró su mano.

Al día siguiente..., y después de una larga conversación con Pepa Turull —que le brindó, en efecto, la solución que más convenía—, Ana se armó de valor y fue a visitar a María Terrón. ¡Qué episodio más grotesco! La pobre vieja semejaba un animal acorralado. Intuía una vaga amenaza sobre su cabeza, pero no sabía por dónde sonarían los tiros. Ana sentía una profunda compasión hacia ella.

—Siéntese usted, María. Tengo que hablar con usted...

María Terrón no se sentó. De haberlo hecho, la curvatura de su espalda le impediría mirar a Ana a los ojos; de pie las dos, tampoco podían hablar. Ana tuvo que sentarse en una silla muy baja para poder dialogar con ella. La pobre vieja se había embadurnado la cara con polvos de arroz, con tanta profusión que parecía un payaso enharinado. El corcho con que se teñía el pelo le manchaba la frente y las sienes. Olía a orines secos, a sudor putrefacto, a miembro escayolado, a nauseabunda —casi arqueológica— suciedad.

—No sé por dónde empezar —confesó.

Los ojillos, húmedos y pitarrosos, de María Terrón recorrían el rostro de Ana, y ésta sentía una mezcla de pena y de repugnancia como se siente hacia un perrillo sarnoso que nos lame la piel.

—Un día de éstos vamos a cerrar la casa —dijo al fin—. Mi marido la quiere vender... Enrique y yo... hemos tenido muy en cuenta su categoría social, antes de encontrar una solución... Bien sabemos que no es usted una cualquiera..., sino una señorita venida a menos..., y hemos pensado...

— ¡Mi dinero! —gritó de pronto María Terrón—. ¡Quiero mi dinero!

Ana pensó que no había oído bien. La miró sorprendida y esperó a que se explicara. Pero la vieja estaba quieta como una estatua de yeso y sus labios permanecieron mudos. Ana pensó que había sufrido una alucinación.

—¿Me ha dicho usted algo?

María ni se movió ni respondió.

—Le decía —continuó Ana, procurando aparentar una calma que estaba lejos de sentir— que, teniendo en cuenta que es usted una señorita que gozó de buena situación, hemos pensado en buscarle un sitio especial, una residencia muy bien atendida por unas monjas, donde la podrán cuidar. ¡Pero no crea usted que es un asilo, ni mucho menos!

Ana sintió de pronto un indecible malestar. Los ojillos de María Terrón, antes huidizos, patinadores, estaban ahora quietos en los suyos. Se diría que no la había escuchado. Y, en efecto, el pensamiento de María Terrón estaba muy lejos de allí. Quietos los ojos, no miraba a la niña, hoy mujer, a quien había tenido en sus brazos; sino a otra niña más lejana, cubierta de bucles y de encajes, inflada de mimo y de caricias, como un gato de Angora presuntuoso y sensual. María Terrón se veía a sí

misma delante de su padre tal como se situaron para posar ante el fotógrafo el día que cumplió seis años. Él vestía una levita, primorosamente cortada por López, el sastre del rey, y alzaba la cabeza ante el fotógrafo —arqueadas las cejas, enhiesto el bigote, soberbio el mentón— con el gesto magnífico de un general vencido a quien van a fusilar. Su madre estaba situada de perfil para lucir mejor el primoroso polisón y el potente busto nunca cuidado con pilulas orientales. Entre los dos estaba ella, de pie, los grandes tirabuzones caidos sobre los hombros y las manos escondidas en un manguito de piel de conejo que mismamente parecía armiño. ¿Por qué esta escena venía de pronto a su memoria? No lo podía saber. Ella era muy vieja y no podía pensar mucho tiempo en las mismas cosas. Pensaba un poco por aquí. Luego pensaba un poco por allá. Cosas de ayer, cosas de hoy se le mezclaban en la cabeza. Su madre en aquella época le decía: «Una, la luna; dote, Pierrote; trelli, cacarelli...» y su padre: «¡Te casaré con un príncipe!» ¡Pobre María Terrón!

Ana María no quiso emplear ante ella el nombre de «vergonzante». El establecimiento benéfico que le recomendaba Pepa Turull llevaba el nombre de Residencia por no herir la susceptibilidad de sus huéspedes con el de asilo. Pero ¿por qué le añadían entonces la coletilla de «para pobres vergonzantes»? No existe mayor pobreza que la de quienes se avergüenzan de ella, Ana explicó con los mayores miramientos que pudo las ventajas de aquel recinto. Tenía un gran jardín por donde podía pasear, sola o acompañada, cuantas veces quisiera.

—Los clientes —añadió— eran todos gentes bien, que habían gozado un día de buena posición. Había señoras y caballeros. Algunos —dijo Ana sonriendo— hasta se casaban.

Los ojillos de la anciana adquirieron de pronto una vivacidad extraordinaria.

—¡Mi dinero! —volvió a gritar.

Ana se estremeció. Recordó aquellos pájaros que ladran como los perros y se quedan tan quietos después que parece imposible imaginar que tal graznido saliera de ellos.

—Pero, María, ¿qué quiere usted decir? ¿De qué dinero me habla ?

—La vieja me robaba —volvió a exclamar con increíble estridencia—. ¡Quiero mi dinero!

—¿Qué vieja? ¿A quién se refiere usted? ¡Me va a volver loca!

—¡La bruja de su abuela me ha robado mi pensión! ¡La pensión de mi padre! ¡Quiero que me la den!

Ana María enrojeció tanto ante el volumen de la injusticia, que el calor de la sangre le quemaba la piel. Se quedó sin habla. Sintió el dolor del ultraje como una bofetada. Aquella cursi gazmoña, que humillaba a los criados hablándoles de su alcurnia pintoresca, que se negaba a trabajar por considerarlo denigrante para su ridicula posición; aquel desecho de todos los tópicos, degeneración al límite del

señorío; aquella máscara grotesca de polvos de arroz y corcho quemado, ¿cómo se atrevía a ultrajar la memoria de quien la había alimentado, acogido y aguantado en vida a lo largo de medio siglo? ¡Era demasiado fuerte para soportarlo! Las lágrimas de ira le arrasaron los ojos y los labios le temblaron de coraje. María Terrón la observó sorprendida. ¿Qué le pasaría ahora a la niña? ¿Se habría puesto mala? ¿Sería quizá por lo que estaban hablando? ¿Y de qué hablaban? Hizo un gran esfuerzo de concentración y no pudo averiguarlo. Era muy viejecita —¡pobre María Terrón!— y no se acordaba de nada...

—¡Es usted un ser repugnante! ¡Desgraciada! ¡Bruja!.

Ana —rotos los nervios, llena de ira— se salía de sus casillas. El pensamiento de la Terrón se abría paso a trompicones por su caletre. ¡Qué palabras más malsonantes eran ésas que estaba oyendo! ¿Quién se habría creído esa mocosa que era María Terrón para subirse a la parra de esa manera y ladrarle a la luna junto a su puerta? Ella era una mujer muy comedida, pues educación no le faltaba, gracias a Dios; había sido criada en muy buenos pañales —¡muy buenos; sí, señor!—; pero si le buscaban las cosquillas, sabía echar garbanzos como la que más. «¡Mira, mira, qué geniecillo saca la niña —le oyó de pronto decir a su madre— y cómo aprieta los puñitos!...» «¿Quién le ha hecho daño a mi tesoro?» María Terrón perdió la pista de sus ideas. Se le fueron. Se le volaron. En su rostro, por inercia, quedó la sonrisa que le nació al recordar a su madre.

—¡Y encima se atreve usted a reírse! —exclamó Ana, indignada.

María Terrón volvió a la realidad. Pero ¿qué era esto? ¿Cómo se atrevía esa jovenzuela a insultar a una señorita de su posición? ¿Quién se había creído que era ella? Dispuesta a defender los fueros de su alcurnia, avanzó —arrastrando los pies— contra quien la ofendía. Ana se levantó, aterrada. Se llevó las manos a la cara y vio que tenía sangre. María Terrón le había clavado las uñas. Poseída de pánico, cruzó el vestíbulo y salió despendolada. Bajó a trompicones la escalera. Encontró a Enrique, que subía a buscarla. Se precipitó en sus brazos.

—Estás descompuesta. ¿Qué te pasa?

Vio el arañazo que le cruzaba la mejilla.

—¿Quién te ha hecho eso?

Sin esperar a que Ana terminara de explicarse, subió a grandes zancadas la escalera, introdujo el llavín en la cerradura y empujó la puerta con el zapato. Con un hierro de la chimenea en la mano, le esperaba, a pie firme, María Terrón. No sabía a ciencia cierta si era su alcurnia, su dinero o su virginidad lo que tenía que defender. Pero era algo importante, sin duda. Porque lo que su instinto defendía, sin que ella misma lo supiera —antes con las uñas, con un hierro ahora—, era su libertad.

Pepa Turull se presentó a las siete de la tarde, acompañada de dos señoras más.

—Tenemos el coche abajo. ¿Dónde está nuestra invitada?

Ana María no se atrevió a decir que Enrique la había cogido en volandas como a un muñeco de trapo y la había encerrado, bajo llave, en su propio dormitorio.

Pepa hizo las presentaciones. Sus acompañantes eran dos señoras de la junta.

—¿Qué le ha pasado en la cara?

—Uno de los niños me ha hecho un arañazo sin querer.

Aconsejaron a Ana María que no fuera ella quien avisara a la Terrón. Sabían por experiencia lo delicado de estos trances, y ellas tenían ya mucha práctica de casos parecidos.

Ana les dio la llave del cuarto.

—A veces siente miedo y nos pide que la encerremos —mintió.

Quedaron solas Ana y Pepa Turull.

—¡Qué suerte tuve en verte aquel día!

Ana palideció.

—¿Me viste? ¿Dónde? ¿Con quién?

—Ibas en coche; te hice señas para que pararas. Creí que tú también me habías visto.

—Mujer, si me hiciste señas y te hubiera visto, habría parado. ¿Dónde fue?

—En el barrio de San Calixto. Justo enfrente de los almacenes de tu marido.

Una irreprimible sensación de riesgo —como el vértigo que se siente al recordar un abismo conocido— se apoderó de ella. Habían adquirido el departamento en el barrio de San Calixto, ignorando que Enrique tenía allí mismo sus almacenes.

—¿Enrique tiene unos almacenes en el barrio de San Calixto? ¿Estás segura?

—¡Segura, mujer!

—¡No tenía ni idea! En cualquier caso, no era yo. Nunca voy por los suburbios.

Pepa rompió a reír.

—Es maravilloso. Casi un milagro. Imagínate que por haber creído yo que eras tú, unos niños pobres durmieron bajo techado aquella noche. Pero ¿Enrique no te lo ha contado? ¡El padre de las criaturas es ahora el guardián de sus almacenes! —No pudo dejar de precisar—: Su mujer es hija del ama Candelas.

—¿De quién?

—Del ama Candelas. ¿No te acuerdas, mujer, cuando éramos niñas? Una morena, con unas trenzas así de gordas... Yo iba con ella al Retiro...

—¡Y se te ocurrió acudir a mi marido por creer haberme visto a mí! Realmente es asombroso. ¿Le explicaste ese detalle a Enrique ?

—No. No venía a cuento. Pensé que si Enrique era celoso, y yo, por un error, te metía en un lío, no me lo perdonaría nunca a mí misma.

Ana rompió a reír con la más franca, inocente y jovial hilaridad.

— ¡Qué disparates se te ocurren!

Pepa la acompañó en sus carcajadas.

—¡En el mundo en que me muevo se aprende cada cosa! ¡Si tú supieras!

—Cuéntame algunas... —dijo Ana.

Pepa dudó. La tentación de la chismografía era una de las grandes pruebas que el Señor le mandaba. Pero esta vez no cayó en la tentación.

Ana María sintió nacer de pronto dentro de sí una ancha corriente de simpatía hacia Pepa Turull.

—Dime, Pepa. Estas dos amigas tuyas, ¿qué son?

—No entiendo.

—Que si son catequistas, teresianas, del Opus, o qué.

—Nada de eso, mujer. Son dos señoras corrientes, como tú y yo. Una de ellas, Dora Quesada...

Se tuvo que interrumpir, pues por el pasillo se acercaban ahora las dos señoras acompañadas de María Terrón.

Charlaban animadamente.

—Yo conocía mucho a los Quesada de Morón de la Frontera —decía la Terrón—. ¡Eran gente muy fiina! —Y alargaba la i como si al hacerlo tirara de la rama de un árbol genealógico—. ¡Me alegro de saber que son parientes suyos!

Ana María no podía dar crédito a sus ojos ni a sus oídos. María Terrón vestía un abrigo negro un poco grande y se tocaba con un sombrerito del mismo color, que había sustraído de los armarios de la abuela Matilde. No había prescindido de los polvos de arroz; pero había añadido, en cambio, un toque verdaderamente insólito a su «maquillaje»: se había coloreado los labios. Llevaba las mismas medias blancas de algodón que no se había quitado ni para dormir en muchos años; pero otras tres prendas eran nuevas, y sin duda de la misma procedencia que el sombrero: las zapatillas, los guantes y el bolso. Al ir toda ella más forrada, el sentido de la vista percibía menos la suciedad. El del olfato, lo mismo que solía.

—Mi padre, a quien Dios haya, y mi madre, que en paz descanse, fueron padrinos de boda de un Quesada, que era intendente de Su Majestad. —Y esto lo dijo alzando la cabeza como si se tratara del mismo rey—. Ése sí que era un hombre cabal.

—¿El rey?

—No. Me refiero a Quesada.

De pronto se interrumpió. Acababa de divisar a Pepa.

—No nos han presentado, ¿verdad?

Pepa se acercó a ella y la Quesada formalizó el protocolo.

—La señora de Turull, la señorita Terrón.

—Pues muy bien. Bueno. ¿Quieren ustedes una taza de té?

Ana María no dio un bote en su asiento por no escandalizar a las buenas señoras. ¿Quién iba a preparar el té? Estaba viendo que, a poca cuerda que se le diera, María Terrón se volvería hacia ella y le diría: «Ana, ¿quieres servirnos el té?» Porque María

Terrón no sabía ni calentar el agua.

—Muchas gracias, señorita Terrón —dijo la Quesada—. Pero nos están esperando en la Residencia y si a usted le parece bien...

Hizo ademán de cederle el paso.

—Es usted muy amable. Pase usted primero.

—De ninguna manera. Pase usted.

—Yo estoy en mi casa —dijo la Terrón, como definitivo argumento.

Las dos señoras pasaron, pues, las primeras; y detrás, todo lo derecha que pudo, María Terrón.

—¡Pobrecita vieja! —exclamó Pepa Turull—. Estas escenas me conmueven.

Una lágrima furtiva asomó a los ojos de Ana.

—Sesenta años ha vivido en esta casa. En «su» casa, como acaba de decir. No ha tenido un recuerdo para mi abuela, ni para mi madre, ni se ha despedido de mí, cuando, al fin y al cabo, soy yo quien va a pagar la Residencia.

—Estas cosas no se hacen para que las agradezcan —comentó Pepa—. Anda, sal al rellano. No le demuestres rencor.

Ana María, haciendo de tripas corazón, salió al descansillo. María Terrón, del brazo de sus dos nuevas amigas, bajaba, muy despacito, la escalera. Con el rabillo del ojo descubrió a Ana María. Pero no se despidió.

XVI
LA MONJA HOMICIDA

Ya estaba María Terrón instalada en su dormitorio. Era un cuarto de techo alto, con cuatro camas, cuatro sillas, cuatro mesitas de noche y un lavabo en un ángulo, cubierto por un biombo. Dora Quesada le explicó que el edificio fue donado a las monjas a finales del siglo pasado por la vizcondesa de Yecla. Dora Quesada le presentó, en el salón, a sus compañeras de cuarto —tres viejecitas hermanas de don Antonio Cullero, que fue Director General del Timbre en el Gobierno de Canalejas, y que, a decir verdad, no demostraron ningún agrado ante la llegada de la nueva huéspeda—. Dora Quesada la llevó después a conocer a la Madre Rodríguez, superiora de la institución, y a la Madre Delacroix, una francesa eficientísima, limpia como los chorros de oro y muy simpática, que era la directamente encargada de atender a los alojados, y, al fin, Dora Quesada se quiso despedir. Cuando la Terrón advirtió que Dora Quesada —de los Quesada de Morón de la Frontera, pariente de aquel Quesada que fue intendente de Su Majestad— se iba... la agarró con tal fuerza del vestido, para evitarlo, que casi se lo rasgó.

—Señorita Terrón, en mi casa me esperan a cenar mi marido y mis hijos. Ya tengo un hijo que estudia para ingeniero, ¿sabe usted? ¡Sea razonable!

María Terrón no era razonable. Las uñas que hirieron la mejilla de Ana María se clavaban ahora —aunque enguantadas— en el traje de Dora Quesada.

—Yo vengo aquí todos los días —insistió la señora para tranquilizarla—. ¡Mañana, a primera hora, le haré a usted una visita!

Las manos de la Terrón no soltaban su presa.

—¿No quiere usted quedarse en el salón, hasta la hora de cenar, con sus nuevas amigas?

María hizo un puchero, anuncio inequívoco de que iba a llorar, y se abrazó con tal fuerza a su protectora, que estuvo a punto de hacerla caer.

—¿Prefiere usted quedarse en su cuarto, arreglando sus cosas?

Dora creyó percibir que la presión de los dedos en su traje y de los brazos en torno a su cintura se aflojaba. La acompañó entonces hasta su cuarto; la Terrón no opuso resistencia. Se sentó cariacontecida en una de las sillas. No respondió una palabra a las gentilezas de la Quesada. No tuvo un gesto de gratitud hacia la caridad —pues besarla en la mejilla, como hizo Dora para despedirse, era un acto en grado heroico de caridad— y se fingió dormida.

La buena señora, antes de salir, buscó a la Madre Delacroix.

—No la deje usted sola. La pobre está muy abatida...

Y después, confidencialmente, sin pretender difamar a la nueva huésped, pero

previendo sagazmente que las hermanas Cullero armarían un alboroto esa noche si no buscaba remedio, sugirió a la Madre:

—¿Por qué no le aconseja usted que se bañe antes de cenar...?

—¿Cree usted que es conveniente? —preguntó la Madre, abriendo tamaños ojos.

—¡Me temo que sea necesario! —puntualizó la Quesada, acompañando sus palabras con un ademán que lo mismo podía significar la anchura del océano, la infinidad del espacio o la vastísima dimensión de algo definitivamente superlativo y descomunal.

Nombrar a la Madre Delacroix un arduo problema de higiene era tanto como enseñar a Fleming una nueva especie de hongo *penicillium* o sumir a doña Blanca de los Ríos ante la contemplación de un documento inédito de Tirso de Molina.

La Delacroix sonrió. Ése era su fuerte. Subió al dormitorio y encontró a María con el abrigo puesto, los guantes ceñidos, el sombrero calado, dormida sobre una silla. No quiso despertarla. Fue al cuarto de baño, abrió los grifos, encendió la estufa, a pesar de ser verano, y puso un toallón en su proximidad para que se calentara.

San Pablo se refiere en sus epístolas a los diversos dones con que Dios favoreció a los primeros cristianos: a éste con el «don de palabra», a aquél con el «don de profecía». Entre los nuevos cristianos, la Madre Delacroix había sido favorecida en alto grado con el don de la actividad.

Salió y regresó varias veces mientras el baño se llenaba; la última, traía sobre el brazo dos amplios camisones de lino y un tarrito de cristal. El tal tarrito se lo había regalado la señora de Turull por «Noel» y contenía, amén de una permanente tentación para ella, unas sales efervescentes —¡francesas por añadidura!— para el baño. Después de muchas vacilaciones, la Madre había ofrecido al Señor, como un cuarto voto más, no usarlo jamás para ella. Desde entonces lo guardaba en su cuarto y de cuando en cuando lo destapaba para olerlo. Era una veleidad... y eso no estaba bien. Había que decidirse a estrenarlo, y al fin, hoy, la Madre Delacroix se decidió. Abrió el tarro, lo olió; cogió entre el índice y el pulgar un miserable pellizco de su contenido y lo espolvoreó sobre el agua. La cantidad le pareció mezquina... y con razón. Cogió entonces un puñado más generoso y lo lanzó alegre y repetidamente, como quien siembra. Las escamas oscilaban y se sumergían; pasaban de un verde pálido a un verde profundo de pradera mojada, y este color se transmitía al agua hasta teñirla, al tiempo que un penetrante perfume de pino y maderas aromáticas se mezclaba con el vapor. La Madre estuvo observando un rato —absorta y conmovida — las evoluciones de las sales. ¡Qué delicia! ¡Quién fuera María Terrón!

Cerró la puerta para que no se perdiera el aroma por los pasillos. Se remangó un brazo para medir con el codo la temperatura del agua; acercó al baño un banquillo para la ropa; vio que todo estaba en orden; sonrió satisfecha, como Dios al séptimo día, y fue a despertar a la buena mujer.

—¡Venga, venga usted! Le he preparado una sorpresa.

Tan lejos estaba María Terrón de relacionar el agua con su propia intimidad, que no experimentó al ver el baño ninguna sensación adversa. Creía que la Madre le enseñaba, por distraerla, las distintas dependencias. Pero cuando intuyó que eso tenía algo que ver con ella, dio media vuelta y arrastrando los pies salió de allí. La Delacroix, haciendo difíciles equilibrios entre la suavidad y la firmeza, la volvió a introducir en la sala de torturas.

—¿Quiere usted que le eche una mano para desvestirse? ¿Puede usted valerse sola? ¿Quiere que la ayude a meterse en la bañera? Mire usted..., voy a acercar este taburete para que pueda usted hacerlo mejor... Así, ¿ve usted? Aquí puede dejar la ropa. Aquí tiene usted el jabón y una raíz para que se frote fuerte, ¿eh? Si quiere algo de mí, tira de ese cordón y yo llegaré en seguida.

La Madre Delacroix la dejó sola y se fue a sus quehaceres. Quince minutos después golpeó en la puerta con los nudillos.

—¿Puedo entrar?

Nadie respondió. Abrió la puerta y se encontró a María Terrón vestida, calzada y sentada en el taburete. Volvió decidida sobre sus pasos.

—Madre Sepúlveda, ¿puede usted ayudarme? ¿Tiene usted diez minutos ?

María Terrón empezó a gimotear.

—Por la Virgen de las Angustias se lo pido. No me hagan nada malo. ¡Ay, madrecita mía!... ¡Que venga la señora de Quesada! ¡Que la llamen! ¡Doña Matilde, que estás en el cielo! ¡No lo consientas! ¡Ay, mamaíta...!

Las dos Madres desabrocharon el traje, soltaron los tirantes, introdujeron por su cabeza el camisón de lino y por las faldas comenzaron a extraer cada una de las prendas.

«Al fuego, al fuego», pensaba la madre Delacroix apartándolas con el pie.

—No se ponga usted así... Vamos... Vamos... Sea obediente...

—Virgencita mía de las Angustias... ¡Malas, malas; son ustedes malas! ¡Que venga la superiora; eso es: la superiora! Yo soy una señorita. ¡Padre, papá, papaíto mío, no me mires así...!

—Tiene usted puesto el camisón de lino, señorita Terrón... Está usted muy decentita... Su papá la podría ver en esta *tenue*... Vamos, ayúdenos usted a meterla en el agua.

—¡No!... ¡¡Nooo!!... ¡¡¡Nooooo!!!...

Fue un grito en tres tiempos: suplicante el primero, desesperado el segundo, horrísono y tremebundo —producido por el pánico— el último. Éste lo lanzó estando ya en el aire. Las dos madres la tomaron por las axilas y la situaron sobre el agua, sin decidirse a sumergirla, pues pataleaba con tal violencia que las ponía perdidas, salpicándolas.

El rostro del verdadero, no fingido sufrimiento de la anciana era tal, que la Madre estuvo a punto de ceder y retirarla de ahí. Pero ¿no violentaba también su primer impulso de compasión cuando obligaba a las enfermas a tomar una medicina cuyo sabor les repugnaba, o las forzaba a ponerse una inyección?

María Terrón miraba el agua bajo sus plantas con la horripilación con que Juana de Arco, desde la altura del patíbulo, veía las lenguas de fuego lamiendo sus pies. Un caso de hidrofobia así jamás se había visto en la Residencia.

Al fin se decidieron, y a pulso, suavemente, la dejaron caer.

—¡Aaaaay! —gritó al sentirse sumergida—. ¡Me muero, me muero!...

Y éstas fueron sus últimas palabras, pues allí mismo perdió el habla. Las Madres no se dieron cuenta. Creyeron que, resignada, había renunciado a protestar.

—Nadie se muere por estas cosas... Vamos... Vamos..., Madre Sepúlveda. La espalda; usted por la espalda... Pero ¿qué pelo es éste ?... Cierre los ojos... La voy a enjabonar... ¿Una cuerda en el pelo...? ¿Tiene usted tijeras, Madre? Gracias... —El bramante que le puso Petra el año de la guerra de Cuba voló por el aire y fue a unirse al montón

preparado para la hoguera—. Los pies... Ocúpese de los pies, Madre... ¿A que ahora le gusta más el agua? ¿Verdad que está rica, señorita Terrón? Pero ¿qué se ponía usted en el pelo? ¿Betún? No dirá que no vamos de prisa... Cierre los ojos, le voy a enjuagar la cabeza... Día a día hay que dar gracias a Dios por los beneficios del agua.

María Terrón pegaba pequeños hipidos. Las carnes le temblaban y el pulso le comenzó a fallar. El agua se puso negra y el pelo de la cabeza, al tercer enjuague, apareció milagrosamente blanco.

—Los brazos... Debajo de los brazos; así... De prisa... ¡Dios mío, qué manos! ¡Pobrecita! ¡Pobrecita!... Después secaremos el pelo y la peinaremos... A ver esa cara... Con el agua del grifo, mejor... La de la bañera es un pozo negro...

Las faldas del camisón que las buenas madres le pusieron para proteger su pudor flotaban a la deriva en el breve oleaje de la bañera.

—¡Estas orejas, Dios mío!... Prepare el toallón, Madre... Arremángúeme, por favor, un poco más... Así... Gracias... A la una... A las dos... Y a las... ¡Ya está! ¿Ve usted qué bien ha ido todo? ¿A que se encuentra ahora mejor?

La frágil humanidad de María Terrón pasó de manos de la Madre Delacroix a los brazos de la Madre Sepúlveda, que la sentó en su regazo para secarla. El camisón mojado fue sustituido por el seco. La operación no duró ni siquiera los diez minutos previstos.

—Muchas gracias, Madre Sepúlveda. ¡Que Dios se lo pague! Yo la llevaré a la cama...

Al comprobar su estado de nervios, la Madre Delacroix juzgó más prudente que

cenara en el lecho. Ni por un momento se le pasó por las mientes a la decidida, enérgica» y eficientísima buena mujer, que hubiese cometido un homicidio. Le subió un caldo y unas galletas, que la anciana no tomó. María Terrón —las horas contadas — tenía ya el alma entre los dientes. A las seis de la mañana, cuando el sol comenzó a dorar los visillos de las ventanas, y los gorriones y los vencejos entonaban un estruendoso concierto de píos para saludar la nueva luz, María Terrón —vidriados los ojos— torció la cabeza y expiró. Un suspiro más largo que los demás y sus pulmones se vaciaron. Hasta las ocho de la mañana nadie lo advirtió.

—Desengáñate, Andrés. Un marido que es fiel a su mujer más de dos años, no es un buen marido: es un vicioso.

Andrés hizo un vago gesto que no quería decir nada.

—Tranquilízate —añadió Regidor—. Tú no eres un marido: eres un artista.

Regidor sería feliz jugando al tenis con cráneos de niños. En público, claro está. El vago gesto de Andrés no era de aprobación, ni siquiera de disgusto. Había comprendido que Regidor se refería directamente a él, puesto que le llamó por su nombre, pero lo cierto es que llevaba mucho tiempo sin escucharle y no sabía lo que le había dicho.

Esto no era imposible —a pesar de estar mano a mano con él en una misma mesa del café— si se tiene en cuenta que el escritor, al hablar, no lo hacía para una persona sola, sino para todos cuantos cayeran —conocidos o desconocidos— en el radio de acción de su voz privilegiada.

Esta bendita circunstancia le permitía oírle sin escucharle; mirarle, sin atenderle. Andrés tenía incrustado entre ceja y ceja un pensamiento mucho más agudo que las palabras de Regidor.

Andrés estaba dispuesto a romper con Ana María. No de una manera inmediata. No había decidido aún el cuándo y el cómo. Pero era necesario tomar en firme esa determinación «algún día...»

«¡No me pongas a Dios como responsable de tu hastío!», le había dicho Ana. Y no tenía razón. Podría ella creer o no creer en la sinceridad de su remordimiento, pero era inútil pretender desligarlo de sus verdaderas raíces morales y religiosas. Eran ataduras en las que él se había educado y en cuya disciplina había vivido hasta ahora, y a las que —aún siendo capaz de traicionarlas— no había renunciado nunca. Estuvo muy torpe en hablar con Ana María de este desasosiego suyo, de cariz religioso. No puede hablarse de Dios a una mujer que se tiene en los brazos y menos aún presentarlo como un rival, pues la mujer que se aferra a un amor, pretenderá, como Ana, tener a Dios de cómplice, o acabará recelando de Él, y por lo tanto alejándose de Él, como de un rival.

Era absolutamente necesario dar por clausurada su aventura. Más que la mentira permanente en que vivía; más que la deliberada e irritante injusticia contra su propia

mujer; más que el cobarde atentado contra el honor de Enrique, era su labor de desmoralización de Ana María lo que provocaba sus mayores remordimientos. Sus relaciones con ella, sobre todo después de la adquisición del departamento, corrían el riesgo de estabilizarse. Y Andrés sentía, cada vez con mayor fuerza, el imperioso deber de evitar la institucionalización de lo anómalo, la eternización de lo efímero. No se puede hacer el mal «indefinidamente» a quien se quiere, aunque aquel que lo recibe no sepa (o no quiera saber, o no quiera confesar) que es nocivo lo que le dan. Cada vez que Andrés llegaba a la conclusión de que era por amor, precisamente por amor a Ana María, por lo que debía renunciar a ella, la recordaba desencajada, ofendida, con las huellas de un dolor nuevo en el rostro; de un dolor antiguo, preguntándole casi sin voz: «Pero ¿cómo es posible, Andrés, que se pueda querer y abandonar como un trapo sucio, como una piltrafa, a quien se quiere?» Pues bien. Había que pasar por encima del dolor de Ana, por encima del suyo propio, y arrancarse esta espina de los remordimientos que le desgarraban. Había que hacerlo aunque... (el ambiente del café le facilitó la cita literaria)... aunque algún día tuviera que llorar con Machado: «Aguda espina dorada ¡quién te pudiera sentir, en el corazón clavada!» (Andrés hablaba consigo mismo un poco como Regidor con los demás: escuchándose.)

Regidor acababa de anunciar que iba a leerle confidencialmente los versos que le había dedicado el pederasta de Angelito U. Pero antes —y en el mismo tono— hizo un gran elogio de su detractor. Era tan zape el garzón, llevaba tan lejos el retruécano de su sodomía, que ahora, por progresar todavía más en la inversión de los términos, le daba por salir con mujeres. Se rió escandalosamente de su ocurrencia.

—¡Con mujeres! ¡Ja, ja, ja, ja!

Como vio que su risa se contagiaba a los contertulios de otras mesas vecinas, les dedicó el resto de su perorata.

—¡Con mujeres! ¡No he visto nunca un caso de mayor perversión!

El tema más grato para Regidor era hablar de Regidor. Así, pues, recitó los versos que contra Regidor había escrito Angelito U. «Tiene muchas condiciones —para la literatura —del cabello la hermosura-la afición por los masones —y otras espúreas razones: —ser zote, existencialista, —vegetariano, nudista —tener la voz hueca, enfática —sentir odio a la gramática —y ser un poco marxista.» Como en algunas mesas próximas había algunos desconsiderados que cometían la insolencia de no atenderle, alzó un poco más la voz para afirmar que, en efecto, la gramática era el corsé de la literatura, que el comer carne era un atavismo antropofágico y que el marxismo —que ya no se ponía en práctica en ningún país marxista— era el truco necesario que debían cultivar los escritores principiantes (como él había hecho en su día) para ser mimados, atendidos y elogiados por las gentes de derechas que, dicho sea de paso, eran las únicas que compraban libros. Acto seguido afirmó que Angelito

U. tenía talento, sólo que no en la cabeza, sino en el trasero.

Andrés se levantó bruscamente de la mesa y sin despedirse se acercó a la barra.

No podía soportar por más tiempo a Regidor. Lo admiraba, mas no lo soportaba. El sonido de las campanas en el campo es encantador, salvo que se meta uno dentro de las campanas. Tampoco podía soportar el ambiente del café. Allí, en aquellas mismas mesas, se reunía en otros tiempos, siendo estudiante, con sus amigos, todos opositores a genios como él y barajaban juntos ideas, confidencias, proyectos: divinas esperanzas. ¡Qué pocos eran los que consiguieron no ya «romper moldes» como decían, sino despegarse del suelo y aletear! Los que dejaron de ser gusanos, no pasaron de mariposas.

Pidió dos fichas, se encerró en la cabina telefónica y marcó el número de Ana María. Dejó que el timbre de llamada sonara por tres veces y colgó. Era la señal convenida. Inmediatamente volvió a marcar el mismo número. Si Ana, al descolgar, empleaba la fórmula «¿Quién llama?» quería decir que no podía expresarse con claridad, pues había gente delante. Si respondía de cualquier otra manera, significaba que tenía libertad.

—¿Sí?

—¡Hola, Ana! Te llamo antes de lo convenido. ¿Nos podremos ver?

—No, Andrés. Tampoco hoy nos podremos ver.

Ana María contó en pocas palabras la muerte de María Terrón. Era un personaje estrafalario, un tipo de gran guiñol, y su muerte había sido tan grotesca como su vida. Se murió porque la bañaron. La noticia le había impresionado muy vivamente. Había estado toda la mañana en la Residencia con las monjas. Y estaba abatida. No quería salir. Prefería quedarse en casa y poner un poco de orden en sus ideas. Necesitaba estar sola.

—¿Me perdonas, Andrés?

Andrés no salía de su asombro.

—Hace unos días, cuando murió tu abuela, querías verme a toda costa; y ahora, por María Terrón...

—Es distinto. No es por eso... No me comprenderías... Mañana nos podremos ver... o el jueves mejor. Ya no me acordaba de que mañana tampoco podré.

Andrés abandonó la cabina de pésimo humor. Se le llevaban todos los diablos. Una idea se le había alojado en el caletre. Necesitaba buscar una mujer. Ahora mismo. Para hoy mismo. Una mujer que no fuese Alicia, pues a su lado le flagelaban los remordimientos; que no fuese Ana, pues el goce de tenerla en sus brazos se diluía ante la evidencia de estar envileciéndola. Necesitaba una mujer que ya estuviese envilecida. Salió a la calle a buscarla. Hacía un calor de infierno. Los coches dejaban marcada en el asfalto la huella comercial de sus neumáticos. Buscó la acera de sombra y siguió calle arriba, caminando al azar.

Ésta era la primera vez que Ana María se negaba a salir con él. ¿Qué significaba eso de «preferir quedarse en casa y poner en orden sus ideas»? ¿Qué había querido decir con lo de «necesitaba estar sola» ?

Andrés pegó con rabia una patada a una piedrecilla del paseo. El pequeño bólido salió disparado y dejó una estela de polvo tras él. ¿Ana «necesitaba» estar sola? ¡De acuerdo! ; pero él necesitaba estar acompañado. El alcohol —pensó— le dañaba el hígado. Las drogas suponía que le destrozarían los nervios. Una mujer ni le dañaba ni le destrozaba nada. ¡Adelante, pues! Se dijo «¡adelante!»; mas se detuvo.

Toda su reacción ante las palabras de Ana María eran de una pasmosa incongruencia. ¿No estaba él mismo dispuesto, diez minutos antes, a dar por terminada su aventura con Ana María? ¿Por qué irritarse entonces, si ella, con su actitud, le facilitaba lo que él mismo se proponía?

Andrés llevaba nueve días sin salir con Ana. Y no había salido por su propia voluntad. Quería «probarse», medir su capacidad de violentar sus deseos; ¡entrenarse: en una palabra! para una separación definitiva que él provocaría, más tarde, no sabía cuándo, en otra ocasión. Pero he aquí que hoy terminaba el plazo que se había impuesto, y Ana se negaba a verle. Le había dicho simplemente que hoy prefería «estar sola». Y la verdad... ¡se le hacía muy duro de tragar que fuese Ana quien pretendiera eludir o aislar sus encuentros con él! Se le hacía muy cuesta arriba. No lo aguantaba. Bien es cierto que él —por razones morales— buscaba la manera de abandonarla. Pero nunca se había planteado la posibilidad de que Ana María le abandonara a él. ¡Hasta ahí podían llegar las cosas! Es decir: ¡hasta ahí podía llegar la moral!

Si Ana se atreviese —que no se atrevería, pero si se atreviese— a dejarle... desplegaría todo su talento, sus mejores armas, su capacidad de persuasión, su ternura, su ingenio, su don de gentes, sus manos y su voz para retenerla, deslumbrarla, reconquistarla. Casi deseaba que Ana se resolviese a dar un paso así para demostrarle la inutilidad de su intento. Sabía que era una incongruencia y una vileza; pero también se percataba de que así sería —sin lugar a dudas y por encima de cualesquiera consideraciones— su manera de actuar, si el caso se presentaba.

Un frenazo y dos palabras soeces y un coche que viraba y le pasaba rozando le arrancaron de su abstracción. Un taxi había estado a punto de atropellarle. Los insultos del conductor se le atragantaron. ¡No estaba de humor esta tarde para aguantar insolencias a nadie! Un semáforo cometió entonces, a pocos metros, la imprudencia de encender las luces rojas, y los coches se detuvieron. Andrés, rojo de ira, apretó los puños y miró hacia el coche dudando si acercarse o no a vengar la ofensa. Dentro del taxi una mujer —despampanante y de aspecto inequívoco— le miraba entre asustada y divertida. Al fin, al ver que el violento no era peligroso, nació en sus labios una sonrisa con tanta guasa, que Andrés quedó desarmado. Inició un

paso hacia el coche, pero las luces verdes dejaron vía libre y el taxi arrancó. Andrés hizo un gesto de desaliento. Y la joven, que no esperaba otra cosa, mandó parar al conductor.

Molesto de que alguien le viera se acercó receloso. Abrió la portezuela.

—¿Puedo subir?

Ella miró primero si iba o no bien vestido. Se fijó sobre todo en sus zapatos. Accedió, y el coche siguió su camino.

—¿Dónde vamos? —dijo Andrés, muy sorprendido de que todo fuese tan fácil.

—¡Eso me pregunto yo! —respondió ella, mientras plantificaba descaradamente una mano sobre sus rodillas.

—Podemos ir a tomar un café —sugirió Andrés por ganar tiempo—. Luego, ya veremos.

—¡De acuerdo! —dijo ella. Y no habían andado cien metros, cuando añadió—: ¿Y si suprimiéramos el café?

Andrés sonrió complacido. Se tanteó la cartera. El sustitutivo del alcohol que se había agenciado iba a costarle bastante caro. Hizo un cálculo. Algo más que el bolso que Alicia le pedía y él no le compraba. Por esta causa, allí mismo comenzaron sus remordimientos. Pero los remordimientos de Andrés jamás le detenían.

Ana María estuvo casi una hora, sola, ante el cadáver de María Terrón. No lloró. Tampoco lloró cuando murió su abuela.

La Terrón no era ya una vieja grotesca, el espantapájaros viviente que había conocido. Al desaparecer el artificio del corcho ahumado, su cabello apareció milagrosamente blanco de una admirable belleza. Ana María no experimentaba dolor por la muerte de la Terrón; sino un vago, impreciso remordimiento. Ahora que ya no bullía ninguna idea bajo aquella frente, Ana meditó que algún día las hubo; ahora que el sufrimiento o la alegría ya no tenían cabida en su pecho, Ana pensó que en aquel pobre volumen tuvieron cabida. Pensamiento, alegría y sufrimiento : las tres dimensiones del ser humano. Porque el irracional goza, pero no se alegra; siente dolor, mas no sufrimiento. Por primera vez Ana juzgó a María Terrón como a un semejante. Y sintió una profunda vergüenza de hacerse esta consideración sólo ahora que ya había muerto.

Ana llevaba un esparadrapo en la mejilla: el arañazo de María Terrón se le había infectado. No sentía rencor por ella. Aprecio tampoco. Nunca lo tuvo. Ana María, muchos años atrás, siendo muy niña, oyó decir en su casa que María Terrón estaba enferma. Corrió entonces a su cuarto y se pasó toda la tarde con ella. Cuando la abuela Matilde lo supo, la castigó. Estaba terminantemente prohibido —le dijo— entrar en aquel antro de suciedad. Pero su padre, cuando se enteró, la llamó aparte, la sentó sobre sus rodillas y le dijo, al oído: «Has hecho muy bien... y como premio te llevaré a ver los elefantes amaestrados del "Krone"». Cuando regresaron del circo,

padre e hija —sin que nadie lo supiera—, hicieron juntos una corta visita a María Terrón.

Arrodillada junto al cadáver, Ana María no lloró, no rezó, pero se dejó llevar por sus recuerdos de niña, y los minutos volaron sin que lo advirtiera. Un pensamiento impreciso surgió de pronto en ella y comenzó a aletear bajo el pliegue de su frente, buscando los vocablos cabales para concretarse.

«Yo no te aprecio, María Terrón, y sin embargo, he venido a verte.» «No me encuentro a gusto contigo, y... ¡ya ves!... te hago compañía.»

Ana estaba dispuesta a sufragar todas las misas, funerales y rosarios por la anciana; pero sin asistir a ellos, por supuesto. Ahora, en cambio, se propuso no perderse una sola de estas ceremonias. No sabía a ciencia cierta por qué se hizo esta promesa. Quizá por tranquilizar su conciencia —«¡Ya ves, María; otra vez te vengo a visitar!», le diría cada vez— o quizá por tributar un lejano homenaje a Alberto Moscoso, que tampoco estimaba a María Terrón, y que, sin embargo, cuando estuvo enferma llevó a su hija de la mano hasta el cuarto de la vieja.

XVII
LOS POBRES VERGONZANTES

El cumplimiento de la promesa obligó a Ana María a pasar muchas horas en la Residencia de pobres vergonzantes donde se celebraron todos los sufragios. Las buenas Madres, agradecidas por el cuantioso donativo con que las había favorecido, se creyeron en la obligación de enseñarle las distintas dependencias y ponerla al tanto —día tras día— del espíritu de la obra y su funcionamiento. El sentido crítico de Ana se rebelaba contra algunas cosas: le parecía anacrónico, inadmisible en el siglo XX, que entre aquellas paredes sólo se favoreciera a aquellos pobres que habían sido ricos. Esto era tanto —pensaba— como crear una aristocracia de la indigencia, un cuerpo de nobleza de lo miserable.

Ana María atendía a todo y se enteraba de todo como si fuese una asignatura.

Las absurdas horas de las misas gregorianas obligaban a Ana María a madrugar más de lo acostumbrado, con lo que le quedaba la mañana vacía sin tener nada que hacer; y el horario de los rosarios le impedía salir con Andrés, con lo que las tardes le quedaban también prácticamente libres. Sin esto no hubiera tenido paciencia para llegar al punto en que la cortesía de atender se convirtiese en punzante curiosidad por saber más.

La Institución favorecía a dos grupos de pobres vergonzantes muy distintos entre sí: internos (como las hermanas Cullero) y mediopensionistas. La Madre Rodríguez aseguraba que unos y otros pertenecían a dos universos diferentes. Los internos —pacientes, resignados, agradecidos— eran pobres seres retirados del mundo; en cambio, los mediopensionistas —altaneros, ingratos, suspicaces— vivían en el mundo, pertenecían a él y no se resignaban a naufragar. La mayoría de ellos conservaba en sus cuchitriles, en las buhardillas donde vivían, alguna prenda, algún traje —alguna joya incluso— de su antiguo esplendor, que utilizaban para lucirse ante sus parientes y amigos, ocultándoles no ya que habían caído en la más sórdida de las miserias, sino pretendiendo convencerlos que su posición era tan boyante como en otros tiempos. El trato con los mediopensionistas requería una delicadeza extraordinaria; pues sus extravagancias y complejos —exacerbados por el hambre y su deseo de ocultarla— eran tales, que preferían morir antes de que alguien descubriese su secreto. Una de las señoras de la Junta cometió años atrás una indiscreción, y las consecuencias fueron dramáticas. Cierta pensionista recibió una carta de unos parientes lejanos que vivían en Burgos. Se habían enterado de que se acogía a la caridad de la Residencia, y la recriminaban por no haber acudido a ellos. De paso, le giraron un dinero de limosna. La mujer vendió su colchón —que era su penúltimo bien—, se vistió un traje de los buenos tiempos —que era su último bien—

y acudió a Burgos a devolver el dinero que le habían enviado, y sobre todo, a dejarse ver. Su situación económica —les dijo— no sólo era suficiente, sino holgada; vivió con sus parientes una semana, regresó a Madrid, se encerró en su buhardilla, no volvió jamás por la Residencia y se dejó morir de hambre. Desde entonces, ni siquiera las señoras de la Junta conocían los nombres de los pensionistas; la palabra «pobres vergonzantes» fue sustituida en las tarjetas que presentaban en los comedores, por la de «becarios», y el nombre y apellidos de estos últimos, por un número, y sólo la Madre Rodríguez llevaba en su fichero la relación nominal de sus protegidos. A este fichero no tenían acceso las señoras de la Junta, ni las Madres que no trabajaban en secretaría, ni la policía siquiera. Ella misma, con ser la superiora, ignoraba sus nombres, pues ni hacía esfuerzo alguno por conocerlos ni si los conocía por recordarlos o relacionarlos con gentes del mundo de idénticos apellidos. «La verdadera caridad para con ellos —decía siempre la buena mujer— no está en darles de comer, sino en guardar su secreto.»

—Pero ¡esto es siniestro! —exclamaba Ana María— Yo no podía sospechar que «todavía» existieran gentes así...

Lo que más le chocaba de todo, era la exigencia de que fuesen señoras y señoritas de la sociedad quienes atendieran directamente a los «nobles pobres» en los comedores, en vez de ser las propias monjas, o en todo caso mujeres asalariadas. «¿Por qué han de tener estos pobres más categoría que los demás, hasta el punto que sean señoras quienes les sirvan?» «¡Hacerlo así me parece muy poco democrático!» «¿Y por qué cree usted que les da más categoría que sean señoras y no criadas quienes les sirvan?», replicó la religiosa. «Pensar así ¡me parece muy poco cristiano!» «Atiéndame —le dijo después, pretendiendo convencerla—: si son monjas como nosotras quienes les sirven, se sienten demasiado humillados, pues se creen en un Asilo; si son señoras, no pueden soportar el riesgo de ser reconocidos; si son criadas, a la menor torpeza, a la menor insolencia, arman unas zapatiestas espantosas. La fórmula que la experiencia ha demostrado ser la mejor es la que hoy se aplica: los comedores deben ser atendidos por señoras ataviadas como las criadas, con bata y delantal. ¿No ha ido usted nunca a los comedores? Debía ir algún día. Le aseguro que es aleccionador.»

La presencia obligatoria de señoras del mundo en los comedores, en la enfermería, en la biblioteca, hasta en la peluquería y en la sala de diversiones de la Residencia, era —al decir de la Madre Rodríguez— la más original de las innovaciones, establecida en los Estatutos por la vizcondesa de Yecla al fundar la Institución. «Se les ocurren cosas —le dijo un día la superiora— que a nosotras, lejos del mundo, no se nos alcanzarían.» Por ejemplo, las dos últimas adquisiciones para los internos fueron: una televisión, idea inspiradísima de doña Dora Quesada, y un juego de croquet, que una mañana aportó triunfante la señora de Turull.

—Ninguna en la Comunidad —concluyó la Madre— pudo sospechar el éxito que estos dos objetos iban a tener entre los internos.

Pero ¿de dónde sacaban las monjas estas colaboradoras mundanas? —se preguntaba Ana María—; ¿de qué cantera humana las extraían? ¿Eran mujeres morbosas, que sólo se sentían a gusto moviéndose entre desgracias ajenas, eran santas o simplemente unas desocupadas? Ana María no estaba predispuesta para creer en la santidad de nadie: de aquí que en su conversación con Dora Quesada o con Pepa Turull o con las religiosas pretendiera averiguar dónde estaba el busilis de todo aquello. Sin conseguir alcanzarlo, se despidió aquel día de sus nuevas amigas y se fue a su casa. ¡Un día más sin salir con Andrés! Ya era tarde para llamarle. Mañana, sin falta, enlazaría con él.

Al día siguiente, al concluir la misa por la Terrón, Pepa Turull se acercó a Ana María, muy excitada. Acababa de descubrir al «hombre de la bufanda».

De todos los seres que pululaban en torno a la Residencia, Pepa Turull daba ciento y raya al más pintado. Ana María se entretenía tanto escuchando sus fantasías, que a veces hasta se olvidaba del paso del tiempo. Pepa era quien la informaba de la vida y milagros de los vergonzantes que acudían a los comedores y de algunos de los internos. Los nombres no se los podía decir, porque ella misma los ignoraba; pero... sus vidas se las sabía al dedillo, y las que no, se las inventaba, o las adornaba con tales perifollos de imaginación, que convertía a cada pensionista en un personaje de novela. Ana la escuchaba embobada; pues mucho más que la personalidad de aquellos pobres diablos, lo que le interesaba era Pepa misma. Mientras le contaba la historia de la reclusa condenada a cadena perpetua y cuya inocencia se demostró cuando ya había cumplido los setenta años, o mientras le hablaba de la señora convertida en criada de una ciega, que años antes era sirvienta de la misma que ahora la servía, Ana mentalmente le preguntaba: «Y tú, Pepa Turull, ¿ quién eres, cómo eres, cuál es la verdadera razón que te mueve a desvivirte por estas gentes que no conoces, que no te quieren y que no te lo agradecen? Dime: ¿estás hecha de la misma madera que yo; eres capaz de sentir como yo? ¡Dime, dime esto, Pepa Turull!, ¿eres capaz de pecar?»

Cuando Ana la miraba fijamente, Pepa estaba muy lejos de imaginar el tortuoso camino del pensamiento de su amiga. Creía que Ana estaba interesada en la historia que le contaba. La del hombre de la bufanda era apasionante.

Se escandalizó de que Ana María no conociera su caso. Le parecía imposible no habérselo contado «todavía». Desde hacía muchos años, «el hombre de la bufanda» —como le llamaba todo el mundo— o «el hermano del Duque», como le llamaba ella, era el más popular de todos los pensionistas. Su hermano era una persona importantísima, riquísima y conocidísima de Madrid. Los «ísima» de los tres superlativos los dijo Pepa arrugando la nariz y frunciendo los párpados. Nadie, salvo

la Madre Rodríguez, sabía su nombre; pero ella tenía sospechas muy fundadas de quién era: no se lo decía por no traicionar el secreto de la Institución: sólo le adelantaba que el tal hermano era uno de los títulos más sonados de toda España.

—Y no te digo más —añadió.

Pero le dijo más, por supuesto. En realidad, se lo dijo todo.

El de la bufanda fue descubierto un día por su hermano (en el mes de mayo, recién terminada la guerra) pidiendo limosna en Madrid. El duque (Pepa confesó que no debía haber dicho que se trataba de un duque) lo acogió en su casa, lo vistió y le exigió que le contara qué había hecho desde que desapareció quince años atrás, y sobre todo cómo había podido despilfarrar la fortuna heredada. Éste respondió que dándose una vida padre. El hermano, después de afearle su conducta, recordarle la memoria de los suyos y sermonearle de lo lindo, le donó una cantidad fortísima para que rehiciera su vida. Pero el de la bufanda se la zapateó en poco menos de tres años viviendo a todo meter. El duque (bueno: el hermano mayor) tuvo a partir de entonces noticias ciertas de que se le había visto en Hong-Kong, en Mar del Plata y en la Riviera italiana: pero un día aciago le avisaron que había sido detenido como vagabundo durmiendo bajo un arco del Viaducto, en Madrid.

Era mayo otra vez. Le sacó de la cárcel, le volvió a acoger, lo vistió, le montó un negocio, que puso a su nombre. No le dio dinero, pero sí la manera de ganarlo. El de la bufanda parecía reformado; durante tres años se comportó como una persona decente. (Malas lenguas dicen que en este tiempo le hizo el amor a su cuñada, la duquesa. «Pero esto no me consta», aclaró Pepa Turull.) El caso es que un buen día desapareció de nuevo. Vendió el negocio y se lo jugó todo a un pleno en el Casino de Estoril. Ganó, y no se vol-vió a saber más de él hasta hace cuatro años, en que el duque fue de nuevo informado de que su hermano estaba en la cárcel. Esperó a que cumpliera su condena y le abordó a la salida del establecimiento.

—No te he mandado llamar...

—Ya sé, ya sé...

—Pedí a esos cerdos que no te dijeran nada...

—Pues ya ves, esos cerdos me avisaron el primer día.

El hombre de la bufanda hizo un gesto de incredulidad.

—¿El primer día? No te creo.

—Me dijeron que si depositaba una fianza y me hacía garante de tu estrafalaria persona, te dejarían en libertad.

—¿Y te negaste? ¡No te creo capaz!

—Me negué.

—De veras que te lo agradezco.

—Olvídalo. Estabas en la cárcel por tu voluntad, y yo no era quién para quitarte ese gusto.

—Bien. ¿Y qué quieres ahora?

—¿Te extraña que, después de tantos años, tu hermano quiera saludarte? ¿Te sorprende que, a pesar de todo, no pueda olvidar que eres mi hermano?

—«¡A pesar de todo!» Dices eso como si yo te hubiese ofendido en algo...

—No me has ofendido. Me has decepcionado...

—Estás muy viejo, duque, muy viejo. Siempre lo fuiste. ¡Imagínate ahora!

—Dime una cosa: si yo cometiera el error de darte dinero otra vez... ¿qué harías con él?

—Jugármelo.

—¡No te extrañará entonces que no te lo dé!

—¿Te lo he pedido acaso?

—Y si en vez de dinero te pusiera un negocio: otro negocio que fuera más de tu gusto que aquél: un comercio... algo en que trabajaras...

—¿El negocio estaría a tu nombre?

—Sí.

—No iría nunca.

—¿Y si en vez de a mi nombre estuviese al tuyo?

—Sería muy desgraciado el tiempo que tardara en venderlo.

—¿Y qué harías con el producto de la venta?

—Jugármelo.

— ¡Eres imposible! En esas condiciones no te daré nada.

—Que es exactamente lo que yo te pido: nada. Anda, vete para casa. No me hagas perder el tiempo. Hoy salgo de viaje.

—¿De viaje? ¿Adonde vas?

—A Andalucía. ¿Ves esa carretera? Pues andando, andando se llega a Sevilla. Dentro de poco empieza el frío. En invierno sólo es bueno el Sur...

—Antes de separarnos y por última vez: dime si necesitas, si quieres algo.

—Lo necesito todo, pero no quiero nada: palabra.

El pobre hombre, al ver el gesto desolado de su hermano rico, meditó un momento. ¿Qué podría hacer por complacerle ?

—Dame tu bufanda. Ésa, la que llevas puesta.

El caballero se la quitó y ciñó con ella el cuello del vagabundo. Después se metió una mano en el bolsillo y sacó una cartulina azul.

—Toma esto. Puede que te sirva...

—¿Para qué es?

—Para comer. Vas a esa dirección en Madrid y te darán de comer.

—¿De comer? ¿Cuántas veces?

—Todas... La tarjeta es por un año, pero se puede renovar.

El hombre de la bufanda sonrió complacido.

— ¡Pues mira, la acepto! Puede que me sirva algún día. En mayo, por San Isidro, volveré a Madrid.

Desde entonces, todos los días —excepto algunas misteriosas y largas escapadas como la última, que duraba ya más de un año—, el hermano del duque comía en la Residencia. Iba siempre con una bufanda en torno al cuello. Gracias a esta prenda, Pepa Turull (que conocía su historia, pero que no le había visto nunca antes de ahora) le reconoció en las oficinas mientras renovaba su tarjeta.

—Pero ¿cómo sabes todo eso? —le preguntó Ana María.

—Atando cabos... —respondió misteriosamente la Turull.

—¡Eres divina!

Pepa se empeñó en que Ana asistiera ese día a los comedores. No había ninguna dificultad. Sólo tenía que vestir una bata azul y un delantal —que le facilitarían las monjas— y ponerse a servir.

—Tú miras lo que yo hago, y me imitas.

Ana accedió. Y no sólo por complacerla: el mundo de los aristócratas de la miseria le intrigaba.

Su primera sorpresa, al entrar en el oficio, la experimentó al reconocer a muchas de las señoras que allí trabajaban, y que nunca hubiera sospechado que se dedicaran a tales menesteres. Entre las muchachas solteras conocía también a varias; y a las que no, sabía sus nombres o de quién eran hijas o con quien estaban emparentadas.

Ana se sorprendió también de la edad de los pensionistas. Había pensado que serían todos unos viejecitos inútiles —como los internos—; pero ahora resultaba que no era así: había mucha gente de mediana edad, y algunos —aunque pocos— muy jóvenes. ¡Qué curiosa observación! Ana percibió que los más charlatanes eran los más viejos. Los jóvenes apenas hablaban. Las conversaciones de los primeros eran, en gran parte, de una cortesía remilgada, ceremoniosa y cursi. Los segundos sólo abrían la boca para pedir más. La mayor parte de los comensales se sentaban en torno a las grandes mesas de treinta a más cubiertos. Algunos preferían las mesas apartadas y comían solos sin mirar a nadie ni hablar con nadie. Entre éstos estaba «el hombre de la bufanda». No se parecía nada a lo que había imaginado. Era serio, reconcentrado en sí mismo y sobrio. Sin levantar la vista del plato, simulaba ignorar el mundo que le rodeaba. Ana observó que algunos llevaban unas tarteras escondidas y que vaciaban en ellas las sobras que no engullían. Consultó con Pepa si eso estaba permitido, y ésta le dijo que como en la Residencia sólo servían una comida diaria, algunos doblaban fraudulentamente su ración para cenar en casa por la noche; pero que hiciera la vista gorda...

—Señorita... Señorita...

Una mujer de unos sesenta años, muy pintada, armada de un poderoso moño sobre la coronilla, tableteaba nerviosa con el cubierto sobre el mantel.

Pepa acudió en seguida.

—Perdón...

—Ya está bien que me sirva usted la última, como de costumbre —dijo la mujer con voz desagradable—. Pero que (encima) se ponga usted a charlar con sus amigas, antes de servirme, no se lo tolero.

—Le ruego que me disculpe —dijo Pepa—. Me estaban preguntando, y...

—Cállese, respondona, más que respondona.

Pepa se sonrojó, mordióse el labio y no dijo nada. La mujer del moño siguió despotricando entre dientes. Pepa, una vez que hubo concluido de servirle la sopa, se acercó a la puerta de vaivén con intención de cruzarla y traer el plato siguiente. La mujer de marras probó el caldo, hizo una mueca de disgusto y la llamó.

—¡Señorita!

Pepa dudó si atenderla o seguir hasta la antecocina.

—¡Señorita! —chilló más fuerte la mujer.

Su papada temblaba de ira. Cuando Pepa se acercó a ella, por ver qué quería, dijo alzando más la voz:

—La sopa no tiene sal. ¡Tómesela usted, si quiere! —Y con un movimiento brusco e inesperado, lanzó el contenido de su plato sobre la cara de Pepa Turull.

Al ver esto, Ana María sintió un nudo en el estómago, como si la hubiesen golpeado, y, por unos segundos, la vista se le nubló. No podía creer lo que estaba viendo. «Es mentira. No puede ser. He sufrido una alucinación», se decía para sí misma, intentando reponerse. La mayor parte de los pensionistas tomaron partido en contra de la vieja y comenzaron a insultarla, pero otros la defendían. El hombre de la bufanda se puso en pie, lanzó una mirada de infinito desprecio a la del moño y sin decir palabra se ausentó de los comedores. Ana tenía la sopera en la mano; estuvo a punto de acercarse a la vieja y vaciarle el contenido del cacharro en la cabeza; le apetecía rebañar la sopera con el cucharón hasta que no quedara un solo grumo sobre la loza; y acto seguido, volcar el salero sobre el moño de la insolente, y decirle: «La sopa ya tiene sal».

No hizo nada de esto; no le dijo esas palabras, pero lo imaginó tan a lo vivo, que al cabo de una hora ya no acertaba a saber si había llevado o no a la práctica lo que le pedía su indignación.

Dejó la sopera en cualquier parte, y acudió corriendo a la antecocina para socorrer a Pepa. Un grupo de señoras rodeaban a su amiga, ayudándole a secarse.

—Vamos, vamos, no se arremolinen aquí —decía la Madre Sepúlveda—. Sigan sirviendo, como si no hubiese pasado nada...

Ana María no podía dar crédito ni a lo que había visto antes ni a lo que ahora oía.

—¿Como si no hubiese pasado nada? ¡Me parece un poco fuerte; se lo confieso!

La Madre Sepúlveda la miró secamente.

—Sí, doña Ana María: ¡como si no hubiese pasado nada!

Pepa, muy confusa, se secó la cara con un paño, y el pelo como pudo. La monja le ayudó a quitarse la bata y el delantal.

—¿Cómo ha sido? —le preguntó la religiosa.

—Ni me di cuenta, Madre —respondió Pepa—. Me llamó: me dijo que la sopa no tenía sal y me la tiró a la cara. —Pepa hizo una pausa—. Deme otra bata, Madre.

—¿Te vas a poner otra bata? —preguntó Ana, escandalizada—. ¿Acaso vas a seguir sirviendo?

Pepa desvió la mirada.

—¿Por qué no?

Quiso sonreír, pero la mueca le salió forzada.

Ana María se desabrochó lentamente la ropa.

—Toma mi bata y mi delantal. Yo no voy a servir más.

—¡Qué mala suerte has tenido! —le dijo Pepa, desolada—. ¡Y yo que quería que te sumaras a nosotras!

Ana María sonrió.

—Soy difícil de catequizar...

Pepa hizo un gracioso mohín de resignación, se acercó al torno para pedir otra fuente, besó a Ana María en la cabeza y empujó con el pie la puerta del vaivén. Ana, sin perder un minuto más se marchó.

La tarde entera la pasó con Andrés. Hacía ya dos semanas que no estaban juntos. Nunca, desde que empezaron a salir, habían permanecido tanto tiempo sin verse. Andrés habló de los preparativos de su exposición. A la salida del departamento pasarían por el estudio para ver sus últimos cuadros. Estaba seguro de que la hora de su definitiva consagración se acercaba.

—¿Qué te ocurre, Ana? Estás distraída...

Ana no podía apartar de sí la visión de Pepa Turull, de pie, detrás del asiento de la vieja, con la cara empapada en sopa y el vestido lleno de fideos.

Pusieron música. El altavoz sonaba en el dormitorio; Ana María, arrepentida de aquella innovación, quiso volver a colocarlo en su primitivo lugar. Pero Andrés se opuso y quiso retenerlo y retenerla en aquel cuarto.

—No, Andrés. Hoy quiero bailar, sólo bailar...

De cuando en cuando, Andrés se apartaba de ella para mirarla.

—¿Qué te ocurre? ¡Dime qué te ocurre!

Ana no respondía; bailaba con la cabeza doblada sobre su hombro y apenas hablaba.

—Borra ese pliegue, Ana. Hace tiempo que no lo veía...

Andrés la besaba en la frente, la estrechaba contra sí, y seguía bailando...; pero aquella tarde el pliegue no se borró en la frente de Ana María.

XVIII
YO NO SOY TU PAZ

Sentada en un viejo banco de mármol, mordido y amarilleado por el tiempo, Ana asistía conmovida al partido de croquet que jugaban con envidiable entusiasmo Pepa Turull y cinco vejetes asilados.

El verano estaba muy avanzado, pero la mañana no; de suerte que el paseo por el parque de la Residencia, antes de que el calor cayera de plano sobre él, era una pura delicia. Ana y Pepa, apenas terminada la última de las misas en sufragio de María Terrón, habían salido a caminar por el jardín, pero la Turull, no bien descubrió un pequeño drama en cierne entre varios pensionistas, había acudido a evitarlo y la dejó plantada. Los viejos querían jugar por parejas; pero sumaban un número impar. Las discusiones ya habían comenzado: uno de ellos debía forzosamente sacrificarse. Pepa —que sabía muy bien que allí no se sacrificaba nadie, pues los viejos son testarudos y egoístas hasta el paroxismo— les suplicó por lo que más quisieran que la dejaran jugar. Aseguró que nada en el mundo la divertía tanto. Prorrumpió en grandes exclamaciones de júbilo cuando la aceptaron y se emparejó con un vejete cascarrabias y gruñón que lo hacía muy mal. Ana se sentó en un banco para verlos jugar. Pepa tenía la virtud de conmoverla.

Fuera de los que jugaban, muchos pensionistas se soleaban en los bancos; otros paseaban en grupos o en parejas entre los setos de laurel, bajo los árboles. Si Enrique (empeñado aquellos días en comprar un portaaviones para desguazarlo) conociera la existencia de un jardín de estas dimensiones, situado en el corazón de Madrid, era seguro que propondría a las monjas edificar buenos bloques de pisos —cuanto más caros, mejor— en el espacio inútil donde hoy crecían los inmensos castaños. Era realmente admirable que nada permitiese adivinar desde la calle la existencia de una propiedad tan grande. Pero ¿no era también sorprendente —pensó Ana María— que sobreviviese, desde hacía casi un siglo, una institución tan original, sin que ella lo supiera; sin que los periódicos la airearan como tema inagotable de reportajes; sin que se hubiesen escrito docenas de libros —y hasta novelas— sobre los tipos humanos grotescos, tremendos, tolstoianos, que encerraba? Historias como la del hombre de la bufanda o como la de la señora venida a menos convertida en criada de su criada ciega; dramas como el de la reclusa condenada a cadena perpetua, y cuya inocencia se demostró cuando ya había cumplido los setenta años (y que ahora jugaba al croquet con un veterano de Filipinas que guerreó contra los Estados Unidos el año de la nana), ocurrían en sus días, ante sus propias narices, sin que ella lo sospechara..., sin que lo hubiese sospechado antes. Realmente sólo es ciego quien quiere. Pero había algo que la sorprendía todavía más, que hería más profundamente si cabe los

resortes de su asombro. Este algo, estos algos, tenían partida de bautismo, y se llamaban Dora Quesada y Pepa Turull. El interés de Ana por la institución y por los tipos humanos que albergaba o que allí acudían era más intelectual que otra cosa; el que sentía hacia la Turull, la Quesada y sus semejantes era de otro orden harto más difícil de definir. Al igual que el parque era una paradoja urbanística, y la aristocracia de los muertos de hambre una paradoja social, la existencia de seres como Pepa y la Quesada era una paradoja teológica : porque los ángeles suelen ser espíritus celestes que pertenecen al último de los nueve coros; y éstos que ella conocía tenían peso, ocupaban un lugar en el espacio, llevaban faldas y se pintaban los labios. Todo lo referente a esta clase de mujeres la aturdía, la inquietaba, la sorprendía : porque no sólo eran muchísimas, sino que hacían estas cosas a la luz del día, y con todo, ella, Ana, que vivía en el mundo, que devoraba los libros por kilos, que presumía de enterada de cuanto ocurría en torno suyo, no lo sabía. Acusaba a Enrique de patinar sobre la piel de las cosas, de ser incapaz de adentrarse en la entrada de los problemas, de no extraer nunca el zumo más íntimo de las realidades; y ella, la intelectual, la enterada, la mujer al día, no sabía de la misa la media.

Cuando la partida hubo concluido, Pepa corrió a su lado. Juraba que nunca se había divertido más. Se sentaron en la pérgola. Ana María estaba triste. ¿Quién no tiene alguna vez el corazón amargo? Concluidas las misas por María Terrón, ya nunca volvería por aquí. El choque con un mundo tan distinto y distante del suyo le había hecho mucho bien. Durante este tiempo, la residencia había sido para ella una isla de paz, donde, sin proponérselo, había logrado descansar de sí misma. Imperceptiblemente, como una niebla que se agazapa y cuela por los intersticios, la paz —una paz inefable— se había ido posando sobre los nervios y el espíritu de Ana. Por no perderla, evitó, durante varios días, el encuentro con Andrés. Ayer había vuelto a verle... y con ello perdió la paz. Ayer, Ana se había propuesto mantenerse en un plano equidistante de la lejanía y de la entrega; y no lo consiguió: su voluntad se diluía ante la de él como una nubecilla en el viento. Y cuando Ana, vencida, esperaba como único premio a la cesión de su voluntad el contento del hombre, sufrió una gran decepción. Andrés había luchado con gracia, con gallardía, con voluntad de avasallar su resistencia; con talento... ¡Ah, qué talento tenía Andrés para dominarla! Pero no bien satisfizo su deseo, se dejó ganar como siempre, como casi siempre, por una profunda tristeza. Clavados los ojos en el techo, estuvo una hora larga en silencio, sin hablar con ella, sin contestar a sus preguntas. Ana, vuelta sobre él, pretendió acariciarle la frente, borrar con sus dedos los pensamientos que le atormentaban; y él volvió el rostro sobre la almohada en otra dirección. Ana le veía sufrir por causa suya, pero no le compadeció: el despecho, la humillación fueron mayores que su piedad.

—Juraría que no sabes, ni siquiera aproximadamente, de qué te estaba hablando

—dijo, de pronto, Pepa Turull.

Ana María se volvió hacia su amiga. En efecto: ignoraba en absoluto de qué se trataba. Sonrió disculpándose. La verdad es que se encontraba a gusto con Pepa Turull aunque no abriera la boca. Se acercaba a ella para buscar su paz, como un bicho se acerca a otro para buscar su calor. Y esta paz le interesaba mucho más que el sentido de sus palabras.

—Eres un ángel, Pepa. Sólo te faltan las alas.

—Pero, ¿qué tiene eso que ver con lo que estábamos hablando?

—Perdóname. Te confieso que no sé de qué estábamos hablando.

—Me parece una grosería —dijo Pepa, riendo.

Y se dio por vencida. Estaba visto que Ana no se interesaba en absoluto por el baile que se celebró en este jardín en tiempos de la vizcondesa de Yecla, y al que asistió Don Amadeo, que era precisamente lo que le estaba contando. Cogió la revista que dejó abandonada al iniciar su partida de croquet y comenzó a hojearla de atrás adelante, sin fijarse mucho en lo que veía. Ana, súbitamente, se la arrancó.

—¡Déjame ver!

Y rompió a reír a medida que leía los titulares y los pies de las fotografías.

—¿Quién es? —preguntó Pepa, tirando de la revista.

Ana se la cedió.

Vio que se trataba de un pintor —de la nueva ola— que anunciaba una próxima exposición. Los titulares eran puros ditirambos.

—No tengo ni idea —comentó Pepa.

—¡No me digas que no sabes quién es! Todo el mundo habla de él.

—¿Quién es?

—Mira, Pepa; preguntar quién es este hombre es como preguntar quién es Juan Gris, o quién es Miró. ¡Te encanta presumir de ignorante!

Pepa observó atentamente la fotografía. La verdad es que tampoco sabía quiénes eran Juan Gris o Miró. El nuevo genio era un muchachote despeinado, con gesto entre inocente y arrogante, guapo e infantil. Su cara no le era desconocida...

Ana le arrebató la revista y la cerró.

—Dime, Pepa. ¿Tú vienes aquí todos los días?

—Sólo vengo los martes y los viernes, en que tengo mis turnos de comidas —respondió Pepa—. ¿Por qué me lo preguntas ?

—Pero ¿no tienes algo por los suburbios? ¿Tú no vas mucho a los suburbios?

—¿Mucho? No...; sólo por las mañanas.

Ana insistió. Quería la mayor precisión en este punto.

—¿Todas las mañanas?

—No; todas, no. Ya te he dicho que los martes y los viernes vengo aquí.

—Pero cuando no vienes aquí, ¿vas siempre a los suburbios?

Pepa tardó en responder. ¡Los suburbios! Allí es donde había visto la cara del pintor. En el barrio de San Calixto, frente a la «zona verde» donde estaba la chabola de Fermina. El portal hacía chaflán entre dos calles. ¡Estaba segura! Venía del interior del edificio, abrió la portezuela de un coche destartalado y cedió paso a una mujer en quien creyó reconocer a Ana María...

—¿Por qué no me contestas?

Pepa se sonrojó.

—Pues... sí. Las mañanas que no vengo aquí, voy a los suburbios...

Ana guardó silencio. Tenía varias dudas más; pero temía que Pepa se sintiese molesta si se las planteaba poco delicadamente. En realidad, no le importaba tanto saber qué tramaba Pepa en los suburbios (o si esas pobres gentes sufrían con paciencia que alguien se dedicara a meter las narices en su miseria), como averiguar qué pretendía, qué buscaba Pepa al dedicarse a estas cosas. ¿Se entregaba a los pobres desinteresadamente, nada más que por el deleite de hacer el bien? ¿Era, por el contrario, un egoísta toma y daca, un *do ut des,* un «yo pongo inyecciones a tus pobres y Tú me das la salvación» ?

—¿Qué haces en los suburbios? ¿Cuidas enfermos, distribuyes medicinas, qué haces?

Pepa rompió a reír.

—¡Yo no sirvo para eso! Una vez fui a la Policlínica, vi sangre y me desmayé. Los médicos tuvieron que abandonar al herido para atenderme a mí. ¡Figúrate qué plancha! La verdad es que lo que yo hago podría hacerlo cualquiera: atiendo a los niños de un jardín de la infancia mientras sus madres trabajan. ¡Qué absurdo! Imagínate que lo llaman jardín; pero es un piso...

Los ojos de Pepa brillaron de entusiasmo.

—Mira, hay uno... gordinflón, con el pelo lacio y cara de malo, y dos velas colgando perpetuamente de las narices, que lo robaría. Es todo un poema. Ya se lo dije a su madre: «Si algún día se le pierde el niño, búsquelo en mi casa».

Hizo una pausa y puso cómicamente los brazos en jarras.

—¿Me quieres decir de una vez a qué viene este interrogatorio?

Ana bajó los ojos.

—Simple curiosidad. Quiero comprobar que existes.

Pepa la miró, sorprendida.

—Y sobre todo —añadió Ana María—, quiero saber por qué lo haces.

—¡Los niños me encantan! —contestó Pepa rápidamente.

—No te me escurras. También te gustan los míos y no vas nunca a verlos. Contéstame en serio. ¿Por qué lo haces?

—Pero, Ana, ¡qué cosas preguntas! ¿Por qué y por quién esas monjas han renunciado a... ?

—No me engarces unas preguntas con otras —interrumpió Ana María—. Y no me hables de las monjas ni de los curas (que son gentes bastante raras y que en general no me inspiran ninguna simpatía), sino de ti. ¿Por qué lo haces tú? ¿Lo sabes siquiera?

—Tu pregunta es absurda, Ana, y la respuesta se da por sabida.

—Tú lo das por sabido, porque eres una santa. ¿Ves? Te toco y sé que estoy tocando a una santa.

—¿Quieres no decir ridiculeces? —protestó Pepa Turull, que dudaba si reírse u ofenderse—. ¿Qué bicho te ha picado hoy?

—Pero yo, que soy una mujer corriente —continuó Ana María—, no lo doy por sabido.

Ana María quería encontrar el entronque religioso entre la humanidad desbordante de Pepa Turull y el género de vida que llevaba; quería morder la almendra y saber si era dulce o amarga; quería arrancar una declaración mística a Pepa, sin saber si esto la llevaría a pensar bien o mal de ella. El cristianismo, como fenómeno histórico, era tan ilógico como un río que crece hacia sus fuentes. Un carpintero, hijo del carpintero de un pueblo perdido en una lejana provincia romana, muere ajusticiado. Unos amigos suyos, que también murieron ajusticiados, escriben el relato de su vida y divulgaban las predicaciones y la doctrina de aquél. De esto hace dos mil años. Los idiomas en que se escriben estos relatos ya no se hablan en la faz de la tierra. El Imperio Romano, al que pertenecía aquella provincia, se cuartea en mil pedazos. La raza de la que eran hijos los ajusticiados se dispersa. ¿Cómo, por qué, dónde está el secreto, dónde la fuerza para que la doctrina prevalezca? Y, en cualquier caso, ¿habría entronque directo entre aquella doctrina y Pepa Turull? ¿Estaba esta mujer al servicio de aquel lejano ajusticiado, o sus actos obedecían a complejos psíquicos o fenómenos glandulares, o era ella así porque no podía ni sabía ser de otro modo?

—Yo no lo doy por sabido.

Pepa se sentía muy torpe, muy ignorante. Llegar al corazón de Ana María era más difícil que hacer reír al mocoso nietecillo del ama Candelas. Le producía una violencia extraordinaria el que Ana la creyera tan por encima de sus méritos. Ella servía para muy pocas cosas; por eso se limitaba a cuidar niños y a servir de comer a los pobres dos veces por semana. ¡Bien poco era! Pero ocultar que esto lo hacía por Quien lo hacía, sería tanto como negarle. En el Evangelio de San Juan hay un sermón de Cristo que la estremecía mucho más, si cabe, que el de la Montaña: era el discurso de la despedida. Judas había salido ya del cenáculo. Las horas estaban contadas. Era la última vez que estaban reunidos. Sus palabras tienen la grandeza de un testamento oral: «Hijos míos, por un poco de tiempo estoy todavía con vosotros». Les anuncia que los va a dejar y que por ahora no podrán ir adonde Él va; pero les muestra el

camino: «Yo soy el camino, la verdad y la vida: nadie viene al Padre sino por mí». El tiempo se acaba. Judas ya ha extendido la mano para cobrar las monedas. Las palabras que ahora oyen los discípulos no las volverán a oír. Pero aún queda un poco de tiempo. «Entretanto, un *nuevo* mandamiento os doy.» ¿Un mandamiento nuevo? Los oídos de los once escuchan su palabra por última vez: «Que os améis los unos a los otros como yo os he amado». A lo largo del discurso —«no os dejaré huérfanos: yo volveré a vosotros»— repite cuatro veces más este mandamiento: «Lo que os mando es que os améis los unos a los otros». Los consuela por su marcha, les anuncia que serán piedra de escándalo y que por causa de Él serán perseguidos, pero vuelve sobre el tema, insiste. Dentro de poco ya no se lo oirán más: «Éste es mi precepto, que os améis como yo os he amado». Y en la oración al Padre, le pide: «¡Guarda en tu nombre a estos que me has dado, a fin de que sean una misma cosa por la caridad así como nosotros lo somos en la naturaleza!» «No me elegisteis vosotros a mí, sino yo a vosotros y destinado para que vayáis por todo el mundo y hagáis fruto y vuestro fruto sea duradero.» «Si me amáis, observad mis mandamientos.» «Y vivid en paz y en amor... Mi paz os dejo; mi paz os doy.»

Pepa Turull podía haber hablado de estas cosas..., mas tuvo respetos humanos y no se atrevió. Pudo haberle dicho que si los cristianos no cumplían este nuevo mandamiento de la caridad, el último consejo que salió de los labios de Cristo, ¿en qué consistía su credo, o mejor, cuál era la consecuencia de ese credo sobre sus actos? Pero si hablaba de esto, Ana iba a pensar que era una beatorra insoportable. Ana quería llevarla a meterse en estos berenjenales, y quién sabe si saldrían las dos escaldadas, como el día de la sopa... Optó por guardar silencio. Ana María, agotada su capacidad inquisitiva, guardaba silencio también...

Pasarían muchos años antes de que Ana pudiera olvidar lo que entonces aconteció, y una inevitable carga de amargura vendría siempre acarreada por el recuerdo del lamentable episodio. Ana María ofendió a Pepa sin motivo alguno; pero con clara intención de ofenderla. Estaba aturdida, conmovida, por la dimensión humana de Pepa Turull; y de pronto, como si esto le causara una profunda molestia, sintió el impulso de hacerle daño. Nada justificaba la actitud de Ana, ni ella, al recordarlo, pretendió nunca justificarse. Su arrepentimiento fue instantáneo; pero su manera de demostrarlo fue tan atrabiliaria como el hecho mismo del que se arrepentía. El proceso mental de su arrebato no es fácil de definir.

Cuando Andrés tenía humor (y estos casos eran cada vez menos frecuentes) la acusaba de sentir un placer especial en «intelectualizar» las situaciones grotescas. La llamaba «monstruo dorado» y aseguraba que su cerebro albergaba una «inteligencia perversa». Lo decía en broma; pero había un fondo de verdad. «Si en lugar de tu capacidad crítica tuvieras capacidad de crear —le decía Andrés—, tu poema, tu cuadro o tu sinfonía estarían inspirados en la rosa que crece entre excrementos, la

criatura que nace de una madre muerta, o en un Dios pecador. Te gustan los contrastes brutales: idealizar los esperpentos y mancillar lo sublime.» Ana —que había perdido de nuevo el hilo de las palabras de Pepa, pues dejó de escucharla por atender su monólogo interior— recordaba ahora este diálogo con Andrés por la sencilla razón de que —al compararse con Pepa Turull— estaba experimentando un goce intelectual muy semejante al que Andrés decía.

El resultado de esta comparación era tan triste, que le producía risa; pero más risa merecía aún el comparar la realidad de su vida con lo que Pepa debía imaginar que era esta realidad. Para Pepa Turull (medio santa o santa del todo y que para estar más cerca del cielo vivía en las nubes o en la luna), Ana era toda una señora, que no sólo había pagado en la Residencia la pensión de una anciana inútil, sino que prolongaba tan delicada caridad hasta mucho después de muerta, llevando a diario oraciones por su salvación al pie de un altar como quien lleva flores a una tumba. Sería jocoso destapar de pronto la caja de las sorpresas y enseñar a Pepa, en una colección de estampas, algunos momentos de su vida íntima. «Ésa soy yo», le diría. Y llamaría a Enrique, a sus hijos —¿Por qué no? ¡A sus hijos también!— para que conocieran toda la verdad. Por supuesto, que en la colección de estampas no podían faltar algunos dibujos —especialmente edificantes— que le hizo Andrés. Si esto no era gracioso es porque el mundo había perdido el sentido del humor. Pero había más: algo mucho más hilarante todavía, realmente jocoso. Andrés y ella eran amantes porque buscaban la felicidad. ¿No era divertido? ¡La felicidad! Y, por supuesto, ambos a dos conseguían lo que buscaban. La cara de mala luna, de hipocondríaco crónico, de condenado a galeras, que se observaba en Andrés después de sus arrebatos amorosos, era sólo por aquello de que *Omnes animales post coitum tristantur exceptis mulier et gallo;* pero, en realidad, estaba en sus glorias..., ¡no cabía de dicha en su pellejo!

Las lágrimas brotaron súbitamente en los ojos de Ana María, y se volvió de espaldas para que Pepa no la viera llorar. Ésta, sorprendida de la brusca mutación de su amiga, que no había contestado ni probablemente oído lo que ella le decía, se quedó perpleja al observar el ligero temblor que sacudía sus hombros. ¿Estaba llorando? ¡No lo podía creer! No tenía sentido. ¿Por qué? Posó una mano sobre la espalda de Ana; mas ésta —con un movimiento brusco— se retiró más lejos.

—¡Déjame!

Súbitamente, Ana abrió el bolso, se empolvó la nariz y se volvió hacia ella. Tenía los ojos enrojecidos, pero no lloraba ya.

—Es muy tarde; tengo que irme.

Por decir algo, por romper la tensión, incluso por ayudarla a desembarazarse de su turbación, Pepa protestó:

—¡No irás a dejarme sola!

Ana murmuró:

—¡Tú nunca estás sola! ¡Tienes tus viejecitos para jugar al croquet y puedes robar al niño de los mocos (el de tu suburbio) para que te haga compañía!

Pepa la escuchó perpleja. ¿A qué venían estas palabras y este tono de voz?

Ana prosiguió:

—Es una buena fórmula esa de robar niños ajenos. Así podrás tener hijos sin comprometer tu castidad.

Lo dijo secamente, mientras se calzaba los guantes, con una mezcla no disimulada de burla y de rabia. Volvió la espalda y se alejó. Pero no bien hubo andado unos pasos, le pareció monstruosa su actitud. «¿Por qué había dicho eso? ¿Por qué?» Sabía que el no tener hijos era la gran tragedia íntima de Pepa. Se detuvo de pronto —indignada consigo misma— y volvió sobre sus pasos. Pepa no se había movido del banco. Estaba muy pálida y la miraba entre asombrada y ofendida. En un arranque de sinceridad, Ana corrió, desolada, hacia ella.

—Estoy loca. Perdóname. —Juntó su mejilla a la de su amiga—. No me hagas caso. Dime que me perdonas. Necesito oírtelo.

La Turull la apartó suavemente.

—Vete. Déjame sola.

—Mis palabras han sido estúpidas y crueles. Soy una histérica...

Tras un largo silencio, Pepa murmuró:

—Creo que tienes razón. Estás como una cabra. ¿No decías que te ibas? ¿Por qué no lo haces de una vez?

Ana María se sentó a su lado.

—No sé por qué te he dicho eso. Me dio rabia, de pronto, que fueses tan... tan distinta a mí.

—Mira, mona —dijo Pepa Turull, que empezaba a cansarse—. Tan santa no seré cuando he estado a punto de darte una bofetada.

—¿Y por qué no lo has hecho? —exclamó Ana María rompiendo a llorar—. Yo necesito que me den bofetadas; que me sacudan y me obliguen a despertar de un sueño horrible. ¡Eso es lo que necesito!

Rotos los nervios, lloraba desconsolada.

—¿Por qué no lo has hecho...? ¿Por qué no lo has hecho...?

Pepa elevó los ojos por encima de los castaños y no tanto por estar harta de tanta incongruencia como por pedir instrucciones a las alturas. Su única duda estaba en si debía tirar a su amiga a un estanque, para que se refrescara, o llevarla a un psiquiatra para que la encerrara. Optó por dejarla llorar. Todas las mujeres necesitan llorar alguna vez a moco tendido. Si no lo hacen, se envenenan. Ella también lloraba algunas veces, sin saber por qué.

Ana tardó mucho tiempo en recobrar la serenidad.

—Es muy tarde; tengo que irme —dijo al cabo de mucho tiempo.

Pepa hizo esfuerzos por encontrar un tono cordial.

—¿Te espera Enrique?

—Enrique está en Bilbao. ¡Imagínate que quiere comprar un portaaviones!

Mientras hablaba, Ana se empolvaba repetidamente la nariz.

—¡Anda, quédate un rato y cuéntamelo! Me parece sensacional eso de comprarse un portaaviones. ¿Y para qué lo quiere?

—Para desguazarlo y venderlo. Me voy, Pepa, tengo prisa. Además..., estoy avergonzada. Me he comportado como una chiquilla...

—¡Pero si no tienes nada que hacer!... —insistió Pepa Turull—. ¡Quédate un rato más!

Ana miró el reloj.

—Tengo que telefonear a una persona. Se me hace tarde; me voy.

Pepa quedó sumida en profundas meditaciones. Si Enrique estaba en Bilbao, ¿a qué venía tanta prisa? Ana estaba mintiendo, sin duda. Era un pretexto para escaparse: no tenía nadie a quien telefonear. ¿A quién iba a tener que hacerlo de pronto con tanta urgencia? El recuerdo del pintor volvió de pronto a ella. No necesitaba razonar para saber que su sospecha era cierta. Pero su descubrimiento no le producía emoción alguna; antes bien, una profunda tristeza.

—¡Espérame! —gritó Pepa.

La alcanzó en el otro extremo del jardín.

—Tengo una idea. Si tu marido está fuera, ¿por qué no almorzamos juntas, las dos solas, por ahí...? Conozco un *bistró* nuevo, que es sensacional... ¿Te gustan las ancas de rana?

—No puedo, Pepa. Tengo que hacer...

Bien porque el ángel custodio de Pepa fuera especialmente malicioso, o quizá porque Pepa misma estuviera menos en la luna de lo que podía suponerse, el caso es que ni uno ni otra consideraron prudente dejar a Ana María hacer su voluntad.

—Estoy deseando descansar un día de mi marido —confesó Pepa Turull—. Entre desayunos, almuerzos, meriendas y cenas son cerca de mil quinientas comidas al año, ¡mano a mano! A veces conviene descansar un poco de los maridos, ¿no te parece? ¿Te gustan o no te gustan las ancas de rana?

Ana la escuchaba con verdadero asombro.

—¡Pero, Pepa, me vas a escandalizar! Ahora soy yo quien te pregunta qué bicho te ha picado...

(¡Te han llamado «bicho»!, le dijo Pepa entre dientes a su ángel.) Y añadió, en voz alta:

—O dejas esa llamada telefónica, por mí, y nos vamos juntas a comer por ahí, o no eres amiga mía.

—Bueno —accedió Ana María—, me rindo. Pero desde el *bistró* tendré que

telefonear. (Pepa repasó mentalmente la lista de restaurantes sin teléfono.)

—De acuerdo —mintió.

Antes de salir, pasaron junto a la capilla y Pepa se empeñó en que entraran —«un segundo: sólo un segundo»— a hacer una visita al Santísimo.

La oración de Pepa no adquiriría nunca un *nihil obstat* para ser publicada; pero de conseguirlo pasaría a la antolo-gía de los documentos más sorprendentes de la piedad.

—Mira, Señor: si no lo ves, estás ciego. La tienes a punto de caramelo. Aprovéchate ahora. ¿No comprendes lo que ocurre? Si quieres, yo te ayudo. Pero no lo dejes todo a mi cargo como con la chabola de Fermina, la hija del ama Candelas. ¡Menuda faena me hiciste! Haz llover tu gracia sobre ella. ¿Qué más te da a Ti que ella crea en tu gracia o no? Yo no entiendo de esos problemas. Anda, Señor, sé bueno. Amén.

Hizo una genuflexión, se santiguó y se dispuso a salir. Ana permaneció arrodillada unos segundos más.

Aquella misma tarde, antes de la caída del sol, Ana penetró furtivamente en casa de la abuela Matilde. El piso estaba vacío, las ventanas cerradas, el aire denso...

Se sentó en la rotonda y encendió un cigarrillo. Era incapaz de husmear en su interior, como solía hacer Andrés, para buscar la fuente de sus desasosiegos. No le interesaba conocer el porqué de esta tristeza infinita, que la ahogaba, desde que se despidió de Pepa Turull. Ni siquiera quería, como Lope, estar a solas con sus pensamientos: quería estar sola con su soledad. Si pudiera arrancarse los pensamientos, lo haría. Si pudiera lavarse el cerebro, lo dejaría en blanco como una hoja de papel.

Maquinalmente se levantó y comenzó a pasear entre las sombras. Salió al recibidor y avanzó por uno de los corredores. Se detuvo frente al que fue su dormitorio de niña y de soltera. Se sentó al borde de la cama y prendió un nuevo cigarrillo con la brasa del otro. Oyó un crujido y se sobresaltó. Encendió la luz. No había nadie, ni fantasmas siquiera. De existir fantasmas, le gustaría ser uno más y diluirse con ellos entre las sombras.

Se levantó y comenzó a andar sin tino, abriendo puertas que no cerraba tras sí. Las cómodas y los armarios despedían, sólo acercarse a ellos, un penetrante olor a naftalina. Odiaba aquella casa. ¿Por qué la recorría entonces?

Ana María andaba, andaba, como si quisiera dejar atrás la angustia, la náusea, el tedio, que llevaba encima. De pronto se sorprendió al encontrarse en el cuarto de su padre. Había abierto inadvertidamente la misma puerta que minutos antes se cuidó muy bien de no cruzar. De súbito una incoercible congoja la ganó, y rompió a llorar. Una parte de su ánimo —la menos noble quizá— luchaba contra sus lágrimas, y otra se dejaba vencer por ellas.

—¡Sí; soy yo, soy yo! —gritó Ana María de pronto—. ¿Acaso no me conoces?

Se llevó las manos al rostro mientras lloraba. Añadió con ternura:

—¿Acaso ya no me quieres «reconocer»?

Se quedó perpleja por lo que había dicho. Hizo un gran esfuerzo para dominarse, irguió la cabeza con soberbia, mordió sus lágrimas y murmuró con desprecio:

—Tú no puedes reprocharme nada.

Salió de allí. La hoja de vaivén, rotas las bisagras, quedó entreabierta.

Se refugió en la rotonda. Sobre la mesa camilla había unos folios de papel, en los que Enrique había garabateado unas cifras el día en que se leyó el testamento de Matilde. Otros estaban en blanco. Ana cogió una de ellas y comenzó a escribir. Era una carta para Andrés. Una carta que no sería enviada, que escribía sin intención de enviar; tan sólo por descargar la insoportable presión de su ánimo. Cuando era niña escribió muchas cartas a su padre, cuya dirección ignoraba. Las guardaba unos días entre sus libros y las rompía después sin releerlas. ¿Por qué no hacer lo mismo ahora con Andrés? Apenas redactó las primeras líneas, su letra se fue adelgazando, perdiendo los ángulos y perfiles inútiles de la caligrafía. Escribía de prisa; con prisa de vaciarse en un monólogo que nunca sería conocido.

Perdóname por esconderme para hablarte: no me encuentro con fuerzas para decirte de palabra lo que aquí te escribo. Delante de ti todos mis propósitos se esfumarían; mis argumentos se dejarían vencer por los tuyos; mi voluntad, como siempre ha hecho, se sometería a tu voluntad. Por eso me he refugiado, para hablarte, lejos de ti, donde no puedas poner en mis ojos esa venda que me ciega cuando estoy contigo; donde consiga, sin oírte, hacerme oír. Sólo así podré suplicarte que me ayudes a...

Ana María, al escribir esto, palideció. ¿Qué iba a añadir? «Sólo así podré suplicarte que me ayudes a...» ¿A qué? ¿Que ayuda era la que iba a suplicarle a Andrés que le concediera? Escribió muy lentamente las palabras que seguían; tanto, que la caligrafía volvió a adquirir ángulos y precisión.

...a liberarme de ti; a liberarte de mí.

Las lágrimas la interrumpieron. Tuvo que secar su rostro con el dorso de la mano. Cuando empezó a redactar su confesión no se le había pasado por el pensamiento la idea que ahora le temblaba en la punta de la pluma. Reanudó su monólogo escrito. Nunca Andrés conocería esta carta.

Todas las armas están a tu favor: mi debilidad, mi amor, mi soledad. Por eso te pido que pongas tú mismo los medios para que no nos veamos más; que me prestes la fuerza que no tengo; que hagas tuya mi voluntad de separarnos... ¡porque yo frente a ti no tengo voluntad!

¿Cuál era entonces la razón de esta súplica? Ana no rompía sus relaciones con Andrés, sino que pedía a Andrés que rompiera sus relaciones con ella. (Intentó explicarse; es decir, no explicárselo a Andrés, pues nunca llegaría a sus manos la

prueba de estos minutos suyos de flaqueza, sino aclarar para ella misma sus pensamientos.)

Déjame que desnude mi espíritu y ponga mi corazón en tus manos: contigo encontré el amor, pero no la paz.

Ana meditó un momento antes de seguir. Siempre había pensado que la insatisfacción de Andrés —¡qué poco hacía por ocultarla!— y la propia insatisfacción que ella sentía —aunque siempre la ocultó ante él— desaparecerían al correr del tiempo. El hombre y la mujer necesitan, como las máquinas, que el roce lime las aristas para que se adapten. Pero entre ellos dos no había sido así. Parecían nacidos el uno para el otro, *tus gustos eran los míos, tu inteligencia y tu sensibilidad mi mayor placer,* y, sin embargo, la tristeza fue el más asiduo de los compañeros que tuvieron y aún tenían. Ana había intentado adaptarse a los vaivenes del ánimo de Andrés, ser trascendente o frivola, unas veces amante y otras consejera cuando él lo quería o cuando ella pensaba que él lo requería, pero el intento había sido inútil: *nunca has dejado de sufrir o de torturarte por causa mía.*

Ana releyó las últimas líneas y comprendió que la idea estaba incompleta. Al fin añadió:

Sabes muy bien que no es mi paz lo que busco, sino la tuya; que mil veces que naciera sacrificaría mi felicidad a tu felicidad. Pero yo ni soy tu paz ni soy tu felicidad. *Nunca sabrás cómo me cuesta reconocer esta verdad. Yo que no me he sentido culpable junto a ti —porque me resistía a aceptar que exista pecado donde hay amor—, me reconozco culpable de tu felicidad. Al aceptar tu amor me rebelaba contra la soledad de mi infancia y mi adolescencia, contra mi soledad de hoy, contra el destino que me había condenado de niña y de mujer a ser víctima de culpas ajenas. Eras mi desquite, no mi pecado. Ahora veo que mi mayor pecado era el de la soberbia por pensar así.*

Si sufres al leer esta carta tanto como yo al escribirla, piensa que el dolor es redención, y que este sufrimiento es quizá lo más noble de nuestro amor.

Ana María.

Dejó la pluma sobre la mesa. Ya no lloraba. El nudo de su pecho se había diluido. Estuvo quieta unos segundos. Cerró los ojos. Había descargado su corazón en aquellas cuartillas y ya no sentía la angustia, la desolación de los primeros momentos. Algunas de las ideas habían surgido directamente de la redacción como si la pluma, ella sola, hubiera conseguido punzar una verdad, con independencia de quien la manejaba.

«Yo ni soy tu paz ni soy tu felicidad.»

El pecho de Ana María se agitó. No abrió los ojos, pero su respiración se aceleró ante el impacto de una súbita decisión. El ceño—«Borra ese pliegue, Ana»— se acentuó sobre su frente. Apretó los párpados en una contracción dolorosa. Estuvo así

varios minutos. Lentamente los músculos de su rostro se relajaron. Se incorporó y escribió en un sobre el nombre de Andrés. Antes de guardar la carta, añadió con trazos grandes y rápidos una posdata.

Mañana no acudiré a la cita en el departamento. Dejaré esta carta en tu estudio para evitarte un paseo inútil. Cuanto haya mío en San Calixto entrégalo, sin dar mi nombre, en la Residencia de Pobres Vergonzantes. No te olvides de quemar tus dibujos. Evítame el dolor de volver por allí.

La decisión estaba tomada.

Guardó la carta en el bolso, se arregló la cara y salió. La casa de la abuela Matilde se quedó solitaria, mas no silenciosa: al golpe seco de la puerta al cerrarse, siguió un breve concierto de crujidos. Los suelos, desembarazados del peso de Ana María, buscaban, indolentes, mayor holgura. El aire se desperezó en breves soplos; abanicó los flecos de los visillos. El atardecer se reclinó sobre los muebles de la rotonda y las sombras ennochecieron las paredes. Cuando todo fue quietud, cuando el aire, sin corrientes, halló su equilibrio, el fantasma de Elena —reclinado en el sillón de terciopelo rojo— comenzó a bordar; el de Matilde, a apuntar en un grueso libro de notas los gastos del día. Junto a ellas, una niña de gruesas trenzas escribía sus deberes en el cuaderno del colegio. Y lloraba —lloraba al escribir— porque las cuentas no le cuadraban. Llegó una voz de la calle y los fantasmas se desvanecieron.

Ana dejó la carta sobre el diván y colocó junto al sobre las llaves del estudio y del departamento. Paseó la mirada por el cuarto: la dejó resbalar sobre el caballete, los libros, la chimenea, el ventanal, y sus ojos se mantuvieron secos. Dio unos pasos hacia la puerta; sus rodillas no temblaban ya. Se detuvo antes de abrirla. La mano se apartó de la manivela y los dedos rozaron junto al cuello las cuentas del collar. Iba a cruzar el umbral por última vez. Ni sus manos temblaron al dejar la carta ni la congoja la ahogó al desprenderse de las llaves. Si alguna sensación dominaba en ella, era la sorpresa de no sentir en su pecho la imperiosa necesidad de llorar. Abrió la puerta lentamente; oyó el golpe seco de la hoja al cerrarse detrás de ella y, en seguida, el crujido de los peldaños bajo sus pies. ¡Qué fácil había sido todo! Subió al coche de alquiler y regresó a su casa.

XIX
EL HOMBRE DE LA BUFANDA

Las relaciones de Pepa Turull con la Divinidad atravesaban un momento de crisis; consideraba que Dios la había dejado en la estacada. «Mira, Señor, no te andes con rodeos y reconoce de una vez que me has hecho una faena.» Pepa Turull estaba picada con el Señor. «¡Cuidado que te pedí que no me lo pusieras difícil y mira lo que me haces!» No se diría, además, sino que Dios, que se lo había puesto en bandeja, se complaciera ahora en dejarla sola por el gusto de ver cómo quitaba el hojaldre al pastel.

A pesar de estar picada, se santiguó tres veces. Tragó saliva y avanzó dispuesta a todo. El portal estaba flanqueado por un taller de herrería. Un obrero que transportaba chatarra exclamó entusiasmado al verla: «Eso son carnes y no lo que en mi casa echan al puchero». La Turull pegó un respingo y, azoradísima, pasó muy tiesa la zona de peligro sin mirar a derecha ni a izquierda. Pero salió de Málaga para entrar en Malagón. Al fondo del portal, que era un antiguo paso de carros, un arco —mal cerrado con unas maderas sin bisagras— daba a un patio inmenso, del tamaño de una plaza de pueblo. Se quedó perpleja al ver tal cantidad de gente. Aún no estaba repuesta del descoco escuchado. Multitud de mujeres charlaban, reñían, cosían o cocinaban a las puertas de sus viviendas; vacas, niños y gallinas pululaban por el patio en extraña promiscuidad; un hombre —desnudo de medio cuerpo arriba— se afeitaba junto a una palangana; un viejo, indolentemente reclinado en una silla de anea y con los pies descalzos sobre una mesa, leía muy interesado un *Superman* mientras una muchacha, que podía ser su nieta, le cortaba con suma delicadeza las uñas de los pies. Olía a establo y a humana densidad. Y en medio de tanto guirigay —para acentuar aún más los contrastes— había tres industrias: una alfarería, una ebanistería y una clínica de paraguas viejos. El ebanista, que era el más discreto de todos los industriales, al ver a Pepa se limitó a golpear la madera con el cepillo, marcando el compás de sus pasos:

—Un, dos; un, dos...

Y cuando Pepa pasó ante él, murmuró:

—¡Así se desfila!

(Semanas más tarde, Pepa se enteró de que este buen hombre había sido carabinero; todos sus piropos tenían siempre algo que ver con la milicia.

—Préstame una pestaña, guapa, que he perdido la bayoneta.

O bien:

—Si el Cuerpo de Carabineros fuera como el tuyo, me reenganchaba.)

Los otros dos —el médico de paraguas y el alfarero— resultaron mucho más

zafios. Se metieron con ella al alimón, sin chispa y sin gracia. Como iba vestida de verde, uno de ellos —en quien Pepa descubrió vocación de buey— exclamó:

—¡Qué prado!

Y el otro —de idénticos instintos— respondió chupándose los labios:

—¡Para pacer!

Pepa no estaba para bromas. Sabía que había iniciado una delicadísima aventura y temía que cualquier torpeza —¡ella servía para tan pocas cosas!— la condujera al fracaso. Violentando todas las prohibiciones, había seguido a uno de los pensionistas desde la Residencia hasta la puerta de su madriguera. Y al llegar aquí, lo había perdido. Miró desolada a uno y otro lado. La inmensa y antiquísima casa tenía dos pisos y una buhardilla corrida bajo las tejas. En cada una de las plantas, un balcón continuo, de hierro —o si se quiere, un pasillo exterior— bordeaba el corralón por todas sus caras. A este balcón común daban las puertas de las viviendas altas. Una escalera —también de hierro y también descubierta— unía al patio con las plantas y las plantas entre sí. Al fin descubrió al vagabundo a quien venía persiguiendo. Lo vio avanzar, por el pasillo colgante del último piso, sorteando chiquillos, gallinas y hasta conejos, y desaparecer por una puerta. Muy sofocada y ciñéndose la falda con las manos, pues cien ojos la miraban, Pepa subió lo más de prisa que pudo los escalones de hierro para darle alcance. Sólo al cruzar el hueco por donde el vergonzante se había escondido dejó de sentir sobre su nuca y sus piernas las miradas de aquella abigarrada y desmandada vecindad. Se encontró entonces en una escalera interior oscurísima y muy pina, a la que faltaban dos peldaños. Muerta de miedo, llegó hasta el desván; sorteó los trastos, las vigas, y —con mucho cuidado de no desnucarse, pues en algunos puntos el suelo fallaba— se acercó a uno de los laterales. Aprovechando la inclinación del tejado, alguien había improvisado una pared con desechos de obra. Un saco clavado en lo alto de un hueco hacía las veces de puerta y de cortina. Se detuvo para normalizar la respiración. El corazón quería escapársele del cuerpo. Ya no podía volverse atrás. Golpeó nerviosamente con los nudillos sobre el ladrillo.

—¿Puedo pasar?

Las piernas le temblaban como si hubiese llamado a la puerta de una casa de mala vida.

El «hombre de la bufanda», que en aquel momento no la tenía puesta, asomó el cuerpo por el vano y miró a Pepa, entre sorprendido y disgustado. Se encogió de hombros: ¡allí no había donde pasar! Un poco turbado, tomó la bufanda y se la enrolló (cubriendo así la ausencia de camisa y una fea cicatriz en la base del cuello); descorrió el saco e hizo pasar a Pepa Turull. En el suelo había un catre con una manta y unas cajas de vino vacías que servían de asiento; en el hueco del ventano, una plancha de madera a modo de repisa. Todo era paupérrimo y limpio. Los objetos de la

repisa —una navaja de afeitar, un jabón de ropa, un cabo de vela, unas cuerdas, unos clavos...— estaban cuidadosamente ordenados y alineados. El cuarto era triste, pero no un antro. Era desolado, pero no sórdido. Pepa tragó saliva.

—Comandante Moscoso...—Y apenas pronunció este nombre las lágrimas asomaron a sus ojos.

El rostro del hombre se contrajo. Sobre la piel de su frente se formó un gran pliegue vertical.

—Dígame: ¡se lo suplico! Usted es el comandante Moscoso, ¿verdad?

El hombre la miró con expresión glacial. Las breves palabras cruzadas antes de ahora con esta joven no la autorizaban a violentar su retiro y menos aún a husmear en su pobreza o en su personalidad. El comandante Moscoso había muerto muchos años atrás. Su última acción fue cruzar con un guante la cara de un compañero. Moscoso, a secas, el hombre que alentaba bajo este apellido (el complejo de afanes, normas, impulsos que hacen que un hombre sea hombre, como un conjunto de células hacen que un cuerpo sea un cuerpo) había muerto también, y tan estérilmente, tan oscuramente como había vivido. Lo que ahora quedaba no era el comandante Moscoso, sino su sombra colgada de una infinita desgana de vivir. Querer dar nombre a esta piltrafa era tan innoble como vestir un cadáver y sacarlo a pasear.

—No te mueras, Petrirena. ¡Te ordeno que no te mueras!

Era terco como una mula y ni siquiera en un trance como éste le quiso obedecer.

— ¡Sálgase de ahí, Moscoso! ¡Cúbrase con los camiones!

Era la voz de Pereira de Souza: la voz inútil del camionero. La bala le había atravesado el cuello; Moscoso echaba sangre por la boca como un toro mal matado. Sintió cómo lo aupaban y arrastraban; sin desvanecerse, vio el reguero de su sangre y el resplandor de los camiones hechos ascuas de fuego, y oyó el tiroteo de los soldados de Kutumbi, que llegaban cuando todo estaba consumado; y sintió que la tierra oscilaba bajo su cuerpo: era el balanceo del barco por la corriente del río. La vida se le vaciaba por el cuello como un pellejo de vino por sus heridas. Y ya no supo más. Sus recuerdos se interrumpían allí mismo donde enlazaban: junto a la doble sorpresa de saber que no estaba muerto y de oír voces de mujeres hablando en su propio idioma. También Petrirena al morir se puso a rezar en vascuence. ¿Sería la agonía volver a vivir las voces de los primeros años? Moscoso luchó por descifrar el enigma; quiso abrir los ojos y hablar; pero ni sus párpados ni su garganta le obedecían. Sólo sus oídos permanecían alerta, y —a ráfagas muy cortas, entre sueño y sueño— su entendimiento.

Le sorprendió la luz, una luz nueva. Se había esforzado —¿cuántas horas, cuántos días?— por entreabrir los párpados sin conseguirlo; y ahora, de pronto, descubría que estaban abiertos y la luz penetraba en ellos.

—¿Dónde estoy?

Al decirlo, un dolor agudísimo desgarró su garganta.

Un rostro enorme cubrió todo su horizonte visual.

—No hable, no hable. Está muy débil todavía.

Obedeció y se quedó dormido.

Durante las largas horas blancas entre la vida y la muerte, el oído fue el único sentido que no le abandonó. Ahora comprendía que había recuperado otro sentido: el del olfato. No se engañaba. Olía a seco, a rosas marchitas y a medicinas. Pero, sobre todo, a seco.

Se incorporó en el lecho. La sala del hospital era inmensa, destartalada y no muy limpia. Frente a las hileras de camas, grandes ventanas abiertas por las que se veía un cielo distinto a todos los cielos. Sus ojos quedaron prendidos de aquel color inconfundible. Si disparara con su rifle contra la altura, se podría ver la trayectoria de la bala sobre el azul: tal era su diafanidad.

—¡Psch!... ¡Psch!... ¡Muchachos! Lázaro, abre los ojos...

Todas las camas estaban ocupadas. Moscoso sólo veía a los más próximos; pero intuyó que aun los que él no distinguía le estaban mirando. El que hablaba era un vejete con la pierna colgada en una polea. Le veía la polea, pero no la cara.

—¡Eh, vecino! ¡Da gusto vivir!... ¿Eh que sí ?

Moscoso lo miró fijamente. Su figura, borrosa al principio, fue ganando nitidez.

—Aquí se hacían apuestas de si se iba... o se quedaba. Por su culpa he perdido dos duros; pero me alegro de verle revivir...

Se señaló el cuello.

—¿Qué fue? ¿Una pelea? ¡Hizo usted bien! ¿De qué le sirve a uno ser hombre tranquilo? Yo nunca me he metido con nadie, he sido defensor de la confraternización humana y el amor universal..., y, ¡ya ve!, hace dos meses me atropello el *haiga* de un americano. ¡Que me hablen ahora de confraternización!

Una enfermera se acercó, mandó callar al charlatán y tomó el pulso a Moscoso.

Al llegar a España, Alberto Moscoso pasó los tres primeros días en el quirófano del hospital. No había camas bastantes; y ya porque nadie creyera que saldría vivo (alguien protestó de que les mandaran cadáveres por avión), ya porque no llevaba papeles encima, el caso es que pensaron enviarlo directamente de la sala de operaciones a la de disección. La orden de repatriación del antiguo comandante fue dada por un ciudadano griego que era vicecónsul de Italia, país que representaba los intereses españoles en el puerto fluvial donde atracó el *ferry* que llegaba de Santa Ana. Un avión hospital —que hacía escala en Madrid— salía al día siguiente para transportar heridos a Europa; el vicecónsul consiguió que aceptaran al español. Todo esto salió a relucir cuando, ya repuesto, quisieron darle de alta. Necesitaban imperiosamente la cama que venía ocupando. Moscoso intuyó que el no haber muerto creaba un tremendo conflicto al director. Pero he aquí que no tenía ropa alguna que

ponerse, ni había en el hospital nadie con la misión específica de agenciar ropa a los enfermos; pues, por lo visto, era verdaderamente insólito el caso de que llegaran hasta sus puertas empaquetados en una camilla desde el África Ecuatorial. A diario le decían que se levantara para marcharse, y a diario caían en la cuenta de que no era posible despachar a la calle a un viejo convaleciente y desnudo.

Si no fuera porque por el color del cielo había descubierto Moscoso que estaba en España, se lo hubieran confirmado estos dos extremos: la desorganización del Hospital del Estado y la generosidad de los que le rodeaban. Todo el mundo, por igual, tenía allí buena voluntad y pésimo humor. Los médicos se quejaban de las monjas; las monjas, de las enfermeras; las enfermeras, de los enfermos; los enfermos, del Gobierno. El Gobierno no tenía nada que hacer. Los médicos trabajaban gratis y no se les podía pedir más de lo que hacían. El director, que era una eminencia para operar, como organizador era un desastre; pero con sólo su nombre daba prestigio a la institución. Lo que el orden y la previsión no consiguieron, lo suplió con creces la generosidad. Entre el vejete atropellado de la cama inmediata (que por dos veces había donado su sangre para transfusiones de urgencia al herido) y un estudiante de Medicina que hacía prácticas en el hospital, abrieron una suscripción entre médicos y enfermos. Y aunque aquéllos no cobraban un céntimo por su trabajo, y muchos de éstos no tendrían ni para fumar, consiguieron reunir un par de zapatos de segunda mano, unos calcetines, un traje usado de buen ver y cuarenta duros. Se olvidaron de la camisa, y como Moscoso invirtió gran parte de su fortuna en adquirir una navaja de afeitar, jabón y una bufanda para cubrir la herida, sin camisa se quedó.

—Y ahora... ¿ qué va a hacer usted ?

Moscoso se encogió de hombros.

Él era un viejo: había pasado bruscamente de estar en la plenitud de sus facultades a ser un viejo. No había vivido mentalmente el proceso —que los jóvenes imaginan lento— entre un estado y otro estado. Se encontró de pronto en él —¿les ocurrirá a todos así?— como quien cruza una raya en el suelo. Era un hombre joven cuando lo hirieron, o al menos nunca se detuvo a meditar si había dejado de serlo, y era un hombre viejo cuando sanó. La vejez era sin duda esta falta de curiosidad por saber qué le acontecería mañana. Por de pronto quería salir de allí, hoy mismo, cuanto antes, para ver el cielo fuera de las ventanas y sentir el sol sobre la piel. ¿Mañana? ¡Qué más da! Sólo sabía que no valía la pena tomarse la molestia de vivir; que era muy tarde —¡muy tarde ya!— para volver a empezar.

—¿No tiene usted familia?

—No.

—Sin embargo..., mientras deliraba, le he oído a usted pronunciar los nombres de dos personas. Las llamaba usted con insistencia.

—Me sorprende. ¿Cuáles eran?

—Uno, María José; el otro, Petrirena.

—Los dos han muerto.

—Espere, amigo, no se vaya. El estudiante me ha dado esto para usted.

—¿Qué es?

—Ese muchacho es oro de ley. Le dije que en sueños mandaba usted cuadrarse a un sargento. Y el chico comentó que no estaba bien que un militar se lanzara a pedir limosna por esas calles. ¿De veras que es usted militar?

—Ya no.

—Bueno; el caso es que en esa dirección de la tarjeta le darán de comer: tiene que rellenar una ficha primero.

—Un problema resuelto. Gracias.

—No se vaya, escuche. ¿Dónde va a dormir?

—No sé.

—Pues yo sí lo sé. Acuérdese de esto. En la calle del Ángel pregunte por el Corralón del Virrey, y allí por el ebanista. Le dice de parte del «Cenizo» que le dé mi cuarto. ¡Ya verá qué palacio! Y, ya por su cuenta, explíquele que no estoy en la cárcel. Que estoy aquí. Que venga a verme.

—Se lo diré. Y vendré con él algún día. ¿Cómo va esa pierna?

—Que si no la cortan, que si la cortan...

— ¡Que no sea lo último!

—Gracias, vecino.

—Gracias a usted por todo. Adiós...

—Adiós...

¡Qué bonita ciudad! ¡Qué luz, Dios, y qué aire! Las gentes hablaban más alto que en parte alguna, y reían más alto también. Las mujeres llevaban ya la ropa suelta y ligera del verano; era un placer mirarlas andar y oírlas reír. La ciudad era bulliciosa. Los niños correteaban por las plazas y jardines; los pájaros, por el cielo. Nunca, en ningún otro rincón de la tierra, vio tantos pájaros surcando el espacio, patinando sobre el azul, trenzando y destrenzando inverosímiles caligrafías, como los que alborotaban aquella tarde sobre la Plaza de Oriente, mientras el sol trotaba por la Casa de Campo hacia los montes de Ávila.

Como estaba muy débil y se cansaba al andar, cada pocos minutos se sentaba en un banco para reponer fuerzas. Pero no se quedaba mucho rato inactivo. Quería andar, andar. Y ver. Y reconocer las viejas cosas, y recordar las que ya no estaban, y juzgar los edificios nuevos, los nuevos árboles, las nuevas calles que no sabía adonde iban... Semana tras semana fue descubriendo la belleza de la vida solitaria, la emoción del vagabundo, el andar sin dirigirse a parte alguna, el caminar sin regresar de ninguna parte. Ahora que se hablaba tanto de los cosmonautas, Moscoso pensaba que la ingravidez de los cuerpos en el espacio debía de ser algo muy semejante a esta

sensación de libertad y de plenitud que experimentaba. Nada le atraía. Nada le ataba. Ni el pasado ni el futuro influían en él. Sólo le movía la propia e inefable ingravidez de la libertad. Comía en la Residencia y dormía en el cuchitril del «Cenizo». Sólo algunas veces, muy de tarde en tarde, se situaba frente al Ministerio donde en otros tiempos trabajó, o frente a la casa de Matilde, que estaba cerrada. ¡Qué extraña sensación! Era como una emoción prestada la que recibía frente a esos rincones que le evocaban la vida de un amigo —muerto muchos años antes—. Pero ese amigo muerto no era él; ni siquiera compartía con él los gustos o las aficiones. Recordó a la hija muerta. Ana María había muerto también. La colegiala de las grandes trenzas: aquella de la banda, la medalla y el rosetón, no existía ya. Hoy sería una mujer al borde de perder la juventud; pero la niña, ésa ya había muerto. ¿Para qué evocarla? ¿Para qué engañarse? ¿Acaso no había muerto también en su corazón? La había ido matando, minuto a minuto, ahogándola en su recuerdo, ahogando su recuerdo mismo, sepultándola bajo capas de olvido. Los primeros tiempos rechazaba con esfuerzo de la voluntad el asalto de su rememoración; después, poco a poco, la voluntad dejó de intervenir: su pensamiento, instintivamente, repelía cualquier aproximación. Pasados los años de lucha, Moscoso comprobó que ya no había herida donde antes manaba sangre; fue destapando lentamente sus recuerdos, como quien retira una venda, y no descubrió ni la cicatriz.

Una tarde, en la Residencia, donde comía, una de las pensionistas cometió un acto incivil: lanzar la sopa sobre la cara de quien la servía, pretextando que no tenía sal. Pamplinas: no era por la sal, era por la cara. La muchacha era preciosa, y su agresora un loro amojamado. La injusticia le sublevó. Jóvenes como aquélla eran la alegría de Dios. ¡Y la suya, la suya también! El mirar sin turbarse a las chicas guapas era un placer sólo reservado a los viejos como él. Días más tarde, terminado el almuerzo, se acercó a la ultrajada y le dijo:

—Señorita, en nombre de muchos de nosotros, y en el mío propio, quiero expresarle mi sentimiento y mi indignación por lo ocurrido.

La joven le quitó importancia.

—¡Pobrecita! Estaría irritada por otras causas. ¡Es tan difícil juzgar...!

—No la disculpe. Ha sido un acto reprobable.

Rogó a la muchacha que aceptara sus palabras como un desagravio por la estúpida ofensa de que había sido víctima, estrechó la mano que ella le tendía y se despidió.

A partir de entonces, Pepa saludaba siempre con especial atención al hombre de la bufanda. Aunque procuraba olvidar el lamentable episodio, la procesión iba por dentro. A veces soñaba que la vieja irascible se ahogaba en un lago de sopa caliente y se despertaba escandalizada al comprobar la extraña fruición con que presenciaba, en la duermevela, cómo los fideos se arrollaban a los brazos y las piernas de la del

moño, impidiéndole nadar. Durante muchos días, esta venganza mental, aunque fuera en sueños, fue motivo de profundo desasosiego para su conciencia. Al escuchar a uno de los pensionistas —y nada menos que al «hombre de la bufanda», por cuya misteriosa vida estaba tan intrigada— aquellas palabras de desagravio, se sitió tan agradecida que estuvo a punto de abrazarle. Días después entabló conversación con él. Pepa no recordaba por qué motivo durante esta charla intrascendente surgió el nombre de María Terrón. Fue ella quien lo pronunció al azar, hablando de las manías, de los complejos, o quién sabe qué de algunos residentes; pero el «hombre de la bufanda» se interesó vivamente al oír este nombre; y al saber que había muerto, quiso conocer más detalles: cuándo había fallecido, cuál fue la enfermedad y, sobre todo, desde cuándo estaba aquella mujer acogida en la Residencia.

Aquella noche, Pepa apenas pudo dormir. ¿Por qué se turbó tanto este hombre al oír nombrar a la protegida de la abuela de Ana María; qué relación tenía con la vieja maniática; por qué tanta curiosidad por tener detalles de su muerte y cuál era la causa del mutismo en que se encerró al enterarse de todo ello?

«¡Oh, Señor, Señor! —rezaba Pepa aquella noche—. ¡Sé consecuente contigo mismo y haz que sea cierto lo que imagino, o prívame para siempre del don de la fantasía que Tú me has dado!...»

Y al día siguiente esperó al «hombre de la bufanda» a la salida de la Residencia para averiguar dónde vivía.

La entrevista no fue fácil.

—¡Dígame! Se lo suplico... Usted es el comandante Moscoso, ¿verdad?

Pepa estaba afectadísima por la magnitud del descubrimiento. La víspera había hablado con su marido haciéndole partícipe de sus sospechas, y éste le había dicho, de manera tajante: «No le digas nada a Ana María mientras no lo confirmes». Pepa hubiera querido seguir al «hombre de la bufanda» acompañado de Ana y presenciar aquí mismo cómo caían el uno en brazos del otro. Santiago, su marido, estuvo terminante: «De ninguna manera le digas nada todavía. Y no des ni un paso sin consultarme». Aunque a Pepa le parecieron excesivas las dilaciones que le recomendaba Santiago, por esta vez le hizo caso y no tardó en comprender cuánta razón tenía al aconsejarle prudencia.

El hombre, al verse descubierto, palideció intensamente y clavó sus ojos en ella con tal voluntad de penetración que Pepa comprendió el terrible dilema que hervía en su interior. «Esta mujer, por la edad, puede ser Ana María. ¿Es ella o es una enviada suya?» Pero... de ser ése el pensamiento de Moscoso, ¿por qué no la abrazaba, si la confundía con Ana, o por qué no le confesaba: «Tengo una hija y la he perdido. Ayúdeme a buscarla»?

El gesto de Moscoso varió lentamente. Apretó las mandíbulas y endureció los ojos. Respondió preguntando:

—Y usted, ¿quién es?

—Soy Pepa Turull. Me conoce usted de sobra de la Residencia. ¡Soy «la de la sopa»!...

—Le ruego, señora, que respete usted mi soledad. Si quisiera compañía, podría tenerla.

Pepa parpadeó repetidas veces antes de añadir una sola palabra. Le hubiera gustado poder gritar a Moscoso: «Su hija vive. Venga conmigo y le echaré en sus brazos». Pero al oír de los propios labios de este viejo antipático que su retraimiento era voluntario, pensó que decir algo así sería suficiente para ahuyentarle, como se ahuyenta al venado si el disparo no lo abate. Había, pues, que engarzar varias mentiras para justificar por qué le siguió hasta su casa y cómo logró descubrir su personalidad. Le confesó que estaba muy abatida por el incidente de la sopa; y la única compensación fueron las palabras tan corteses y generosas que le había escuchado. Movida por la gratitud, quería favorecerle de una manera especial sin que esto despertara envidias entre los demás pensionistas de la Residencia. De aquí que —aun estando prohibido— hubiera buscado su nombre en el fichero de la institución.

—¿Necesita usted ropa, mantas, zapatos... ?

Moscoso la taladraba con los ojos. Agradeció fríamente la oferta y la rechazó.

—¿Quiere que le traiga jabón, que le consiga algún mueble?

—Sólo quiero que respete usted mi soledad —repitió, recalcando las palabras.

Pepa salió del Corralón del Virrey con los nervios destrozados. No podía sufrir que su amiga —de quien recordaba escenas desgarradoras cuando siendo niñas, en tiempos del ama Candelas, desapareció Moscoso— tuviera a su padre a dos pasos de ella, viviendo en la indigencia, y no pudiera socorrerle. Y, por este motivo, no se sentía capaz de dialogar con ella sin confesarle su secreto. Decidió, pues, huir de Ana aquellos días. Y esto no fue fácil, pues Ana, que antes no la buscaba nunca, la llamaba ahora constantemente.

—No me dejes sola, Pepa. Estoy pasando unos días malos.

—¿Ha vuelto Enrique de Bilbao?

—Ya te he dicho que estoy sola...

Aquella misma tarde, en cuanto amainó el calor, Moscoso salió a pasear. Se sentó en un banco en la Plaza de Oriente y se entretuvo echando migas de pan a los pájaros; mas los gorriones no se acercaron, porque unos niños cretinos, empeñados en evitarlo, los espantaban adrede. Entonces se levantó del banco y espantó a los niños, como éstos hicieron con los pájaros, pero los chiquillos eran crueles y se vengaron de él con piedras y burlas. Ya era de noche cuando regresó a su buhardilla. Se tumbó en el catre y quiso dormir, mas no pudo. El calor era insoportable, y hasta su rincón llegaban los ruidos de una verbena junto al Manzanares. La noche ya estaba avanzada cuando se levantó. Quiso atribuir su insomnio a la estridencia de los altavoces, al

calor del desván, a la salvaje necedad de los chiquillos que se habían burlado de él en la plaza, pero no a la visita de la señora de la sopa. Se asomó al ventanuco, abierto sobre la pendiente del tejado. Allí se respiraba mejor. La noche era alta y caliente. Por la posición de las estrellas dedujo la hora como cuando velaba en el desierto. Las noches de Madrid eran más parecidas a las del Sahara que a las del África Ecuatorial. En Akamoto, la humedad cubría siempre el cielo de un vaho de baño turco y era difícil ver con esta claridad las esferas celestes.

—¿Ves? Ésa es la Estrella Polar...

¿Cuándo y dónde pronunció estas mismas palabras? El recuerdo le vino de pronto, dulcísimo y doloroso. Había salido de excursión con Ana María. Era verano como ahora, y —como ahora— las estrellas brillaban en la noche como ojos de alimañas. La pequeña Ana tenía miedo y estaba cansada. Salieron al amanecer; y ahora regresaban con las cestas llenas de truchas...

—No nos hemos perdido..., ¿ves? ¡Ésa es la Estrella Polar!...

Aquel año estaban veraneando en un pueblecito de la Sierra de Gredos. Elena y Matilde les suplicaron que no llegaran tarde. Pero Ana no podía seguir el paso de su padre.

—Vamos, pequeña..., se nos va a hacer tarde... En casa se van a asustar de que sea de noche y no hayamos vuelto... Y no nos dejarán salir solos nunca más... Así me gusta, obediente como un buen soldado... Aún nos queda mucho tiempo por andar... Vamos, vamos, pequeña; no te retrases. Ven conmigo...

Cerca del amanecer enmudecieron los altavoces de la verbena. Y un airecillo consolador se desplomó desde la sierra para refrescar Madrid. Sólo entonces percibió Moscoso la llegada del sueño. Se retiró a su catre y se quedó traspuesto. ¡Eran los altavoces y el calor los que no le dejaban dormir!

Al día siguiente, Pepa esperó a Moscoso a la salida del Corralón. Cuando éste la vio no pudo evitar un gesto de disgusto.

—¿Qué quiere de mí?

—Ayer estuvo usted de un antipático subido. Y quería comprobar si ése es su estado natural o era tan sólo una afección pasajera.

—Es mi estado natural, señora mía. Le suplico que me deje solo.

—Tiene usted un medio de conseguirlo.

—Le agradeceré que me dé ese dato.

—Mire usted si es sencillo: no tiene más que decirme qué necesita, yo se lo traigo y no volveré a molestarle más.

Moscoso giró sobre sus talones sin responder y comenzó a caminar. Pepa se pegó a su costado como un caracol a una hoja.

—Es muy alto el precio que usted me pide —dijo Moscoso al fin—, pues no estoy acostumbrado a pedir, sino a dar. Además, no la creo capaz de cumplir su

palabra.

—Pruebe usted. No tiene más que decirme: «Necesito un piano». Y le traeré un piano.

—No me ha entendido usted. No es un piano lo que yo quiero, sino perderla a usted de vista. De modo que si acepto su ayuda no es por la ayuda en sí, ¡que quede esto claro!

Dudó un momento antes de añadir con tono más cortés:

—Y si deseo perderla de vista, no es porque no sea usted una señora de muy buen ver, ni porque me desagrade su compañía, sino porque soy un raro... y no tengo ya edad para cambiar. Quiero decir con esto, señora, que no me tome por un incivil.

—¿Por qué me llama señora?

—Porque he visto su anillo de casada.

—Es usted muy observador.

Moscoso se detuvo.

—En realidad, no tengo necesidad de nada. Estoy pensando qué puedo pedirle, y no se me ocurre.

—Cigarrillos, libros, zapatos, mantas...

Moscoso la interrumpió.

—Libros...

Pepa estuvo a punto de abrazarle.

—¿Qué clase de libros le interesan?

—Todos... Siempre que me permita devolvérselos, una vez leídos.

—¿Le gustan los de caza, los de historia, los militares? ¡Dígame los que le interesan más y se los traeré!

Moscoso sonrió.

—Le dejo a usted que elija por mí.

Y se acordó de Petrirena, que en Santa Ana le compraba los libros —los que fuera— por kilos.

Dos días después, Moscoso tuvo que robar unas maderas del desván para organizarse una estantería, pues en el suelo no le cabían los que le trajo Pepa Turull.

A partir de esa mañana, Pepa —que sólo ayudaba a servir comidas los martes y los viernes— comenzó a frecuentar la Residencia de Pobres Vergonzantes con mucha mayor asiduidad. Atendía a Moscoso, le cambiaba los platos, le escanciaba el vino, sin mirarle a los ojos ni decir palabra: exactamente como si no le conociera. El pensionista la veía ir y venir no sin cierta sorna. Era enternecedor ver los esfuerzos que hacía esa señora para cumplir su promesa. La selección de los libros hecha por ella era sencillamente prodigiosa. ¡Quién la hubiera tenido en Santa Ana para estos menesteres! El pobre Petrirena, cuyos escarceos por la letra impresa no se elevaron nunca más allá de las *Aventuras de Pipo y Pipa*, lo hacía bastante mal.

Dos veces por semana —y también a las horas en que Moscoso salía a pasear—, Pepa se presentaba en el Corralón del Virrey, retiraba un paquete de tomos ya leídos y depositaba otros en su lugar. Uno de los libros, *Sociología del África Negra,* de Francisco Elias de Tejada, le impresionó vivamente.

—¿Sabe usted lo que traigo en ese paquete?

Pepa Turull acababa de depositar en la mesa de Moscoso un plato de natillas, y se hizo la sorprendida al ver que éste se dignaba dirigirle la palabra.

—Lo ignoro, señor —dijo.

Moscoso aclaró:

—Son flores...

—¿Ahora come usted flores, como los corderitos?

—Las he cogido en el campo. Son para usted.

—Olvida que soy casada.

Alberto Moscoso apretó los puños.

—¡O acepta mis flores, o armo un escándalo!

Pepa sonrió maliciosamente.

—Las acepto siempre que me permita devolvérselas una vez olidas.

—¡Es usted insoportable!

—¿No hace usted lo mismo con los libros que yo le llevo?

En esto, una de las pensionistas llamó a Pepa Turull.

—¡Señorita!

Moscoso miró alarmadísimo a la que gritaba. ¡Si alguien se atreviera a injuriar a Pepa Turull como la vieja del moño el día de la sopa, le clavaría el tenedor en el vientre hasta rebañarle el hígado!

No hubo lugar. La que llamaba sólo quería que le sirvieran más vino. Pepa, una vez que hubo obedecido, se acercó a la mesa de Moscoso y retiró las flores, sin decir esta boca es mía. A la salida, ella le esperó. Llevaba las flores en la mano y sonreía como una novia. A Moscoso le azaró que los vieran juntos los demás pensionistas. Frunció el entrecejo.

—¡Es usted un ser huraño e insociable! —exclamó Pepa Turull a guisa de saludo —. En Madrid hay miles de hombres que serían felices en mi compañía. El único que hace mohines de disgusto al verme, es usted...

—¿Por qué le interesa la amistad de un viejo como yo?

—¡Usted no es viejo! ¡Es raro, que ya está bien!

—¿Me encuentra usted raro?

—¡Rarísimo! Usted mismo me lo confesó días pasados. Quizá sea por contraste con el resto de los hombres que viven en el Corralón, que me tienen mal acostumbrada. ¡Si viera las cosas que me dicen cuando le llevo libros al desván!... ¡Pero yo echo de menos que usted nunca me diga nada!

—¿Qué le puede decir a una flor como usted una vieja lombriz como yo?

—Aprenda de los otros.

—Dígame usted algo de lo que le dicen, para aprender...

—No me atrevo... Un hombre tan austero no debe escuchar esas cosas...

Estaba empeñada en hacerle reír. Y lo consiguió.

—Es usted desconcertante, Pepa, si me permite que la llame así. Tiene usted un corazón de oro; pero, por contra, tiene la lengua muy suelta.

—Si me ofrece usted el brazo, iré mucho más cómoda —confesó Pepa riendo.

Y rompieron a andar. Estos paseos se repitieron varios días más.

—¿Qué te ocurre? —le preguntó Santiago, apenas la vio entrar.

Pepa se dejó caer en un sillón y se quitó los zapatos.

—Estoy cansada...

—¿Has vuelto a salir con el viejo?

—No es viejo. Es desgraciado... No puedo ver sufrir a la
gente...

Hizo un gesto de desaliento y preguntó:

—¿Has tenido noticias de Enrique?

—Hablé con Ana María —comentó Santiago Turull—. Enrique no llegará hasta la semana que viene. ¡Estoy deseando que arregle de una vez lo de ese maldito portaaviones y coja las riendas del asunto! No me divierte que te vea la gente paseando de un lado a otro con un vagabundo...

—¡Si vieras qué hombre más extraordinario! Hoy, al fin, me ha hecho confidencias... Tuve que contarle la historia del verdadero «hombre de la bufanda», al que durante tanto tiempo confundí con él. Excuso decirte cómo la adorné... Lo hice para moverle a que me hablara de algo suyo... Vengo con el corazón encogido... No sé qué pensar ni qué debo hacer...

—¿Te ha hablado de Ana María?

—Muy vagamente. Me confesó que abandonó a su familia antes de volver a África. Le pregunté si vivía alguno de los suyos y me respondió que prefería ignorarlo, pues si tuviera la más pequeña sospecha de que uno de ellos pudiera reconocerle o localizarle, huiría de aquí o se quitaría la vida. «¡Usted es demasiado hombre para cometer ese acto de cobardía!», repliqué indignada. «¡Sólo los cobardes son capaces del suicidio!» No me contestó. Me besó una mano y me dijo que yo era muy buena.

Pepa se levantó del sillón y comenzó a pasear descalza por el cuarto.

—¡No sé qué debo hacer, Santiago, no lo sé!

—Espera a que llegue Enrique...

—Cada vez que salgo con el viejo —insistió Pepa— me hace el efecto de que estoy traicionando a Ana María, como si le pusiera los cuernos con su marido.

Santiago la interrumpió, molesto:

— ¡Procura no decir tonterías..., si puedes! A lo mejor haciendo un gran esfuerzo consigues evitarlo...

—No me has entendido —continó Pepa—. Quiero decir que el viejo me interesa con independencia de Ana. Aunque Ana María no existiera —añadió con énfasis—, él es merecedor de que alguien le tienda una mano, de que le preste un poco de amistad... No sé lo que me pasa con él. Hoy le he visto sufrir y vengo con el corazón arrugado...

—Ya me lo has dicho, ya —replicó Santiago con un punto de ironía que Pepa cazó al vuelo.

—No estarás celoso, supongo.

Santiago se echó a reír.

—Si alguna vez me ves celoso, llama a un psiquiatra: estaré gravemente enfermo de la cabeza.

—Lo dices como un cumplido, pero te advierto que no me halaga nada.

—¿No te halaga que me fíe de ti?

Pepa replicó, muy ofendida:

—¡En absoluto!

Una tarde, Pepa Turull entró en el cuchitril de Moscoso cargada de regalos: dos camisas nuevas, un par de zapatos y unas pastillas de chocolate.

Moscoso señaló la puerta.

—Lléveselo.

—¡No pienso llevarme nada!

Como el dedo de Moscoso siguiese indicando la salida, Pepa añadió:

—Hagamos un pacto: quédese con una camisa y me llevaré el resto.

—¿Por qué hace usted esto conmigo?

No era la frase hecha de quien quiere, por gratitud, mostrarse sorprendido de la generosidad ajena, sino de quien exige una explicación para encontrar el verdadero móvil de una actitud confusa.

—¿Por qué me quiere favorecer? No le diré si esto me ofende o no: quiero tan sólo saber por qué.

Pepa desvió la mirada.

—No es a usted a quien quiero ayudar —confesó.

—¿A quién, pues? —preguntó Moscoso secamente.

Pepa respondió con un hilo de voz:

—A Ana María...

Moscoso se quedó un buen rato sin pronunciar palabra.

—¡Ana María *Moscoso!* —recalcó, gritando, Pepa Turull.

Los hombres de edad no palidecen como los jóvenes; en sus mejillas no se

forman surcos, ni ojeras bajo los párpados por profunda que sea una emoción: su gesto se endurece y ensombrece, pero no se descompone. Con terrible frialdad, sin alzar la voz, pero con tremenda autoridad también, Moscoso ordenó:

—¡Vayase!

Pepa, al pronto, no se movió. Estaba inmovilizada por la sorpresa.

—¡Vayase!

Moscoso tomó los paquetes en sus manos y los dejó caer al suelo.

—¿Es ella quien me envía todos estos regalos?

—No. Ella no sabe si usted vive o ha muerto.

—¡Júremelo!

—Se lo juro.

Hablaba a gritos.

—De modo que... su amistad no era sincera... Sus paseos, un medio de ganar mi confianza. Sus regalos, un soborno. ¡Llévеselos todos!

—¡Le he jurado que ella no sabe nada!

—¿Por qué no se lo ha dicho usted?

—¡Debí hacerlo! He sido una estúpida no diciéndoselo todavía... No quería hablarle de esto mientras usted no me lo permitiera.

Moscoso alzó una mano en el aire.

—Si algún día mi hija sabe algo —murmuró—, desapareceré de aquí.

Pepa giró sobre sí misma, salió del cuartucho y avanzó unos pasos por el desván hacia la escalera. Oyó a su espalda la voz de Moscoso:

—No se vaya...

Sin volverse se detuvo esperando oír la continuación de aquellas palabras. Hubo un largo silencio. Se volvió hacia el vergonzante.

—Pase dentro. No se vaya... —dijo éste.

Pepa entró de nuevo. Moscoso estaba ahora de espaldas a ella, apoyado en la repisa del ventano. Con la voz descompuesta y tan bajo que era difícil oírle, preguntó:

—¿Cómo es... Ana María... ahora?

Pepa, que era mujer de lágrima fácil, sintió el agua en sus mejillas antes de notar que le brotaba por los ojos. ¡Al fin había conseguido romper el hielo! Desde que salía con Moscoso esperaba con ansiedad oírle preguntar por Ana.

—Es difícil describirla... Vale mucho más que yo... Es muy culta..., sabe cosas asombrosas..., estudió Filosofía en la Universidad... Ana María, no sé cómo decirlo, es, más que nada, armoniosa: es alta, no se pinta la cara, pero cuida mucho su peinado y su vestido...

No sabía qué más decir. No estaba satisfecha de su descripción.

—Los zapatos se los encarga en París.

Moscoso seguía de espaldas.

—Tiene mi misma edad... —tartajeó.

¡Oh, que tontería decir esto! ¿No iba Moscoso a saber la edad de Ana María?

—Sus manos son preciosas, ¿sabe usted? Cuando era más joven, un pintor hizo un dibujo de sus manos... A veces se distrae cuando le hablan, pero es fácil darse cuenta, porque si piensa en sus cosas se le acentúa un pliegue que tiene en la frente. ¿Es bonita Ana María? Muchas veces me lo he preguntado. Yo creo que es más que bonita. Tiene una personalidad tan... tan fuerte... que su cara no podría ser de otra manera que como es. Ana María es, sobre todo, Ana María.

Cuando comprendió que Pepa había concluido, Moscoso preguntó:

—¿Es... feliz?

Pepa respondió sin dudarlo:

—No.

Moscoso estuvo dos largos minutos mirando por el ventano, sin pronunciar palabra. Al fin, se volvió lentamente. Mordía las sílabas al hablar.

—Supongo que he cumplido con mi deber de cortesía. Ya hemos hablado de lo único que le interesaba de mí. Ahora puede marcharse.

Pepa creyó no haber oído bien.

—No... no... comprendo... —murmuró.

Moscoso añadió secamente:

—Yo no sé si usted estará orgullosa o no de lo que ha hecho. A mí me parece de una refinada maldad. En sus manos tenía usted haber alegrado los últimos años de quien ya no se toma la pena de vivir... Su amistad mientras la creí sincera fue un rayo de luz, el único que llegaba hasta mi rincón... Bien se me alcanza que yo no podía esperar nunca nada de usted, salvo su compañía, pero aun sabiendo que sólo me la brindaba usted por generosidad... la acepté porque era la alegría de mis horas muertas. Le ruego que se vaya y no vuelva... Le suplico que ejerza usted la caridad lejos de mí, donde yo no la vea. Usted podrá escoger otros centros distintos donde dar de comer a sus pobres. Yo, en cambio, no tengo otro sitio donde me den de comer.

Ha abusado usted cruelmente de mí confianza. Ahora que sé que no es por mí, sino por mi hija por lo que me buscaba, no me duele confesarle que no es mi hija (a la que no conozco, y menos aún después de su descripción) quien a mi me importa, sino usted... Le ruego que recoja sus limosnas y se marche...

Pepa no recogió nada. Salió al desván aturdida. No tenía fuerzas ni para hablar.

Moscoso se asomó al hueco que hacía las veces de puerta.

—Y no olvide que si algún día mi hija sabe algo, cumpliré mi amenaza.

La Turull se detuvo. Por dos veces a lo largo de la penosa entrevista había salido al desván creyéndose vencida y por dos veces había sacado fuerzas de flaqueza para aferrarse a una última esperanza. Se volvió hacia Moscoso. En voz muy baja, como quien carece de vigor para alzarla más, comentó tristemente:

—Quiere decirme que usted no la necesita. ¿No es eso?

—Eso es. ¡Ni la necesito a usted ni la necesito a ella!

Pepa gritó hasta desgarrarse la garganta:

—¿Y no ha pensado nunca si es ella la que le necesita a usted ? ¿No lo ha pensado?

Moscoso perdió la serenidad. Sus ojos parecían asombrados. Pepa, descompuesta, seguía gritando:

—¿No lo ha pensado? ¿No lo ha pensado?

Le volvió la espalda y buscó en la penumbra —asustada de su propia voz— el hueco de la escalera.

XX
EL ENEMIGO ESTÁ DENTRO

Las tres primeras cartas que Andrés le escribió fueron devueltas sin abrir; las siguientes, quemadas. Ana se sentía más fuerte que él; y este pensamiento la ayudaba a prevalecer. Cuando Andrés decía «no», podía significar indistintamente una duda, una afirmación o una negación; si era ella quien lo decía, la palabra conservaba todo su valor. En cuantas ocasiones Andrés había sentido arrebatos de arrepentimiento, procuró sortearlos, y lo consiguió; ella, en cambio, una vez tomaba la firme resolución de romper los lazos, no se volvería atrás. Por dignidad personal, por aprecio a la dimensión de sus sentimientos, *no se volvería atrás.* Se lo decía a sí misma una y otra vez hasta saciarse. Y mientras duró la persecución de Andrés —las cartas que no abría, las llamadas telefónicas que no atendía—, el propio afán de la lucha entablada, el orgullo de ser más fuerte, el complejo de sitiado que no ha de rendirse, la hicieron creer en la posibilidad de perseverar. ¡Ah, qué error más estúpido, qué necia confianza en sus propias fuerzas! El combate era entonces entre dos seres humanos. Mas apenas Andrés dejó de buscarla, cuando súbitamente cesó la persecución, cuando el cerco se desmoronó por abandono del sitiador, Ana creyó enloquecer; porque al faltar enemigo fuera, se sintió indefensa ante los de dentro. De noche, en esa tierra de nadie llena de riesgos que se extiende entre la vigilia y el sueño; cuando se diría que Dios se ha dormido y ya no puede con la mirada calmar la tempestad, Ana se veía asaltada por pensamientos y deseos que nunca —en sus treinta y cuatro años— la habían humillado y ensuciado tanto. Luchaba contra ellos mientras su voluntad permanecía despierta. Pero apenas la conciencia se relajaba por la llegada del sueño, las basuras surgían de los desvanes de su espíritu y la desquiciaban. A la mañana siguiente, la humillación de saberse tan frágil le amargaba las horas.

Por pura elegancia espiritual, por respeto a su calidad humana, nunca lo obsceno se había enseñoreado de su atención. Apetecía la fusión de los cuerpos como un camino inevitable o deseable para fundir los espíritus; pero era sólo un medio, no un fin; un complemento, no una meta objetivada. Alejado Andrés, Ana descubría con repugnancia que el enemigo no estaba fuera, sino dentro de sí misma, inseparable de su carne, unido a su peso y a su volumen y con poderosas quintas columnas en su espíritu y en su voluntad. El triunfo de Andrés era cuestión de días: los que él decidiera aplazar el asalto a la más débil de las fortalezas. Pero Ana María, perdida la confianza en sí misma, buscaba apoyos y alianzas para mantenerse. No peca quien siente, sino quien consiente; y Ana pedía a Dios que no retirara de ella —¡«todavía»!— el cable de su larga mirada.

La crítica fue despiadada. He aquí, extractada, la opinión de un periódico: Para abrir caminos nuevos en el laberinto del arte actual, se necesitaba un bagaje que Andrés no llevaba consigo: talento. No bastaba la vocación, ni la habilidad en el manejo de los efectos, ni siquiera la técnica depurada (tríptico de condiciones que el comentarista reconocía en Andrés). Si el artista se hubiera limitado a aprovechar estas virtudes; si hubiera sido fiel a la tendencia apuntada en sus primeras obras, habría correspondido a las esperanzas que la crítica depositó en él años atrás; es decir, que gracias a la tenacidad y al trabajo, habría llegado a ser un pintor de cierto mérito. Para abrir caminos nuevos, en cambio, le faltaba genialidad. El genio nace, pero no se hace. Andrés se había perdido al querer alcanzar una meta muy por encima de sus posibilidades. Le daba después ciertos consejos paternales y acababa con un ataque frontal a los artistas españoles de la escuela de París, que conseguían penetrar en el mercado universal gracias —mucho más que a sus propios méritos— a la habilidad comercial de los «marchantes» profesionales franceses.

Ana consideró injusta, torpe y brutal esta forma de atacar a Andrés; indignada, rasgó el periódico y lo quemó. Más que la profunda pena que le producía imaginar el derrumbamiento moral de Andrés (quien para poder andar necesitaba de los elogios, como un motor de explosión de los carburantes), era la consternación lo que dominaba en ella. Los cuadros expuestos por Andrés —y sobre todo aquellos que el escritor había atacado más duramente— eran extraordinarios y estaban marcados por la chispa del genio. Quien no lo viera estaba ciego y era un incompetente o un malvado.

Llamó a casa de Andrés y preguntó por Alicia. Supo entonces que no era ése el único periódico que se rasgaba las vestiduras ante la última exposición. Alicia aconsejó a Ana María que leyera los demás. Ana preguntó si su marido estaba muy afectado, y Alicia respondió que no. Acto seguido añadió algo tan insólito que Ana María, al oírlo, no pudo menos de sentir vértigo. Andrés era terco como nadie —le dijo Alicia—, y en cierto modo se tenía merecida esta ducha de agua fría. Gracias a Dios, no necesitaban ganarse la vida manchando telas. Su padre —el padre de Alicia— le había ofrecido cien veces un puesto en la fábrica de Éibar. Su vocación era admirable —y en ella se sentía orgullosa del talento que Andrés tenía para estas cosas—, pero siempre que fuera un violín de Ingres, una distracción; no una profesión.

Ana insistió en saber si estaba muy afectado, y Alicia volvió a asegurar que no lo estaba en absoluto. Muy por el contrario, Andrés parecía dispuesto esta vez a aceptar el cargo de director artístico en la fábrica de juguetes. Ana, al oír esto, perdió el aliento.

Cuando colgó el teléfono, marcó el número de casa de Regidor.

—Tengo una bomba preparada —dijo éste—. ¡Ya verás, ya verás! Cuando estalle no van a quedar ni las rastras de esos robaperas, sorbecaldos y marineros de agua

dulce. ¡No se puede ejercer la crítica de arte y haber sido de la Ceda o radicalsocialista o boticario o socio del Círculo Mercantil! Andrés es la bandera que necesitábamos para alzarnos contra la beatería intelectual, el oscurantismo academicista, el bozal, la castración, la morfina mental y el detector de verdades. No dejes de leerme mañana. ¡Seré implacable!

Ana se llevó las manos a la cabeza. Como los amigos de Andrés se empeñaran en redimirlo, acabarían crucificándolo. Habló con Enrique aquella noche, por teléfono, y le reconvino por la prolongación de su ausencia. ¿Tan difícil era comprar un barco que llevaba cerca de un mes fuera de casa? Le contó el fracaso de la última exposición de Andrés. Estaba desolada.

—¡Dile que le compro toda su producción! —gritó Enrique al otro lado del hilo —. Mira que yo entiendo de estas cosas. Si sabe aprovechar la ocasión para armar un poco de ruido, la cotización de sus cuadros subirá hasta las nubes.

Al día siguiente se publicó el artículo de Regidor. Empezaba con la famosa cita: «El genio es una larga paciencia». Y acto seguido recordaba las palabras de Newton, recogidas por Ortega, cuando le preguntaron cómo había llegado a formular la ley de la gravedad: «Pensando en ello día y noche», respondió el sabio. ¿Cómo se atrevía el crítico de marras a decir que el genio nace, pero no se hace? El genio es una lucha ininterrumpida contra las limitaciones de la naturaleza: «una larga paciencia». Paciencia sobre todo para sufrir la incomprensión, cuando no la envidia de los mediocres. Recordó la frase de Schopenhauer: «Los grandes hombres sólo son comprendidos por los que les son afines». Y la de Nietzsche: «Un pueblo es el medio de que se vale la Naturaleza para producir seis o siete genios. Y después *para destruirlos».*

Regidor arremetía contra los críticos, y especialmente contra el que aludía a los españoles de la escuela de París. La Historia de España del último siglo se caracterizaba, según Regidor, por la emigración de sus hombres egregios; pues en España se veían obligados a derrochar su talento no tanto en producir, investigar o crear como en defenderse de sus críticos. Ya lo dijo Menéndez y Pelayo en el capítulo X, tomo III, de su *Historia de las ideas estéticas:* «Lo que más cuesta al genio es hacerse perdonar su gloria». El artículo no aludía ni una sola vez a la obra pictórica de Andrés. Era el pretexto que utilizaba Regidor para sacarse la espina contra sus propios críticos. La insistencia en emplear los vocablos «genio», «talento», «hombres egregios», demostraba claramente que no pensaba más que en sí mismo. Pero ¿dónde estaba Andrés, dónde esos cielos que sangraban grandes lanzadas de luz, dónde la desgarrada sinceridad de su obra, la ternura con que envolvía sus volúmenes, el vértigo de sus lejanías? Ana imaginó a Andrés halagado por el primer impacto de los vocablos, y humillado, entristecido, degradado después al sentirse carne de una polémica en la que nadie decía que el arte es, sobre todo, amor.

Una tarde, al entrar en su casa, Ana María vio un telegrama sobre la mesa y lo abrió. Nunca había cursado el telégrafo un texto tan largo. Antes de leerlo sus ojos buscaron la firma. Era de Andrés.

Sintió la sangre subiéndole al rostro como si hubiese cometido una mala acción. Había pensado que el telegrama era de Enrique; por eso lo abrió. Una vez abierto... ¿cómo podía dejar de leerlo? Se quedó perpleja con el papel en la mano. Le dolían los dedos.

Oyó a su hijo llamarla desde el piso de arriba.

Al comprobar que Ana estaba en casa, Alberto bajó la escalera como una tromba.

—¡Mamaza! ¡Espérame, mamaza!

Ana María guardó el telegrama y corrió a refugiarse en su cuarto.

Alberto, sentado en el suelo a la usanza mora, hacía guardia frente a la puerta de las habitaciones de Ana. En su casa, pensaba, todos estaban un poco locos. Su padre, que era un tío estupendo, había comprado un portaaviones en Bilbao —cosa que no era capaz de hacer el padre de ninguno de sus amigos—; a su hermano Quique, que era tonto, le daba tanta vergüenza haber sido el primero de la clase en los exámenes de fin de curso, que se había escondido debajo de la cama para que nadie le felicitase; Armanda, la criada, se había pasado la tarde llorando por asunto de novios o cosas así, y —para completar el cuadro— su madre estaba encerrada detrás de aquella puerta sin querer hablar con nadie. Diez minutos antes, cuando la oyó llegar, Alberto se deslizó por la barandilla de la escalera como una tromba.

—¡Mamaza! ¡Espérame, mamaza!

Pero Ana, al ver aquel bólido que amenazaba caer sobre ella, había huido precipitadamente hacia su cuarto, gritando:

—¡Niños, no me mareéis ahora! ¡En seguida vuelvo!

Alberto sabía muy bien que cuando su madre empleaba el nombre genérico de «niños» —aunque fuese uno solo el que tenía ante ella—, era sincera. Estaba en las nubes y no sabía si eran uno o dos los que acudían a abrazarla. A Alberto le molestaba profundamente esta fórmula vaga e impersonal, y no sólo porque Quique era incapaz de bajar la escalera a caballo de la barandilla encerada como él lo hacía, sino por un legítimo deseo de individualización. Entonces utilizaba diabólicamente todos los instrumentos de tortura —desde el aporreo de la puerta con los pies hasta cantar a pleno pulmón el himno del colegio— y ya no se estaba quieto mientras no se le llamase por el nombre exacto que figuraba en su partida de bautismo.

—¡Niñoo!! Me vas a volver loca.

Alberto sonrió maliciosamente. El paso del humillante plural al consolador singular era importante, mas no suficiente. El zapateado sobre la puerta consiguió el efecto apetecido.

—¡¡Albertooo!! ¡O paras, o...! Como era muy considerado, y como su verdadera

intención no era mortificar a su madre, sino tan sólo probar la eficacia de los medios de persuasión que empleaba, cesó de taconear y se retiró unos metros. Su madre le había llamado al fin por el santo de su nombre. Y con esto se había hecho acreedora a un cierto margen de confianza.

Cogió una Antología de poetas americanos, se lió —nunca se sabrá por qué— un turbante a estilo moro en la cabeza, y se sentó en el suelo.

Ana extendió sobre sus rodillas el telegrama, que, apenas hubo entrado en el cuarto, lanzara sobre la cama. Le quemaba en las manos. El texto ocupaba tres cuartillas. No quería leerlo y sabía que no podía dejar de hacerlo. Al fin se decidió, lo desdobló, separando una a una sus hojas, se sentó en el sillón y, muy despacio, deletreando cada palabra, inició la lectura. Andrés —cuyas cartas anteriores fueron devueltas sin abrir— necesitaba esta vez, imperiosa, íntima, dolorosamente, que Ana le tendiera una mano. Se sentía abandonado por Alicia en lo que más le importaba: su arte. La pretensión de su mujer de convertirle poco menos que en el decorador de muñecas le parecía una ofensa macabra, un insulto que si otras veces, desde la altura de su triunfo, pudo soportar, ahora, desde el plano de la humillación, no podía sufrir. Ana adivinaba este rencor sordo hacia Alicia en cada una de las palabras —palabras que sangraban— del texto que tenía ante ella. Andrés no aludía a nada de esto de una manera directa, pero Ana reconocía, como en un borrador corregido, todo lo que no estaba dicho. Andrés quemaba sus naves. No era hombre para consumirse, como las brasas, sin arder. No estaba dispuesto a distraer sus energías en batirse con zascandiles. Necesitaba pulsar su horizonte. Se debía a su arte. Volvía a París.

Ana se acariciaba las sienes, mientras leía. Quince años atrás ella fue la sacrificada. Ahora la víctima tenía otro nombre: Alicia. Ayer, Andrés quería pintar. Hoy, Andrés quería triunfar.

Ana apretó los dientes con rabia. Leyó tres veces las últimas palabras. Sus dedos, acariciantes, palpaban lentamente sus sienes, bordeando el curso de las venas. «Te debo gratitud por haberme liberado de la mentira en que vivíamos. Fuiste más fuerte y más sincera que yo. No es clandestinidad lo que ahora te brindo, sino un puesto a mi lado. A la luz, cara a todos y a mi lado. Quema tus naves como yo las mías.»

No la invitaba por amor, a huir juntos de un mundo de convenciones e incomprensiones en que ambos se sentían extranjeros. Era él, él solo, quien huía, pretendiendo llevarse en su equipaje, junto a sus útiles de trabajo, unas briznas de esa admiración que ella le había brindado siempre con generosidad.

«No es a mí a quien quiere, no es mi amor lo que necesita. Es mi admiración... Mas ni siquiera mi admiración por él. Andrés sólo busca en mí la admiración por su obra...»

Ana veía esto con cegadora claridad. Mas el pensarlo no le produjo ira, sino una profunda tristeza. Se puso en pie. Por supuesto que no iría con él, mas tampoco daría

un solo paso por moverle a desistir.

Recordó la frase de Alicia, en la que aseguraba que su marido no estaba afectado en absoluto por el fracaso de la exposición. ¡Estúpida! Ana no iría con él, pero Alicia tampoco. Recordó el abrazo aquel en el aeródromo. Se sentía vengada. «A Éibar, preciosa mía... A Éibar, a que te abrace tu papá...»

Alberto, del otro lado de la puerta, comenzó a cantar con horrísono entusiasmo el himno del colegio. Necesitaba imperiosamente hablar con su madre y suponía que sus voces conseguirían ahuyentarla de su reducto como el humo de sus madrigueras a los conejos. Su padre, después de una larguísima ausencia, regresaba, al fin, de Bilbao. Ana María lo ignoraba; y como nadie se había preocupado de preparar nada para recibirlo, él se encargó de todo. Tuvo algunas diferencias de criterio con Armanda, y, víctima inocente de una pequeña refriega, había perecido, en la cocina, la coctelera de cristal. Necesitaba decírselo a su madre antes de que Armanda se «chivara». Pero Ana no se decidía a salir de su encierro.

Alberto entonó a todo pulmón:

So-mos los hom-bres del ma-ña-na. So-mos sol-da-dos del de-beeerrr...

Ana María, después de considerar que Herodes era un incomprendido de la Historia, se armó de paciencia y se acercó a la puerta. Alberto continuaba:

Las blan-cas au-las del co-leee-gío son a-ma-dí-si-mo cuar-teeél don-de se for-man los e-jéeer-ci-tos del a-mor, la es-pe-ran-za y la Feee...

Ana abrió la puerta.

—Eres plomo derretido, hijo mío.

El chico, sentado en el suelo a lo Abd-el-Káder, y con la toalla enrollada a modo de turbante en la cabeza, saludó a su madre con los versos que acababa de aprenderse.

—*Yo quisiera, ¡oh Judit!, convidarte a mi tienda...*

—Pero niño, ¿quién te ha enseñado esos versos? ¡Esos versos no son para niños!

—¿Por qué? Son preciosos. Me los sé de memoria...

Yo quisiera, ¡oh Judit!, convidarte a mi tienda, quemar al son del arpa cinamomo a tus pies, embriagarme en la viña de tu boca estupenda, ver la noche en tus ojos... ¡y morirme después!

—¡Qué majadero eres!

Ana dudaba si reír o llorar; reír, porque la cosa tenía gracia, y porque Alberto recitaba suspirando y poniendo cómicamente los ojos en blanco; llorar, por considerarse definitivamente incapaz de dominar al ganso de su primogénito.

—Son de Amado Nervo... ¡Mira que llamarse Amado! ¡Qué cursilada! ¿Verdad, mamá?

Ana sabía muy bien que no eran del poeta mejicano, sino de Martínez Mutis, de Colombia; pero no le daba a su hijo la beligerancia suficiente como para discutir con él este problema.

—Anda, levántate de ahí y quítate esa toalla. ¿Dónde está tu hermano?

Alberto salió corriendo a buscarlo. Ana, entretanto, se puso a considerar que su primera reacción mental contra la pobre Alicia fue estúpida y cruel. ¡Oh, qué contradicciones las de su ánimo! Ahora sentía una terrible congoja pensando en la pobre mujer. ¿Era acaso culpable de estar hecha de una madera tan distinta a la de su marido? En cualquier caso, de una madera que no encajaba con la de Andrés. De una sola cosa estaba cierta: Andrés hacía perfectamente en marcharse; y pensándolo con frialdad, a ella —Ana— le convenía. La separación le haría mucho bien. ¡Pensándolo con frialdad!... Pero ¿podía pensarlo con frialdad? ¿Por qué tardaban tanto sus hijos? Si no llegaban pronto, temía que este nudo que se estaba formando aquí, junto a la garganta... ¡No! ¡No quería llorar! ¡Ella, aquí en Madrid, con Enrique y con sus hijos! (Se mordió los labios con rabia.) ¡Y Alicia a Éibar; a Éibar, con su papá...!

Alberto llegó gritando.

—Quique no quiere venir. Está escondido debajo de la cama.

—¿Por qué? ¿Qué ha hecho?

—Ha sacado el primero de la clase. Y le da vergüenza...

—¿Que Quique ha sido el primero de la clase? ¡Qué maravilla! ¿Y tú? ¿Qué notas has tenido tú?

Alberto varió rápidamente de conversación. Ese era un tema que más valía no tocar.

—¡Fíjate qué tonto! Ha sacado el primero y le da vergüenza...

—Dile que venga. Tráemelo.

Alberto se disponía a cumplir la orden; pero su madre le detuvo a tiempo.

—¡No vayas tú! Ya voy yo...

Comprendió —con finísima perspicacia— que el primogénito, que aquel día se había sentido cabeza de familia, era muy capaz de sacar a su hermano de debajo de la cama a puñetazo limpio, para demostrar hasta qué punto sabía cumplir lo que le ordenaban y podían los mayores fiarse de él.

Cuando subía la escalera para buscar a Quique, oyó el timbre de la puerta. Se detuvo para comprobar quién era.

Oyó la voz de Enrique. Después la de Alberto, a todo pulmón.

—¡Hurra! ¡Papá ha comprado el portaaviones!

Ana se arrodilló sobre la alfombrilla del cuarto de los niños y dobló todo su cuerpo para mirar debajo de la cama. Hecho un ovillo, conteniendo la respiración, doblados los brazos sobre la cabeza de modo que con las manos se tapaba la nuca y con los codos las orejas, Quique parecía como si se defendiera de un bombardeo aéreo.

Ana María no aludió para nada al problema de las notas.

—Quique... Quique... No juegues más al escondite... Sal corriendo... ¡Papá ha comprado un portaaviones!

Minutos después, cambiaba la ginebra caliente por la que se conservaba en la nevera —pues Alberto lo había organizado todo para su padre con cuatro horas de antelación—; sustituida la agüilla tibia del tazón por cubitos de hielo —pues el sol implacable había deshecho los que el niño había preparado—, Enrique se sometió gustosísimo al interrogatorio de su familia. Estaba eufórico y de un humor excelente: la operación le había salido redonda. Quique quería saber si el portaaviones pesaba más que cien elefantes; Alberto si se lo dejarían conducir cuando hicieran un viaje a bordo de la fantástica embarcación, y Ana María de dónde había sacado su marido el dinero necesario para la compra.

—Pero, Ana querida, cuando lo compré, ya lo tenía vendido. ¿Por quién me tomas?

Las caras de decepción de los niños eran sendos poemas.

—¿Lo has vendido? —exclamó Alberto, indignado ¡No hay derecho! ¡No hay derecho!

—¿Qué pensabais? ¿Que lo compraba como yate de recreo? Lo compré para desguazarlo.

—¿Qué es «desguazarlo», papá? —preguntó Quique, con un rayo de esperanza en la voz.

Enrique se lo explicó. Sólo por la enfermería le habían dado un dineral. Las mesas de operaciones, el instrumental quirúrgico, los aparatos de rayos X, los había vendido al Instituto Servet; la central telefónica y todos los accesorios, de primera calidad, a la Compañía Nacional de Teléfonos; los *jeeps*, camiones, tractores y grúas del portaaviones a distintas empresas de construcción; el mobiliario caro, a un hotel de Torremolinos; los aparatos de precisión, al Ejército. La maquinaria, a una naviera, y el casco, a Altos Hornos.

—Sólo en cables de acero, en kilómetros de cables de acero, cobraré una fortuna.

Ana le interrumpió.

—Pero ¿no me dices que lo has cobrado ya?

—Lo he vendido, pero no lo he cobrado. He cobrado mucho, pero no todo.

—¿Y qué has hecho con lo que has cobrado?

—Pagar parte del portaaviones.

—¿Y el resto?

—Créditos...

—¿Y con qué los pagarás?

—Con lo que me vayan pagando a mí. Si nadie me falla...

—Me entran sudores fríos al oírte.

—No pasará nada. Nunca pasa nada.

Armanda le interrumpió.

—Señor, le llaman por teléfono.

Alberto, que ya no guardaba ningún rencor a la criada, le dio la noticial fatal.

—¡Es una canallada! Papá ha vendido el portaaviones...

Enrique acudió al teléfono. No se fiaba de uno de sus deudores; le había llegado el rumor de que estaba a punto de ir a una suspensión de pagos. Pero la noticia que recibió era bastante más grave de lo que temía.

—No puedo creer lo que me dices. Perdóname, pero no lo puedo creer.

Cambió el teléfono de mano. Miró en dirección a la terraza.

—¿Quién lo ha descubierto? ¿Cómo lo sabes tú?

Al poco rato interrumpió a su interlocutor.

—Espera. No hables ahora. Ana María se acerca.

Cuando su mujer llegó junto a él, Enrique se comportó de una manera harto extraña. La besó en la cara —cosa que hacía raras veces— y le pidió que se fuera.

—Déjame solo, Ana María. Este asunto no es para ti...

Ana miró perpleja a su marido y se retiró a la terraza. Estaba inquieta. La mirada que Enrique había clavado en ella era tan extraña como su deseo de terminar, sin testigos, la conversación.

Cuando llegó Enrique, apuró de un trago el dedo de ginebra que quedaba y se sirvió otro vaso. Ana —con el rabillo del ojo— observó que las manos le temblaban y que estaba pálido como un enfermo. Se sentó frente a ella, pretendiendo disimular la impresión recibida.

—Esta noche no ceno en casa —dijo—. Volveré tarde.

Ana María no comentó de momento esta súbita decisión. No se atrevía a hablar por miedo de que la voz le temblara como a él las manos. Retiró los ojos de Enrique y al punto sintió los de él posados en los suyos, adivinando, buscando su turbación. Cuando le miró de nuevo, Enrique cambió bruscamente la dirección de la mirada. El corazón de Ana María se encogió. No pudo soportar por más tiempo la incertidumbre.

—¿Qué ocurre, Enrique? Háblame claro.

Enrique la observó despaciosamente. En sus ojos había una inmensa emoción que

Ana María no supo traducir: ¿amor, pena, desprecio, ansiedad? En cualquier caso, Enrique estaba bajo los efectos de una terrible convulsión moral.

—Dime una sola cosa —tartajeó Ana María—. ¿Quién era la persona que te ha llamado?

Enrique esperó, para responder, a beberse todo el líquido que le quedaba en el vaso, como si quisiera emborracharse.

—¿Para qué voy a decirte nada? Es posible que todo sea falso... —hablaba muy lentamente, meditando cada palabra—; que todo sea una fantasía...; y en ese caso, ¿para qué voy a decirte nada? No sé..., hubiera preferido que te pasase inadvertida esta llamada...; pero ahora ya es tarde... Sólo te suplico... Quiero decir que si yo no confirmo nada de lo que voy a confirmar esta noche, no me preguntes nunca, te suplico que no me preguntes nunca, qué me han dicho hoy... Todo es un poco confuso. Perdóname...

Enrique se levantó, besó a su mujer en la mejilla y salió.

XXI
LA FUGA

Fijos los ojos en la puerta que Enrique acabada de cruzar, tensos los músculos del cuello, crispadas las manos en su collar, Ana María tuvo la vivencia del peligro. Como un animal acorralado, potenciados los sentidos, agudizado el oído, erizados los instintos, se diría que el tiempo se hubiese detenido en torno a ella y que el espacio en que estaba inmersa fuese un gran riesgo ciego que la amenazaba. Durante largos segundos permaneció inmóvil, como si el moverse fuera la señal que esperaban las jaurías para atacarla. Oyó los pasos apresurados de Enrique por la escalera, y el rumor del motor al ponerse en marcha, y las ruedas deslizándose por la gravilla del jardín. De pronto, el collar se rompió y las cuentas rodaron por el suelo. Ahogó un grito, y la tensión se aflojó. Sus músculos se relajaron, los ojos siguieron indiferentes las evoluciones de las perlas sobre el mármol de la terraza y sintió frío. Había sido descubierta.

«A veces pienso que no somos responsables de nada, y otras que todo tiene un precio; y no sé cuál será el que nosotros tendremos que pagar.» Ana no conocía aún este precio; pero sabía que la hora de pagar había llegado. No acababa de reaccionar. Le parecía una burla del destino que el castigo llegara cuando ya no tenía nada de qué arrepentirse. Una burla cruel. Se levantó lentamente: No recogió las cuentas del collar. Andaba como una sonámbula. Las ideas no acababan de circular. Se habían congelado como un torrente al que el frío detiene antes de despeñarse. Fue hacia su cuarto y tomó un somnífero. No quería pensar..., no quería pensar... Era seguro que algún empleado de Enrique los había denunciado. Los almacenes de Enrique estaban muy próximos al departamento. Ella no lo sabía cuando lo alquilaron. No lo supo hasta mucho tiempo después, Pero ¿qué más daba esto ahora? Se habían confiado ciegamente, y ahora pagaban las consecuencias. De pronto le vino a las mientes una duda que le paralizó el corazón. Sintió físicamente cómo se detenía y volvía a reanudar su estúpida marcha, más agitado que antes. Sólo entonces exclamó en voz alta: «¡No, no!» Y después gritó: «¡Los dibujos, no!»

¿Habría roto Andrés aquellos dibujos? No había entregado los muebles tal como le pidió en su carta. Estaba seguro de su victoria, y esperaba. Pero los dibujos, ¿los había roto? «No me gusta verlos, Andrés; no me gusta saber que soy yo.» Y quizás al decidir su marcha a París, Andrés liquidó los muebles y retiró los dibujos. «Tenía que ser así. Tenía que serlo.» Ana se golpeó con los puños en las sienes. No podía sufrir la vivencia de Enrique hojeando perplejo aquel cuaderno de esbozos a lápiz. Intentó apartar este pensamiento de su cabeza. Andaba de un lado a otro por el cuarto: acorralada. No se decidía a acostarse. Enrique habría llegado ya al departamento.

«Si no confirmo nada esta noche, no me preguntes nunca qué me han dicho hoy.» Se imaginaba a su marido recorriendo las tres piezas de aquel escondite íntimo, reconociendo los muebles de su primer piso de casados, desechados en la casa nueva; leyendo las notas y los mensajes que Andrés la escribía cuando no la encontraba y que después olvidaba romper.

¡Oh! ¡Era estúpido lo que pensaba! Nada de lo que imaginaba podía ser así. ¿Con qué llave iba Enrique a abrir? Procuró serenarse. Estaba desquiciada y ningún pensamiento le salía a derechas. El único empleado que tenía Enrique en sus almacenes era el recomendado de Pepa Turull, y este hombre no la conocía. ¿Cómo iba a denunciar a Enrique que su mujer se reunía entre esas paredes con otro hombre, si no la conocía? Era grotesco pensar esto. La causa de la denuncia no era, pues, el departamento. Se metió entre las sábanas y tomó un segundo somnífero. Las pastillas no le produjeron el efecto apetecido. Durmió unas horas; pero cuando Enrique —muy avanzada ya la noche— regresó a la casa, Ana se desveló. Le sintió entrar en el cuarto y desnudarse silenciosamente por no despertarla. Se lo imaginó de pie, junto a ella, queriendo perforar las sombras y comprobar si dormía. Después le sintió deslizarse entre las sábanas. A la mañana siguiente, cuando Ana se despertó, Enrique ya no estaba. Ella tenía la cabeza embotada por las drogas. Pidió que le sirvieran en la cama un poco de café. Lo tomó puro y llenó la taza dos veces más.

—El señor salió muy temprano —dijo Armanda—. Llevaba una maleta en la mano. Le pregunté si salía de viaje y me respondió que no.

Ana María cerró los ojos.

—Déjeme, Armanda. Me duele la cabeza. Me estallan las sienes. Quiero seguir durmiendo.

Lo mismo que la tarde que dejó en el estudio de Andrés la carta de despedida, Ana se sorprendió de la frialdad que, como una capa de indiferencia, cubría ahora su ánimo. Tenía embotada la sensibilidad. Todo había cambiado en su vida, pero no se rebelaba.

Al incorporarse en el lecho, descubrió en la mesilla de noche el telegrama de Andrés. En cualquier otra ocasión habría temblado ante la imprudencia cometida al no esconderlo. Hoy se limitó a recordar por qué la cometió. Estaba leyéndolo cuando salió del cuarto para hacer callar a su hijo; poco después llegó Enrique y los sucesos se fueron encadenando. ¡Pobre Andrés! ¡Qué brusco viraje había dado el destino para él! Leyó sus palabras y le parecieron nuevas, distintas a ayer. Cerró los ojos. Dentro de poco llegaría Enrique. No acababa de comprender qué maniobra había iniciado saliendo con una maleta y anunciando que regresaría después. Si no regresara, todo sería mejor. Pero esto era imposible. Enrique era lento en sus meditaciones y seguro en sus decisiones; no daría el golpe mientras no tuviera todas las bazas —todas las pruebas— en la mano. Conviviría con ella, fingiendo cuanto fuera preciso fingir,

hasta tener segura la victoria. Y entonces, sólo entonces, atacaría con el único objetivo de separarla de sus hijos. Y ganaría. Enrique era un jugador que no perdía nunca.

Ana permaneció una hora más en la cama, con los ojos cerrados, pero sin dormir. Sus pensamientos fluían ahora con cegadora claridad. Imaginó los días terribles que la esperaban. Y sufrió al vivir anticipadamente esas horas tanto como si las hubiese realmente vivido.

Entonces se rebeló. Una mezcla de soberbia y de miedo se adueñó de su ánimo. Miedo a la humillación más que a la violencia; miedo a los besos con los que Enrique intentaría tranquilizar su espíritu mientras acuñaba las pruebas delatoras; miedo a sus ojos, miedo a sus pasos y después —irresistible, mortal— miedo a la soledad.

Súbitamente, Ana se incorporó, saltó de la cama y se duchó con agua fría. Cuando estuvo vestida, marcó el número del estudio de Andrés. Nadie respondió. Entonces llamó a su casa.

—Andrés, ¿eres tú? Soy Ana...

—¿Quién llama?

—No puedes hablar con claridad, ¿verdad?

—No, no puedo.

—¿Cuándo pensabas marcharte?

—El martes.

—Escúchame bien. Cambia el billete por otro para hoy; me voy contigo.

—Lo procuraré.

—Yo no puedo esperar al último minuto para salir de aquí. Tiene que ser ahora. Ahora o nunca, ¿comprendes? Voy hacia el departamento. Pero no tengo llave. ¿Tú la conservas?

—Sí.

—Ve hacia allá. ¿Puedes ir?

—Sí.

—¿Ahora mismo?

—Sí.

—No llevaré nada conmigo, salvo el pasaporte y lo que quepa en el bolso.

Hubo una pausa. La voz de Andrés se quebró.

—Gracias.

Ana María colgó lentamente el teléfono. Los niños... los niños... También ella era niña cuando su padre se fugó... E hizo bien en marcharse... No era hoy cuando los sacrificaba. Hacía ya mucho tiempo que los perdió. No se despediría de ellos. No los abrazaría. Los niños tenían toda la vida por delante. Y ella tenía media vida detrás.

¡Qué increíble fenómeno el del equilibrio del cuerpo humano! (Los niños estaban en el piso de arriba. Ana los oía alborotar.) Sobre las grotescas y minúsculas

plataformas de los pies, el cuerpo se sostiene, se mueve, avanza sin caer. (En el suelo del salón estaba la toalla que Alberto se enrolló en la cabeza a modo de turbante.) Distintas fuerzas, los brazos, la oscilación de las piernas, la posición de la cabeza, se compensan y destruyen de modo que un volumen tan grande como el cuerpo pueda sostenerse sobre una base tan pequeña. (Quique tenía vergüenza de ser el primero de la clase. Ana se marchaba sin ver sus notas.) La calle. Hacía calor. Unos días después, el aire de Madrid sería irrespirable. Un taxi. ¡Cuidado con esos niños! ¡Iban ciegos, no miraban los coches, jugaban al borde de las aceras! Andrés la invitaba a quemar sus naves. Y no lo hacía por amor, sino por vanidad. Ella quemaba sus naves, y no lo hacía por amor, sino por miedo.

Una calle, dos calles..., cien calles más.

Ana María no necesitó pulsar el timbre. Andrés abrió la puerta desde dentro, al oírla llegar. Ana se precipitó en sus brazos y permanecieron unidos, apretados, sin decirse nada, largos segundos. Andrés la besó en la mejilla, en las sienes, en los ojos.

—Para siempre, Ana, para siempre.

—Para siempre, Andrés.

—No quiero sentirte temblar.

—Nunca más temblaré.

Se separaron. La voz de Andrés era firme y segura.

—Escucha, Ana María. Siéntate aquí, y escúchame. Hay que aprovechar las horas que nos quedan. Nos falta mucho por hacer.

—¿Tienes los billetes?

—No he tenido tiempo más que de venir aquí. Habremos de dividirnos el trabajo. Necesitas comprarte ropa y un equipaje donde guardarla. Allí no tendremos con qué comprar nada. Escucha, escucha. El billete de avión irás tú misma a comprarlo. Me avergüenza decirte esto. Todo el dinero se lo he dejado a Alicia. Me voy con los bolsillos vacíos. Allí tendremos que empezar de nuevo.

—Hagamos una lista de las compras indispensables. Ocúpate de mi billete. Las compras las haré yo. ¿Y tu equipaje ?

—Tengo que volver a casa. A las cuatro, Alicia no estará. El avión sale a las ocho.

Ana se estremeció.

—No, Andrés. No quiero que vuelvas a tu casa. No quiero que salgamos de aquí. Los billetes se pueden adquirir por teléfono. Las compras también. Te suplico que no me dejes sola. Si vuelves a tu casa, me moriría. No nos movamos de aquí.

Andrés tomó las manos de Ana María entre las suyas. Estaban heladas, temblorosas.

—Un día me dijiste: «¿Por qué no me llevaste contigo?» Nunca olvidaré estas palabras tuyas. Pensemos que ahora es entonces. ¡Te llevo conmigo, Ana María! ¡Quiero empezar a pintar!

Guardó silencio.

Ana escondió la *cabeza* en el cuello de su amante.

—No dejes de hablar, Andrés. No me dejes pensar. Me siento fuerte, pero es porque estás conmigo, porque oigo tu voz; cierro los ojos y oigo tu voz. No me dejes pensar. Hablame, hablame...

Santiago Turull estaba pendiente de las palabras de su mujer. Cuando ésta colgó el teléfono, comenzó el interrogatorio.

—¿Qué te ha dicho?

—No lo podía creer. Me obligó a repetírselo varias veces. De pronto me ordenó callar. «Ana María se acerca», me dijo.

—Cuando le anunciaste que le ibas a dar una noticia que le parecería increíble, pero que no se trataba de una sospecha, sino de una certeza, te echaste a reír. ¿Por qué?

—Me dijo que estaba muy cansado para descifrar jeroglíficos.

—Entonces no te anduviste con rodeos. «El padre de Ana María está en Madrid.» ¡Así, de sopetón!

—¿Cómo iba a decírselo, si no? ¡Qué mal rato he pasado! Mira, todavía me tiemblan las manos.

—¿Cómo reaccionó? Repíteme sus mismas palabras.

—Estuvo callado tanto tiempo, que creí que se había cortado la comunicación. Después soltó un taco. Lo repitió tres veces y me pidió que le jurara que no eran fantasías mías. Entonces le dije que tú estabas enterado de todo; que viniera a casa y que hablara conmigo. Eso lo tranquilizó. No es que me moleste que la gente se fíe de ti; pero ¿por qué no se fían de mí ?

—Sus razones tendrán. ¿Y viene o no viene?

—Dentro de quince minutos estará aquí. ¿Crees que hemos hecho bien ?

—Estoy seguro de ello, Pepa.

—¿Qué pasará ahora? ¿Ves tú? Creo que he hecho bien en seguir lo que me aconsejaste, pero siento la angustia de haber traicionado al pobre viejo. ¡Si vieras qué hombre más extraordinario y más bueno!

—Anda. Ve a arreglarte antes de que llegue Enrique.

Y empólvate la nariz. Cuando lloras te echas a perder.

—¿Cuándo he llorado?

—No has hecho otra cosa desde que empezaste a hablar con Enrique.

Pepa se retiró, mientras Santiago se enfrascaba en la lectura del periódico. Santiago Turull era el contrapunto de su mujer. No era precisamente un entierro de tercera, como decía Pepa; pero estaba muy lejos de tener alma de castañuelas como ella. Hacía ya muchos años que se había rendido ante el exceso de vitalidad de su compañera, a la que dejaba volar por su cuenta. Sólo intervenía cuando las iniciativas

de su mujer amenazaban gravemente con provocar su ruina o cuando juzgaba imprescindible poner un poco de orden donde ella no ponía sino corazón. En el caso del comandante Moscoso, su opinión fue tajante. La persona indicada para decidir qué se debía hacer era Enrique.

Y hacía ya tres semanas que esperaban impacientes su regreso de Bilbao, para ponerle al tanto de lo que ocurría.

Enrique escuchaba absorto, lo mismo a Santiago Turull que a su mujer: Pepa narraba; Santiago opinaba. Los pensamientos de Enrique volaban por distintos caminos. En el fondo era una suerte que Moscoso no quisiera salir a la palestra; que amenazara incluso con desaparecer, en el caso de que Pepa descubriese su personalidad. Porque las noticias eran dos: el padre de Ana María había aparecido; el padre de Ana María era un pobre que vivía de la caridad. ¡Qué conflicto! ¡Qué vergüenza y qué conflicto! Por un momento pasó por su imaginación dar a este hombre una fuerte cantidad de dinero y que se marchara. Si no tuviera testigos, si nadie más que él supiera que Moscoso existía, ésta habría sido su resolución. Pero habiendo otras personas como Pepa, como Santiago, que estaban en antecedentes, no se atrevía a enfrentarse con la opinión que este proceder les merecería. Pepa había dicho que su suegro no aceptaba ayudas de nadie. Bien. Era muy posible que no aceptara cuarenta duros ni mil duros...; pero si la cantidad era fuerte... —Enrique hizo mentalmente un cálculo y sonrió—... ¡Ah!, si la cantidad era fuerte... ¿en qué cabeza cabe que no la fuese a aceptar?

—Bien, Enrique. Nuestro deber era informarte de lo que hay. Yo no quería, de ninguna manera, que Pepa cargara sola con la responsabilidad de este asunto. Ahora, tú verás lo que conviene hacer.

—Por ahora, nada —repuso Enrique—. Hay que dejar pasar unos días y meditarlo despacio. No conviene precipitarse.

Antes de despedirse, preguntó:

—Dime, Pepa. ¿Tú crees que ese hombre estaría dispuesto a hablar conmigo?

—No lo sé —respondió Pepa;—. Me temo que no.

Ana María —pensó Enrique— tenía el don de la inoportunidad. Por muchos años que viviera no se le olvidaría la noche que se empeñó en que fueran a un concierto la víspera del vencimiento de la letra de cambio. Desde aquel día, odiaba los conciertos para siempre. Y ahora —¡zas!— en plena operación del portaaviones, aparecía un mendigo que resultaba ser el padre de su mujer, ¡Órdago a la grande!

Enrique hablaba en voz alta mientras conducía.

—¡No tengo tiempo de ocuparme!

Llegó a su casa. Cuando se acostó, Ana estaba dormida, y seguía durmiendo cuando él saltó de la cama. Era una suerte maldita eso de que el viejo resucitara ahora y no en otro momento cualquiera. Pero si no tomaba rápidamente una resolución,

estaba viendo que entre Pepa, Santiago y las dudas no le iban a dejar vivir. El problema se centraba en decidir si había que poner en antecedentes a Ana y cuándo. ¿Por qué quebrarse más la cabeza? Se lo diría hoy mismo. Cayó en la cuenta, además, de que el viejo era usufructuario de una de las casas de renta que dejó Matilde: mejor que mejor. Un problema menos en que ocuparse. Lo que no había por qué decirle a Ana era que su padre se dedicaba a la mendicidad o a comer de gorra, que para el caso es lo mismo. Sería una crueldad innecesaria. Decidió, pues, llevarle un traje, una muda completa y unos zapatos para que hiciera buen efecto a su hija; y una vez vestido traerlo a casa. A partir de este instante, Ana se ocuparía de él. Sin pensarlo más, metió la ropa en una maleta y se fue al piso de los Turull; allí le dijeron que Santiago había salido ya para su oficina, y que Pepa no se había levantado aún. Se alegró comprobar que en todas partes cuecen habas. ¡Era enternecedor verificar lo bien que dormían las españolas mientras sus maridos se desriñonaban trabajando! Mandó que la despertaran. Pepa tardó en aparecer. Mientras se vestía, le mandó varios recados. Que si se había desayunado. Contestó que no. Que si quería que le sirvieran un café. Contestó que sí.

—¿Qué ocurre? —preguntó Pepa al entrar.

Enrique le expuso su plan: ir a ver al suegro, vestirle como Dios manda, y llevárselo a Ana María. Había que hacer todo esto muy de prisa; pues a las once tenía anunciadas cinco conferencias con Bilbao; a la una, dos personas citadas; a las cuatro y media, un Consejo; a las seis, una reunión. En todo el día no tendría dos horas libres seguidas como ahora.

«Siempre pensé que este hombre era un bruto —se dijo Pepa—; pero no creí que fuera brutal.» En voz alta, se limitó a preguntar:

—¿Sabe algo Ana María? ¿Se lo has dicho ya?

—No.

—Mira, Enrique: yo no quiero meterme donde nadie me llama; pero... ¿no crees que debías decírselo antes que nada a tu mujer? Piensa que él no quiere verla a ella... Quizás Ana María no quiera tampoco verle a él.

—Eso es imposible.

—No lo creas. ¿Quién te dice a ti que Ana María no odia a su padre por haberla abandonado de niña?

—¡Nunca he pensado que una hija pudiera odiar a su padre! —gritó Enrique, furioso.

—¿Has hablado alguna vez con Ana de su padre?

—¡No! Pero la he oído contar a los niños cosas de su abuelo. No olvides, además, que mi chico mayor se llama como mi suegro. No se hubiera empeñado en ponerle ese nombre si le odiara tanto. ¿Te convence este argumento?

Pepa Turull meditó.

—Sí. Me convence. Sin embargo..., yo no haría nada sin preparar primero a Ana María. Quizá —para un caso tan delicado como éste— encuentres tiempo para hablarle entre la barahúnda de tus consejos, conferencias y reuniones...

Enrique percibió la ironía y se sonrojó como un colegial.

—No es por eso, Pepa —dijo secamente.

La Turull le miró sorprendidísima. ¿Qué había querido decir Enrique? ¿Sabría «algo» de su mujer? ¿Sabría «tanto» como ella sabía ?

Enrique aclaró:

—Ana María es muy rara. Es soberbia y rara. Nunca sé lo que piensa. Hablar con ella, frente a frente, de un asunto tan suyo como esta súbita aparición de su padre, me produce una violencia invencible. Su padre es un mendigo. Un fracasado. Ana no resistiría la verdad.

Enrique hizo una pausa muy larga.

—Es más —dijo lentamente—: no resistirá *que yo sepa* que su padre es un pobre diablo, un vencido.

—No tiene pies ni cabeza lo que estás diciendo.

—Mira, Pepa, me conozco el paño. Muchas veces me he preguntado si a mi mujer le molestan mis éxitos. Su manera de reaccionar frente a cualquier triunfo mío es desconcertante. Te juro que parece como si le dolieran mis operaciones afortunadas. Como si le pareciera injusto que yo triunfara donde otros fracasan. Es muy complejo lo que te digo, y no sé si me expreso con claridad. Pero es así. En cambio, un tropiezo de cualquiera de sus amigotes la subleva. Cuando patearon al pedante de Regidor, en un estreno, Ana armó un escándalo. Y cuando la crítica puso verde a Andrés —ese pintor amigo suyo—, se llevó un disgusto de muerte.

Pepa Turull se puso súbitamente en pie al tiempo que se volvía de espaldas, como para buscar algo.

—¿Dónde he dejado los cigarrillos?

—Los tienes en la mano.

—¡Qué despistada soy! Perdona...; te he interrumpido.

Enrique continuó diciendo:

—¿Te imaginas lo que sería que yo le dijera a Ana María: «¡Tu padre es un muerto de hambre. Toma este dinero para socorrerle»?

—No tienes por qué decírselo así.

—¡Se lo dijera como se lo dijera, ella lo oiría así!

—Supongamos que no te equivocas, y que ésa fuera su primera reacción al oírte; pero después, ella no podría menos de agradecerte a ti, y sólo a ti, el que hayas sido el medio para recuperar a su padre. Deja esta ropa aquí. Habla con ella. No le des la noticia de golpe, y llámame después. Yo hablaré con tu suegro. Ése es un toro mucho más difícil de lidiar. Pero antes de hablar con él, quiero saber cómo ha reaccionado

Ana María. Es muy posible que haya que hacer las cosas exactamente al revés de lo que pensabas.

—No te entiendo.

—Si no es posible llevar al viejo a tu casa, Ana deberá presentarse en casa del viejo. Habla con ella... y llámame después.

Cuando Enrique llegó a su casa, Ana María no estaba ya.

A las tres, y en vista de que su mujer se retrasaba, Enrique se sentó a almorzar. A las tres y media, llamó Pepa Turull.

—Estoy impaciente. Cuéntame.

—Ana no ha llegado aún a almorzar.

—¡Qué raro!

—Quizá me dijo que hoy almorzaba fuera y se me ha olvidado. Yo no voy a salir de casa antes de las cuatro. En cuanto venga, le hablaré.

Pepa Turull, apenas colgó el teléfono, volvió a marcar el número de casa de Ana María. Preguntó por Armanda.

—¿La señora no le dijo que almorzaba fuera?

—No, señora.

—¿A qué hora salió?

—Muy temprano.

—Dígame, Armanda, ¿no le parece muy extraño? ¿No le habrá ocurrido algo malo?

—¿Sabe la señora lo que le digo? ¡Que el señor es un tranquilo!

—¿Qué quiere usted decir? ¿Qué sabe usted?

—Yo sé mucho y no sé nada. El señor es un tranquilo. Eso es lo que sé.

—En cuanto vuelva la señora, dígale que me llame.

—Descuide. Si la veo, se lo diré.

A Pepa le pareció sumamente raro el que Ana no almorzara en su casa en la primera ocasión —después de un mes— en que podía hacerlo con su marido. Las palabras de Armanda le indicaban con harta claridad que la criada estaba tan sorprendida como ella. Encendió un cigarrillo. El humo la ayudaba a meditar. Ahí estaba la maleta que Enrique, sin consultar a Dios ni al diablo, llenó de ropa para Moscoso. Era inaplazable plantear al comandante la temible papeleta: su hija estaba enterada de todo, y le esperaba con los brazos abiertos. Hasta este momento, éste fue el único cuidado que atormentaba su ánimo desde que Enrique se despidió; pero ahora, una nueva e indefinible angustia nacía en su pecho. Las primeras dudas que se le ocurrieron, las desechó como infundadas. ¡Dios podía castigarla por levantar falsos testimonios, aunque sólo fuera con el pensamiento! Sonó el teléfono. Era Enrique.

—¡La falta de consideración de Ana María es intolerable! A las cuatro y media tengo un Consejo. ¡No puedo esperarla más! Si la ves, no le digas nada de su padre.

Esta noche hablaré con ella. ¡Pero su conducta de hoy es intolerable!

Realmente, la actitud de Ana era difícil de disculpar.

Pepa buscó en la guía un número de teléfono con cuyos usuarios no había hablado jamás. Marcó las cifras lentamente, y antes de que respondieran colgó. ¿Con qué derecho se disponía a husmear en las vidas ajenas, y menos aún en las conciencias? Pero... si fuera verdad lo que sospechaba, ¿no se arrepentiría después de haber escurrido el bulto mucho más que de pecar ahora de entrometida? Marcó el número y preguntó por Andrés. No estaba. Y la señora, tampoco. Pepa ignoraba que Andrés fuese hombre casado y el saberlo le produjo un indecible malestar. A pesar de todo insistió en saber dónde podía encontrar a cualquiera de los dos: el asunto —dijo— era muy urgente. La respuesta que le dieron la dejó perpleja. La criada parecía muy agitada y hablaba por los codos. Los dos —le informó— habían salido de viaje: la señora para Éibar, donde iba a pasar unos días, coincidiendo con el santo de su señor papá. El señor pensaba irse a París el martes; pero repentinamente había cambiado el billete para hoy mismo. Y se había marchado ya, sin que la señora hubiese tenido ocasión de enterarse. La muchacha ignoraba en qué avión viajaba su señor. Sólo sabía que acababa de volver a casa, para llevarse toda su ropa, sin dejar ni una corbata. «No es poco saber», murmuró para sí Pepa Turull. Miró el reloj. Eran las cuatro y media. Tocó el timbre. Hojeó la guía. Pidió a una criada que le hiciera café muy cargado; a la otra que bajara al portal y parara un taxi. En Barajas le informaron que por la mañana habían salido dos aviones para París. El próximo despegaba a las ocho de la tarde. Pidió a gritos el café. Le dijeron que se estaba calentando. Sonó el timbre. Acudió a abrir. El taxi esperaba en la puerta.

—Bébase mi café —ordenó a la criada.

Y salió despendolada.

El taxista ignoraba por qué parte de Madrid caía el barrio de San Calixto. Y Pepa desconocía el nombre de la calle a la que quería ir. Pero recordaba muy bien cuál era el portal por donde vio bajar a Ana el famoso atardecer en que querían hacer puré la chabola de Fermina. Miró el reloj. Iban a dar las cinco. Menos tiempo le quedaba aquella tarde, y consiguió que Damián y su familia durmieran bajo techado. Tenía tres horas para actuar. Le sobraban para conseguir que Ana María esta noche durmiera bajo el techo de su casa. Hizo una cruz con el pulgar y el índice y la besó, con menos piedad que chulería. «¡Por éstas, que lo conseguiré!» Estaba lanzada. «¿No puede ir más de prisa? ¿De qué año es este cacharro?» Cuando mandó detenerse al conductor, eran las cinco y diez. El Citroen dos caballos de aquel día estaba estacionado frente al mismo portal.

—No se detenga.

«—¿En qué quedamos?

—Pase despacio sin detenerse... así... eso es...; ahora vamos al Almacén.

—Usted me dirá...

—Al Almacén; a un almacén de maderas que hay por aquí.

El taxista detuvo el coche, echó el freno de mano y volvió todo el cuerpo hacia Pepa.

—No conozco ninguna calle con ese nombre.

—¿Qué nombre?

—Digo que no conozco ninguna calle que se llame «por aquí». ¡Vamos; digo yo!

—Entonces acérqueme a esa taberna. Tampoco sé cómo se llama; pero supongo que ese detalle no le importará.

Cuando Pepa entró en la tasca, se armó un alboroto. Todos se acordaban de ella y querían a toda costa invitarla a jugar al mus.

Miró a todos lados, buscando una cara determinada, y no la vio.

—¿A quién busca usted? —le preguntó el tabernero.

—A un muchacho bizco, más listo que el hambre, feíllo él, pero muy majo.

—Por aquí vienen algunos que pasan hambre —bromeó el tabernero—; pero listos, ninguno.

—¡El que me agenció unos zapatos! —aclaró Pepa Turull.

—Señora, ése es mi hijo. Listo, sí es; pero no es bizco. —Se volvió hacia la trastienda—. ¡Chaval!

Tras la cortinilla para moscas —con el anuncio pintado de un anís que ya no se fabricaba—, apareció el chaval con una sonrisa de oreja a oreja. Aunque su padre lo negara, era más bizco que un semáforo; sólo que el ojo distraído, en vez de mirar a la nariz, apuntaba hacia la oreja. Era un bizco al revés.

—¿Me lo presta? —preguntó al tabernero Pepa Turull.

Éste accedió.

—Mira. Coge ese taxi, ve al almacén de maderas y dile a Damián el guarda, que venga contigo; que lo llamo yo.

Mientras esperaba a que llegara Damián, invitó a cazalla a los reunidos.

—Ese cochecito que está ahí en la esquina, ¿de quién es?

Un parroquiano se explicó:

—De un rubiales que le ha puesto un piso a su amiguita.

—¿Vienen mucho por aquí?

—Últimamente, muy poco. Pero hoy se han *quitao* la espina. Llevan ahí desde el amanecer.

— ¡Pues tú también eres *esagerao!* —terció el tabernero—. A las once, o así, llegó él; y ella, poco después. Mi chico, que les sirvió la comida...

—¡Ah...! Pero... ¿han comido aquí?

—No. Comieron en el piso. Pero se les sirvió desde aquí. Pues, como iba diciendo, mi chico ha dicho que se quedan a vivir.

—¡No me diga!

—¿No le digo?

—Entonces antes de ahora no vivían ahí...

— ¡Quia! Se veían a ratos, como quien dice; pero lo que se llama vivir, no vivían.

—¿Y qué le hace suponer que se quedan a vivir?

—Eso le pregunté yo al chico. Y me dijo que las maletas. Todo el piso está lleno de maletas.

—¿Qué hora es?

—Las cinco y veinticinco.

—Yo tengo y veintisiete.

—¡Qué más da «y veinticinco» que «y veintisiete»!

—Sí da, sí da... —exclamó Pepa Turull.

Llegó el taxi con Damián, el bizco, Fermina, un mamoncete colgado del pecho de su madre y el pequeño de los mocos. Fermina la besó en las mejillas, con lo que estuvo a punto de espachurrar al niño; el de los mocos le enseñó los dientes, que le habían crecido; el bizco tendió la mano, pidiendo la recompensa. Pepa se apartó con Damián donde nadie los oyese.

—Escucha, Damián. ¿Ves ese cochecito de la esquina?

—¡No soy ciego!

—Otros tienen ojos y no ven. Escucha. Te vas a dar el plantón frente a ese portal. Si el dueño del coche baja solo, lo dejas marchar. Si baja con una señora, te las arreglas como puedas y le pinchas una rueda o dos; si le pinchas las cuatro, mejor.

—Caray. ¡Pues no me pide usted cosas!

—Unas veces doy... otras veces pido...

—Eso también es verdad. Y... dígame: ¿es mucho hombre... ese hombre?

—Manco no es; pero tú tampoco.

—También eso es verdad.

Damián se volvió hacia el bizco.

—¡Niño, préstame un clavo!

Pepa le habló al oído.

—Ese hombre ha violado a una hermanita mía. Y el muy miserable se la quiere llevar a París de la Francia.

—No lo consentiré. ¡Niño, que sean cuatro clavos! ¡De los grandes!

—Adiós, Fermina; adiós, precioso mío; un día de éstos vendré a veros; adiós, Damián; adiós a todos. ¡Taxista, vamonos de aquí!

Ya en el coche, cayó en la cuenta de que Fermina conocía de sobra a toda su familia, en la que no había hermanitas, ni grandes ni chicas a quienes violar. ¡No podía estar en todo!

—Dígame —le preguntó al taxista—, ¿tiene usted hora exacta?

—Faltan quince minutos para las seis.

—¡Vamos de prisa; de prisa, por Dios!: calle del Ángel, Corralón del Virrey.

Poco después, el taxista le preguntó:

—¿Se encuentra usted mal?

—¡No! Estaba rezando.

—Por eso se lo preguntaba.

—¿Usted no reza nunca más que cuando está enfermo?

—Pues la verdad... no. Y dentro del taxi, hasta la fecha no había visto a nadie hacerlo. ¡Y *cuidao* que llevo años en el oficio!

La miró por el espejo retrovisor. Pepa —las manos enlazadas bajo la barbilla, los ojos cerrados y los labios bisbiseantes— rezaba.

—Una vez que mi mujer se puso a parir, también recé.

—¿Y salió todo bien?

—¡Ya lo creo! Pero es que ella es muy fuerte.

—Pues ahora soy yo la que voy a parir. ¡Déjeme rezar!

Llegaron al Corralón del Virrey.

—¡Aquí es! ¡Espéreme!

Cruzó como una exhalación el taller de herrería; no se detuvo a considerar las desvergüenzas del paragüero o del ebanista; subió a grandes zancadas la escalera de hierro, sin preocuparse o no de si sus piernas eran demasiado generosas para los ojos procaces que poblaban el patio; tropezó dos veces en el espacio sin peldaños, apartó sin avisar el saco que hacía las veces de cortina, y la vista se le nubló al descubrir que el cuarto estaba vacío. Sin respiración, pues la subida de la escalera estuvo a punto de ahogarla; el corazón disparado por la carrera; la angustia de ver que el tiempo corría, y la firme decisión de no rendirse buscando a Moscoso por los jardines, las plazas, las calles del barrio, la redujeron a un estado de nervios más fácil de concebir que de vencer. Le esperó algún tiempo, fijos los ojos en las manecillas del reloj. Al fin, desalentada, salió al desván. Allí se detuvo, conteniendo la respiración. Acababa de oír el crujido de los peldaños bajo el peso de alguien que subía. Cuando lo vio avanzar por el desván, corrió a su encuentro, y —rotos los nervios— soltó el trapo. No logró hacerse entender, y como los sollozos ahogaban sus palabras, tiraba de la ropa del vagabundo hacia la salida.

Moscoso se desasió de aquellos brazos convulsos; y al ver a Pepa golpeando con los puños sobre las vigas y gritando —hasta enronquecer— palabras ininteligibles, pensó que había perdido el juicio.

—¿Quién se va? ¿Adonde se va? ¡Expliqúese de una vez!

Pepa procuró serenarse. Tenía conciencia de haber perdido el dominio de sus nervios; pero las manecillas implacables del reloj seguían avanzando, y no se trataba ahora del juicio que su actitud descompuesta pudiera merecer a Moscoso, sino llegar

a su corazón y conseguir su ayuda.

—Usted no quiere saber nada de aquella hija que abandonó por causas que yo no quiero saber ni me interesan. ¿No es así?

—¡Cállese!

—Usted no conoce a estos nietos suyos; pero ellos —aunque lo creen muerto— sí le conocen a usted, porque Ana María ha cometido la necedad de contarles cien veces, como si fueran hazañas, sus estúpidas aventuras y andanzas de otros tiempos.

—¡Cállese! No le autorizo a...

—Uno de estos niños lleva su nombre. Se llama Alberto, como usted; porque Ana María lo quiso así. ¿No lo sabía, verdad?

—Ni lo creo tampoco. ¡Déjeme en paz!

—Ana María, aquella niña a quien iba usted a recoger al Retiro, donde jugaba conmigo y con el ama Candelas; aquella niña de las trenzas así de gordas, era mi amiga cuando usted la dejó. Yo me acuerdo de usted con su uniforme de capitán o de lo que fuese, presumiendo, más que del uniforme, de la niña que llevaba de la mano y que era siempre la primera de la clase. Y me acuerdo también de todo lo que usted ignora, porque ya no estaba. Nunca podré olvidar a Ana María escondida bajo los setos del Retiro para que nadie la viera llorar, o queriendo correr detrás de un militar a quien confundió con usted, o golpeando con los puños cerrados a la pobre ama Candelas porque no la dejaba seguir a aquel fantasma.

Moscoso la agarró violentamente por las muñecas.

—¡O se marcha de aquí, o la echo por la fuerza!

—¡Suélteme! Me hace daño...

Sin escucharla, Moscoso la sacó de la habitación.

—¡Fuera de aquí!

Y le apretó con más fuerza las muñecas con los puños.

—¡Aquella niña —gritó Pepa Turull, sin hacer nada por desasirse— tiene un amante! Y hoy va a seguir el ejemplo que usted le dio. ¡Ana María abandona a sus hijos, como usted la abandonó a ella!

Los dedos de Moscoso se aflojaron. Estaba lívido como un cadáver. Pepa se apartó unos metros.

—¡¡Esos ángeles, Dios, esos ángeles!! —añadió casi sin voz.

No pudo continuar. Se tapó la cara con las manos y dobló todo su cuerpo, vencida por los sollozos. Hizo un gran esfuerzo por reponerse.

—Todo el daño que usted le ha hecho, ese daño que dura casi treinta años, puede usted lavarlo en un día. Sólo usted puede evitar lo que sería irremediable. Tenemos menos de dos horas para actuar. A las ocho sale en avión para el extranjero. Nadie en su casa sabe todavía nada. No le pido esto para que Ana María le salve a usted; es para que usted salve a Ana María. No soy yo quien se lo pide. Es Dios quien pone en

sus manos el modo de remediar en un día todo el daño que le ha hecho.

Moscoso se irguió.

—Lléveme hasta ella. Después... déjeme solo.

Avanzaron unos pasos.

—Ofrézcame su brazo, Pepa. Me siento muy cansado.

Las maletas estaban ya en el descansillo.

—Déjalas ahí, Andrés; alguien sube.

—Será el vecino de abajo.

—No, no. Sube hacia aquí.

Penetraron en el departamento y cerraron la puerta. Alguien llamó con los nudillos. Ana María se sobresaltó.

—No abras sin observar primero por la mirilla.

Andrés se levantó del sofá, se acercó al ojo de cristal y estudió atentamente al que llamaba.

—¿Quién es? —preguntó Ana María a media voz.

—Nadie. Un pobre —respondió Andrés en el mismo tono.

El hombre volvió a golpear la puerta suavemente, pero con insistencia.

—¿Qué quiere? —preguntó Andrés a través de la mirilla.

—Entrar —dijo la voz.

—Estamos muy ocupados ahora. Vuelva otro día —gritó Andrés, sin dejar de mirarle.

Los nudillos golpearon la madera con mayor energía.

—Abran, he dicho —dijo el de fuera. Y no necesitó gritar para que su voz fuera terminante.

—¡Si será insolente! —exclamó Andrés, perdiendo la paciencia. Abrió violentamente la puerta y se encaró con el recién llegado.

—¿Qué se ha creído, que está usted en su casa?

El hombre apartó a Andrés con la mano y avanzó unos pasos.

—Ni yo estoy en mi casa ni esa mujer en la suya.

—¿Cómo se atreve? —gritó Andrés fuera de sí. Y alzó una mano en el aire. El viejo no se movió. Andrés bajó la mano.

—¡No acostumbro abofetear a un viejo!

—Me sorprende —comentó Moscoso, con increíble frialdad. Y en el mismo tono, sin alzar una sílaba sobre otra, añadió—: Quien hace una vileza, hace ciento.

Andrés retrocedió unos pasos. ¿Quién era ese hombre?

—¿Quién es, Ana? ¿Lo conoces tú?

No esperó a oír la respuesta.

—¿Quién es usted? ¿Qué busca aquí?

—Soy un hombre que busca a una mujer.

—Aquí no hay más mujer que ésta ni más hombre que yo.

Como un eco instantáneo, fulgurante, la mano de Moscoso cruzó la cara de Andrés, bañándole la boca en sangre. Éste dio un paso atrás, tambaleándose. Tardó unos segundos en reponerse de la sorpresa.

Dos cuerpos se lanzaron entonces en la misma dirección: el de Andrés sobre el desconocido, y el de Ana María sobre Andrés.

—¡No le toques, Andrés! ¡ ¡No le toques!!

No fue un grito; fue un alarido bronco, destemplado, sin inflexiones. Se colgó de su cuello y le tiró de la chaqueta, de la camisa, del pelo, hasta obligarle a desasirse. Se plantó entre los dos hombres sin mirar a ninguno, los ojos fijos en el suelo, los brazos extendidos entre los dos.

—¡Si das un solo paso, no te lo perdonaré, Andrés! ¡Mientras viva, no te lo perdonaré!

El desconocido tomó entonces en las suyas una de esas manos crispadas. Y la atrajo hacia sí.

—Ven conmigo, Ana María —dijo suavemente.

Ana se resistió.

—Vamos, pequeña... —añadió muy bajo, casi en un susurro—, se nos va a hacer tarde... En casa se van a asustar si llega la noche y no hemos vuelto... Y no nos dejarán salir solos nunca más... Así me gusta, obediente como un buen soldado... Aún nos queda mucho tiempo que andar... Vamos, vamos, pequeña...; no te retrases. Ven conmigo.

Ana María avanzó hacia su padre y se desplomó en sus brazos.

Supo —porque su corazón se lo dictó mucho antes que su memoria— que aquel hombre era Alberto Moscoso, pero su pensamiento no acababa de dictarle lo que su corazón ya sabía. Con desesperante lentitud, los rasgos entrevistos, imaginados más que recordados, del rostro de su padre, se fueron superponiendo, encajando, coincidiendo con los del pobre miserable que tenía ante ella. Fue un abrazo largo, apretado, tremendo. No hablaban, no se miraban, no se besaban. Los dedos del padre buscaban entre el pelo las viejas trenzas, y el gozo del encuentro se fundía en el abrazo con el dolor antiguo.

Unas palabras, sin sentido, se removían en el fondo no consciente de los recuerdos de Ana María —de los recuerdos no recordados—, y, como un globo amarrado al fondo del mar que rompe de súbito sus cadenas, subieron incontenibles, entre sollozos, hasta sus labios.

—¿Por qué no me llevaste contigo?

Al oírlas, se sorprendió, como si no hubieran sido dichas por ella, y creyó tener una terrible revelación: nunca se las dijo a Andrés, aunque ella lo pensara, aunque Andrés pensara que iban a él dirigidas. Andrés fue la sombra que Ana, mujer,

interpuso entre el dolor de Ana, niña, y aquella otra sombra que ahora surgía de su pasado y le cerraba el paso.

La primera vez que Ana María, la noche del estreno de Regidor, se precipitó en los brazos de Andrés, al sentir el choque de su cuerpo, la idea de su padre se le representó de pronto, con terrible intensidad. En cambio, al caer en brazos de Alberto Moscoso, la idea de Andrés apenas revivió.

Éste los contempló largamente. Ya no necesitaba preguntar a nadie... quién era quién... Miró el reloj. Entreabrió los labios para decir algo: una bella frase inútil; palabras tristes y generosas... Muy sabiamente se las calló. Le dolían los dientes. Sobre el lado derecho de la boca, la mejilla comenzaba a hincharse por el golpe. La sangre le resbalaba por el labio. Como no se separaban, miró a Ana María por última vez; sin hacer ruido, salió del cuarto; recogió sus maletas y lentamente comenzó a bajar la escalera.

—Enrique, soy Pepa.

—Me alegro de que me llames. Termino el último Consejo, regreso a casa y Ana María sin aparecer. ¿Tú crees que es admisible?

—Escucha, escucha... no te embales. Ana ha encontrado a su padre. Por eso estuvo perdida todo el día. Ella te contará.

Pepa Turull no sabía muchos detalles de lo ocurrido —salvo que Damián no tuvo necesidad de pinchar los neumáticos—. Y lo que sabía era tema vedado para Enrique. Cuando concluyó de hablar con él, se salió de la trastienda. A esas horas, la taberna se llenaba siempre de parroquianos. El humo del tabaco velaba sus caras con una película gris, como si se vieran a través de una ala de mosca.

—¿Qué, señora? ¿Encontró ya sus zapatos?

Tardó en reconocerlo.

—¿Usted no es el guardia que va por ahí echando casas abajo? ¿Qué hace usted de paisano?

—Es que hoy libro. ¿Le hace una partidita de mus?

—¡Me hace!

—Pues vamos allá.